EL CAMINO DE LA BRUJA

6

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK

KIM RICHARDSON

Autora bestseller del *USA TODAY*

EL CAMINO DE LA BRUJA

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK

LIBRO SEIS

KIM RICHARDSON

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas o lugares reales se utiliza de forma ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con acontecimientos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

El Camino de la Bruja, Brujas de Nueva York, Libro 6
Copyright © 2023 por Kim Richardson
Diseñadora de portadas: Karen Dimmick/ ArcaneCovers.com
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

www.kimrichardsonbooks.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

La Bruja de las Sombras
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

1

No quieren a Shay. Te quieren a ti.

Pues bien, éstas no eran las palabras que esperaba que salieran de la boca de mi ángel padre Matiel. Mi cerebro tardó unos segundos en volver a la realidad.

Una vez que me reorienté hacia el momento presente, no pude evitar sentirme como un personaje de una película de acción cursi. ¿Qué tipo de frase era ésa? Parecía sacada de una película de Schwarzenegger de los noventa.

Me encontraba en mi apartamento de la decimotercera planta del Hotel Twilight, que ahora utilizaba principalmente como despacho y para pasar el rato con la pandilla. Se suponía que ahora debía estar celebrando que mi hermanita Shay se había recuperado de la maldición de la Marca de la Muerte que le había infligido la malvada hechicera Auria, en lugar de contemplar al ángel que tenía delante.

Mi agarre sobre Shay se relajó, pero yo seguía aferrada a ella. No estaba segura de si era por ella o más bien por mí. La cabeza de Shay se inclinó hacia arriba y sentí los ojos de mi hermanita clavados en mí.

No aparté la mirada de mi padre.

—¿Yo? —repetí como una idiota. Y luego, por supuesto, siguió el habitual—: ¿Estás seguro?

Matiel exhaló con fuerza, como si hubiera estado conteniendo la respiración todo este tiempo.

—Me temo que sí. Sí. Te quieren a ti. No a Shay.

Un movimiento me llamó la atención, y me volví para ver a Valen caminando hacia la puerta del apartamento. Al principio pensé que se marchaba para darnos algo de intimidad, pero entonces el gigante cerró la puerta y retrocedió, cortando las conversaciones ruidosas y alegres del pasillo. Ahora no eran más que murmullos incoherentes.

Valen se concentró en mi padre mientras éste se apoyaba en la pared de la cocina, con los brazos sobre el amplio pecho. Su expresión era cuidadosamente inexpresiva. No había forma de saber lo que pensaba.

Mi mirada se desvió hacia mi padre.

—Supongo, por esa expresión tan cautelosa, que no quieren darme una aureola.

Un músculo se movió a lo largo de la mandíbula de mi padre.

—No.

—¿Mis propias alas?

Matiel parpadeó.

Ah.

—Me quieren ver muerta. ¿Estoy en lo cierto? ¿Por qué soy en parte ángel? Pero eso también convertiría a Shay en un objetivo. —La agarré por los hombros, sintiendo cómo se tensaba. Ya había sufrido bastante. La niña necesitaba un descanso. Se merecía un descanso y ser niña por un rato.

—Que seas mi hija es en parte la razón, pero no de la forma que supuse en un principio —dijo Matiel al cabo de un momento, con los rasgos tensos—. La legión no intenta aniquilar a los híbridos humano-ángel, como Shay o cualquier otro hijo de ambas especies. No parecen estar interesados en ellos.

Fruncí el ceño.

—¿Cuántos mestizos más hay?

—Más de lo que crees.

—Espero que no sean todos hijos tuyos. —La idea de que Shay no fuera mi única medio hermana era desalentadora.

Matiel negó con la cabeza.

—Shay y tú son mis únicas hijas. —Sus ojos bajaron hacia mi hermanita—. La había ocultado a la legión por lo que es y por lo que puede hacer con su magia celestial, el poder del sol. Pero, por lo que sé, ella no les interesa. —Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos —. Te buscan a ti. Sólo a ti.

—Para matarme. —De nuevo, no respondió, pero no tenía que hacerlo—. ¿Por qué yo? Ni siquiera puedo hacer magia a la luz del día —dije, frustrada. No era del todo cierto. Aún podía conjurar una malvada lágrima de luz estelar. Pero ya me entiendes. Aun así, tenía que tratarse de un error. Sí, era una Bruja de Luz Estelar, lo cual era raro, pero mis habilidades mágicas no estaban a la altura de las de una poderosa bruja blanca o de una oscura.

Mi padre negó con la cabeza, con cara de frustración.

—No estoy seguro. Podría ser algo que aún no hemos visto. Algo que tienes, algo *dentro* de ti que aún no se ha manifestado.

Resoplé.

—Soy una bruja de cuarenta y un años. Hace tiempo que adquirí mis poderes. Hace años. Aparte de mi luz estelar, no hay nada más. No puedo *hacer* nada más. Nada ha cambiado. No he descubierto nada nuevo sobre mis poderes. —En cuanto las palabras escaparon de mis labios, supe que aquello no era del todo cierto. Había podido volar utilizando mis luces estelares como mochilas propulsoras. Pero en realidad no era tan diferente, sólo la misma magia utilizada de forma modificada. No era una magia nueva, ni mucho menos.

—No puedo hacer magia blanca ni oscura —continué—. Créeme, lo he intentado. ——El recuerdo de mis intentos fallidos, cuando tenía

doce años, de conjurar magia elemental con los niños brujos de la zona volvió en un instante. Todos se habían reído cuando no pude invocar la más elemental de las llamas como ellos—. Estoy tan seca como un humano en ese aspecto. Entonces, ¿por qué me persiguen?

Matiel guardó silencio un momento. Su expresión era cautelosa cuando dijo:

—No lo sé. Sea lo que sea, lo consideran una amenaza.

Las cejas me llegaron hasta la línea del pelo.

—Esto no tiene sentido. —Un leve sentimiento de aprensión se deslizó bajo mi piel al ver cómo lo había dicho. Solté a Shay y apoyé las manos en las caderas, rebuscando en mi mente una explicación lógica de por qué la Legión de Ángeles me perseguía. Según mi padre, no tenía nada que ver con que fuera su hija... bueno, no del todo. Era otra cosa. ¿Pero qué? El hecho de que no persiguieran a Shay me hizo sentir mejor, pero también aumentó mi confusión. Ella era muchísimo más poderosa que yo. Pero no iban a por ella. Me querían a mí. Esto era una locura.

Shay se movió a mi lado y pude ver el anhelo en su rostro. Estaba ansiosa por estar con su padre, pero parecía insegura de que fuera una opción, como si yo la estuviera alejando de él. Bueno, quizá sí. Pero como no corría el riesgo de sufrir la ira de los ángeles, no veía por qué debía alejarla de él.

—Ve a ver a tu padre —le dije suavemente y le di un empujón hacia delante.

Con un estallido de energía, Shay corrió por la habitación hacia su padre, rodeándolo con los brazos en un abrazo.

—Hola, peque —dijo Matiel mientras plantaba un beso en la coronilla de la cabeza de su hija.

La visión de Shay abrazando a su padre —*nuestro* padre— fue una agradable distracción de la verdadera razón por la que estaba aquí. No sabía si su visita sería la última en mucho tiempo, y no quería sacar el tema. No quería decepcionar a Shay. Dejaré que tenga su momento con él porque quién sabía cuándo volvería.

Miré a Valen. Me observaba y un juego de emociones cruzó su rostro. Conocía esa mirada. Estaba ansioso, temía *por* mí. Tener a una Legión de Ángeles tras de ti no era como combatir a una vampiresa malvada o a una hechicera loca. Este grupo no era algo a lo que me hubiera enfrentado antes. Eran seres de otro mundo con habilidades de combate y armas de otro mundo. Un territorio desconocido para mí. ¿Podría derrotarlos? ¿O incluso a uno solo? ¿Podría enfrentarme a ellos en combate? Si me atacaban durante el día, estaba perdida.

Mi padre no pudo haberme dado peores noticias.

El cuerpo de Valen se movió y adoptó una postura defensiva, con una expresión llena de amenaza. Su rostro tenía un gruñido

intimidatorio, como si estuviera dispuesto a luchar contra cualquier cosa que pudiera amenazarme. Sabía que lo haría. Me protegería con su vida. Ése era precisamente el tipo de hombre, de gigante, que era. Pero, ¿qué podía hacer un gigante contra una Legión de Ángeles?

—Necesito sentarme. —Me acerqué al sillón vacío y me dejé caer. Algo era diferente en mi apartamento. Fue entonces cuando mis ojos se posaron en la alfombra gris verdosa. Seguía siendo fea, pero era nueva. Las marcas negras de quemaduras dejadas por mi intento fallido de llamar a mi ángel padre habían desaparecido. No es que importara ahora. Supongo que Basil me pasaría pronto la factura.

Valen se apartó de la pared y vino a ponerse a mi lado. Se acercó y sentí el calor de su mano en mi hombro. El breve contacto me transmitió el mensaje de que no estaba sola en esto. Que él estaba conmigo pasara lo que pasara.

Matiel se acercó al sofá y se sentó, y Shay saltó a su lado. Quería reírme de lo mona y contenta que estaba, pero no me salían las ganas. Tenía el cuerpo tenso como una goma elástica demasiado estirada.

—¿Sabes? —empecé, mirando entre mi padre y Shay, que estaba en el sofá frente a mí—. No sé si podría haber recibido peores noticias. O sea, ¿qué podría ser peor que una Legión de Ángeles deseando mi muerte? ¿Verdad?

En ese momento, mi padre se miró las manos y se le borró la expresión de la cara. En un momento, había compartido una felicidad dichosa con mi hermana, pero al siguiente, simplemente se había desvanecido, dejando sus rasgos fríos mientras un pánico salvaje cruzaba sus ojos.

Me incliné hacia adelante en la silla.

—No me gusta esa expresión de tu cara. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—No es la Legión de Ángeles la que te persigue. Bueno, no exactamente —dijo, sin dejar de mirarse las manos. Sentí que el cuerpo de Valen se desplazaba a mi lado cuando Matiel levantó la vista y se encontró con mi mirada—. Es el Gremio de Ángeles Asesinos.

Tuve un cruce de cables cerebral. Y entonces.

—¿Discúlpame? ¿Hay un Gremio de Ángeles Asesinos? —Me imaginé a un grupo de hombres vestidos de negro trepando por las paredes con largas y relucientes espadas, como ninjas del infierno.

Matiel cruzó las manos sobre el regazo y me di cuenta de que Shay había perdido la sonrisa y me miraba con los ojos muy abiertos.

—Sí —respondió mi ángel padre.

—¿Y *por qué* hay un Gremio de Ángeles Asesinos? Digo, creía que los ángeles debían proteger, curar y hacer todas esas cosas de ángeles.

—Hay muchas cosas que no sabes de nosotros —dijo Matiel.

—No me digas.

Cuando me encontré con los ojos de Matiel, me miró fijamente un instante, con la frustración y la tristeza compartiendo espacio en sus facciones.

—Son asesinos. Existen para eliminar las amenazas al equilibrio de poder en el cielo y en la tierra. Si alguien o algo supone un peligro importante, el gremio enviará a sus mejores asesinos para que se encarguen de ello. —La voz de Matiel era grave y seria, y sentí un escalofrío en la espalda.

Mi mente se tambaleaba. Nunca había oído hablar de algo así. Se suponía que los asesinos eran humanos, no seres angelicales. Pues, no era del todo cierto. Había oído hablar de cazarrecompensas paranormales, que eran algo así como asesinos a sueldo. Mercenarios. Pero la idea de que existían ángeles que eran contratados como asesinos era una locura.

Sin embargo, ahí estaba Matiel, diciéndome que sí existían.

Valen volvió a ponerme una mano en el hombro y me incliné hacia él, sintiendo por un momento que volvía a estar en la seguridad de sus brazos. El Gremio de Ángeles Asesinos sonaba como algo sacado de una película de terror, no como algo que existiera realmente en el mundo. Pero cuando miré a Matiel a los ojos, pude ver la verdad.

—Son muy hábiles en el combate y el asesinato —continuó el ángel—. Son despiadados. Amorales. Y no les importan nada los mortales. Ni siquiera se lo pensarían dos veces antes de acabar con tu vida.

—Puedo imaginármelo —respiré. Podía imaginar muchas cosas.

—No querrás enfrentarte a ellos. Créeme.

—Bueno, no es que tenga elección. ¿Verdad? —Miré fijamente a mi padre y él apartó la mirada. En cierto modo, él tenía la culpa de que yo estuviera en este lío. Había desobedecido las leyes de la legión y se había acostado con mi madre, pero eso era otra historia.

Fruncí el ceño, intentando asimilar el concepto.

—Entonces, ¿la legión ha soltado a sus perros porque creen que soy una amenaza para ellos? ¿Pero cómo? Sólo soy una bruja mortal. Nada más.

Matiel suspiró pesadamente, con expresión de dolor.

—Comprendo que esto es difícil de asimilar.

—¿Tú crees?

—El hecho de que te persigan significa que te has convertido en una amenaza para el equilibrio de poder. Algo en ti les tiene... preocupados.

—¿Qué? —Levanté las manos—. ¿Qué puedo tener yo que pueda amenazarles? —pregunté, sintiendo una sensación de incredulidad. Yo sólo era una bruja con sangre de ángel. ¿Por qué iba a importarle al

Gremio de Ángeles Asesinos?

Matiel negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Tú qué sabes? —Sí, mi voz estaba agitada por las emociones, pero estaba cansada por la terrible experiencia con Freida, y éste no era el ambiente relajado que había esperado.

Las cejas de mi padre se alzaron, el único indicio de que le irritaba mi tono. Me daba igual.

—Creen que eres una amenaza para ellos —respondió finalmente —. Eso es todo lo que sé. Tu existencia es una violación de las leyes del reino angélico, igual que la de Shay. Pero ése no es el motivo. Se trata de otra cosa. Algo que sólo tú posees.

—Me siento muy afortunada. —Una mezcla de miedo y rabia burbujeó en mi interior.

—Y sé —continuó Matiel— que el Gremio de Asesinos ha recibido órdenes de eliminarte.

Sentí que se me helaba la sangre cuando asimilé las palabras de Matiel.

—Maravilloso.

—Lo siento —dijo en voz baja.

—¿Cuándo? —preguntó Valen, hablando por primera vez—. ¿Cuántos?

La mirada de mi padre se desvió hacia el gigante.

—No estoy seguro.

La irritación estalló.

—Adivina.

—Diez —respondió el ángel—. Diez de sus mejores asesinos.

Se podría pensar que diez no es gran cosa. Suponiendo que fuese de noche, podría derrotar a diez brujos u otros paranormales, pero estábamos hablando de *ángeles*. Nada menos que ángeles asesinos entrenados. Seres celestiales inmortales de poder inconmensurable. Las probabilidades no estaban a mi favor.

—¿Cuándo vendrán los asesinos a buscar a Leana? —preguntó Valen. El ligero desaliño de su rostro creaba una silueta provocativa, dándole un aspecto seductoramente misterioso y sexy.

Matiel me miró y dijo:

—En cualquier momento. Ya les han dado el permiso.

Mi padre miró nervioso alrededor de la habitación, como si temiera que algo nos acechara. Sacudió la cabeza y murmuró en voz baja.

—Después de todos estos siglos... Debería haber sabido que intentarían algo así.

Dejé caer mi cabeza entre mis manos.

—Supongo que no puedo tomarme unos días libres. —No. No

cuando tenía ángeles asesinos buscándome.

—¿Saben dónde está? —La voz de Valen era dura, y levanté la vista.

Matiel negó con la cabeza.

—Todavía no. Intentaron sonsacármelo mientras estaba... indispuesto... pero conseguí mantenerlo en secreto.

Me miró. Si esperaba que le diera las gracias, se iba a llevar una gran decepción.

—Pero no tardarán mucho en encontrarte —continuó mi ángel padre—. Te sugiero que busques otro alojamiento. Y deberías seguir moviéndote. Una casa de seguridad distinta cada día.

—No —respondí con firmeza—. Estoy cansada de huir. Ya hemos huido bastante. Si quieren encontrarme, pueden hacerlo aquí mismo. Supongo que no puedo esperar ninguna ayuda o protección por tu parte.

Miré fijamente a mi ángel padre, sin comprender lo que cruzaba su rostro. Seguía siendo un desconocido para mí. A diferencia de Shay, yo no había sabido de su existencia hasta hace un mes. Ella había tenido años para conocer a su padre.

La expresión de mi padre cambió al observarme. No le conocía bien, pero pude ver su decepción ante mi respuesta. Quería que viviera. Esa parte era obvia. Pero yo no huía y él sabía que no podía obligarme. Nadie podía.

—Toma esto. —Metió la mano en la chaqueta y me entregó lo que parecía un anillo de plata.

Fruncí el ceño al agarrarlo. Sentí el metal frío en la palma de la mano y pude ver una serie de marcas intrincadas que parecían sigilos grabados en los lados.

—¿Se supone que este anillo debe protegerme? ¿Cómo? ¿Desprenderá un resplandor cegador? ¿Asombrará a los ángeles hasta la muerte?

—Se calentará ante su presencia.

Justo cuando estaba a punto de decirle que era un ángel, y el anillo aún estaba frío, sentí una punzada de magia, y entonces el anillo de plata brilló y se calentó contra mi piel.

—Te avisará cuando un ángel esté cerca. —Mi padre suspiró—. Es lo único que puedo hacer.

Fruncí los labios.

—No mucho. A menos que este anillo pueda fabricar un escudo contra ángeles o algo así, tal vez me dé una ventaja, pero tendré que luchar contra ellos por mi cuenta.

—Si intento intervenir, si intento detenerlos, me ejecutarán —dijo mi padre.

Shay respiró con fuerza en aquel silencio repentino, con los ojos

muy abiertos por el miedo. Su boca formaba palabras, pero no las pronunciaba. Estaba atrapada entre buscar la protección de su padre y saber que, si intervenía, probablemente perecería.

No le haría eso a una niña de once años.

—No pasa nada. No te pediría que lo hicieras.

Matiel asintió, aliviado, pero sus ojos estaban tristes.

—El Gremio de Ángeles Asesinos no es algo que deba tomarse a la ligera. Son despiadados y eficaces. No se detendrán ante nada hasta eliminar a su objetivo.

Mi mente se tambaleaba con la información, intentando darle sentido a todo.

Matiel hizo un pequeño gesto con la cabeza, con expresión de dolor.

—Lo siento, Leana. Ojalá pudiera hacer más para ayudarte.

Valen soltó un suave gruñido al hablar.

—No dejaré que le hagan daño —dijo firmemente con ojos vehementes.

Me conmovió la devoción de Valen y su voluntad de protegerme, pero no quería que más nadie se pusiera en peligro por mi culpa.

Shay habló, con voz tranquila pero decidida.

—Yo también puedo ayudar. Tengo mi magia.

Me levanté, sacudiendo la cabeza.

—Tienes que enfocarte en la escuela. Ya está. Ahora los dejo para que pasen un rato juntos. Seguro que tienen mucho de qué hablar.

Shay torció la cara.

—¿A dónde vas?

—A dar un paseo. Necesito despejarme. —Quería preguntarle a Matiel cuándo volveríamos a verlo, pronto o no, pero tenía la sensación de que hacer su aparición ahora le había costado. No quería sacar el tema delante de Shay.

—Yo te acompaño —dijo el gigante que estaba a mi lado.

Me di la vuelta, sin molestarme en despedirme ni darle las gracias a mi ángel padre. Estaba demasiado enojada, disgustada, ansiosa y con demasiadas otras emociones como para pensar siquiera en despedirme educadamente.

Apenas era consciente de que salía del apartamento y caminaba entre el grupo de paranormales alegres de la decimotercera planta mientras me dirigía a los ascensores.

Mi mente no estaba de humor para celebraciones. El Gremio de Ángeles Asesinos me perseguía, y no tenía ni idea de por qué.

Bienvenidos a mi vida.

2

Apenas pegué un ojo. Pasé toda la noche dando vueltas en la cama, soñando con ninjas vestidos de negro y con alas negras que trepaban por las paredes y me atacaban. Que sobre todo me golpeaban en la cara con sus alas. Un sueño extraño.

Cuando por fin me decidí a salir de la cama, estaba empapada en sudor. Tendría que lavar las sábanas. Pero antes, necesitaba una ducha.

Tras la visita de mi padre, había recorrido las calles de la ciudad, con Valen a mi lado. No había dicho ni una palabra durante una hora y había recorrido todo el camino hasta Central Park, donde había plantado mi culo en la hierba, contemplando el lago. Mientras tanto, el gigante me seguía como un guardaespaldas silencioso y enorme. Sabía que me había seguido para protegerme, en primer lugar de la amenaza de los ángeles, pero también sabía que estaba allí para darme apoyo moral. No me hizo ninguna pregunta. De hecho, sólo estaba allí, esperándome por si necesitaba hablar, cosa que no hice. No en aquel momento.

Pero era agradable tenerlo allí, era reconfortante.

Y entonces, después de lo que me parecieron horas, dije:

—Vámonos a casa.

Volvimos caminando sin avistar a ningún ángel, ni a ningún ángel asesino, y al volver al hotel encontramos a Matiel todavía con Shay, lo cual era bueno. Quería que pasara un rato a solas con su padre. Estaba segura de que tenía mucho que contarle sobre su escuela y sus nuevos amigos.

Al final se despidieron, y yo me quedé mirando sin decir nada hasta que Matiel hizo su salida angelical y desapareció ante nuestros ojos. Entonces todos volvimos al gran apartamento que estaba sobre el restaurante de Valen, After Dark, y nos fuimos directamente a la cama. Tenía el cuerpo tenso a cada paso. Los asesinos aún no habían descubierto dónde vivía, pero sabía que eso no duraría.

No tenía ni idea de qué esperar. Supuse que se parecerían a mi padre, es decir, que serían más humanoides que tal vez una criatura demoníaca de cuatro patas, aunque los demonios también podían tener aspecto humanoide.

Pero la verdad era que podían parecerse a cualquier cosa o persona. Adoptar cualquier forma que desearan. Podían saltar sobre mí en cualquier momento y lugar.

Mi teléfono emitió un pitido y lo tomé de la mesita de noche para ver un nuevo mensaje de texto.

Catelyn: *¿Estás bien? Ayer parecías disgustada*.

Yo: *Sí. Es una larga historia. Unos ángeles asesinos quieren matarme. Te lo contaré todo más tarde.*

Catelyn: *¿Qué? Eso es una locura. Estoy aquí si me necesitas. Nos quedaremos un par de días más o algo así.*

Yo: *Gracias.*

Sonreí. Era extraño que Catelyn hubiera sido mi enemiga mortal hace unos días y ahora se preocupara por mí. Me alegraba que se quedara unos días más. Podría necesitar su ayuda. Era bueno tener a un gigante cerca, pero tener a dos era mucho mejor cuando tenías que enfrentarte a unos ángeles asesinos.

Sabía que Elsa y Jade se habían preocupado por mi falta de entusiasmo poco habitual sobre la fiesta que habían organizado para Shay, pero no le di mucha importancia al salir del hotel. No quería arruinarles la diversión, aunque sabía que tendría que decírselo cuanto antes. Si los ángeles asesinos iban tras de mí, iba a necesitar toda la ayuda posible.

El anillo de plata que me había regalado mi padre estaba sobre la misma mesita de noche, al lado de donde había estado mi teléfono. Lo miré fijamente. Era grande, del tamaño de uno de hombre, y dudaba que me quedara en mis delgados dedos.

Decidida, probé con todos los dedos de ambas manos —mis dedos derechos eran ligeramente más grandes que los izquierdos—, pero al final el anillo me quedaba flojo en cada dedo.

—Sí que tengo pulgares grandes. —Deslicé el anillo alrededor de mi pulgar derecho. Me quedaba—. Bueno, ya está.

Me quedé allí sentada, mirando el anillo, sintiéndome... ¿diferente? ¿Era sólo mi imaginación, o sentía el más leve indicio de electricidad recorriendo mis venas y extremidades? ¿O simplemente mi mente me estaba jugando una mala pasada? ¿Era sólo una respuesta imaginaria a la afirmación de mi padre de que me sentiría diferente?

Tras una ducha récord, me vestí y encontré a Shay desayunando en la isla de la cocina.

Se giró en su asiento para mirarme.

—Llegas tarde.

—No he dormido bien. —Me dirigí a la cafetera, encantada de que Valen hubiera preparado una jarra de café recién hecho—. ¿Cuándo se fue Valen?

Shay se encogió de hombros.

—No lo sé. Hace como diez minutos —Se metió una cucharada de cereal en la boca.

Me di la vuelta y me apoyé en la encimera.

—¿La pasaste bien con tu... padre?

Shay asintió.

—Lamento lo de los asesinos. Es una porquería.

No supe por qué, pero reprimí una carcajada, con un poco de café derramándose por los lados de mi boca hasta la barbilla. Sonaba tan absurdo, tan loco, tal como había dicho Catelyn, que un gremio de ángeles asesinos me persiguiera. Lo peor era no saber ni siquiera el verdadero motivo. Sólo que me perseguían para matarme. Estupendo.

La cara de Shay se arrugó ante mi reacción.

—Eres rara.

Me limpié la boca con un paño de cocina limpio.

—¿No es maravilloso? Lo heredé de mi madre.

Shay parpadeó.

—¿Qué vas a hacer? ¿Sobre los asesinos? —Sus ojos verdes se fijaron en mi nuevo anillo del pulgar.

Me tocó encogerme de hombros.

—No estoy segura. Supongo que tendré que golpear a algunos ángeles.

—Pero ¿y si vienen de día? —preguntó mi hermanita, claramente asustada.

Buena pregunta.

—Si puedo averiguar qué hay en mí que les amenaza, quizá pueda llegar a un acuerdo.

Hay que reconocer que era una tontería, pero había pensado en ello toda la noche, tratando de idear formas de evitar que los ángeles me mataran.

—Yo puedo ayudar —dijo Shay, con los ojos muy abiertos y esa bonita determinación—. Tengo magia.

—Lo sé. —Tiré lo que quedaba de café—. Vámonos. Hablaremos más por el camino.

—Valen quiere que le envíes un mensaje de texto antes de que nos vayamos —dijo Shay mientras saltaba del taburete y se dirigía a la entrada.

Saqué mi teléfono.

Yo: *Voy a llevar a Shay al colegio. Te avisaré si veo algún ángel.*

Los tres puntos que siguieron me dijeron que el gigante llevaba su teléfono encima.

Valen: *Voy contigo.*

Yo: *No. No creo que sepan dónde estamos. Todavía no. Te avisaré cuando vuelva.*

Valen: *¿Llevas el anillo de tu padre?*

Me quedé mirando el anillo del pulgar, sabiendo que no serviría de mucho.

Yo: *Sí.*

Valen. *Ten cuidado*.

Tardé unos ocho minutos en acompañar a Shay al colegio, deseando tener ojos en la nuca para poder ver a un asesino acercándose sigilosamente, y Shay iba dando saltitos por todo el camino hasta la Academia Fantasia.

Pero cuando llegamos, y Shay subió corriendo las escaleras para saludarme desde la puerta principal, junto a ese hombre aceitoso y delgado de la facultad llamado Cosmo, no se había presentado ningún ángel ninja. Hasta el momento, todo iba bien.

Observé cómo Shay desaparecía dentro del edificio de la escuela, sintiendo que me invadía una sensación de alivio. Sabía que estaba a salvo entre aquellas paredes, pero aun así no podía evitar preocuparme por ella. Al fin y al cabo, sólo era una niña, y aunque Matiel había dicho que los ángeles asesinos iban tras de *mí*, eso no significaba que no utilizaran a Shay para llegar hasta mí.

Me di la vuelta para volver al hotel, con la mente acelerada por las posibilidades de lo que podría ocurrir ahora. Necesitaba averiguar todo lo que pudiera sobre los ángeles asesinos, o simplemente sobre los ángeles en general. Cuanto más supiera sobre mi enemigo, más preparada estaría cuando vinieran a buscarme.

Lo admito. No sabía casi nada sobre los ángeles. Había aprendido mucho más sobre los demonios, ya que eran una molestia constante, sobre todo cuando los demonios inferiores se daban un festín con humanos y paranormales. Pero ¿los ángeles? Eso era harina de otro costal.

Y tenía mucho trabajo que hacer. En primer lugar, consultaría la base de datos Merlín y leería toda la información que tuvieran sobre los ángeles. Si eso no bastaba, siempre estaban los archivos del Consejo Gris, aquí en Nueva York.

Le envié un mensaje a Valen para decirle que Shay estaba a salvo en la escuela y que yo iba de regreso. Sabía que el gigante estaba preocupado por mí, y tenía motivos para estarlo.

Mientras caminaba por la Quinta Avenida, la acera abarrotada por el bullicio de la humanidad, sentí un repentino pinchazo en la nuca, la sensación que solía tener cuando alguien me observaba.

Me detuve, con el corazón golpeándome el pecho mientras giraba lentamente, intentando detectar de dónde procedía la sensación. Una mujer humana chocó conmigo, murmurando algunas palabrotas mientras seguía su camino. Capté las palabras «zorra» e «idiota».

—Los modales son gratis —le grité, y ella procedió a hacerme un gesto con el dedo por encima del hombro.

Me encanta esta ciudad.

Aparte de ese asalto, no pude sentir ninguna energía paranormal cerca. Sólo los sentidos humanos normales de los neoyorquinos en sus

quehaceres cotidianos. Nada de ángeles, que yo supiera.

Exhalé.

—Estoy perdiendo la cabeza.

A pesar de ello, no podía librarme de la sensación de que me observaban. Probablemente eso tenía algo que ver con la advertencia de Matiel de que me perseguían asesinos. Así que, naturalmente, los veía por todas partes y en ninguna parte.

—Sí. Sigo perdiendo la cabeza.

Seguí avanzando. Mis sentidos estaban en alerta máxima, sabiendo que no tenía mucho en términos de magia para protegerme. Pero tenía algo, a pesar de su tamaño.

Levanté la mano y me quedé mirando el anillo que rodeaba mi pulgar. No tenía nada de especial, salvo los bonitos sigilos grabados en el metal. Y aún no emitía ninguna señal. Lo tomé como una señal de que los ángeles asesinos no me habían encontrado. Todavía.

Con esto en mente, regresé al Hotel Twilight sin incidentes, aunque seguía sintiendo los escalofríos en la nuca. Puse los ojos en blanco. ¿Estoy perdiendo mi toque? Sí, claro. Más bien me estaba ablandando con la edad. A lo mejor tenía que empezar a tomar café descafeinado y a tejer abrigos para mis gatos imaginarios.

Cuando abrí las puertas del hotel, me recibió la grandiosidad del vestíbulo: techos altos, muchas ventanas de cristal y una mezcla de pintura gris con ricos toques rojos. Con tan solo entrar, sentí que me inundaba una oleada de energía mágica. Aquella familiar sensación pulsante me recordó que la zona estaba protegida por una guarda de protección.

—¡Es ella!

—¡Aquí está!

—¡Ya lo veo! Su cara es perfecta para la cámara.

Miré hacia el alboroto, y mis ojos se posaron en un hombre pequeño con un mechón de pelo níveo y una barba blanca que le combinaba. Llevaba unas gafas redondas en la nariz, que hacían que sus ojos parecieran anormalmente grandes, como los de un búho. Su traje oscuro resaltaba sobre su tez pálida. Basil, el director de nuestro hotel y mi jefe. Eso, en sí mismo, no era extraño. Lo extraño era la forma en que me sonreía. *Nunca* me sonreía. Y ahora me miraba como si acabara de ganar el premio de la empleada del mes.

Bueno, esto estaba *muy* mal.

Junto a él había un grupo de tres paranormales de veintitantos años. Todas eran mujeres. La más bajita tenía una masa de mechones castaños atados en un nudo desordenado en lo alto de la cabeza y gafas diseñadas para alguien que la doblara en tamaño. A su lado estaba una mujer de piel oscura y pelo corto que parecía haber agarrado unas tijeras y haberse hecho el corte ella misma. La más alta

era pálida, como si nunca hubiera puesto un pie al aire libre y hubiera vivido la mayor parte de su vida en un desván, pasando los días con la nariz metida en un libro.

Una cosa era segura. Nunca las había visto. No eran inquilinas. ¿Huéspedes, tal vez? Sin embargo, todas me miraban boquiabiertas como si me conocieran.

Sus ojos brillaban de emoción y sus cuerpos prácticamente vibraban de energía. Sus rostros se iluminaron al verme. Sentí una punzada de inquietud, sin saber qué estaba pasando. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que no estaban aquí por una habitación.

Apreté la mandíbula. Basil tramaba algo.

—Ah, Leana. Aquí estás, querida. —Basil se acercó a mí con los brazos extendidos en señal de bienvenida. Sí. Como si eso hubiera ocurrido antes—. Llevo más de media hora esperándote. ¿Dónde estabas? Miró por encima del hombro al grupo de jovencitas. Su rostro se estiró en otra de aquellas sonrisas falsas. Ellas dieron un paso adelante, siguiéndole como una unidad, como si estuvieran unidas por la cadera. Sus ojos no se apartaban de mí. Espeluznante.

Entrecerré los ojos ante el brujito.

—Sabes que acompaño a Shay al colegio por las mañanas. ¿Qué te pasa? Tanta sonrisa debe de hacerte daño en la cara.

—¿Qué? Qué graciosa eres. —Basil dejó escapar una risa falsa que parecía dolorosa mientras miraba al grupo de jóvenes hembras paranormales. Las energías que emanaban eran una combinación de brujas y cambiaformas.

—¿Qué está pasando? —pregunté, intentando mantener la voz firme, pero su presencia empezaba a molestarme.

Basil se rió, con los ojos arrugados en las comisuras.

—Ella es muy dura, tiene un carácter fuerte. —Otra vez con la risa falsa.

El trío de jóvenes hembras se acercó a mí como si acabaran de ver un unicornio. Sus rostros estaban llenos de asombro, sus ojos abiertos y sin pestañear y sus bocas abiertas. Estaban tan cerca que podía sentir el calor de su aliento en mi piel. Sentí el olor de sus perfumes mezclado con el de flores silvestres, perro mojado y, posiblemente, caballo.

Mientras me miraban con asombro, no pude evitar sentirme como una preciada exhibición en un zoológico. Casi esperaba que empezaran a tirarme cacahuates como si fuera un elefante.

Basil se inclinó hacia delante y susurró:

—Déjate llevar.

Apreté los dientes.

—¿Qué. Has. Hecho?

—Leana, te presento a Daisy, Dina y Demi. —Basil señaló al grupo de mujeres, aunque no tenía ni idea de quién era quién. Ya había olvidado la mayoría de sus nombres.

—¡Hola! —Me saludaron como una unidad, sin dejar de observarme con sus inquietantes miradas. Iba a tener pesadillas durante semanas.

Abrí la boca para contestar, pero Basil me interrumpió.

—Tengo una propuesta para ti, querida —me dijo—. Una oferta que no podrás rechazar. Me lo agradecerás.

Fruncí el ceño, aún sin entender de qué hablaba.

—¿Qué oferta? —pregunté, cruzándome de brazos.

Basil me sonrió.

—¡Vamos a salir en la tele! ¿No es maravilloso? Vamos a exhibir el hotel y todo su esplendor.

—Es mi canal de YouTube —dijo una de las chicas, la pequeña con gafas—. *The Supernatural Lounge*.

—Youtoo es lo que les gusta a todos los jóvenes hoy en día —dijo un sonriente Basil mientras apoyaba las manos en las caderas.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Lo sé todo sobre YouTube. ¿Pero no es más bien una plataforma de redes sociales humana? Creía que a los paranormales no nos interesaba.

La misma hembra asintió.

—Así es. Todo el mundo lo ve. Tenemos diez millones de suscriptores. Hacemos un programa semanal.

—¿Eh? —Observé atentamente al grupo, sabiendo que, fuera cual fuera el plan, sería malo para mí—. Sigo sin entender qué tiene que ver conmigo. —¿Y por qué tenía la sensación de que estaba a punto de odiarlo?

—Leana. Hola. —Giré la cabeza y vi a Jimmy acercándose a toda prisa, con un traje oscuro que envolvía su esbelto cuerpo. Su pelo brillaba a la luz del vestíbulo y tenía los ojos muy abiertos y compungidos—. Lo siento. Quería avisarte.

Fruncí el ceño.

—¿Advertirme de qué?

Como una unidad, las tres mujeres sacaron lo que parecían sus teléfonos móviles suspendidos por esos palos de selfie, todos dirigidos hacia mí.

Basil me enseñó los dientes.

—Todo el mundo querrá alojarse en el Hotel Twilight después de esto. Tendremos que rechazar huéspedes —dijo el director del hotel, y aplaudió con demasiado entusiasmo—. Eres la nueva imagen del Hotel Twilight.

Mierda.

—Venimos a hacer un episodio sobre la Bruja de Luz Estelar —dijo la de las gafas mientras se adelantaba y me ponía el teléfono en la cara—. ¡Y tú, Leana Fairchild, vas a ser la estrella!

Pues que me jodan.

3

Cuando el grupo de jovencitas me dijo que querían grabar un episodio conmigo para su canal de *YouTube*, no tenía ni idea de que eso significaba que me seguirían a *todas* partes. Tenía tres nuevas sombras.

Era como si tuviera mis propios paparazzi, sólo que en lugar de ser acosada por gente como TMZ, me seguía un grupo de jóvenes intensas armadas con iPhones.

Lo que explicaba por qué estaban en el ascensor conmigo, grabándome con la aplicación de vídeo de sus teléfonos mientras ascendíamos. Siempre me consideré una persona aburrida e introvertida. Lo que hacía a diario no tenía nada de especial. Bueno, eso no era del todo cierto. Desde que vine a alojarme en este hotel, mi vida no había dejado de ser agitada.

Aun así, no me gustaba que me filmaran. Diablos, ni siquiera me gustaba que me tomaran fotos. Todo esto era muy surrealista y extraño para mí.

Y lo odiaba.

Además, yo era una persona muy reservada. No quería que los desconocidos echaran un vistazo a mi vida.

—No voy a hacerlo —le había dicho a Basil antes de entrar en el ascensor—. Búscate a otra.

La cara de Basil se puso de un horrible color rojo.

—*Vas* a hacerlo —dijo entre dientes y con una sonrisa falsa—. Porque si no lo haces, estás despedida.

Separé los labios.

—No puedes despedirme por no querer que unas desconocidas me sigan a todas partes con sus teléfonos en la cara. Tengo derechos. —No estaba segura de tener argumentos, pero los estaba exponiendo.

El director del hotel entrecerró los ojos y me señaló a la cara con un dedo mugriento.

—Escucha —dijo, con voz cuidadosamente grave—. Ésta es la mejor promoción para el hotel que el dinero puede comprar. El Consejo Gris está de acuerdo. Todo el mundo está de acuerdo. Y tú estarás a bordo si aún quieres tener trabajo.

La irritación se disparó y me imaginé agarrando al diminuto brujo blanco por el cuello y apretándolo muy, muy fuerte.

—Algunas cosas de mi vida deben mantenerse en secreto. No quiero que todo el mundo sepa quién soy.

—Todo el mundo sabe que eres una Bruja de Luz Estelar —dijo la misma mujer de las gafas.

—Ya no es un secreto —dijo la de piel oscura.

—Ya ves. —Basil levantó las cejas en señal de triunfo—. Todo el mundo sabe quién eres. Así que no hay ningún problema. Y están interesados. Les interesas tú y lo que haces por el hotel. Y vas a ser educada y vas a dejar que esas chicas te sigan. Dales todo lo que quieran. Es una orden.

¿Una orden? Se acabó. Iba a estrangularlo.

—¿Y si no lo hago? —Vi por el rabillo del ojo que Jimmy se movía incómodo.

Basil deslizó un dedo por su cuello.

—Lo harás —fue todo lo que me dijo. Giró sobre sí mismo y se dirigió a las jóvenes—. Estoy deseando vernos en la tele. —Y luego desapareció.

—Siento mucho todo esto —dijo Jimmy, con la voz baja para que sólo yo lo oyera.

—No es culpa tuya.

—Eh…

Miré fijamente al subdirector del hotel.

—¿Jimmy?

Las mejillas de Jimmy se ensombrecieron mientras miraba al suelo.

—Fue idea mía.

Maldije.

—Por favor, dime que es un chiste. —Jimmy me caía bien. Lo quería mucho, pero también estaba a punto de estrangularlo.

Se encogió de hombros.

—Vi su canal. Pensé que sería una buena promoción para el hotel. Siempre busco formas de promocionar el hotel. Nunca pensé que quisieran centrarse sólo en ti. Si hubiera sabido que Basil iba a forzarte, nunca lo habría mencionado.

—Demasiado tarde para eso. —Fulminé con la mirada a Jimmy, cuya cara era de disculpa, y marché por el vestíbulo, con el temperamento a punto de estallar. Sentí que perdía los estribos cuando las tres mujeres entraron conmigo en el ascensor, con sonrisas de oreja a oreja e intriga.

Al cabo de un momento, el ascensor sonó y las puertas se abrieron. Entré en la decimotercera planta, encogiéndome por dentro al ver a los inquilinos habituales deambulando por allí.

—Y bien, gente —dijo la misma chica de las gafas, y me volví para mirarla por encima del hombro—. Aquí es donde ocurre la magia —dijo a la cámara de su teléfono. Sus ojos se abrieron de par en par y añadió—: Éste es el piso trece.

Movió su palo de selfie, mostrando el pasillo y las puertas.

—Aquí es donde Leana luchó sola contra todos esos demonios y donde salvó todas esas pobres y patéticas vidas. —De nuevo, movió la cámara sobre unos cuantos inquilinos confusos. Alcancé a ver cómo Barb entraba corriendo en su apartamento y cerraba la puerta de un portazo. Bruja lista.

Técnicamente, la batalla había tenido lugar en el tejado, pero no iba a corregirla.

La misma mujer paranormal chasqueó los dedos hacia las otras dos.

—Dina. Demi. Consigue entrevistas con esos dos —dijo, señalando a unos confusos Sr. y Sra. Dankworth.

—¿Deberías hacer eso? —pregunté a quien supuse que era Daisy la de las gafas—. No se suscribieron en tu canal. Necesitas su permiso. ¿Verdad?

Daisy se subió las gafas al puente de la nariz.

—Mis espectadores quieren experimentar lo que es ser la Bruja de Luz Estelar en este hotel. Tenemos que entrevistar a gente real y escuchar sus historias. Oír lo que dicen de *ti*.

No se me pasó por alto el hecho de que no respondiera a mi pregunta. Miré al Sr. y a la Sra. Dankworth. Ver su confusión e inquietud no hizo más que reforzar mi ira hacia aquel grupo, pero me mordí la lengua. ¿Me despediría Basil si las arrojaba del tejado? Seguramente. Necesitaba mi trabajo. Necesitaba el dinero.

Dejé escapar una exhalación que sonó más como un gruñido y atravesé el pasillo hasta mi antiguo apartamento.

Crucé el piso y me dirigí a mi escritorio, cerca de la ventana. Miré a mi alrededor y sólo vi a Julian en la sala. Jade y Elsa no estaban. Era bueno. Necesitaba sentarme y trabajar un poco, averiguar todo lo que pudiera sobre los ángeles, algo que debería haber hecho hace tiempo, cuando descubrí que tenía un padre que era un ángel. Pero la vida se encargaba de distraerme. Batallas contra brujas oscuras, hechiceras locas y vampiros. Ese tipo de distracciones.

Tenía a un grupo de al menos diez ángeles asesinos pisándome los talones, según mi padre. Necesitaba saber si los ángeles tenían algún punto débil, algo que pudiera ayudarme a derrotarlos. Mi queridísimo papá podría haberme ayudado en ese aspecto, pero acababa de desaparecer tras pasar un tiempo con Shay, y no sabía cuándo volvería... o *si* volvería. Sabía que el mero hecho de aparecer esta vez había sido difícil, lo que significaba que estaba sola.

Saqué mi silla y me senté en mi escritorio, la silla de cuero rechinó con mi peso. Agarré mi portátil, la abrí, abrí un navegador y me conecté a la base de datos Merlín.

Escribí «debilidades de los ángeles» en la barra de búsqueda y empecé a desplazarme por las páginas de resultados.

—¿Quiénes son tus sombras? —preguntó Julian mientras miraba desde el sofá—. ¿Y por qué nos están grabando?

Maldita sea. Una parte de mí deseaba que se hubieran quedado en el pasillo. Me giré en mi asiento para contestar, pero Daisy se me adelantó.

—Somos de *The Supernatural Lounge* —dijo mientras paseaba por el apartamento, con la voz llena de convicción, como si fueran muy conocidas—. Estamos haciendo un episodio sobre Leana. —Dina y Demi se apiñaron a su alrededor, aunque yo seguía sin saber quién era quién.

Julian se giró en su asiento para mirarlas.

—He oído hablar de ustedes. Sí, he visto su programa. El del hombre del saco en el armario de ese niño. Caray, eso sí que daba miedo. Fue increíble.

—Lo sabemos —respondió Daisy.

Tuve que resistir el impulso de poner los ojos en blanco. Ups. Lo hice.

Daisy giró con cuidado en el sitio, apuntando el palo selfie de su móvil como si fuera una espada.

—Aquí es donde solía vivir Leana. Y aquí es donde preparaba sus comidas, y aquí es donde solía dormir. —Entró en mi antiguo dormitorio, Dina y Demi justo detrás de ella haciendo lo mismo con sus teléfonos.

Ya no vivía aquí, pero seguía sintiendo que aquello era una especie de violación. Una invasión de la intimidad.

—Ésta es la cama donde Leana y ese gigante *sexy* dueño de un restaurante hacían cositas —oí decir a Daisy, seguida de las risitas de las otras dos.

El calor me subió a la cara. Perfecto, así que habían investigado. No me entusiasmó que supieran lo de Valen y yo. No creía que le gustara que se hablara tan abiertamente de su raza paranormal, ni más ni menos que a diez millones de espectadores. Por supuesto, la mayoría de esos espectadores eran humanos que pensaban que el programa estaba amañado, obviamente. Aun así, estaba segura de que también tenían espectadores paranormales como Julian.

Daisy salió de mi antiguo dormitorio y se dirigió hacia Julian.

—¿Puedes decirles a los espectadores quién eres y cuál es tu relación con Leana?

En el rostro de Julian se dibujó una sonrisa de satisfacción, el tipo de expresión que probablemente había dominado con el tiempo para seducir a las mujeres y hacer que le regalaran su ropa interior.

—Soy Julian. Y yo soy un amigo de Leana. También soy un *excelente* brujo de pociones y venenos. Pero tengo muchos *otros* talentos.

Ahora puse los ojos en blanco abiertamente.

—¿Así que Leana y tú luchan juntos contra los demonios? ¿Cómo es eso? Nuestros espectadores quieren saberlo —preguntó Daisy, con el teléfono en la cara de Julian, aunque al brujo no parecía importarle en absoluto. De hecho, si tuviera que adivinar, parecía que lo estaba disfrutando.

Julian ladeó la cabeza, con cara de suficiencia.

—Unas cuantas veces creí que no lo lograríamos.

—¿En serio? —Daisy chasqueó los dedos hacia Dina y Demi, y las dos se apresuraron a apuntar a Julian con sus teléfonos.

—Cuéntaselo a los espectadores —continuó Daisy—. Cuéntanos cómo escapaste por poco de las garras de un gran demonio *cornudo*.

Giré sobre mí misma e ignoré la respuesta de Julian. Me alegraba que se hiciera cargo. No me importaba en absoluto que le encantara toda la atención, pero yo odiaba la atención. También tenía la sensación de que él lo sabía y me estaba ayudando, dándole a las chicas lo que querían para su episodio.

Me quedé mirando la pantalla de la computadora. Sorprendentemente, la base de datos de Merlín tenía más información sobre los ángeles de lo que yo pensaba. Aprendí que había tres tipos distintos de ángeles. En primer lugar, estaban los normales, como, por ejemplo, mi padre, que a veces se consideraban ángeles de la guarda, responsables del bienestar de los humanos y de todos los demás seres, como nosotros, los paranormales.

Luego, estaban los arcángeles, que eran los de mayor rango. Gobernaban y servían como comandantes en la Legión de Ángeles y formaban el Consejo de Ministros.

Y luego estaban los asesinos.

No pude encontrar dónde decía si eran ángeles normales o arcángeles. Los arcángeles eran más poderosos, así que tener arcángeles asesinos no iba a ser fácil. No es que los ángeles normales lo fueran, pero ya te haces una idea.

Cuanto más leía, más me daba cuenta de que los ángeles asesinos eran básicamente eso: ángeles contratados para matar. Más bien se les ordenaba hacerlo. La única diferencia era que se les entrenaba en el Gremio de Ángeles Asesinos.

A medida que profundizaba en los textos, mi corazón se aceleraba de miedo y curiosidad. El Gremio de Ángeles Asesinos era conocido por sus habilidades mortales y su lealtad inquebrantable. Impresionante.

No pude encontrar mucho sobre las debilidades de los ángeles. Un pasaje decía: *«Aunque fuese inmortal, si un ángel perdiera su alma, sufriría una muerte verdadera».* ¿Qué demonios significaba eso? Encontré otra pequeña sección en la que se hablaba de algún arma

que podía o no matar a un ángel.

La base de datos de Merlín no me aportó gran cosa. Parecía que tendría que hacer una visita a los archivos del Consejo Gris.

Tampoco era como si el Gremio de Ángeles Asesinos tuviera una sede en la ciudad, donde pudiera presentarme y defender mi caso. ¿Tenía siquiera un caso? Seguía sin saber qué había hecho para merecer un deseo de muerte. Era en parte ángel. ¿Y qué? Según tenía entendido, Shay y yo no éramos las únicas. Los ángeles llevaban miles de años peleándose con humanos y paranormales. No era algo reciente. Entonces, ¿por qué tanta atención hacia mí? ¿Qué me diferenciaba de los demás hijos mestizos de ángeles? ¿Nefilim, o lo que sea?

No lo sabía, pero no iba a averiguarlo.

—¿Por qué investigas sobre los ángeles?

Pegué un brinco en mi asiento. Daisy se inclinó sobre mi hombro, con su teléfono rondando la pantalla de mi portátil. Nunca la había oído acercarse. Estar tan cerca de ella, me permitía percibir sus vibras de bruja. Era una bruja. Una bruja oscura, por el ligero aroma a vinagre que desprendía.

Me eché hacia atrás y la fulminé con la mirada.

—Eso no es asunto tuyo. —Lo último que necesitaba era un grupo de desconocidas interfiriendo en mi trabajo. O mejor dicho, en mi vida.

—Nuestros espectadores quieren saberlo —respondió, como si mi comentario no tuviera ningún mérito—. ¿Por qué los ángeles? ¿Has visto un ángel? —Me apuntó a la cara con su teléfono.

—No.

—¿Buscas un ángel?

—No.

—Eso no es lo que me parece. —Daisy miró por encima del hombro e hizo un gesto a Dina y Demi para que se acercaran.

—Me da igual lo que te parezca a ti.

—Está buscando un ángel —dijo Daisy, hablando por encima de mí.

—No puede ser —dijo la de piel oscura inclinándose con su teléfono—. ¿Así que los ángeles son reales?

—Los ángeles son *tan* reales —dijo la otra mujer pálida mientras se unía a su grupo en mi mesa—. Leana. Cuéntanos cómo fue conocer a un ángel de verdad. Nuestros espectadores quieren saberlo.

—¿Tus espectadores quieren saberlo? —Apreté la mandíbula. Puede que Basil les hubiera dado carta blanca para seguirme, pero no tenían permiso para conocer todos los detalles de mi vida. No iba a compartir con el mundo mis orígenes angelicales.

Abrí la boca para mandarla educadamente a la mierda, pero una

voz se me adelantó.

—¿Qué está pasando aquí? Barb dijo que había periodistas —Elsa irrumpió por la puerta principal, con una postura erguida y autoritaria. Llevaba una falda verde plisada, zuecos de jardín naranjas y las gafas de leer clavadas en la parte superior de su revoltoso pelo rojo.

Las tres —llamémosles YouTubers— me abandonaron y se reunieron con Elsa con sus teléfonos apuntándole como varitas.

—Somos de *The Supernatural Lounge*. Quizá hayas visto nuestro canal en YouTube —informó Daisy.

Elsa parecía estar intentando decidir si sabía lo que era YouTube o no.

—No lo recuerdo, no.

—¿Y tú *quién* eres? ¿Qué relación tienes con Leana? —Daisy puso el teléfono delante de la cara de la bruja mayor como si buscara puntos negros.

—Nuestros telespectadores quieren saberlo —dijo la más pálida, que era Demi o Dina.

Julian resopló.

—Esto es increíble —dijo y dio un sorbo a su café.

Le lancé una mirada furiosa y le señalé con un dedo.

—Ni empieces.

Elsa se quedó paralizada un instante y, justo cuando creía que iba a regañarles por mí —la adoraba por ese tipo de cosas—, sonrió y se echó hacia atrás un mechón de su salvaje pelo rojo.

—¿Cómo me veo?

Ay no, no puede ser.

—Increíble. Tu pelo rojo va a resaltar en la pantalla —dijo la más alta del grupo.

Las mejillas de Elsa se sonrosaron.

—Gracias —dijo levantando la barbilla, con una mano sujeta al medallón—. Me llamo Elsa. En la decimotercera planta me conocen como la bruja que dice lo que piensa y consigue que se hagan las cosas.

—¿Estuviste en la Batalla del Piso Trece? —preguntó Daisy. Como Elsa no respondió, aunque se quedó mirando con expresión confusa, Daisy añadió—: ¿Con los demonios? Ya sabes, ¿la batalla de los demonios aquí en el hotel?

—Ah, claro. Sí, sí, claro, yo estaba allí —respondió Elsa, haciendo por fin la conexión—. Luchamos codo con codo contra esas asquerosas criaturas.

—¿Quién luchó codo con codo?

Todos volteamos para ver a Jade rodando sobre unos patines. Jade iba vestida con su habitual atuendo ochentero. Hoy llevaba un mono

lavado al ácido y el pelo rubio recogido con un lazo rojo exagerado.

Las YouTubers y yo nos quedamos mirando a Jade mientras hacía una pirueta perfecta y se detenía junto a Elsa. Julian silbó en señal de admiración, pero yo volví a poner los ojos en blanco.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Jade, con los ojos fijos en las YouTubers que seguían mirándola boquiabiertos.

—Periodistas —dije, con la voz cargada de sarcasmo.

Jade parpadeó y luego dijo:

—Dios mío. Las conozco. Me encantan. Son las de *The Supernatural Lounge*.

Sí, si uno de nosotros tenía que ser un fan, sería Jade.

Daisy y las otras dos no parecieron inmutarse por el fanatismo de Jade.

—¿Quién eres y cuál es tu conexión con Leana? Nuestros espectadores quieren saberlo.

La cara de Jade se volvió del color del lazo que tenía en la parte superior de la cabeza.

—Yo... yo... eh...

Daisy frunció el ceño ante la falta de respuesta de Jade.

—Los patines. ¿De que se trata eso?

—Umm. —Jade se miró los patines—. No sé. Me gustan. Y me hacen más alta. ¿Qué batalla?

Una vez más, Daisy no parecía interesada en esa respuesta. Agarró el teléfono, dio unos golpecitos en la pantalla y volvió a apuntar a Jade. Sí, acaba de borrar esa toma.

—¿Por qué Leana está investigando sobre los ángeles? —preguntó Daisy con aire profesional.

—¿Estás investigando a los ángeles?—Elsa me miró con aquel ceño interrogante que había llegado a conocer en los últimos meses.

Fruncí los labios.

—No exactamente.

—¿Es por Shay? —Las cejas de Jade se alzaron sobre su frente.

—¿Shay? ¿Quién es Shay? —Daisy me señaló con el teléfono.

—Nadie —dije, levantándome de mi asiento y preparándome para meterles los teléfonos por el cuello a cada una de ellas. Cerré mi portátil y me alejé del escritorio.

Me alegraba que no supieran nada de mi hermanita, e iba a seguir así. Entrecerré los ojos hacia Jade, que cerró la boca, pues estaba claro que había comprendido lo que quería decir. Shay estaba fuera de su alcance.

La YouTuber de piel oscura le enseñó su teléfono a Jade.

—¿Estuviste en la Batalla del Piso Trece?

—¿La del tejado? —respondió Jade.

Las tres YouTubers bajaron sus cámaras y conversaron durante

unos segundos. Y entonces:

—Háblanos de la batalla de demonios en el tejado —dijo Daisy.

Me distraje un poco mientras Jade recordaba lo que habíamos pasado en el tejado, luchando contra demonios mientras intentábamos cerrar el portal al mismo tiempo. Me dirigí a la cocina y me serví un vaso de agua. Puse el vaso en la encimera y me quedé junto a la isla, escuchando.

—Cuéntanos más cosas sobre esta Grieta. ¿Qué hace? ¿Puede abrirse en cualquier momento? Los espectadores quieren saberlo —dijo la mujer de piel oscura.

Mi temperamento iba en aumento. Necesitaba trabajar, investigar más sobre los ángeles. Necesitaba visitar los archivos del Consejo Gris. De ninguna manera permitiría que esas YouTubers vinieran conmigo. Ni siquiera les dejaría entrar. No. Necesitaba escabullirme de aquí sin que me vieran. Tenía que encontrar la forma de deshacerme de las tres hembras.

Necesitaba una distracción.

Me encontré con la mirada de Julian. Debió de reconocer esa mirada en mi rostro, la que decía «necesito huir», porque al momento siguiente asintió en dirección a la puerta.

Entonces el brujo se aclaró la garganta y dijo:

—Puedo contarles mucho más sobre esa Grieta.

En ese momento, las tres YouTubers me dieron la espalda y se apresuraron a acercarse a Julian para obtener su versión de los hechos.

Era la distracción que necesitaba. *Gracias, Julian.*

Sin decir palabra a Elsa ni a Jade, retrocedí lentamente al principio, pero en cuanto llegué al umbral de la puerta del apartamento, salí disparada.

Riéndome por todo el pasillo como una loca, salté al ascensor que me esperaba y pulsé el número del vestíbulo.

Una vez más, me reí sola mientras bajaba los trece pisos. Justo cuando el ascensor se asentó, las puertas se abrieron de golpe y empecé a correr.

No vi a Basil por ninguna parte. Ni siquiera me tomé un momento para acosar a Errol en la recepción. Sólo quería salir. Poner tanta distancia como pudiera entre esas YouTubers y yo.

Abrí las puertas de un empujón y salí corriendo del hotel. Debería hablar con Valen. Sí. Tenía que contarle al gigante lo de este grupo. Al menos para advertirle.

Me dirigí al restaurante, pero algo en el callejón entre el hotel y el restaurante me hizo detenerme.

No era tanto una cosa concreta, sino más bien lo que me hacía sentir.

Mi nuevo anillo palpitaba de calor y zumbaba de energía.

Una ráfaga de aire con olor a cítricos me golpeó. Una mujer, por lo que pude deducir de su complexión delgada, estaba de pie en el callejón entre los edificios vestida con un cuero que me recordaba a las escamas de dragón. Llevaba una larga espada atada a la columna vertebral. Sip. Una pinche espada. El pelo largo y negro le caía por la espalda hasta más allá de la cintura. Su piel era clara, por lo que pude ver. Y al igual que mi padre, su piel desprendía un resplandor brillante, como si una luz la iluminara desde adentro.

Un ángel —corrección— un ángel *asesino*.

Aún no me había visto. Miró del hotel al restaurante, con la cabeza inclinada hacia un lado, como un perro que intenta entender lo que le dice su dueño.

De repente, su cuerpo se puso rígido, como si hubiera sentido algo.

Y cuando se giró y sonrió, supe que ese algo era yo.

4

Mi padre era el único otro ángel con el que me había encontrado, así que no tenía ni idea de qué esperar. Excepto por el importante hecho de que a ella la habían enviado aquí para matarme.

Su rostro era humano, dotado de una buena apariencia antinatural, y con los ojos más oscuros que jamás había visto. Eran casi negros. Sus rasgos y su mirada eran inquietantes, como la de un puma que te observa desde un árbol antes de saltar sobre ti y desgarrarte la yugular.

Era más baja que yo, pero dudaba que eso cambiara las cosas. No era una enemiga normal. Era inmortal. Era peor que enfrentarse a un demonio porque no tenía ninguna ventaja. No sabía cómo derrotar a un ángel. Nunca había tenido que luchar contra uno.

La hembra ángel se llevó la mano a la espalda y sacó su espada.

—Me ha parecido oler el hedor de los Nefilim.

Me olisqueé las axilas.

—Esta mañana, en la ducha, he improvisado un poco. Puede que haya olvidado algunas cosas.

Me preocupaba un poco la posibilidad de que algunos humanos se cruzaran en nuestro camino o se asomaran al callejón y vieran a una loca con una espada. Supongo que me las arreglaría si llegaba el caso.

Maldición. Me enfrentaba a un ángel, a un ángel *asesino,* y lo único que llevaba encima eran mis ropas y mi ingenio. Si gritaba el nombre de Valen, ¿me oiría?

—¿Qué quieres? —Supuse que ganar tiempo era una buena idea mientras ideaba un plan.

El ángel asesino se burló.

—Acabar contigo.

—Encantador.

Respiré hondo y traté de concentrarme. Tenía que pensar en una forma de derrotarla o, al menos, de escapar. Sabía que no podía luchar contra ella de frente, no con su espada y su fuerza inmortal. Tenía que utilizar mi cerebro. Pero en ese momento sufría un gran bloqueo mental.

—¿Por qué? —pregunté, tratando de ganar tiempo. Oye, nunca se sabe. Quizá me dijera por qué la Legión de Ángeles me quería ver muerta. Eso me vendría bien. Mi padre no me había dado mucho. Una parte de mí se preguntaba si conocía la verdadera razón, pero no tenía la libertad de decírmela.

El ángel enarcó una ceja, sosteniendo su espada en una mano. Los lados brillaban a la luz del sol.

—¿Por qué qué?

Hum. ¿Me había enviado la legión un ángel tonto?

—¿Por qué quieres acabar conmigo? Mira, si vas a acabar conmigo, ¿podrías decirme al menos por qué? Que yo sepa, nunca le he hecho nada a tu Legión de Ángeles. —Demonios, ni siquiera había conocido a un ángel antes de conocer a mi padre hace sólo unas semanas—. ¿Quizá se equivocaron?

El ángel me miró como si fuera un cachorro que acabara de mearse en sus caros zapatos.

—Claro que no. Porque eres una Nefilim —dijo, como si fuera obvio.

Suspiré.

—Ya lo sé, pero ¿por qué importa eso? No soy la única. ¿Por qué yo?

El ángel se quedó mirándome, con una expresión tan vacía como mi cuenta bancaria.

—Porque los Nefilim son unas abominaciones. Son la descendencia de ángeles y humanos, una unión prohibida que desafía las leyes de la naturaleza y de Dios. Son una mancha en la pureza de la creación y deben ser erradicados.

—Esta mañana estás llena de arco iris y rayitos de sol.

Sonrió. Su sonrisa me heló en una mañana calurosa.

—Soy una asesina.

—Eso he oído. —Necesitaba sonsacarle algo más—. Pero yo no elegí ser un Nephilim. Nací así.

El ángel bajó la cabeza.

—No me importa.

Retrocedí unos pasos, llevándome lentamente las manos a los costados mientras miraba por encima del hombro hacia la calle que tenía detrás. La multitud humana no se fijó en nosotras. Demasiado ocupados con sus propias vidas como para detenerse a observar lo que parecían ser sólo dos mujeres charlando en un callejón. Aunque una tenía una espada.

No podía luchar contra ella ni con mi magia ni con mis propias manos. Así que hice lo que cualquier bruja inteligente haría en mi lugar.

Me arrodillé y agarré la roca que estaba junto a mis zapatos, del tamaño de la palma de mi mano.

El ángel se rió cuando vio la piedra en mi mano.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Esto.

Dejé volar mi piedra. Y, de milagro, le dio justo en medio de la

frente con un ruido sordo.

—¡Já! —golpeé el aire con el puño.

La piedra cayó al suelo con un golpe sordo. El ángel parpadeó. La irritación brilló en sus ojos oscuros.

—¿Qué has hecho? ¿Creías que podías matarme a pedradas?

Me encogí de hombros.

—Si funciona, claro que sí.

Me sonrió, con sus dientes antinaturalmente rectos y blancos.

—No lo hará.

No respondí, sino que me centré en la tarea que tenía entre manos. Tenía que mantenerme con vida el tiempo suficiente para averiguar por qué habían enviado a aquel ángel a matarme e idear mi huida.

Pero entonces el ángel hizo algo inesperado.

Se llevó la mano al cinturón, sacó una larga daga y me la arrojó a los pies.

—No me gusta matar a adversarios desarmados. No hay honor en ello.

Me quedé mirando la hoja a mis pies.

—Me gusta cómo piensas. Pero no deberías intentar matarme. Y punto. —Con los ojos fijos en el ángel, me arrodillé y cogí la daga. Era sorprendentemente ligera y parecía lo bastante afilada como para rebanar el metal.

—Todos vivimos según un código —respondió ella.

—Sí, nada de pastel de queso después de las diez de la noche. —Sabía que las probabilidades de que venciera a aquel ángel no estaban a mi favor, ni siquiera con la ayuda de aquella daga, pero no dejaría que me matara sin luchar.

—¿Supongo que no puedo convencerte? Puedo pagarte. Lo que quieras.

El ángel soltó una carcajada desdeñosa.

—No puedes negociar con un ángel asesino, Nefilim. Tu destino está sellado.

Exhalé, sacudiendo la cabeza.

—Sabes, me estoy cansando mucho de que la gente intente matarme todo el tiempo. Tengo una vida, ¿sabes?

El ángel ladeó la cabeza.

—Es tu destino. Naciste para morir.

Fruncí el ceño. ¿Destino? Puras tonterías. Me negaba a creer que sólo fuera una peona en un juego cósmico.

—El destino puede besarme el culo. Yo controlo mi propia vida.

—Ya veremos. —El ángel sonrió y cargó con la espada en alto. Esquivé su ataque, bloqueando con la daga lo que seguramente era un golpe mortal, y luego me agaché y salté hacia atrás.

El ángel se detuvo, sorprendida por mi movimiento. No había

esperado que fuera hábil con un arma, aparte de la magia que realmente no podía utilizar. Sonreí con satisfacción, sabiendo que acababa de ganar un poco más de tiempo.

La sorpresa en el rostro del ángel me llenó de confianza.

—No te lo esperabas. ¿Verdad?

—No estás tan indefenso como pareces —dijo ella, con una nota de respeto en la voz—. Bien. Puede que esto no sea tan aburrido después de todo.

—Gracias por notarlo —respondí, haciendo girar la daga en mi mano.

El ángel me miró fijamente.

—Nunca ganarás. No puedes vencerme.

—Puede que no —dije—. Pero moriré luchando.

El ángel se rió, pero era un sonido amargo.

—Sería mejor que aceptaras tu destino y murieras rápidamente.

Me golpeé los labios con un dedo.

—Déjame pensarlo... sí, no.

—Como quieras. —El ángel femenino se puso en posición de ataque y se abalanzó sobre mí, blandiendo la espada.

Mierda.

Sabía que había tenido suerte con la primera ronda, así que hice lo único que se me ocurrió.

Corrí como alma que lleva el diablo.

Llegué hasta uno de los autos aparcados en el callejón y lo utilicé para poner cierta distancia de seguridad entre nosotras. Cuando levanté la vista, el ángel ya estaba junto al auto. Sostenía la espada en alto y la bajó.

Sentí que el aire se movió alrededor de mi cara, y la punta de su espada casi me rozó la nariz al caer con fuerza sobre el capó del auto aparcado. Oí el sonido del desgarro del metal, y entonces la mitad del capó se desplomó.

Maldita sea. Esa espada tenía mucho metal. Y esa podría haber sido mi cara.

—Bonita espada —dije.

La asesina sonrió.

—Lo sé.

La miré fijamente desde detrás del auto destrozado. Me estaba quedando sin opciones. Mi magia era inútil contra un ser de puro poder divino, y mi fuerza física no era rival para la fuerza y velocidad superiores del ángel.

Sabía que tenía que actuar rápido.

—¡Já! —Lancé una falsa patada de karate, esperando pillar desprevenida al ángel. Retrocedió tambaleándose, sorprendida por mi movimiento repentino. Aprovechando su confusión momentánea, me

abalancé sobre ella con la daga.

Pero el ángel actuó rápido. Paró mi ataque con facilidad y me dio una patada en el estómago, haciéndome volar hacia atrás, hacia el callejón. Caí al suelo con fuerza, sintiendo que el aliento abandonaba mis pulmones.

El ángel se acercó a mí lentamente, con una sonrisa en los labios.

—No puedes vencerme, Nephilim —dijo—. No es culpa tuya. Nunca deberías haber nacido.

La fulminé con la mirada, negándome a mostrar debilidad mientras me ponía en pie.

—Está bien. Pero yo soy más guapa.

La confusión apareció en el rostro del ángel.

—Tu belleza mortal no puede salvarte.

—No. Pero fue divertido decirlo.

Apreté la daga con fuerza. Desesperada, invoqué el poder de las estrellas, concentrándome en la energía de las estrellas que había sobre mí y sintiendo cómo la energía corría por mis venas.

¡Sí! Levanté las manos y... nada. Ni siquiera un goteo.

—Sí, no tengo nada.

El ángel se acercó.

—¿Se suponía que eso debía asustarme?

—No. Pero se suponía que debía distraerte.

Con un rápido movimiento, me lancé hacia delante, intentando cogerla de nuevo desprevenida. El ángel reaccionó con prontitud, rechazando mi ataque con facilidad antes de responder con otra rápida patada en el pecho. Me tambaleé hacia atrás, intentando recuperar el aliento.

El ángel era implacable, sus movimientos fluidos y gráciles. Apenas podía seguirle el ritmo mientras atacaba una y otra vez, con su espada silbando en el aire. Esquivé y me moví, intentando encontrar una abertura, pero no pude. Era demasiado rápida, demasiado hábil.

Y en cualquier momento, sabía que estaba a punto de perder la cabeza.

En ese instante pensé en Shay. Si yo moría, ella perdería a una hermana. Pero estaba Valen. Y sabía que si me ocurría algo, él la protegería.

Apenas tuve tiempo de bloquear el golpe de la asesina cuando se abalanzó sobre mí sin pausa. Atrapé su espada con la daga, hoja contra hoja.

Le di una patada con la pierna, que conectó, y el dolor reverberó en mi muslo. Sabía que la había golpeado con fuerza. Dio un grito y retrocedió a trompicones, y yo giré sobre mí misma, evitando el golpe de su espada que intentaba atravesarme.

—Así que *puedes* sentir dolor —dije—. Interesante.

En un arrebato de rapidez, el ángel se abalanzó sobre mí, blandiendo su espada con una velocidad vampírica realmente impresionante. Sus golpes estaban alimentados por la habilidad y la precisión, no por la ira y la emoción. Estaba bien entrenada.

Pero no iba a rendirme todavía. Tenía que encontrar la forma de darle la vuelta a esta lucha. Y entonces vi una oportunidad. El ángel había dejado su costado al descubierto por un momento y yo aproveché la ocasión. Me lancé hacia delante, con mi daga apuntando a su corazón.

Pero fue demasiado rápida. Giró sobre sí misma, me agarró la muñeca con la mano libre y me estampó contra un auto aparcado. El dolor me recorrió el cuerpo al golpear la espalda contra el metal y grité de agonía. La daga se me cayó de la mano y cayó al suelo.

El ángel apretó su espada contra mi garganta.

—Has perdido —dijo, con voz fría y sin emoción.

La fulminé con la mirada, negándome a rendirme.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto?

—¿Cuánto te han pagado por mi cabeza? ¿Cuánto te pagan?

El ángel enarcó una ceja, intrigada por mis palabras.

—Tu mente mortal no lo entendería.

Siseé cuando su espada cortó la suave carne de mi cuello.

—Dinero no. ¿Poder? ¿Rango? Sí. Todo es cuestión de poder y rango con ustedes. ¿Verdad?

—Tal vez. Pero nunca lo sabrás.

Y fue entonces cuando las cosas empeoraron.

—¡Leana!

Mierda. Torcí el cuello, miré detrás del ángel y maldije.

Elsa y Jade entraron corriendo en el callejón. Y les seguían de cerca las YouTubers, con sus teléfonos y palos de selfie apuntando en mi dirección.

Daisy chasqueó los dedos a las otras dos.

—Rápido. No quiero perderme nada.

Las jóvenes se acercaron y luego se detuvieron, con los pies plantados mientras dirigían sus teléfonos hacia nosotras, justo cuando sentí el estruendo de la magia en el aire. La magia de Jade y Elsa.

No tenía ni idea de si el ángel atacaría a otros que no estuvieran en su lista de asesinatos. Pero si Jade y Elsa la agredían, sin duda tomaría represalias.

El ángel miró hacia la fuente de la perturbación, olvidándose por un momento de mí.

Me aproveché.

Pisé su pie, sentí que su espada se me escapaba del cuello y me lancé hacia delante, con mis manos buscando sus ojos. Ella esquivó sin

esfuerzo, moviéndose con una agilidad que iba más allá de lo humano.

—Ni siquiera lo intentas —se burló, con su espada brillando a la luz.

—Créeme. Lo hago. —Apreté los dientes, sintiendo un tirón de magia procedente de las brujas—. Atrás —les grité—. No pueden luchar contra ella.

—No dejaremos que esa cambiaformas te mate —gritó Elsa.

—No es una cambiaformas —respondí aullando—. Es un ángel. —Oí la respiración entrecortada de las brujas y de las YouTubers, pero seguí concentrada en el ángel.

Sin embargo, mi victoria duró poco. El ángel respondió con un fuerte golpe que me hizo caer al suelo. Sentí que me quedaba sin aliento y luché por volver a ponerme en pie.

Sabía que no podía vencerla. Eso era evidente. No durante el día, al menos. Y temía que cuanto más tiempo estuviéramos así, mayores serían las probabilidades de que mis amigas se involucraran y cometieran alguna estupidez. Necesitaba esconderme hasta el amparo de la noche.

Ya está.

Me abalancé sobre la multitud, salí corriendo por el callejón y me dirigí hacia el sur.

—¡Leana! —oí gritar a Elsa detrás de mí mientras saltaba hacia la calle Treinta y Nueve Este.

Se acercaban pasos, los pasos de la asesina, y me lancé entre la multitud humana. Los autos me tocaban el claxon mientras cruzaba a toda velocidad la concurrida calle. Un vehículo aminoró la marcha cuando me acerqué.

Era el momento. Mi oportunidad de hacer un movimiento de deslizamiento sobre un auto, típico de Hollywood.

Contuve la respiración y salté por los aires, calibrando la distancia que me separaba del lateral del auto.

Y fallé.

El aire me abandonó cuando choqué con mi panza contra el auto en marcha.

Auch.

—¡Hazte a un lado! ¡Acabas de rayar mi auto, zorra estúpida! —gritó el dueño del vehículo que acababa de asaltar con mi barriga.

—Lo siento —jadeé, y me dirigí tambaleándome hacia el otro lado de la carretera. Justo cuando llegué a la acera, me di la vuelta, pues había presentido al ángel antes de verla.

Sí. Estaba sonriendo. La sonrisa de una ganadora.

—No estoy segura de lo que has intentado ahí, pero creo que has rayado ese auto tan caro —dijo, caminando tranquilamente hacia mí.

—Me sentí un poco imprudente. —Ya no tenía a dónde huir.

Estaba jodida.

Levantó la espada.

—Hora de morir, Nefi…

Un autobús urbano pasó a toda velocidad y chocó contra el ángel.

Ups.

El autobús pisó el freno, pero cuando se detuvo, se había desplazado otros quince metros.

Me quedé mirando el cuerpo destrozado del ángel, sin saber cómo sentirme al respecto. *Había* intentado matarme. Por eso estaba aquí. Pero era un ángel, y eso me producía sentimientos encontrados. ¿Qué pasaba con la gente que mataba ángeles? Bueno, técnicamente, yo no la había matado, pero aun así. ¿Acaso morían los ángeles? ¿No eran inmortales? ¿Su alma había muerto cuando la atropelló el autobús? Todas estas preguntas necesitaban respuesta.

—A la mierda. Acabas de matar a un ángel.

Levanté la vista para ver a las YouTubers que se acercaban corriendo.

—Rápido, tomen imágenes del ángel muerto —ordenó Daisy, chasqueando los dedos a sus dos amigas.

Observé, con el estómago revuelto, cómo las dos hembras empezaban a filmar el cadáver del ángel junto a un grupo de curiosos humanos que hacían exactamente lo mismo con sus teléfonos.

Sacudí la cabeza. Algo iba muy mal en el mundo.

Me di la vuelta, asqueada por la escena.

—¿Crees que esté muerta? —Elsa apareció a mi lado, ligeramente sin aliento. Jade miraba fijamente los restos retorcidos de lo que había sido la asesina, con pinta de estar a punto de vomitar.

—No creo que nadie pueda vivir con el cuello doblado así. Ni siquiera un ángel. —Volví a mirar la cara del ángel, manchada de sangre, con sus ojos oscuros y sin vida mirando a la nada. Había sucedido tan deprisa que aún intentaba hacerme a la idea de lo que acababa de ocurrir.

—¿Estás bien? —preguntó Elsa, con un tono lleno de preocupación.

—No —dije, con el estómago revuelto. Porque, ¿cómo iba a estarlo?

Acababa de matar a un ángel.

5

Pues sí, he matado a un ángel. Técnicamente había sido un accidente. El autobús la había matado atropellándola. Pero yo había participado involuntariamente en su muerte. Me había perseguido por la calle, sin prestar atención al tráfico que se aproximaba, y eso le había costado la vida.

Una asesina enviada por los cielos para matarme, y ahora estaba muerta. Menudo giro de los acontecimientos.

Como inmortal, no estaba segura de que estuviera *muerta* muerta, o si había sufrido su verdadera muerte o como quiera que lo llamaran. Quizá sólo había muerto su cuerpo humano y había regresado al cielo para que le dieran un cuerpo de repuesto. El hecho era que no sabía cómo funcionaba todo aquello. ¿O tal vez si moría en la Tierra, ése era el final del camino para ella? Quién sabía.

Aun así, no tenía el lujo del tiempo para reflexionar sobre los detalles de la mortalidad de los ángeles. Si un ángel asesino ya me había encontrado, los otros nueve seguramente me seguirían. Tenía que idear un plan. Tenía que idear mi próximo movimiento, porque sabía que esta vez había tenido suerte y había burlado a la muerte, pero la próxima vez no sería tan afortunada.

Una cosa era segura. Me había metido en un buen lío. Matar a un ángel era un gran problema, aunque fuera accidentalmente. Nadie mataba a los ángeles. Los ángeles eran los buenos. ¿Pero realmente lo eran?

A pesar de mi incertidumbre, no pasaría mucho tiempo antes de que otros ángeles vinieran por mí, furiosos porque había matado a uno de los suyos.

Habíamos esperado a que llegaran los socorristas humanos al lugar. En el sitio estábamos Elsa, Jade, yo y las tres YouTubers, que seguían grabando la espantosa escena, al igual que un puñado de espectadores humanos.

Había visto cómo los paramédicos declaraban la muerte del ángel femenino, arrastraban su cuerpo destrozado hasta una camilla y la cubrían con una sábana blanca, lo cual no hizo sino hacerme sentir peor. No tenían ni idea de que era un ángel y de que nadie vendría a reclamarla. Pero también me dijo algo importante. A los ángeles se les *podía* matar. Bueno, al menos en este plano de existencia, podían ser eliminados.

—A ver si entendí —dijo Elsa, de pie, frente a mí, en la cocina de

mi apartamento del piso trece—. ¿Esa mujer era un ángel asesino enviado por la Legión de Ángeles para matarte? ¿Lo he entendido bien?

—Sí. —Dejé la taza de café sobre la encimera—. Número uno. Quedan nueve. Sí.

Jade me parpadeó como si me hubiera vuelto loca.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Cortesía de mi queridísimo ángel padre —dije y relaté rápidamente los acontecimientos de la noche anterior, cuando él se había presentado.

—Por eso te habías ido sin despedirte. —Elsa tamborileó con los dedos sobre su taza de café, con el ceño fruncido en la frente—. ¿Y él no puede ayudarte? ¿En nada?

Sacudí la cabeza.

—Parece que no.

Elsa exhaló.

—¿De qué sirve tener un padre que es ángel si ni siquiera puede protegerte de los suyos?

Buena pregunta.

—Eso es lo que me gustaría saber. —Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Valen.

Yo: *Necesito hablar contigo. Es importante. Apartamento del hotel.*

Jade apoyó los codos en la encimera.

—¿Cómo te han encontrado tan rápido?

Había pensado en eso.

—No creo que lo hicieran. Tengo la sensación de que llevan tiempo buscándome. ¿Quizá siguieron la esencia de mi padre? Quién sabe. Pero vendrán más. Eso lo sé con seguridad.

—¿Y no les interesa Shay? —Elsa sacudía la cabeza mientras lanzaba aquellas palabras—. Es extraño que te quieran ver muerta, pero tu hermana es quien ostenta el verdadero poder. ¿Y no sabes por qué? ¿Tu padre no lo sabe?

Suspiré, sin sentirme menospreciada por mis habilidades y por lo inútil que era porque era cierto.

—No estoy segura. Una parte de mí quiere creerle cuando dice que no lo sabe. La otra parte piensa que miente descaradamente.

—¿Por qué iba a hacer eso? Te quiere —dijo Jade como si eso debiera ser obvio para mí.

La miré fijamente, sin saber cómo me sentía al respecto. Nunca había oído pronunciar esas palabras sobre mi padre.

—Dijo que podría ser algo de mí que aún no he visto. Como algo de mí que no se ha manifestado. No lo sé. Parece una locura. Todo esto es una locura.

—¿Podría estar hablando de magia? —preguntó Elsa, volviendo a

fruncir el ceño.

—Podría ser —respondí— pero las brujas suelen adquirir sus poderes al principio de la adolescencia.

—A lo mejor floreces tarde —se rió Jade—. Yo lo fui.

Resoplé, aunque había algo realmente inquietante en la idea de que había algo diferente en mí de lo que no era consciente. No me gustaba. Y, al parecer, me matarían por eso. Maravilloso.

No es como si pudiera acercarme a mi familia para interrogarles sobre esa parte de mi ADN. Con la muerte de mi madre y mi abuela, no me quedaba familia, salvo Shay y Matiel. Si había algo en la parte de la familia de mi madre, no estaba al tanto. Sin embargo, tenía la sensación de que tenía más que ver con el lado de los ángeles que con el de las brujas. Pero ¿quién sabe? Podía estar equivocada al respecto.

—¿Lo sabe Shay? —La mirada de Elsa era intensa—. ¿Lo de los asesinos?

Asentí, sintiendo que se me oprimía el pecho al pensar en lo que aquella niña había pasado recientemente.

—Estaba junto a Matiel cuando me lo contó. No le hablaré de este incidente. No quiero asustarla. Ya ha sufrido bastante. Necesita recuperar la normalidad. Al menos durante un tiempo, no se lo mencionen por favor.

—No lo haremos —convino Jade, asintiendo en dirección a Elsa, que también asintió.

—Gracias. —Me mordí el labio, intentando controlar la frustración que se acumulaba en mi interior—. Tiene que haber algo. Alguna forma de protegerme. ¿Como un hechizo o algo así?

Elsa vaciló antes de volver a hablar.

—Puede que haya una manera.

Enderecé la espalda, intrigada.

—¿Cuál es?

Elsa dio un golpecito a su taza antes de contestar.

—Es un hechizo de protección. Te hará *invisible* para los ángeles. Por lo que he oído.

Mi corazón empezó a acelerarse.

—Supongo que nunca has hecho esto antes.

—No.

—¿Pero *puedes* hacerlo? —Era la mejor noticia que había oído desde que mi padre me habló por primera vez del gremio de asesinos.

Ella asintió.

—Sí. Sí. Pero no es fácil.

Mi teléfono vibró y lo agarré, viendo el mensaje de Valen.

Valen: *En camino.*

—Requiere ingredientes raros y mucho poder —respondió la bruja mayor.

—¿Puedes garantizar que el hechizo funcionará?

Elsa negó con la cabeza.

—No, no puedo. Nunca lo he hecho, pero he leído sobre ello. Y no hay hechizo que no pueda realizar si se hace correctamente. Pero aun así, no es una garantía. Los ángeles son seres poderosos que podrían encontrar la forma de romper el hechizo. Pero no lo sé.

Sopesé los pros y los contras en mi mente. Por un lado, necesitaba protección. Por otro, no quería ponerme a mí ni a nadie en peligro. Pero ¿qué otra opción tenía?

Me incliné hacia delante, dispuesta a correr el riesgo.

—Me da igual. Necesito protección. No puedo vivir mi vida mirando por encima del hombro y esperando a que el próximo asesino venga por mí. Necesito tomar el control de la situación. Haré lo que sea necesario.

—Yo también —dijo Jade—. Quiero decir... quiero ayudar.

Le sonreí a Elsa.

—Tengo fe en tus habilidades. De verdad. Puedes hacerlo —le dije, pero era más por mí que por ella—. Si puede protegerme durante unos días y darme tiempo para averiguar por qué me persiguen en primer lugar, lo aceptaré.

Elsa extendió las manos sobre el mostrador, con expresión seria.

—Bien —respondió la bruja—. Me pondré manos a la obra. Necesitaré tiempo para reunir los ingredientes. Mientras tanto, deberías pasar desapercibida. No salgas a menos que sea absolutamente necesario.

Quise decirle que los ángeles también podían entrar, pero lo pensé mejor.

—Pero recuerda... una vez hecho, sólo dura un tiempo limitad.

—Está bien —dije rápidamente—. Si puede darme unas horas al día, me basta.

Jade ladeó la cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

Me mordí el labio inferior.

—No estoy segura. Mi padre no puede ayudar, y no es como si pudiera contactarlo para algo. Lo que necesito es preguntarle a otro ángel por qué me persiguen.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —preguntó Elsa, con las cejas escépticas.

Fue lo único en lo que pensé después de enfrentarme al ángel hembra.

—Como siempre lo he hecho. Improvisando. —Tomé aire, esperé a tener toda su atención y dije—: Tendré que atrapar al próximo ángel asesino.

La taza de Elsa estalló con gran estrépito al chocar con el duro

suelo.

—Caldero, ayúdanos. Ha perdido la maldita cabeza.

—No lo he hecho. Lo he pensado bien. —No exactamente, pero había estado dándole vueltas a la idea en mi cabeza al ver al ángel muerto.

—¿No hablas en serio? —Jade me miró como si acabara de romper su póster de Duran Duran.

—Sí, hablo en serio. —Mi pulso palpitaba de emoción mientras mi plan se formulaba ante mis ojos—. Es la única manera. Lo atraparé y le obligaré a decirme *por qué* me quieren muerta. Necesito saberlo. Y una vez que lo sepa, todo esto podrá tener sentido y tal vez conseguiré que la legión deje de perseguirme. Quizá podamos hacer un trato.

—No *hacemos tratos* con seres celestiales —dijo Elsa.

—Yo sí lo haré.

—No me gusta. —Elsa murmuró un hechizo en voz baja. El aire se llenó de magia cuando los trozos de su taza se levantaron del suelo, se dirigieron a la papelera que había junto al fregadero y cayeron en ella —. ¿Cómo piensas hacer esto? Los ángeles no son estúpidos. Y éstos son asesinos entrenados.

—Voy a utilizarme como cebo.

Elsa maldijo, y Jade se golpeó la frente con la palma abierta. Duro.

—Este plan tuyo empeora cada vez que abres la boca —acusó Elsa.

Me incliné hacia delante.

—Va a funcionar. Pero, obviamente, tengo que hacerlo por la noche. Hoy escapé por poco. —Miré a Elsa—. Así que en cuanto tengas ese hechizo para mí, lo utilizaré durante el día, y luego tenderé mi trampa por la noche. Quizá incluso lo haga esta noche. Sí, esta noche.

—¿Quieres morir? —La voz de Elsa era peligrosamente grave.

—No.

—¿Por qué tanta prisa? ¿No puedes esperar unos días?

Negué con la cabeza.

—No. Puede que no tenga unos días. —Señalé por la ventana—. Otro ángel asesino podría venir hacia mí en los próximos diez minutos.

Jade gimió.

—No digas eso.

—Es la verdad. Se me acaba el tiempo. Y mientras más rápido atrape a un ángel, más rápido podré obtener algunas respuestas. Y más cerca estaré de averiguar qué demonios está pasando.

Las dos brujas me miraron. Tenían la preocupación marcada en el rostro. Sabía que se preocupaban por mí y agradecía su cautela, pero no podía dejar que el miedo me frenara. Tenía que ser proactiva y tomar las riendas de mi propio destino. Maldita sea.

Jade suspiró.

—Espero que sepas dónde te metes.

—Sí, lo sé —mentí con firmeza—. Escuchen. Tengo que intentar algo. No puedo quedarme sentada esperando a que me maten. Agarrar la vida por las pelotas y todo eso.

Elsa se cruzó de brazos, con aire escéptico.

—¿Y cómo piensas atraerlos a esta trampa tuya?

—Aún no he pensado en eso —dije, con una sonrisa socarrona dibujándose en mi rostro—. Tendré que luchar contra ellos. Eso es evidente.

Los ojos de Jade se abrieron de par en par.

—¿Vas a luchar contra ellos?

Asentí con la cabeza.

—La lucha es inevitable. No caerán voluntariamente en mi trampa.

Elsa negó con la cabeza, pero pude ver un brillo de admiración en sus ojos.

—Eres valiente. Lo reconozco. Pero estúpida.

Me levanté, sintiéndome llena de energía por su apoyo.

—Tengo que serlo.

—Estúpida —repitió Elsa.

—No puedo seguir viviendo con miedo. Necesito tomar las riendas de mi vida.

—A mí tampoco me gusta la idea —añadió Jade—. Es demasiado peligroso. ¿Y si te hacen daño? O peor, ¿y si te matan? Son ángeles. Seres poderosos.

Sacudí la cabeza.

—Lo sé. No dejaré que ocurra. Tendré cuidado. Además, las tendré a ustedes vigilándome las espaldas.

—Pero ¿y si no están solos? —preguntó Elsa, con la preocupación marcada en el rostro—. ¿Y si tienen refuerzos?

—Me ocuparé de ello —dije con confianza—. No es que tenga elección. Tengo que hacerlo.

Jade suspiró.

—No me gusta, pero te apoyaré. Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias —dije, sintiéndome agradecida por su disposición a ayudarme. Me sentía bendecida por haber encontrado tan buenos amigos.

Elsa asintió.

—Y terminaré el hechizo lo antes posible. Pero, por favor, ten cuidado. No corras riesgos innecesarios. Y no hagas ninguna estupidez.

Les sonreí.

—¿Yo? ¿Una estupidez? Nunca.

Jade se echó a reír.

—Estás más loca que una permanente de los ochenta.

Con un plan en marcha, me sentí mejor, decidida. Iba a atrapar a un ángel asesino y conseguiría las respuestas que necesitaba. Era peligroso, arriesgado y posiblemente mortal, pero era la única forma de ponerle fin a esta locura. Y con el hechizo de Elsa, al menos tenía una oportunidad de lucha.

Me llegó el sonido de unos zapatos golpeando el suelo de moqueta. Daisy, Dina y Demi entraron bailando un vals en el apartamento. Sus ojos se centraron en nosotras, que estábamos alrededor de la isla de la cocina.

—Han vuelto las Tres Chifladas —murmuré. Fruncí el ceño ante el grupo de mujeres jóvenes que habían irrumpido en mi apartamento—. Creía que Jimmy las había detenido —susurré en voz baja.

El rostro de Jade se arrugó en señal de sospecha.

—Parece que no.

—Leana. ¿Qué se siente al matar a un ángel? —Daisy se acercó a mí y me apuntó a la cara con su maldito móvil—. Nuestros espectadores quieren saberlo. —Ante mi reticencia a contestar, presionó—: Díselo a nuestros espectadores.

—Perfecto. Lo haré. —Me quité el teléfono de la cara de un manotazo, más fuerte de lo que había pensado. El aparato voló por la cocina y cayó al suelo con un fuerte estruendo. ¿Se había roto? Posiblemente. ¿Y qué? Me daba igual. Podía pasarme la factura.

Sin volver a mirarla, me alejé, con la mente dándole vueltas a mis supuestos planes para esta noche.

Pero había un problema importante.

Tendría que decírselo a Valen. Y sabía que no le iba a causar ninguna gracia.

6

Valen entró en el apartamento situado encima de su restaurante en menos de tres minutos. Su postura era explosiva, y sabía que estaba preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó el gigante mientras cruzaba la zona de la sala y venía a colocarse a mi lado, junto a la ventana que daba a la calle de abajo.

Le había vuelto a enviar un mensaje para que se reuniera conmigo en «nuestro» apartamento mientras yo salía furiosa del Hotel Twilight. Las YouTubers no me siguieron. Me alegro. Mis emociones estaban a flor de piel y no podía ser responsable de golpearles la cabeza. Y tenía *muchas* ganas de hacerlo.

Me quedé mirando por la ventana.

—Creo que podrían demandarme. —Sólo había roto un teléfono, pero nunca se sabía. La gente era demasiado sensible hoy en día.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza.

—Nada. —Dirigí mi atención hacia Valen—. Escucha. Ha ocurrido algo.

Valen me miró de arriba abajo, aparentemente examinándome en busca de señales de magulladuras o heridas, pruebas del «algo».

—¿Tiene algo que ver con las sirenas que he oído?

—Sí que tienes buen oído.

—¿Y?

Tomé aire y me señalé con un pulgar.

—He matado a un ángel.

La expresión de Valen era ilegible. Se quedó allí, mirando fijamente, y no estaba segura de que eso fuera mejor que una exhibición explosiva.

—¿Un ángel que vino por ti para matarte?

—*Has* estado prestando atención. —Me froté los ojos, intentando librarme de la imagen del cuerpo contorsionado del ángel en medio de la calle. No funcionaba. Tragué la bilis que se me subió al fondo de la garganta.

Valen me agarró por los hombros y me hizo girar.

—¿Estás herida? ¿Te han hecho daño?

—Sí. No. Quiero decir, *sí,* me hizo daño. Casi me patea el culo. —Y me habría matado si no hubiera sido por una suerte tonta.

Valen me soltó.

—Entonces, ¿cómo la mataste?

—No lo hice. —Ante su expresión de confusión, añadí—: Lo hizo el autobús. Corrí a la calle para intentar alejarme de ella porque, ya sabes, me estaba pateando el culo. Y entonces la atropelló un autobús que venía en dirección contraria. No estaba segura de que los ángeles pudieran morir así. Resulta que sí. —Lo cual era bueno, en mi caso.

Valen soltó un suspiro y apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Has tenido suerte.

—Esta vez —respondí, sintiendo un nudo de nervios a lo largo de la nuca—, no creo que vuelva a tener tanta suerte. En cuanto los demás asesinos se enteren de lo ocurrido, probablemente empeorará.

Valen se inclinó hacia atrás para mirarme.

—¿Qué puede ser peor que otros nueve ángeles asesinos?

Me encogí de hombros.

—¿Cincuenta? ¿Cien? Mi padre supuso que habían enviado a los diez mejores. Eso no significa que sea todo lo que tienen. Estoy bastante segura de que este Gremio de Asesinos ha entrenado a muchos más que sólo diez ángeles desde que están operativos. —Probablemente miles.

Valen respiró hondo y se pasó la mano por su espeso pelo.

—Esto es malo.

—No me digas —respondí—. O sea, ¿el ángel con quien luché hoy murió realmente? ¿O volverá más tarde en un cuerpo nuevo? Desearía que mi padre me hubiera dicho todas esas cosas antes de volver a marcharse. —No estaba segura de si estaba siendo evasivo a propósito o si de verdad desconocía cómo funcionaba este gremio.

En ese momento, sentí las mismas corrientes de hormigueo que antes, a lo largo de mis brazos y piernas, pero ahora la sensación parecía originarse en mi centro. ¿Podría ser éste el cambio del que me había advertido mi padre? Pero, de nuevo, podrían ser sólo calambres. Podría ser una diarrea nerviosa.

—¿Crees que volverás a verle pronto? —preguntó mi gigante sexy.

Negué con la cabeza.

—No. Creo que le costó venir a vernos ayer. —Mis ojos se dirigieron a la cocina—. Necesito un vaso de agua. —Caminé hacia la cocina y me serví un vaso grande de agua. De tanto luchar y correr, estaba muerta de sed.

—¿Ayudó el anillo? —Valen cruzó los brazos sobre el pecho, observando el anillo de plata enroscado en mi pulgar.

Tragué.

—Un poco. Lo único que hacía era palpitar y desprender una sensación de calor. Pero nada más. No es como si pudiera crear un escudo o un glamour que me hiciera invisible para ellos. Sobre eso —dije, tomando otro sorbo de agua—. Elsa y Jade me ayudarán con un

hechizo que me hará invisible para los ángeles. Quizá no *completamente* invisible, pero sí más difícil de rastrear. —Lo cual era mejor que nada. Y yo tenía un montón de nada en aquel momento.

Valen se limitó a parpadear, aparentemente tranquilo y sereno. Pero yo sabía que no estaba así. Tenía esa postura no violenta relajada hasta que te golpeaba y te mataba a puñetazos. Temperamentos gigantescos.

Sorbí lo que quedaba de agua y puse el vaso en el fregadero.

—Va a llevar un tiempo finalizar el hechizo. Así que mientras tanto... tengo que pensar qué voy a hacer.

Aún tenía que plantearle a Valen mi superplan de atrapar a un ángel. Sabía que no se lo tomaría a la ligera. Probablemente también intentaría disuadirme. Quizá rompiera algunas paredes en el proceso. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Sí, lo odiaría. Así que simplemente lo dije.

—Tengo un plan.

Valen enarcó una ceja.

Aquí vamos.

—El plan es... atrapar a un ángel. —Levanté las manos en señal de rendición ante la tormenta que se estaba gestando tras los ojos del gigante—. Antes de que te pongas en plan neandertal y empieces a romper cosas, escúchame. ¿De acuerdo?

El ojo izquierdo de Valen empezó a temblar. No era una buena señal.

—Atrapar a un ángel es la única forma de obtener respuestas, ya que Matiel no fue de ayuda. Tú estabas allí. No sabe por qué me persigue la Legión, o al menos eso es lo que dice. Quizá no pueda decirme más por alguna razón. Lo que me deja sin muchas opciones.

Un músculo se tensó a lo largo de la mandíbula del gigante. Maldita sea.

—Ya atrapé antes a una bruja oscura y fumadora empedernida. ¿Tan difícil puede ser atrapar a un ángel? —Me reí. No se rió.

—Bueeeno. Mal ejemplo. La cuestión es que necesito averiguar por qué me persiguen en primer lugar. Y entonces podré, con suerte, poner fin a la recompensa por mi cabeza. Sin eso, sin saber por qué, estoy jodida. Nunca podré detenerlos. No puedo vivir así.

La postura de Valen se puso rígida y casi pude ver la tensión en sus hombros.

—Lo que sugieres es una locura. No. Una demencia.

—No me digas, pero se me acaban el tiempo y las opciones. —Me quedé mirando el profundo ceño fruncido de Valen, notando que se hundía cada vez más.

—¿Cómo colocarás esta trampa? —preguntó el gigante.

—Utilizándome como cebo.

Valen respiró por la nariz.

—Pero no sabes cuándo aparecerán. Pueden aparecer en cualquier momento. De día o de noche.

—Lo sé. Pero tengo la esperanza de que estén teniendo una especie de reunión de aureolas, ya que he vencido a uno. Que no sea un objetivo tan fácil como pensaban. Debería darme tiempo para prepararme. —Si estaba en lo cierto, e iba con mi instinto, eso significaba que vería a otro ángel posiblemente esta noche. Y estaría preparada para ello.

—¿Y cómo, exactamente, vas a atrapar a un ángel?

Fruncí los labios.

—Con un poderoso hechizo. Lo he visto en uno de esos viejos tomos del archivo del Consejo Gris. El mismo libro que utilicé para invocar a Matiel. —Y fracasó—. No es tan complicado. Un círculo. Unos cuantos sigilos. Ya sabes… lo normal. —Sonreí, intentando aligerar el ambiente. No funcionó. No mencioné la parte en la que el ángel tendría que *entrar* en el círculo para que la trampa funcionara. Más que nada porque aún no había resuelto esa parte.

Valen negaba con la cabeza.

—Esto no me gusta.

—Yo tampoco, pero es la única manera. Por favor, avísame si tienes alguna idea brillante que compartir.

Llamaron a la puerta y ambos nos pusimos rígidos.

Un gruñido sonó en la garganta de Valen y, si no lo conociera mejor, habría pensado que era un hombre lobo.

—Tranquilo, grandulón. —Levanté una ceja hacia el gigante—. Dudo que un ángel asesino llame a la puerta. Probablemente sean Elsa o Jade. —¿Habían terminado el hechizo? Eso sería estupendo.

Me disponía a ir hacia la puerta para abrirla, pero Valen se adelantó y llegó a la puerta antes de que yo hubiera dado dos pasos fuera de la cocina.

El gigante abrió la puerta de golpe.

Daisy, Dina y Demi se quedaron en el umbral. Las tres hembras se quedaron boquiabiertas al contemplar el físico impecable del gigante, su aspecto robusto y esa increíble vibración alfa que él desprendía. Era casi una colonia y muy irresistible para nosotras, las hembras.

Daisy parpadeó un par de veces, como sacándose a sí misma de su estupor, y apuntó a la cara de Valen un teléfono con la pantalla agrietada mientras decía:

—¿Eres el gigante Valen? ¿El novio de Leana? ¿Qué se siente ser un gigante? Nuestros espectadores quieren...

La puerta se le cerró en las narices.

Valen cerró la puerta antes de volverse hacia mí.

Se me escapó un bufido.

—Ha sido increíble. Te ves tan sexy mientras les cierras de golpe las puertas en las caras a esas jóvenes tan guapas. —Mujeres que tenían la mitad de mi edad, pechos turgentes, cuerpos firmes y muslos sin celulitis. Sí, eso me hizo sentir calor y hormigueo por dentro.

Una sonrisa socarrona se formó en los labios de Valen.

—Mmm. ¿Qué tan sexy? —El gigante se acercó y su tono grave me puso la piel de gallina.

Sonreí, poniendo los ojos en blanco ante su cuerpo musculoso e inmaculado.

—Jodidamente sexy.

Mientras miraba fijamente a Valen. No pude evitar sentirme un poco intimidada por su pecho ancho y sus músculos abultados. Es decir, no estaba acostumbrada a estar con alguien que podría aplastarme como a una uva si quisiera, pero también era *muy* excitante.

Pero cuando se inclinó para besarme, me olvidé por completo de su tamaño y me perdí en el momento. Sus labios eran suaves y sorprendentemente delicados para alguien tan grande. También tenía mucho talento con la lengua. Prácticamente se me pusieron los ojos en blanco.

—Quién iba a decir que los gigantes besaban tan bien —dije, apartándome momentáneamente para recuperar el aliento, mientras mis partes femeninas palpitaban.

Valen soltó una risita, con su voz grave retumbando en su pecho.

—No habías estado con el gigante indicado —dijo, tirando de mí para darme otro beso.

Rodeé sus enormes hombros con mis brazos, sintiéndome diminuta en comparación.

—Bueno, supongo que he tenido suerte —dije rodeando su boca.

Valen soltó un gruñido mientras sus ojos oscuros se llenaban de picardía.

—Aún no has visto nada —dijo, inclinándose para besarme de nuevo.

—No soy tan fácil —le reñí, apartándole juguetonamente.

El gigante me enseñó los dientes.

—Sé que me deseas.

—Nop —bromeé, apartándome de él, pero no pude evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara ni que me palpitaran las regiones inferiores.

Valen se acercó a mí. Tenía un brillo depredador en los ojos que nunca dejaba de provocarme escalofríos. Me gustaba.

Solté un chillido mientras corría alrededor de la isla de la cocina, derribando una pila de libros de cocina mientras Valen gruñía juguetonamente detrás de mí.

—Ven aquí, pequeña traviesa —dijo.

—Ven por mí, gigante. —Solté una risita mientras corría hacia el sofá, evitando por los pelos una mesa auxiliar.

—Ah. Puedes apostar tu dulce culo a que lo haré. —Valen se echó a reír, sus ojos centellearon con picardía, y luego se abalanzó.

Astuta y ágil como la bruja que era, intenté saltar por encima del sofá, fallé y caí de bruces sobre los cojines con el culo al aire. No fue exactamente el salto de una campeona sexy, pero sin duda memorable.

Una mano me dio una palmada en el culo.

—Me lo estás poniendo *demasiado* fácil —dijo el gigante.

Lo siguiente que recuerdo es que unos brazos fuertes me agarraron por la cintura y me levantaron, y me aplastaron contra un pecho duro como una roca y cálido, sus labios estaban calientes y ansiosos cuando se encontraron con los míos.

—Te tengo —susurró, acariciándome la oreja antes de plantarme otro beso en el cuello que me hizo ronronear como un gato.

Por un momento, me olvidé de todo lo demás. El mundo se redujo al sabor de su boca, a la sensación de su cuerpo contra el mío y a la forma en que sus manos recorrían mi piel con una intensidad que me dejaba sin aliento.

Entonces mi pie resbaló en la alfombra y los dos caímos hacia atrás, estrellándonos contra el sofá. No pude evitar soltar una carcajada cuando aterrizamos en una maraña de miembros, con mi pelo desparramándose por su cara.

Valen me sonrió, con los ojos brillantes de diversión.

—Veo que intentas hacer esto interesante —dijo, con voz grave y ronca.

—Soy una bruja interesante.

Se rió y se inclinó para besarme de nuevo, deslizando una mano hacia arriba para acariciarme el pecho a través de la tela de la camisa. Gemí en su boca, arqueándome ante sus caricias, y él lo tomó como una señal para profundizar el beso. Podía sentir su excitación presionándome, y eso sólo hizo que lo deseara más.

La mano de Valen se deslizó bajo mi camisa, trazando las líneas de mis curvas mientras sus labios bajaban por mi cuello.

—Eres tan hermosa —susurró, con su aliento caliente contra mi piel.

—Tú tampoco estás tan mal —bromeé, sentándome a horcajadas sobre él.

Las manos de Valen recorrieron libremente mi cuerpo mientras nos besábamos con fervor y nuestros cuerpos se apretaban con fuerza.

—Llevo todo el día esperando esto —susurró, con la voz cargada de deseo. Se apartó de mí, me tomó en brazos y me llevó a nuestro

dormitorio.

—La forma en que mueves la lengua así… ¿estás seguro de que no eres un vampiro? —bromeé, pasándole los dedos por el pelo revuelto.

Valen me sonrió, con los ojos oscuros de deseo, mientras me dejaba en la cama.

—Estoy seguro. Sólo beso muy, muy bien.

No se equivocaba. Me reí y tiré de él para darle otro beso, nuestros cuerpos se fundieron mientras hacíamos el amor con salvaje desenfreno. La habitación se llenó con el sonido de nuestros gemidos y el crujido de la cama mientras explorábamos cada centímetro del cuerpo del otro.

Y por un momento, todos mis pensamientos sobre ángeles asesinos se evaporaron de mi mente.

Durante un tiempo.

7

—¿Tienes hambre? —preguntó el sexy espécimen masculino en nuestra cama.

Rodé sobre mi estómago, admirando aquellos ojos oscuros e intensos.

—¿Después de tanto trabajo? Sí, podría comer.

Valen me dedicó una sonrisa socarrona.

—Ahora vuelvo. —El gigante balanceó sus musculosas piernas fuera de la cama, y no pude apartar la vista de su escultural cuerpo desnudo. Créeme. Tú también habrías mirado—. Abajo tengo una pasta siciliana muy rica que creo que te gustará —dijo, subiéndose los jeans.

Apoyé la cabeza en el brazo para ver mejor.

—Date prisa. Aún no he terminado contigo.

Valen me dirigió una de esas sonrisas que me hacían chisporrotear la sangre y apretar el corazón. Nunca me cansaría de esas sonrisas.

—Vuelvo enseguida. —El gigante agarró una camisa y desapareció por la puerta.

Me recosté al oír que la puerta del apartamento se cerró, sintiéndome un poco más relajada y sorprendentemente concentrada después de la ronda de sexo, con gritos a todo pulmón, que acababa de tener. Por lo visto, los orgasmos múltiples son buenos para aclarar la mente. ¿Quién lo diría?

Mientras estaba tumbada, con el cuerpo aún vibrando por las secuelas de aquellas endorfinas felices, revisé mi teléfono. El reloj digital marcaba las dos cuarenta y tres.

—El tiempo vuela cuando te diviertes —murmuré, dejando caer de nuevo el teléfono sobre la mesita de noche.

Tragué saliva, con la garganta seca, probablemente de tanto gritar. Ni en un millón de años pensé que algún día conocería a un hombre tan amable, inteligente y fiel, cuya habilidad en el dormitorio debía considerarse magia. Pero aquí estábamos, juntos. Y no podía ser más feliz.

Sonriendo como una tonta, levanté las piernas de la cama y me aventuré a ir a la cocina por un vaso de agua. Al ver el mismo vaso que había usado antes, lo llené y bebí un sorbo.

Las tablas del suelo crujieron detrás de mí y me estremecí.

—¿Volviste tan pronto? —pregunté, dándome la vuelta.

Bueno, ahora fue cuando las cosas se pusieron raras.

En primer lugar, *no era* Valen el que estaba en la cocina. Era un desconocido, un varón desconocido.

Y cuando el olor a cítricos y las energías frías y familiares me golpearon, supe que era un ángel.

¿Y la segunda parte? Estaba desnuda. Sí. Todas mis partes disfrutando del aire del apartamento.

Entonces me di cuenta de que el anillo de mi padre no me había avisado. Me miré la mano. El anillo no estaba allí. Debía de habérseme resbalado del pulgar sudoroso y estaba en algún lugar de la cama.

El ángel macho soltó una risita mientras observaba mi cuerpo desnudo. Si hubiera tenido veinte años, me habría sentido mortificada por mi desnudez ante un desconocido, un *varón* desconocido, para colmo. ¿A los cuarenta? Saqué pecho, me apoyé una mano en la cadera y dije:

—Llegaste antes.

—Estás desnuda —dijo el ángel, con aquella sonrisa aún persistente en sus finos labios. Tenía el pelo negro resbaladizo, ojos oscuros que le combinaban y un traje de tres piezas que parecía de un jefe mafioso de los años cuarenta. El exquisito traje contrastaba con su rostro sencillo y, podría decirse, feo. Con la nariz torcida, parecía haber participado en demasiadas peleas. No pude verle ningún arma, pero eso no significaba que no la llevara.

Mierda. Ahora estaba en un aprieto.

—Déjame adivinar —dije—. ¿Has venido a matarme?

—Así es.

—Noticia de última hora. Esta tarde he matado a uno de ustedes. No estoy tan indefensa. De acuerdo, no estaba desnuda, pero aun así. Me he cargado a uno de ustedes. Eso tiene que contar para algo.

El ángel rodó los hombros.

—Aliel era débil. Sus habilidades como asesina eran lamentables. Dejaba mucho que desear.

Yo pensaba que era muy ruda, pero me lo guardaba para mí.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Por qué quieres matarme? —Dudaba que me diera una respuesta directa, pero tenía que intentarlo.

—Puedes. —El ángel parpadeó—. Pero no estoy aquí para discutir asuntos contigo, repugnante nefilim. Sólo estoy aquí para matarte.

—Maravilloso. —Dejé el vaso de agua sobre la encimera, con el corazón latiéndome con fuerza mientras intentaba encontrar una forma de mantenerme con vida hasta que volviera Valen. Pero no tenía nada.

Parecía que tendría que luchar contra ese ángel y desnuda. Bueh. Podría haber sido peor. Como que *él* también podría haber estado desnudo. *Eso* sí que habría sido peor.

El hecho de que estuviera desnudo no me molestaba. Lo que me molestaba era que aún no hubiera preparado mi trampa para ángeles. Demonios.

Pero todos los pensamientos sobre dicha trampa se evaporaron cuando entré en modo de autoconservación, autodefensa, demonios, *supervivencia*. Extendí la mano y saqué uno de los cuchillos de cocina de Valen, el más grande, del bloque de cuchillos de la encimera.

—Eso no te salvará —dijo el ángel, con voz irritantemente tranquila.

—Puede que no —dije, agarrando el cuchillo—. Pero puede que te lo clave unas cuantas veces. Y eso me hará feliz.

El ángel se rió, se rió de verdad.

—Eres graciosa. Creo que guardaré algunos de tus dientes como trofeos.

Asco. Se me separaron los labios.

—¿Guardas trofeos de tus víctimas? —Eso era muy inquietante.

—Todos los asesinos ángeles lo hacen —respondió, como si fuera obvio—. Nos ayuda a revivir la experiencia una y otra vez.

—Como un asesino en serie que vuelve a la escena del crimen para emocionarse. —Este ángel asesino empezaba a asustarme.

El asesino metió la mano en los pliegues de su chaqueta y sacó una larga y delgada espada plateada. Su rostro se retorció con perverso regocijo, como si la idea de matarme le produjera una gran alegría.

Me puse en cuclillas.

El ángel vino hacia mí.

Me agaché y giré, asestándole un tajo con mi cuchillo de cocina en el abdomen. El dolor estalló en mi costado y brazo izquierdo cuando el ángel me derribó. Lancé el cuchillo con fuerza. Mi brazo se sacudió y supe que le había dado a algo. Levanté la vista y encontré al ángel mirando el agujero de su costosa chaqueta.

—Ja. Y decías que yo estaba indefensa.

El ángel me miró con calma.

—Nunca he dicho eso.

—Pero lo estabas pensando.

El ángel estiró ampliamente su boca y mostró sus dientes perlados. Se abalanzó sobre mí con una rapidez asombrosa, con los ojos centelleantes. Saltó hacia mí como un gato salvaje, cortando con su espada de ángel que podría haber atravesado fácilmente el hueso y la carne. Esquivé su ataque, pero no lo bastante rápido.

Me golpeó la cara con el puño. Las estrellas plagaron mi visión mientras me tambaleaba. Mi pómulo aulló de dolor. Retrocedí y pateé con todas mis fuerzas, golpeándole en la rodilla. Oí un crujido y retrocedió tambaleándose.

Sentí el cálido goteo de la sangre de mi nariz, y parpadeé la

humedad de mis ojos mientras la forma del ángel se enfocaba ante mí.

Incluso con la esencia de ángel que fluía en mí, mis luces estelares, no era rival para un ángel completo, y mucho menos para un ángel asesino completo. Era mucho más rápido que yo, más fuerte, y esquivaba mis ataques con fluida facilidad como si yo no fuera más que una niña fastidiosa.

Me palpitaba la cabeza y sentía que se hinchaba como un globo. Me tambaleé, apenas consciente de que mis piernas milagrosamente aún me sostenían. Una bota me golpeó en el estómago y el aire salió disparado. Caí de rodillas y escupí una bocanada de sangre, pero me levanté en un santiamén, aún aferrada a aquel cuchillo de cocina, aún desnuda.

—Voy a cortarte esa bonita garganta —gruñó el macho ángel, haciendo gala de su afilada espada—. ¿Entendido? ¿Perra mestiza?

Levanté mi espada hacia su cara.

—Sí. No lo creo.

—Disfrutaré cortando tu bonita carne —dijo el ángel, acercándose un paso más—. Pelándotela de adentro hacia afuera.

—Una pelada hace maravillas en la cara de una mujer. —Le lancé el cuchillo de cocina a la cabeza.

El ángel fue tan veloz que le rozó la mejilla en vez de incrustarse entre sus ojos. Ups.

El ángel se tocó la mejilla.

—Las criaturas como tú nos dan mala reputación a nosotros, los ángeles. De que nos rebajamos y nos acostamos con hembras humanas. Pero pronto morirás y todo volverá a estar bien.

—¿Criaturas como yo?

—Los Nefilim son detritívoros. —La expresión del ángel cambió. Fue sólo un segundo, pero en ese momento vi en su rostro rabia furiosa, orgullo arrogante y violenta sed de sangre.

La ira sustituyó a mi miedo.

—Podría decir lo mismo de los ángeles.

Su labio superior se retorció.

—Y después de matarte, disfrutaré del fruto de lo que me prometieron.

Escupí la sangre que tenía en la boca.

—¿Qué tal un gran... eh... *no*. Entonces te meteré ese fruto por el culo.

Eché un vistazo por encima del hombro hacia la ventana. Si fuera de noche, tendría a este maldito fenómeno con aureola tirado en el suelo, suplicando por su vida de ángel.

El ángel sonrió.

—El sol no se irá a ninguna parte hasta dentro de seis horas —dijo, leyendo mis pensamientos—. No tienes magia. Ni poder. No tienes

nada y no eres nada.

Me encogí de hombros.

—Siempre he pensado que tengo un culo estupendo. Eso ya es algo.

El ángel hizo girar su espada.

—Quizá me lo quede de recuerdo, junto con tus dientes.

Vale, qué asco.

—Creía que los ángeles eran los buenos. Está claro que no lo son.

El ángel se encogió de hombros.

—Bueno. Malo. Bueno. Malo. Estas palabras son subjetivas, ¿no? —El ángel hizo una pausa antes de continuar—: Todo es cuestión de perspectiva.

—No. —No estaría de acuerdo con nada que saliera de la boca de ese ángel.

—Hablas demasiado, puta mestiza.

—Eres tú quien habla.

—Voy a disfrutar cortándote la lengua. —Un gruñido grave retumbó en la garganta del ángel.

Reprimí un escalofrío. Sabía que lo decía en serio.

—Puede que Aliel fuera más débil que tú, pero al menos tenía más clase.

Supe que había tocado un nervio cuando el ángel perdió la sonrisa.

—No sabes nada, Nefilim.

—Leana.

—Y hoy morirás, sin saber nunca la verdadera razón.

Sentí que el corazón me iba a estallar.

—Entonces, dímelo. Dime por qué —grité. Mi ira estalló al ver la expresión de diversión en su rostro. Empezaba a odiar a los ángeles.

El ángel chasqueó la lengua.

—No creo que lo haga. Prefiero que mueras como la perra mortal ignorante que eres.

Le hice un gesto grosero con el dedo.

—Eres un imbécil.

El ángel hizo una mueca de desprecio y volvió a abalanzarse sobre mí. Respirando con dificultad por el esfuerzo, dejé fluir mis instintos y conseguí esquivar su golpe mortal. Caí al suelo y rodé, con lágrimas en los ojos por el dolor punzante y la fatiga de mi cuerpo. ¿Cuántos minutos habían pasado? ¿Dos? ¿Tres? No lo suficiente.

El sudor me corría por la frente y me escocía en los ojos. Una bota me golpeó el estómago y grité. Antes de que pudiera moverme, el ángel me golpeó la cara con el puño. Manchas negras estallaron detrás de mis ojos. Oí cómo el ángel se reía mientras me arrastraba a cuatro patas como una bestia, intentando escapar.

Me agarró de la pierna y tiró de mí hacia atrás. Luchando contra el

agarre del ángel, di una patada y, por la diosa, choqué contra algo sólido.

Con las piernas libres, rodé hasta ponerme en pie, tambaleándome mientras una oleada de náuseas me golpeaba.

Iba a morir. El ángel iba a matarme. Iba a jugar conmigo. Al principio, esa parte era obvia, pero luego moriría.

Nunca sabría por qué me perseguía la Legión. Nunca volvería a ver a Valen ni a Shay.

Me invadió un terror como nunca lo había sentido. A medida que el ángel se acercaba, di patadas y puñetazos a ciegas. Cada movimiento era respondido con un tremendo esfuerzo. Mis músculos ardían por el esfuerzo.

El ángel se echó hacia atrás y se burló.

—Entrégate a mí y te prometo una muerte rápida.

—No, gracias. Prefiero caer luchando. Quizá no pueda derrotarte, pero seguro que puedo darte unas cuantas palizas para que me recuerdes.

El ángel me lanzó una mirada incrédula.

—Los mortales siempre quieren hacerse los héroes. Es patético. Y tan exagerado.

La respiración se me escapó de los pulmones en un lento gemido, los labios me temblaban tanto que tuve que apretarlos para mantener el sonido dentro. Mi piel estaba pegajosa y húmeda por mi propio sudor y sangre. Estaba muy cansada.

—Sería más honorable ceder y morir —animó el ángel—. Antes que… —Señaló con una mano mi cuerpo desnudo—. Esto.

—Jódete —grité.

—Eres un error —dijo en un tono de intensa satisfacción—. Y ahora voy a rectificarlo.

Oí el sonido de pasos que se arrastraban y levanté la vista para encontrarme con Valen que se precipitaba hacia delante. Chispas mágicas —literalmente— salieron de su cuerpo cuando se transformó en su forma gigante y se abalanzó sobre el ángel. Gracias a Dios, la altura del techo de su apartamento era de más de seis metros, lo que daba al gigante suficiente movilidad, algo que se me había ocurrido en el pasado al ver las mejoras que había hecho en el edificio después de comprarlo.

Los ojos del ángel se abrieron de sorpresa. Era la única vez que había visto eso. E incluso vi un poco de miedo.

Levantó su daga, pero todo había terminado incluso antes de que apuntara a Valen.

Puñetazos descomunales. Todo pasó muy rápido. Sólo vi los puños del gigante haciendo contacto con la cabeza del ángel. En un movimiento borroso, el gigante arrojó el cuerpo del ángel al otro lado

de la vivienda. Chocó contra la pared a una velocidad imposible, seguido de un horrible crujido.

Me quedé mirando al ángel, el cuerpo del ángel, y la forma grotesca en que tenía el cuello doblado en un ángulo imposible, el lado de la cara aplastado como un pastel de fresa. Sí. Valen lo había matado.

Apoyé las manos en las caderas.

—Ya era hora de que aparecieras —dije, tosiendo—. Me muero de hambre.

8

—¿Es un spray corporal? —Levanté el frasco a la luz de la luna y vi un líquido rosa fluorescente en su interior.

—Prefiero *la bruma* corporal —dijo Elsa, con el medallón al cuello brillando a la luz de la luna.

Jade dio un codazo a Elsa.

—El rosa fue idea mía. Nadie quiere rociarse el cuerpo con un líquido marrón como la caca.

Agarré el frasco en mi mano.

—¿Y cuando me rocíe con esta... cosa, me hará invisible para los ángeles? ¿Sobre mi ropa? —No sé por qué lo pregunté. Era evidente que no me desnudaría para rociarme. ¿O no?

Elsa me señaló con un dedo.

—*Esto* se llama repelente de ángeles.

—¿Como repelente de mosquitos? —me reí.

—A mí se me ocurrió el nombre —continuó la bruja mayor, ignorando mi comentario—. Barb y yo trabajamos todo el día en esto.

—Y yo —intervino Jade.

—Y Jade. —Elsa señaló el frasco—. Sentirás un pequeño cosquilleo al principio. Quizá un escozor como cuando te aplicas ácido glicólico en la cara.

—¿Me has hecho ácido en un frasco? —La miré fijamente.

Elsa puso los ojos en blanco.

—Claro que no. Pero para que el hechizo funcione, sentirás un pequeño cosquilleo. Eso es todo. Sólo unas pocas pulverizaciones. Con tres bastará. Y serás invisible para los ángeles.

Sonreí, impresionada. No dudaba de las habilidades mágicas de Elsa, sobre todo si sumabas a Barb y Jade al combo. Sabía que esto iba a funcionar.

—¿Cuánto durará? ¿Este repelente de ángeles? —Si me ayudara a mantenerme oculta de los ángeles, me bañaría en él.

Jade miró a Elsa antes de contestar.

—De dos a tres horas. Es lo mejor que podíamos hacer con tan poco tiempo. Así que es mejor que sigas rociándotelo cada pocas horas.

Asentí con la cabeza.

—Entendido.

—¿Nos escondemos o qué? —Jade miró alrededor del tejado del Hotel Twilight, donde había decidido montar mi plan de atrapar a un

ángel.

Había pensado en ello.

—No. No creo que eso impida que aparezcan. —Los ángeles no parecían preocupados por la oleada de humanidad que nos rodeaba. Sólo les importaba su víctima. Yo.

—Puede que ni siquiera vengan. —Catelyn permaneció junto al borde del tejado, imperturbable ante la vertiginosa caída hacia la calle de abajo. Gigantes. Supongo que ésa era una de las ventajas de ser una giganta. No tenías miedo a las alturas ni a nada, en realidad.

—Aparecerán —gruñó Valen desde el otro lado del tejado. Miraba fijamente las luces de la ciudad, con los rasgos ocultos en la penumbra.

Después de que Valen redujera a papilla al ángel macho en su apartamento, llamó a algunos de sus amigos para que se llevaran el cadáver. Y por amigos me refiero a mi hombre lobo favorito, Arther. Bueeeno, *no* era mi favorito, pero era mejor contactarlo a él que al Consejo Gris. No quería que supieran que me perseguían unos ángeles asesinos. Quién lo iba a decir. Podrían tomárselo como una señal de que había que matarme e intentar acabar conmigo ellos mismos. Sí. Lo mejor era mantener esto en secreto.

Estaba muy agradecida de tener conmigo no a uno, sino a *dos* gigantes. Si las cosas iban mal, al menos los gigantes podrían hacer añicos al ángel.

La pandilla estaba toda aquí. Todos menos Julian, que se había ofrecido de voluntario para cuidar de Shay. Después de que decidiera sincerarme y contarle lo de los dos ángeles, ella estaba decidida a ayudarme con mi plan. Claro que se ofrecería.

—Me necesitas —me había dicho ella—. Necesitas mi ayuda.

—Es demasiado peligroso —le dije, con el pecho oprimido por la determinación de su rostro.

Era difícil decirle que no a aquella niña, sobre todo cuando estaba tan convencida de ayudarme. Vi en sus ojos que le importaba. Quería a su hermana mayor.

Pero no podía arriesgarme a que hirieran a Shay. Ya había sufrido bastante. Era hora de que disfrutara de un merecido tiempo con sus amigos, por eso Julian se había ofrecido a llevarla con él a casa de Cassandra, donde las gemelas estaban como locas, encantadas de que Shay se quedara con ellas. Probablemente para vestirla con uno de sus vestidos de princesa. Pensar en Shay con un gran vestido amarillo me hizo reír.

Sin embargo, había salido dando pisotones del apartamento cuando Julian había ido a buscarla. Estaba enfadada. Lo comprendí. Yo también estaría enfadada si fuera ella. Pero estaba a salvo. Una cosa menos en la que pensar.

Exhalé y me acerqué a la pequeña alfombra que había traído de mi apartamento de la decimotercera planta. Me arrodillé y tiré de ella hacia atrás, dejando al descubierto el círculo de tiza y los símbolos que había dibujado hace unos minutos.

El aire se movió a mi lado mientras Elsa bajaba.

—¿Así que esto es una trampa para ángeles? Interesante.

—Según el libro, sí —dije, y mis ojos se dirigieron a la silla donde había colocado el viejo tomo, el mismo que había utilizado para invocar a mi padre ángel y había fracasado. Sabía que había hecho bien el hechizo. Sólo que alguien del «otro» lado lo había manipulado.

Los ojos de Elsa recorrieron mi círculo.

—Y todo lo que tienes que hacer es…

—Hacer que ese cabrón entre en el círculo. —Sonaba bastante fácil. Demonios, sonaba genial en mi cabeza. Pero todos sabíamos que las cosas en la vida nunca eran fáciles, y menos para mí. No. Conseguir que este ángel pisara ese lugar exacto sería todo un reto. Pero yo estaba preparada para este reto. Esta vez, estaba preparada.

Además, el cielo nocturno estaba salpicado de estrellas. Era una noche clara. Y mi luz estelar tenía el tanque lleno de mojo mágico.

—Digamos que, hipotéticamente, tu plan funciona —empezó Elsa—. ¿De verdad crees que el ángel responderá a tus preguntas?

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr —respondí—. No le dejaré salir hasta que lo haga. Así que, sí. Creo que lo hará. —Sin duda esperaba que lo hiciera—. Necesito saber por qué me quieren ver muerta. Y no puede ser sólo porque tengo un padre ángel. No tiene sentido. Es algo más.

—¿Te sientes diferente?

Miré a Jade, que estaba parada detrás de mí y de Elsa.

—¿Qué quieres decir? Sabía exactamente lo que quería decir.

—Bueno —dijo Jade encogiéndose de hombros—, tu padre dijo que había algo en ti que querían. Algo que aún no se ha materializado. Así que… ¿ahora te sientes diferente más diferente que antes?

—¿Como con menopausia? —me reí—. ¡Ay! —Me froté el brazo donde Elsa me había golpeado.

Me miró con el ceño fruncido.

—Espera a que te den los sofocos y el repentino aumento de peso que, por mucho que hagas ejercicio o te mates de hambre, no desaparecerán. Entonces veremos quién se ríe.

—Bueno. Bueno. —Intenté mantener el rostro inexpresivo—. Y para responder a tu pregunta, Jade. No. No me siento diferente. No siento ningún impulso repentino de matar o simplemente de hacer daño a los demás. No me siento enferma ni cansada. Me siento exactamente igual.

Sí, era mentira. Pero no veía de qué serviría decirles que empecé a

sentir «hormigueos». Podía no ser nada. Podría ser un virus. No quería alarmar a nadie. Al menos no todavía, no hasta que estuviera segura.

Jade seguía mirándome. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y tu magia?

—¿Qué pasa con eso?

—¿Sientes que sea diferente? ¿Quizá un cambio en ella? ¿Una perturbación en la fuerza?

—Esto no es *la Guerra de las Galaxias*, Jade —reprendió Elsa. Me miró—. Aunque tiene razón.

—Gracias —dijo Jade con orgullo.

Elsa gruñó mientras se sentaba en el suelo.

—Por lo que nos has contado sobre lo que dijo tu padre, me parece que esto tiene que ver con tu luz estelar.

—No soy la única Bruja de Luz Estelar que ha existido. Hay otras. Ha habido otras.

Elsa me observó y dijo:

—No es *tu* marca de luz estelar.

—¿Puedes repetirlo? —Bien, ahora estaba confundida.

—Bueno. —Elsa cambió su postura hasta que se sintió más cómoda —. Las Brujas de Luz Estelar están vinculadas a su propio grupo específico de estrellas. ¿Verdad? La tuya es Alfa Centauri, y Shay es el Sol. Y las demás son estrellas diferentes.

—Sí, así es.

—Nunca obtienes tus poderes de las mismas estrellas —dijo Elsa—. Creo que sea lo que sea, la razón por la que los ángeles te persiguen... es *por* tu grupo específico de estrellas. Tu marca particular de magia estelar.

—Sí. Quizá. —Tenía sentido. Y quizá era la única teoría que tenía sentido en ese momento sobre por qué la Legión de Ángeles me quería ver muerta. Tenía que ver con mi magia estelar especial—. Pero sigo sin percibir nada diferente con mi magia. —No del todo, y nada que contribuyera a que la Legión de Ángeles quisiera acabar conmigo.

—Puede que aún no haya ocurrido —dijo Jade, con mirada intensa — pero ocurrirá.

No sé por qué, pero me recorrió un escalofrío al oír sus palabras. No me gustaba no saber que algo era diferente en mí, que algo estaba a punto de cambiar. ¿Y si ese cambio era malo? ¿Y si me convertía en otra persona? ¿Y si me volvía malvada? ¿Era ésta la razón por la que los ángeles me querían muerta? ¿Porque me convertiría en una malvada y oscura Bruja de Luz Estelar?

Una mano apretó la mía.

—No te lo pienses demasiado —dijo Elsa—. Lo veo en toda tu cara. No sabemos qué es ni cómo se manifestará. Intenta no morirte de la preocupación.

—No eres tú quien está a punto de transformarse en algo —dije.

—Eso no significa que sea malo.

—Eso tampoco significa que sea bueno. —No cuando la Legión de Ángeles había enviado a sus mejores asesinos para ocuparse de mí. Sí. Eso no me sentó bien. Con más razón tenía que hacer que uno de sus ángeles hablara. Necesitaba saberlo. Más que nunca.

Sentí unos ojos clavados en mí y miré para encontrarme con la oscura mirada de Valen clavada en la mía. Era difícil leer su rostro desde el otro lado del tejado, pero no la dureza de su postura y los puños que llevaba, como si en cualquier momento fuera a hacer agujeros en el tejado.

Cuanto más pensaba en lo que Elsa y Jade habían dicho sobre mi magia, peor me sentía. Pero no era el momento de sumirme en la desesperación ni de tener un momento de enloquecimiento. Necesitaba concentrarme. Necesitaba meter a ese ángel bastardo en ese círculo y obtener algunas respuestas. Y haría cualquier cosa por conseguirlas.

Jade murmuró algo y, cuando volví a mirarla, vi que se metía el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué está pasando? —Aparté la alfombra, me aseguré de que cubría todas las marcas de tiza y me puse en pie.

Jade negaba con la cabeza, con expresión de fastidio.

—Son esos malditas YouTubers. Te están buscando. No le darán ni un momento de paz a Jimmy.

Enarqué una ceja.

—Has cambiado de opinión. Creía que te agradaban. —A lo mejor se le estaban insinuando a Jimmy y batiéndole las pestañas. Sí, seguro que hacían eso.

—Me agradaban. Me agradan. Es que... Ahora mismo me molestan —añadió con un gesto de la mano.

Me reí.

—Estás celosa.

Los labios de Jade se separaron mientras Elsa resoplaba.

—Yo *no*. —Incluso en la penumbra, pude ver cómo se ensombrecía el rostro de Jade.

—Lo estás. —Me quité el polvo de los jeans—. Pero yo en tu lugar no lo estaría. Jimmy está totalmente enamorado de ti. Son perfectos el uno para el otro. —Quería decir que él la quería porque era obvio para cualquiera con cerebro, pero no quería avergonzarla más.

Jade sonrió.

—Lo sé. Pero sigue sin gustarme eso. ¿Cuánto tiempo se van a quedar? ¿Lo sabes?

La miré fijamente.

—¿Se alojan en el hotel? —Eso era nuevo para mí.

—Sí. Jimmy me lo dijo.

Eso explicaba cómo aparecían por todas partes.

—Seguro que en cuanto tengan suficientes imágenes de lo que sea, seguirán su camino. —Ojalá. Lo último que necesitaba era que ese grupo grabara mi «transformación» en video y luego lo pusieran en Internet para que lo viera todo el mundo.

Porque mis instintos de bruja me decían que lo que estuviera a punto de ocurrirme pasaría pronto. ¿Por qué otra cosa los ángeles estarían tan decididos a acabar conmigo ahora mismo? Ésa era la única explicación de su urgencia.

—Necesito sentarme en algo que no me aplaste el coxis. —Elsa se puso en pie y se dirigió a su silla plegable; Jade la siguió.

Las miré marcharse, con los pensamientos dispersándose por mi cerebro como ratoncitos asustados. Mientras se acomodaban en sus asientos, Elsa hojeó las páginas del gran tomo que había traído, intentando idear un plan para que el ángel pisara la alfombra mientras yo pronunciaba el hechizo. Fácil, ¿verdad?

Valen no se había movido de su sitio al otro lado del tejado. Su mirada seguía clavada en mí, y un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿En qué estaría pensando? ¿Podía sentir el cambio en mis habilidades mágicas? ¿Tenía miedo de que me cambiara y me convirtiera en otra persona?

Me alegré de que mi padre hubiera aparecido, por el bien de Shay. Sin embargo, su presencia no hacía más que aumentar mi ansiedad. Lo único que hacía por mí era infundirme inquietud y preocupación. Y una parte de mí deseaba que nunca me hubiera hablado de aquello sobre mí que aún no se había manifestado.

—Tengo cuarenta y un años —murmuré—. Soy demasiado vieja para esta mierda.

Pero mientras caminaba de un lado a otro, mi mente no dejaba de pensar en la posible transformación que me esperaba. ¿Y si era algo tan drástico que no podría soportarlo? ¿Y si me convertía en un monstruo, algo que me convertía en un peligro para todos los que me rodeaban? Sólo de pensarlo se me revolvía el estómago.

Pero no podía pensar en ello. Tenía que enfocarme en atrapar a un ángel y obtener las respuestas que necesitaba.

Catelyn estaba de nuevo en el borde del tejado, contemplando abajo la ola de humanidad. Me alegraba que estuviera aquí. Ella quería ayudar, más que nada, después del juicio por combate y la debacle de Freida. Se había acabado y no quería sacar el tema. Lo habíamos superado.

Pero ahora, con este inminente cambio en mi magia y los ángeles asesinos, necesitaba toda la ayuda posible. Y eso incluía a Catelyn y a Valen. Con solo mirarlo, sabía que Valen deseaba que nada de esto

estuviera ocurriendo.

Yo también lo deseaba.

Después de meterme el repelente de ángeles en el bolsillo, respiré hondo y me acerqué a él, intentando ignorar cómo se me aceleraba el corazón en el pecho. Cuando llegué hasta él, una ráfaga de viento barrió el tejado, haciendo que mi pelo volara en todas direcciones.

Me miró y sus ojos se suavizaron un poco.

—Podríamos haber hecho esto mañana. El hechizo de Elsa te habría dado tiempo para descansar.

Le sonreí, y se me calentó la sangre sólo de pensar que se preocupaba por mí.

—Me has curado. Con esas manos gigantes y sexys frotándome por todas partes ˜——bromeé, aunque en parte era cierto. Sus manos mágicas habían hecho de las suyas, pero en realidad me había sanado con su poder de curación justo después de matar al ángel.

Los ojos de Valen bailaron con picardía.

—Ya sabes lo que quiero decir. No tenías por qué hacer esto esta noche.

Me encogí de hombros.

—Puede que no. Pero quería acabar con esto de una vez. Quiero saber por qué me quieren muerta. Mientras más rápido lo sepa, más rápido podré averiguar qué hacer y seguir con mi vida sin tener que mirar por encima del hombro.

Valen guardó silencio.

Sentimos un cambio repentino en el aire, y una brisa fría me levantó el pelo.

Miré al cielo, viendo las nubes oscuras, casi negras, que apagaban las estrellas. Una gota de lluvia me golpeó la frente.

—Maravilloso.

—Parece que va a llover —dijo Elsa desde su silla.

—Lo sé —le respondí aullando—. Qué raro. Eso no es lo que decía el pronóstico. Se suponía que iba a ser una noche despejada. —Ésta era otra de las razones por las que quería aprovechar las condiciones perfectas mientras mi magia estelar estuviera en su apogeo.

Tres gotas más me golpearon la frente, justo cuando el anillo de mi padre, que había encontrado en nuestra cama y me había vuelto a poner justo después de mi pelea de ángeles, palpitaba de calor.

El corazón me dio un salto en la garganta y giré sobre mí misma, buscando al ángel bastardo.

Y entonces le vi.

Pero había un problema.

No era sólo *un* ángel asesino de pie en el lado opuesto de la azotea.

Eran tres.

9

Me quedé mirando a los ángeles. Todos eran varones. Uno llevaba un traje oscuro, similar al que había llevado el que estuvo en el apartamento de Valen. Aunque aquél tenía los ojos y el pelo oscuros, este ángel tenía la piel pálida, con el pelo y los ojos claros y el cabello rubio blanquecino hasta los hombros recogido en una coleta. Los otros dos parecían culturistas profesionales, y sus ropas oscuras luchaban por contener toda su musculatura. Eran idénticos —como unos gemelos idénticos—, con el pelo largo y rojo recogido en una trenza y barbas largas y rojas a juego. Ambos tenían las mejillas y las orejas perforadas con piercings metálicos. El de la derecha tenía la cara llena de marcas de viruela y una larga cicatriz que le recorría la mejilla izquierda hasta la oreja. Aparte de eso, era como mirar clones.

Pues sí. Me sorprendió encontrar tres, y no me importó ocultarlo a mis rasgos. Peor aún, ¿cómo demonios iba a atrapar a uno mientras tenía que preocuparme por otros dos que intentaban cortarme la cabeza?

El aire de la noche era frío y temblé cuando las gotas de agua empezaron a caerme en la cabeza y los hombros. Se me apretó el pecho de preocupación repentina. ¿Habían cambiado los ángeles el tiempo para impedirme que accediera plenamente a mi luz estelar? ¿Eran capaces de algo así? Ni idea.

—Nefilim —gritó uno de los barbas rojas, apuntándome con un dedo grande y malhumorado.

—Ángel —gruñí, imitando sus movimientos. ¿Era yo, o aquellos tipos no eran las herramientas más afiladas del cobertizo celestial?

Sonrió, mostrando unos cuantos dientes que le faltaban.

—Estás muerta.

Le devolví la sonrisa.

—No es que no lo haya oído antes. Veo que esta vez has traído refuerzos. —Nunca pensé que los ángeles pudieran parecer tan ogros, tan brutos. Siempre los había imaginado como la imagen de la perfección, como mi padre, bien peinados y de rasgos cincelados. El rubio, quizá, pero los otros dos parecían más trolls que ángeles.

Sentí que la magia de Valen me presionaba mientras se transformaba en su gigantesco ser.

—¿Quieres explicarme por qué hay una recompensa por mi cabeza? —grité. ¿Qué? Podría intentarlo.

—Eres una abominación. Los oráculos han predicho tu

desaparición. —Los rasgos del ángel estaban cincelados en piedra y hielo, aunque su voz era suave y casi tranquilizadora.

Fruncí el ceño.

—Ya. Como si eso tuviera sentido. Habla mortal, ¿quieres? —La incertidumbre tensó mi postura. No me gustaba oír hablar de oráculos y profecías. Nunca he creído en esas cosas. Siempre creí en crear tu propia suerte, tu propio destino. Sin embargo, hablar de predicciones me ponía los pelos de punta. No me gustaban las cosas que escapaban a mi control. Como mi vida. *Yo* controlaba mi vida. No un ángel u oráculo cualquiera.

A pesar de mis sentimientos, una parte de mí *quería* saber qué predecían aquellos oráculos. Tenía la sensación de que había algo más de lo que decía. ¿Por qué se habían molestado los oráculos en hablar de mí? Porque, por alguna razón, *yo* era importante.

El mismo ángel sacó una larga espada de su espalda como si acabara de aparecer por arte de magia.

—Estamos aquí por ti, Nefilim. —Agitó la espada hacia Elsa y Jade y luego apuntó con ella a Valen, que estaba a mi lado—. Pero si los demás interfieren, morirán. A nosotros nos da igual. Cuantos menos mestizos de demonios haya en este horrible mundo, mejor.

—¿A quién llamas mestizo del demonio, ángel miserable? —gritó Elsa—. Puedes meterte esas alas por la aureola si crees que vamos a huir.

No pude ver ninguna ala, pero estuve de acuerdo con ella. El aire se agitó y sentí un cosquilleo de magia que se extendía por el tejado como una niebla. La magia de Elsa y Jade.

Jade se puso al lado de Elsa, un frente unido. Me invadió una oleada de energía que me produjo un frío escalofrío. El poder llenaba el aire como un río salvaje, su corriente era fuerte. Sus ropas y cabellos se agitaron en una brisa invisible mientras sus labios se movían y sus manos hacían gestos amplios. Se me erizó la piel de emoción a medida que crecía la oleada de poder que emanaba de la fuerza y la magia de las brujas.

El techo vibró bajo mis pies cuando Catelyn, ahora en su forma gigante, vino a situarse a mi izquierda. La mujer, la giganta, era impresionante. No tan grande como Valen, pero casi. Podía asustar a muchos hombres. Sin embargo, mis amigos no parecían molestar en absoluto a los ángeles. Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que los dos pelirrojos probablemente medían cerca de dos metros.

Miré a uno de los gemelos.

—¿Seguro que ustedes no son mestizos? ¿Su madre era un troll o algo así? Tienen esa cualidad de ser grandes y tontos.

Oí reír a Catelyn. Sí. La *adoro*. Siempre se reía de mis chistes estúpidos.

Uno de los gemelos se separó del grupo, encorvado y merodeando como un depredador. También él se echó la mano a la espalda y sacó, no una espada, sino el martillo más grande que jamás había visto. Lo levantó en mi dirección.

—Sabes que vas a morir. Todos van a morir.

Me encogí de hombros.

—Eso dices tú.

—¿Unas últimas palabras? —Se rió, y su hermano se unió a su alegría.

Dios, odiaba a esos tipos.

Me golpeé los labios con los dedos, pensativa.

—Eh… de momento no se me ocurre nada. Así que no.

El ángel de barba roja entrecerró los ojos con desconfianza, arrugando la nariz como si algo desagradable hubiera flotado bajo ella.

—¿Por qué sonríes?

—La vida es corta. Mejor sonríe mientras aún tengas dientes.

De nuevo, Catelyn soltó un bufido.

—*Me estás matando*.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Lo intento.

Pero los ángeles asesinos no parecían impresionados por mis ingeniosos comentarios. Sin embargo, parecían… complacidos. Igual que los otros dos ángeles a los que me había enfrentado. Complacidos por el hecho de que estaban a punto de acabar con mi vida.

Miré al cielo y fruncí el ceño mientras caían más gotas de lluvia sobre mi cara. El cielo seguía cubierto. Cuando volví a mirar a los ángeles, sus rostros estaban iluminados con una sonrisa traviesa, como cuando alguien ha hecho algo malo y logra escapar sin que lo pillen, como robar un objeto de tu estantería.

Señalé hacia el cielo.

—¿Fuiste tú?

—Sí —respondió el ángel rubio, satisfecho de sí mismo—. No puedes acceder a tu magia sin las estrellas. Sin ellas, eres… débil. Impotente. Una inútil. Igual que una puta humana.

Quizá no al cien por ciento, pero aún podía alcanzar algo, como tal vez, el cincuenta por ciento. Quería que siguieran pensando que no tenía magia, pero una cosa que no me gustaba era que ellos parecían saber muchísimo sobre mí, mientras que yo no sabía casi nada sobre ellos. Realmente necesitaba tener una charla con mi padre.

Cambié mi postura en un intento de ocultar que estaba recurriendo al poder de las estrellas. No sabía si los ángeles podían percibirlo. Quería que no supieran que aún mantenía una conexión con las estrellas. Aunque pequeña, seguía existiendo.

—Así que manipulaste el tiempo. ¿Acaso eso no es hacer trampas? No es un combate justo si me quitas las armas.

El ángel se limitó a dedicarme una fría sonrisa.

—Soy un asesino —dijo como si eso lo explicara todo. Tal vez fuera así. Lo consideré demasiado listo para caer en mi trampa para ángeles. Me observaba como si supiera o adivinara que habíamos tendido una trampa, ya que todos nosotros estábamos esperando en el tejado del hotel. Supongo que eso dejaba a Tweedledee o Tweedledumb.

—Matémoslos —dijo el barba roja de la izquierda—. Quiero ir a ese antro, Red Room, y pegarme unas cuantas putas humanas antes de irnos. No hay nada como un moño humano.

No dijo moño, pero ya te imaginas.

Los pelirrojos se echaron a reír y luego los hermanos chocaron los codos. Odiaba de verdad a esos tipos.

Ladeé la cadera.

—Los ángeles carecen de modales. Qué curioso, yo creía que ustedes eran los civilizados. Supongo que me equivoqué en esa parte. No son más que unos matones enviados por los cielos.

El ángel pálido frunció el ceño, sus ojos brillaban con poder interior. Ooooh. Estaba furioso. Bien. Hizo un chasquido con la lengua y los tres cargaron.

Todos hacia mí.

Excelente.

Los dos barbas rojas vinieron primero hacia mí, con sus martillos desenvainados y listos para golpear.

Tenía que actuar con rapidez. Mi mente se aceleró mientras intentaba idear un plan. Sabía que no podía enfrentarme a los tres a la vez, así que tenía que encontrar la forma de separarlos.

Retrocedí, aprovechando mi luz estelar. Sentí un tirón. No mucho, pero suficiente para utilizarlo como distracción o para alejarlos.

Pero no me hizo falta.

El aire se movió a mi alrededor. Entonces los dos gigantes se lanzaron hacia delante y respondieron al ataque de los barbas rojas. Como dos enormes muros de músculos, Catelyn y Valen golpearon con fuerza. Los ángeles gemelos fueron cogidos desprevenidos y retrocedieron tambaleándose, sorprendidos por la repentina interferencia.

Valen asestó un fuerte puñetazo al gemelo de la cara llena de cicatrices, tirándolo al suelo. Catelyn, por su parte, agarró el martillo del otro ángel y se lo arrancó de las manos. Éste retrocedió tambaleándose, con la furia brillando en sus ojos.

—Enorme puta —gruñó—. Devuélveme mi martillo.

Catelyn sujetó su martillo con ambas manos.

—*Ven a buscarlo*.

Y luego él embistió.

Me quedé mirando, asombrada por un momento de su habilidad para esquivar las enormes patadas y puñetazos de Catelyn. Algo plateado llamó mi atención, y entonces una pequeña daga se materializó en su mano. Se acercó y apuñaló a Catelyn en el muslo en rápida sucesión.

La giganta rugió de dolor y arremetió contra él, sin acertar al maldito ángel, que retrocedió de un salto con una expresión enloquecida en el rostro. Catelyn se cubrió el muslo con la mano, rezumando sangre entre los dedos.

Cabrón.

Por el rabillo del ojo, Valen esquivó el martillazo del otro ángel gemelo y giró sobre sí mismo, propinándole una patada en la parte posterior de las rodillas. El ángel se tambaleó hacia delante, pero consiguió girar y golpeó a Valen en el pecho con su martillo. Me sorprendí cuando el gigante retrocedió tambaleándose. Estaba claro que aquellos ángeles habían sido bendecidos con una fuerza sobrenatural, más que cualquier paranormal que hubiera visto jamás. Los ángeles gemelos eran brutos y luchaban con igual fuerza bruta.

Realmente odiaba a estos tipos y *mucho*.

Miré al otro lado, con la lluvia cayéndome en la cara. El ángel pálido estaba de pie y observaba la escena, sus ojos parpadeaban con una luz extraña. Parecía vacilar a la hora de atacar, o tal vez sólo estaba esperando su oportunidad, una oportunidad para atacarme.

Sí, yo no le daría ninguna.

Me llamó la atención y sonrió, una sonrisa fría que me puso los dientes de punta.

El sudor y la respiración empañaron el aire mientras Valen descargaba sus enormes puños sobre el ángel gemelo. El ángel levantó su martillo, bloqueando cada golpe. Con un repentino estallido de velocidad, el ángel lanzó su martillo contra el gigante. Valen retrocedió de un salto, fallando el golpe por poco y consiguiendo mantenerse en pie. Pero se había desplazado hacia el lado izquierdo del tejado, dándole al ángel pálido la oportunidad que estaba esperando.

El ángel rubio vaciló un instante más. Sus ojos brillaron con su magia de ángel. Y entonces arremetió.

Maldita sea, era rápido, y se movía con la velocidad de un vampiro, igual que los otros dos ángeles. Sus movimientos eran fluidos, como si fuera un borrón negro y ni siquiera estuviera allí. Parpadea y no lo verás.

Me agaché y recurrí a mi luz estelar, pero no llegaba nada. Demonios. A pesar de la falta de energía que fluía a través de mí, aún

podía utilizar mis extremidades. ¿Daría una patada o un puñetazo? Lo que se me ocurriera primero.

Una bola de fuego golpeó al ángel pálido en el pecho, y éste cayó de rodillas. Altas llamas anaranjadas lamieron a su alrededor, quemando al ángel.

—Las brujas no somos tan débiles e inútiles.

Elsa y Jade se acercaron una al lado de la otra, con bolas de fuego naranja bailando alrededor de sus manos. Fuego elemental. Bonito. Aún más bonito era el hecho de que el ángel también estaba a metro y medio a la izquierda de la alfombra con la trampa para ángeles que había debajo.

Ahora, si pudiera conseguir que se moviera tres pasos a la derecha...

Elsa se fijó en la alfombra y me hizo un gesto con la cabeza, tras leer mi expresión. Teníamos que trasladar a ese ángel al círculo.

Empecé a avanzar, mientras Elsa y Jade se acercaban al ángel.

La risa llegó a mis oídos. Entonces el ángel se levantó, y el fuego que ardía a su alrededor crepitó por última vez antes de desvanecerse por completo.

Mierda.

El ángel se limpió el traje como si el fuego lo hubiera ensuciado.

—Las brujas nunca aprenderán. No pueden derrotarme con sus pequeños trucos de magia. Soy un *ángel* —dijo, como si eso lo aclarara.

—Tal vez nunca se hayan enfrentado a unas brujas como nosotras —replicó Elsa, con una voz llena de confianza.

—Lo he hecho. Y las he matado.

El ángel arremetió contra nosotras, sus ojos irradiaban poder. Pero estábamos preparados para él.

Una violenta ráfaga de viento salió disparada de las manos de Elsa, desequilibrando al ángel. Me abalancé sobre él, agarré la alfombra y tiré de ella hacia atrás justo cuando Jade lanzaba un rayo que le golpeó en la espalda. Gritó de dolor y se tambaleó hacia mi círculo.

Sin perder un segundo, invoqué el poder de las estrellas, canalizándolo hacia mis manos. Aferrándome a mi luz estelar, pronuncié el conjuro:

—¡Que la pérdida de la libertad sea involuntaria, hacia el círculo, para cumplir mis órdenes!

Sentí un tirón en mi interior cuando se estableció el círculo mágico. Ahí estaba. La trampa se activó. El ángel quedó atrapado dentro del círculo.

—Te tengo —dije con una sonrisa—. Me atrapé un ángel. Ja. Mírenme en acción. No ha sido tan difícil.

—Buen trabajo, Jade —dijo Elsa, y las dos brujas chocaron los

cinco.

Miré a Catelyn y Valen, que seguían luchando contra los dos ángeles. Ambos luchaban con una gracia increíble. Los propios ángeles eran adversarios formidables, con gran fuerza y resistencia. Paraban y se abalanzaban sobre Catelyn y Valen con facilidad, y los golpes y las estocadas casi se confundían. Quería ayudar, pero ahora estaba muy ocupada.

El ángel pálido me miró fijamente mientras se levantaba lentamente. Y luego se echó a reír.

Sí, eso no solía ser una buena señal.

—Debes de ser la Bruja de Luz Estelar más estúpida que jamás haya existido —dijo, con voz grave y fría.

Mi mal genio salió a la superficie.

—No tengo tiempo para insultos. ¿Qué tal si empiezas por decirme por qué la legión me quiere ver muerta?

El ángel negó lentamente con la cabeza.

—No lo haré.

—Tienes que hacerlo —insistí—. *Yo* te controlo. Estás atrapado. Tienes que cumplir mis órdenes.

El ángel se miró los pies y luego volvió a mirarme.

—¿Estoy atrapado?

Miré horrorizada el círculo de tiza. Las gotas de lluvia habían emborronado sus bordes exteriores, y parte de él ya había sido arrastrado por la corriente.

Oh-oh.

Y entonces el ángel salió del círculo.

10

Bueno, ahora sí era un buen momento para dejarse llevar por el pánico.

—¡Corran! —aullé.

En un abrir y cerrar de ojos, el ángel arremetió. Oí gritar a Elsa cuando le clavó la espada en el hombro. La hoja brilló con su sangre cuando la sacó.

—¡No! —Jade extendió las manos. Un rayo de energía púrpura golpeó el pecho del ángel.

Pero apenas tuvo efecto. El ángel volvió a reír, con los ojos llameantes de poder. Golpeó a Jade en la cara. Alcancé a ver cómo se le voltearon los ojos antes de que cayera. El ángel levantó la espada para asestarle un golpe mortal.

—¡Alto! —Me precipité hacia delante—. Es a mí a quien quieres. Déjalas en paz.

El ángel me observó un momento y luego me sorprendió volviéndose hacia mí y alejándose de Jade. Estaba inconsciente y mañana tendría un dolor de cabeza de muerte, pero lo que realmente me preocupaba era Elsa. Estaba en el suelo, mortalmente pálida y agarrándose el hombro. La cantidad de sangre que brotaba hizo que se me subiera la bilis al fondo de la garganta.

El aire estaba cargado de lluvia y del horrible sonido de los rápidos puños golpeando la carne blanda. Otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Levanté la mirada y vi destellos rojos y arcos de acero de martillos. Vi a Valen, salvaje y atacando con la gracia de un asesino experto: un asesino gigante. El ángel de barba roja blandió su martillo contra el gigante con una agilidad y velocidad que no eran de este mundo. Parecía un maldito personaje de dibujos animados saltando alrededor del gigante sin sentido de la gravedad, como si su altura y complexión no significaran nada.

No me gustó. Tampoco me gustó la sangre que goteaba de las múltiples heridas del costado y el muslo de Catelyn. Seguía aferrada al martillo del otro ángel. Y cuando mis ojos se posaron en él, no tenía una, sino dos espadas en las manos. Ambas estaban manchadas con su sangre.

Sí, Catelyn era una giganta y estaba dotada de una fuerza sobrenatural. Pero no estaba entrenada como luchadora, no como Valen. Tenía que recordarme constantemente que era prácticamente una niña en esto de ser paranormal. Carecía de las habilidades de

combate que tenía Valen.

El miedo me invadió. ¿Y si esos ángeles nos derrotaban? ¿Y si mi superingenioso plan de atrapar a un ángel acababa matando a los que me importaban? No podría vivir conmigo misma si todos murieran por mi culpa.

Se me rompió el corazón al pensar en Shay. Si nos mataban a todos, ¿quién cuidaría de ella? ¿Julian?

El sonido de mi sangre martilleaba salvajemente en mis oídos mientras volvía a centrar mi atención en el pálido ángel bastardo.

El ángel me apuntó con su espada, como indicándome que yo era la siguiente. La punta ensangrentada me revolvió el estómago. Sus ojos brillaban con ese mismo poder interior, el poder del ángel.

—Las brujas no son nada. No pueden contenerme con sus baratijas. Soy un ángel y no me retendrá su débil magia.

Apreté los dientes. No le mostraría miedo a ese puto ángel —asesino—.

—Si no fuera por la lluvia, te habría atrapado. Y tu culo de ángel habría sido mío. Ambos lo sabemos.

El ángel sonrió, con los ojos clavados en mí.

—¿Creías que podías atrapar a un ángel con ese garabato de tiza? —se rió entre dientes, con una expresión de suficiencia en el rostro—. Las Brujas de Luz Estelar son tan ingenuas.

—Entonces, ¿por qué no me iluminas? Cuéntame más cosas sobre esos oráculos. ¿Qué es lo que te asusta de mí? Así es. Ustedes son unos seres superiores y me tienen miedo. Será mejor que me lo digas. Estoy a punto de morir, ¿verdad? ¿Qué tal si le das información a esta bruja antes de cortarle la cabeza? —Valía la pena intentarlo. El tipo era un bastardo arrogante, y a ésos les encantaba presumir de sus logros.

Oí gemir a Elsa desde detrás del ángel, y mi corazón se rompió un poco más. Estaba perdiendo mucha sangre. Si no la llevaba pronto con Polly, o incluso con Valen, iba a morir.

Mientras el ángel reflexionaba sobre mi pregunta, desvié la mirada hacia el cielo. La lluvia caía más suave, como una niebla, pero el cielo seguía cubierto de nubes negras y oscuras. Ninguna estrella se asomaba entre ellas.

Necesitaba un plan o un respiro entre las nubes. Necesitaba que el bastardo siguiera hablando.

El ángel soltó una risita.

—¿Crees que voy a decirte algo, bruja? —Se acercó un paso más, con su espada ensangrentada aún apuntándome directamente—. No eres nada. Una simple mortal con un poco de poder. No tienes ninguna posibilidad contra la legión.

Entrecerré los ojos y mi luz estelar se debilitó.

—¿Son todos tramposos como tú?

El ángel sonrió satisfecho.

—Los oráculos pueden ser un poco... exagerados con sus profecías. Suelen dejarse llevar un poco por sus predicciones.

Respiré hondo, intentando ignorar el miedo que me carcomía.

—Me gusta el drama. ¿Cuál era la profecía? —Oí un grito de dolor. No sonaba a Valen ni a Catelyn. Esperaba que fuera uno de los ángeles de barba roja.

—Crees que puedes ser más lista que nosotros. ¿Verdad? —dijo, con voz divertida—. No tienes ni idea de a lo que te enfrentas.

—Sé lo suficiente —respondí, manteniendo la voz firme—. Sé que tú y tu legión me quieren ver muerta, y sé que tengo algo dentro de mí que les asusta. Algo lo bastante poderoso como para asustar a una Legión de Ángeles.

El ángel enarcó una ceja.

—¿Y qué quieres saber? Porque voy a acabar con tu vida —dijo, sorprendiéndome. Sí. Este tipo era arrogante.

Dudé un momento, pero luego decidí arriesgarme.

—Respuestas —dije—. Respuestas sobre quién soy y por qué soy tan importante para ustedes. ¿Estoy a punto de cambiar? ¿Me convertiré en otra cosa?

El ángel me estudió durante un rato, como si sopesara sus opciones.

—No eres tan estúpida como creía —dijo finalmente.

Fruncí el ceño.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Justo entonces, un grito cortó el aire, y me puse rígida. Catelyn. Pero no podía apartar la mirada del ángel. Tenía que hacer que siguiera hablando.

—Pero no puedo darte las respuestas que buscas —dijo, con la voz alta por encima de los gritos y golpes de la batalla a mis espaldas—. No me corresponde dártelas. Sólo estoy aquí para matarte.

—Entonces, ¿a quién le corresponde? —pregunté.

La sonrisa del ángel se volvió siniestra.

—Eso no te corresponde saberlo, bruja. No eres más que una peona en todo esto. No vivirás lo suficiente para ver cómo termina todo.

Me hirvió la sangre.

—No soy una peona. Soy una persona con libre albedrío y me niego a que me utilicen como una herramienta. Yo controlo mi vida. No tu legión.

El ángel se rió.

—Ah, pero en eso te equivocas. En este mundo, todo el mundo es un peón. Incluso los ángeles.

—Bien. Soy una peona. ¿Una peona en qué juego? ¿Qué me va a pasar?

—No puedo decírtelo. Está prohibido —respondió.

—Bueno, no voy a rendirme tan fácilmente —dije, manteniéndome firme—. Tiene que haber una forma de hacerte hablar.

El ángel soltó una risita.

—Eres más persistente de lo que pensaba, pero estás perdiendo el tiempo.

Respiré hondo, calmándome y pensando en mis opciones. No podía dejar que aquel ángel me derrotara, no cuando había tanto en juego. La seguridad de Shay, la vida de Elsa y mi propio destino estaban en juego. Necesitaba un plan, y lo necesitaba rápido.

Pero mi cerebro era una inmensa cáscara vacía de nada.

—Ahora, basta de hablar —dijo el ángel, cambiando de postura mientras sostenía la espada ante sí—. Tengo otra víctima que matar esta noche. Es hora de que mueras.

Se abalanzó sobre mí con su espada y apenas pude esquivarlo. Utilicé mi luz estelar y sentí una leve respuesta. No era mucho. Pero iba a utilizarla.

Lancé una ráfaga de luz estelar contra el ángel. Vale, fue más bien una gotita. Una gotita bonita. Pero sirvió para algo.

Le dio en el cuello. Sí, le apuntaba a la cara, pero hizo lo que quería. Se tambaleó y perdió la concentración. Y entonces se echó a reír.

El ángel le pasó las yemas de los dedos por el cuello.

—¿Era ése el alcance de tus poderes?

Apreté los dientes con frustración. Sabía que tenía que hacer algo, y rápido. El ángel era demasiado poderoso y, si no actuaba con rapidez, me mataría a mí y a todos los que me importaban.

—No soy una burla —espeté—. Soy una Bruja de Luz Estelar y tengo poderes que van más allá de tu comprensión. —Sí, eso fue demasiado. Moví los dedos para añadir un poco de dramatismo.

El ángel volvió a reír.

—Tus poderes no son nada comparados con los de la legión. No eres más que una mota en el gran esquema de las cosas.

Con los dedos apretados en puños, le miré fijamente, mi ira me daba fuerzas. Me negaba a dejar que aquel ángel me dominara. Tenía que hacerle hablar, distraerle el tiempo suficiente para que se me ocurriera un plan. Un plan me vendría bien ahora mismo.

—Puede que sea una Bruja de Luz Estelar, pero no me subestimarás. Tengo más poder del que crees —dije, con voz firme.

El ángel se burló.

—Una *bruja*. Nosotros somos seres divinos de luz y poder.

Me encogí de hombros.

—Soy en parte ángel. Por mis venas corre el mismo poder.

Al oír eso, el ángel frunció el ceño, y la empuñadura de su espada se tensó.

—Eres repulsiva. Una atrocidad. Tu mera existencia es aborrecible —afirmó.

Bien, aquí venía mi plan.

—Puede que tú tengas poder, pero yo tengo algo que tú no tienes —dije, manteniendo la mirada fija en él.

—¿Y qué es eso? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Pechos —dije y le enseñé las bubis.

El ángel se quedó inmóvil, mirándome el pecho, con la boca abierta por la confusión. Entonces cerré el puño y le di un puñetazo en la mandíbula. Se inclinó hacia un lado y le di una patada en el esternón, haciéndole retroceder tambaleándose.

—¡Já! No está mal para una hembra mortal, ¿eh? —dije, satisfecha de mí misma. Llevaba mi sujetador puesto, pero el efecto seguía funcionando.

El ángel se enderezó, con una mano en la mandíbula.

—Ha sido... sorprendente.

Sonreí.

—Hay mucho más de donde vino eso. —Mi sonrisa ganadora se desvaneció cuando vi a Elsa tumbada en el suelo. Tenía los ojos cerrados.

Maldita sea.

—¿Sabes? —dijo el ángel, su tono se volvió suave, sensual—. Podríamos tomarnos un momento y disfrutar de algunos placeres sexuales mortales.

—Preferiría beberme un cubo de amoniaco —espeté—. Me das asco.

Los ojos del ángel ardían de ira.

—¿Te atreves a insultarme, mortal?

—Me atrevo —respondí, sintiendo una chispa de desafío.

El ángel se abalanzó de nuevo sobre mí, con su espada brillando en la penumbra. Esquivé su ataque e intenté conjurar otra ráfaga de luz estelar, pero mis poderes aún eran débiles y vacilantes.

Perdía terreno rápidamente. Su espada era demasiado rápida, demasiado mortífera. Tenía que pensar en algo rápidamente antes de que me asestara un golpe mortal.

El ángel rió, con los ojos llenos de burla y desdén.

—Pronto sentirás el filo de mi espada contra ese bonito cuello. Y morirás.

—Jódete —grité.

Concentrándome, intenté invocar de nuevo mi magia, pero antes de que pudiera moverme, el ángel me agarró la muñeca y me la retorció a la espalda. Hice un gesto de dolor mientras me sujetaba.

—Ya, ya, pequeña Nefilim —dijo, con su aliento caliente contra mi oreja—. Deja de luchar. Se acabó. Tu vida se ha acabado. Acéptalo

con gracia. Es lo único que te queda.

Luché contra su agarre, pero fue inútil. El ángel era demasiado fuerte. Miré a Valen y a Catelyn, pero estaban demasiado ocupados intentando que no los mataran como para mirarme.

Es lo único que te queda.

Las palabras del ángel me invadieron. No era lo único que me quedaba.

Fue un momento de claridad para mí. Cuando todo estaba perdido. Y eché mano de la única arma que tenía.

Metí la mano en el bolsillo de los jeans, saqué el repelente de ángeles de Elsa y rocié a la hija de puta en los ojos.

El ángel gritó y se alejó de mí a trompicones, frotándose frenéticamente los ojos. Tenía la cara encendida de rojo y los ojos hinchados de ampollas, como si le hubiera rociado con una lata de spray para osos.

Miré el frasquito.

—Gracias, amiguito.

Sin esperar ni un segundo más, me abalancé sobre él y le di una patada en el estómago.

El ángel retrocedió dando un grito.

—¡Puta! ¡Te voy a matar!

Avanzó, con su espada brillando en la oscuridad y una luz oscura que emanaba de sus ojos. Podía sentir su poder, su magia, y supe que estaba en apuros.

Pero tenía un aspecto estúpido con las ampollas rojas, como si hubiera tenido una horrible experiencia en una cama de bronceado. Le quedaba bien.

Tendría que darle las gracias a Elsa más tarde.

Volví a mirar al cielo y vi un rayo de esperanza. Una pequeña brecha en las nubes, lo bastante grande como para dejar brillar una sola estrella.

Era suficiente.

Levanté las manos, concentrándome en mi magia, en mi luz estelar. Empezó a latir de nuevo, el calor se extendió por mi brazo y por todo mi cuerpo. Sentí que mi magia estelar se hacía más fuerte, más potente.

El ángel pálido embistió hacia delante, con su espada dirigida directamente a mi pecho. Lo esquivé por poquito. Extendí mi mano y una ráfaga de luz estelar brotó de mi palma, golpeando al ángel en el pecho. Gruñó y su cuerpo retrocedió por el impacto.

Pero aún no había terminado.

Arremetió de nuevo, con su espada silbando en el aire.

Planté los pies, alcanzando mis estrellas y sosteniendo mi poder.

Un gemido interrumpió mis pensamientos. Me giré y vi a uno de

los ángeles de barba roja correr hacia algo que había en el tejado, cerca de Valen. Por lo que pude deducir, era su hermano, pero parecía un fardo de ropa desaliñada. En un instante, se echó el cuerpo del ángel al hombro, cogió el martillo caído de su hermano y lo utilizó para apuntar amenazadoramente a Valen. Todos sabíamos lo que eso significaba.

Entonces su cuerpo brilló y desapareció.

El techo bajo mis pies tembló cuando Valen y Catelyn salieron corriendo hacia donde yo estaba.

Me enfrenté al ángel. Una bola de luz estelar se cernió sobre mi palma, y los pálidos ojos del ángel se abrieron de par en par, sorprendidos y furiosos.

Sonreí.

—Parece que tus días de alterar el tiempo han terminado, amigo.

Pero antes de que pudiera lanzarle mi luz estelar, el cuerpo del ángel se estremeció y desapareció.

11

Me senté en una silla de madera junto a la cama de Elsa. Tenía las nalgas entumecidas de estar tanto tiempo sentada en la misma posición mientras observaba a Polly, que cosía hábilmente el profundo corte que se extendía por el hombro de Elsa.

No visitaba el apartamento de Elsa con frecuencia. El olor a popurrí e incienso llenaba el aire. Las paredes de su dormitorio estaban empapeladas con motivos florales, a juego con las cortinas. Era cómoda, una habitación donde podía coger un buen libro, sentarme en un rincón y leer durante horas.

Un resuello me hizo voltear. Jade estaba de pie a los pies de la cama, con los brazos alrededor de la cintura, pálida y tan desaliñada como nunca la había visto. Tenía la cara hinchada, como si se hubiera caído de bruces en un nido de avispas. Tenía los ojos muy rojos y no había dejado de llorar desde que Valen había utilizado parte de su magia curativa para despertarla y había visto a Elsa.

Valen también le había dado a Elsa un poco de su magia curativa con la esperanza de que la bruja mayor recobrara el conocimiento, pero no fue así. Entonces la habíamos llevado corriendo a su apartamento, y el gigante había ido a buscar a Polly.

—¿Se va a poner bien? —Mi voz sonaba débil, derrotada. Elsa aún no había abierto los ojos. No desde la batalla en el tejado con los ángeles.

Polly presionó un cuadrado de gasa sobre los puntos.

—Ha perdido mucha sangre.

Esperé, esperando oír algo más.

—Pero se recuperará. ¿Verdad? ¿Necesita una transfusión de sangre o algo? —No creía que pudiera soportarlo si Elsa moría. Éste era mi estúpido plan para intentar atrapar a un ángel. Ella sólo estaba allí como refuerzo porque yo le había pedido que viniera.

Fui una tonta.

Polly soltó un fuerte suspiro y arropó a Elsa con las mantas.

—No, una transfusión no. Estoy segura de que entre mis remedios herbales, ungüentos y hechizos, combinados con la magia curativa del gigante, todos deberían ayudar.

Aquí vamos otra vez con el «debería».

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

La curandera se encontró con mi mirada.

—Elsa no es tan joven como tú. Necesitará más tiempo para

recuperarse. Más tratamiento. Podría haber sido una herida mortal. Tuvo suerte de que Valen pudiera detener la hemorragia.

Se me contrajo la garganta y, cuando un sollozo se le escapó a Jade, me cayeron lágrimas calientes de los ojos. Me las limpié.

—Pero se pondrá bien. ¿Verdad? *¿Verdad?*

Polly asintió.

—Sí. Pero necesitará descansar mucho.

—Está bien —dije, con el labio inferior tembloroso.

Polly me miró desde debajo de su tocado blanco.

—¿Vas a decirme por qué una de mis mejores amigas ha estado a punto de morir esta noche? ¿Por qué tiene una herida como si alguien la hubiera utilizado para practicar con la espada?

El tono de Polly era acusador, lleno de resentimiento y rabia. Y era totalmente comprensible.

—Me estaba ayudando a atrapar a un ángel. —Sonaba absolutamente ridículo cuando lo decía así en voz alta. Parecía una locura. Tal vez lo fuera.

Polly parpadeó.

—Eso es lo más estúpido que he oído salir de tu boca. ¿Estás loca? ¿Tienes ganas de morir? ¿Qué te ha llevado a pensar algo tan absurdo? ¿No sabes que los ángeles son intocables? Son *ángeles*, por el amor de Dios.

Miré a Jade antes de contestar.

—Me persigue un gremio de ángeles asesinos. —Ante su continua expresión incrédula, añadí—: Algo sobre mí tiene preocupada a la Legión de Ángeles. Quieren matarme. Así que enviaron a diez de sus mejores asesinos para que hicieran el trabajo. Tres han muerto, así que quedan siete más que probablemente aparecerán en cualquier momento para intentar acabar conmigo.

Polly cogió lo que parecían toallitas antibacterianas del bolsillo de su abrigo y procedió a limpiarse las manos.

—¿Unos ángeles asesinos intentan matarte?

—Por ese tono, supongo que no me crees. —Era una locura cuando lo pensaba. Y si no lo supiera, tampoco me creería. Pero sabía que no era así.

—Es verdad —dijo Jade, acudiendo en mi ayuda, al ver que Polly no creía ni una sola palabra de las que vomitaba por mi boca—. Se lo dijo su padre. Es decir, él debería saberlo, ¿no?

Mi ángel padre. Cierto. Sólo unas pocas personas sabían que mi padre era un ángel. Polly sabía que yo era una Bruja de Luz Estelar y que mi magia procedía de las estrellas, pero no sabía que era celestial y que procedía de los ángeles. Yo tampoco lo sabía hasta hace unas semanas. Quizá ya era hora de que lo supiera.

—¿Tu padre? —Polly dejó caer la toallita usada en su bolsillo.

Tomé aire y decidí que ya era hora de que Polly lo supiera todo.

—Mi padre es un ángel. —Le hablé de mis poderes y de dónde procedían, y vi cómo sus cejas se fruncían cada vez más en su frente mientras continuaba mi relato hasta que llegué a la parte en la que Matiel había aparecido para hablarme de los asesinos. Cuando terminé, crucé las manos sobre el regazo y esperé. No estaba segura de cómo reaccionaría. ¿Se enfadaría? ¿Estaría fascinada? Ni idea.

La curandera nos miró a su vez, plantando los puños en las caderas y exclamando:

—Pues deberías habérmelo dicho antes.

—Es verdad —asentí, con la culpa pellizcándome las entrañas—. Lo siento. Mi vida ha sido un poco loca últimamente. No he tenido tiempo de sentarme, relajarme y asentarme.

Polly soltó un suspiro.

—Espero que esta idea de atrapar a un ángel se haya acabado. Casi haces que maten a Elsa y a Jade. Por no hablar de ti, Valen y Catelyn.

Sentí la mirada de Jade sobre mí mientras decía:

—Sí, se acabó. No más trampas. —Una gran mentira. La cuestión era que aún tenía que averiguar cómo hacer hablar a los asesinos. Si no podía atraparlos, ¿cómo conseguiría esa información crucial? Necesitaba respuestas. ¿Cómo iba a conseguirlas si no era atrapando a otro bastardo con aureola?

Pero una cosa era segura. Esta vez, lo haría sola.

No me arriesgaría a que hirieran o mataran a ninguno de mis amigos. Lo que fuera a hacer ahora, lo haría por mi cuenta. Sólo que aún no sabía *qué* era eso.

Mi mirada se posó en Elsa, y sentí otra punzada de culpabilidad, más importante. Polly tenía razón. Elsa pudo haber muerto esta noche. Y habría sido totalmente culpa mía. No iba a correr más riesgos con la vida de mis amigos.

—He hecho todo lo que he podido por Elsa —dijo Polly dándose la vuelta y fijando la mirada en Jade—. Siéntate —ordenó, señalando el borde de la cama.

Jade se limpió la nariz con un pañuelo.

—Estoy bien.

Polly señaló el lado de la cara de Jade que parecía seguir hinchándose.

—Claro que no estás bien. Pareces la señora Cara de Papa. Ahora siéntate. Tengo que darle un vistazo a tu cráneo. Por lo que me ha dicho Leana, te has dado un buen golpe.

Justo cuando pensaba que Jade iba a resistirse, se movió y se sentó en el borde de la cama.

—Hummm. —Polly inclinó suavemente la cabeza de Jade hacia un lado—. ¿Eso lo ha hecho un ángel?

—Creo que fue su puño —respondió la bruja.

Observé en silencio cómo Polly empezaba a untar un ungüento morado en la mitad de la cabeza de Jade, viéndole hacer una mueca de dolor cada vez que la sanadora le presionaba el cuero cabelludo con los dedos. Me alegré de que Shay no estuviera aquí para presenciarlo. Probablemente se echaría a llorar, y si yo la viera llorar, me pondría a sollozar. Valen había ido a buscarla a casa de Julian para llevarla a la nuestra. Él y Catelyn se habían marchado juntos cuando Polly llegó al apartamento de Elsa.

—Dile que el plan no funcionó, pero no que Elsa y Jade fueron heridas —le había dicho al gigante antes de que se marchara—. No quiero que lo sepa.

Valen se había inclinado hacia mí y me había dado un beso rápido.

—Bueno. ¿Quieres que vuelva a buscarte más tarde? —Su expresión era tensa e intentó ocultar su preocupación, pero pude detectar la inquietud en su voz. Sabía que le preocupaban los siete asesinos que seguían persiguiéndome.

Sacudí la cabeza.

—Me he rociado con el repelente de ángeles de Elsa. No me pasará nada. Te veré dentro de un rato.

—Ya está, con eso debería bastar. —Polly se apartó de Jade y empezó a limpiarse de nuevo los dedos con otro paño, aunque era exactamente igual al que acababa de utilizar. Tal vez aquellos bolsillos del abrigo tuvieran algo más de lo que ella decía, como una lavadora mágica.

Me quedé mirando los bolsillos de su abrigo.

—¿Qué más tienes ahí?

Polly se volvió y me dedicó una sonrisa socarrona, con un brillo en los ojos.

—No te gustaría saberlo.

—Sí. Sí, me gustaría.

La curandera rió y se metió en los bolsillos los ungüentos, frascos y rollos de gasa que le quedaban.

—Me voy, pues. Si me necesitan, ya saben dónde encontrarme.

—Gracias, Polly. —Me puse en pie mientras ella se dirigía a la puerta, agradecida de que tuviéramos una curandera en el hotel.

—De nada. Avísame si su estado empeora. No debería. Pero me gustaría que me mantuvieras informado.

—Lo haré. —Observé cómo la curandera desaparecía por la puerta.

—¿Te quedas aquí con Elsa? —La mitad de la cara de Jade estaba cubierta de aquel ungüento morado. Un soplo de cebolla asaltó mi nariz.

Evité que se me notara en la cara que la bruja apestaba a cebolla cruda.

—Si quieres irte, ve. Yo me quedaré.

—Está bien. Gracias. —Jade se levantó, se tambaleó y luego se enderezó—. Creo que voy a recostarme un rato. Tengo la cabeza como si me la hubiera golpeado con un mazo.

De nuevo, aquella culpa me carcomió.

—Vete —dije, frotándole el brazo—. Yo me quedaré con Elsa. Tú acuéstate.

Jade forzó una sonrisa y salió tambaleándose.

Me dejé caer en la silla. Las cosas no podrían haber ido peor esta noche si lo hubiera planeado. El único consuelo que me permití fue que, esta vez, no se trataba de Shay. Estaba a salvo y los ángeles no estaban interesados en ella. Se trataba de mí.

Quería mucho a esa niña, mi hermanita. Y quería que fuera feliz, que viviera una vida normal, paranormal, y que fuera una niña, como se lo merecía.

Mis pensamientos divagaban y no estaba segura de cuánto tiempo estuve sentada junto a la cama de Elsa. Probablemente horas, observando cómo subía y bajaba su pecho mientras dormía. Cada vez que se movía, el corazón me daba un vuelco. No quería separarme de ella, pero empezaba a dolerme el cuerpo de estar tanto tiempo sentada en el mismo sitio. Y me estaba entumeciendo. Créeme. No hay nada peor que tener el culo entumecido.

Me levanté, estiré los brazos y las piernas y me acerqué a la ventana. La vista por la ventana de Elsa no era tan bonita como la mía, más bien parecía mirar los tejados vecinos, pero logré atisbar el cielo. Un millar de puntitos en una oscuridad que de otro modo sería infinita. Suspiré con perfecta satisfacción mientras disfrutaba de la belleza apagada del cielo nocturno. Las estrellas eran mis amigas, mi familia en cierto modo. Compartíamos una conexión, y con ello me refería a que me preveían de mi magia.

Ahora que el cielo estaba despejado, podía apreciar su belleza resplandeciente.

—Bastardos —murmuré, recordando cómo los ángeles habían podido controlar de algún modo el clima y habían arrastrado densas nubes de lluvia sobre el cielo para ocultar las estrellas.

Me decía que eran ingeniosos, que sabían manipular mi poder y que ellos mismos eran oponentes poderosos.

Suspiré por la nariz. Los acontecimientos de esta noche empezaban a agobiarme. Sabía que tenía que pensar pronto en un nuevo plan, pero estaba cansada. Agotada. Deseaba darme un largo baño caliente con cierto gigante frotándome en todos los lugares adecuados.

Esta noche no. Esta noche estaba de guardia.

Respiré hondo, intentando calmar mis nervios, y me di la vuelta para mirar a la habitación.

Me quedé paralizada.

Elsa me miraba fijamente, con los ojos muy abiertos y fijos en mi cara. Jadeé y me acerqué rápidamente a su cama.

—Elsa, estás despierta —exclamé, tomando su mano entre las mías. Aún estaba fría al tacto, pero daba igual. Estaba despierta. Eso ya era algo.

La bruja mayor sonrió débilmente.

—Sí, así es. —Su voz era grave y rasgada, como si no la hubiera usado en años. Parpadeó y miró alrededor de su habitación, al parecer para orientarse—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

Miré mi teléfono.

—Casi dos horas.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida.

—¿Tanto tiempo? ¿Qué ha pasado? Lo único que recuerdo es a ese ángel bastardo apuñalándome con su espada. Caí, y entonces... fue cuando todo se volvió oscuro. —Me soltó la mano y se aferró a su medallón como si fuera un salvavidas, y se me hizo un nudo en la garganta cuando vi que se le humedecían los ojos.

Le froté suavemente el brazo.

—Las cosas no han ido tan bien como esperaba.

Elsa me miró fijamente.

—¿Le has atrapado? ¿O a alguno de los otros?

Sacudí la cabeza, preguntándome si la memoria de Elsa se habría visto afectada.

—No. La lluvia borró mi círculo de tiza. ¿Te acuerdas? Se salió.

Elsa parpadeó, con los ojos ligeramente desenfocados, mientras intentaba recordar los acontecimientos.

—¿La lluvia? Según el pronóstico de esta noche no llovería. No lloverá hasta dentro de tres días.

—Lo sé. —Estaba claro que le faltaban recuerdos, pero no la presionaría.

—¿Pero cómo? —Elsa hizo una mueca de dolor al intentar levantarse—. No lo entiendo.

La solté del brazo y la ayudé a sentarse suavemente.

—Deja que te traiga otra almohada. —Corrí hacia su armario, cogí otra almohada y se la coloqué en la espalda—. ¿Así está mejor?

—Mejor. —Elsa se quedó mirando la herida junto al hombro—. ¿Polly me cortó la blusa?

—Sí, lo hizo. Y te vendó.

La bruja se recostó en la almohada.

—Cuéntame más cosas sobre la lluvia. Tengo la sensación de que falta algo. Que me falta algo.

Volví a sentarme en la silla.

—Los ángeles lo hicieron. Por lo visto, pueden controlar el tiempo.

¿Lo sabías?

—No lo sabía. —La expresión de Elsa se volvió grave—. ¿Qué más? ¿Les ganamos?

—No exactamente —respondí, recordando cómo el ángel pálido había apuñalado a Elsa y podría haberla matado fácilmente—. Valen consiguió matar a uno de los ángeles gemelos. Y luego se marcharon.

Elsa frotó su medallón.

—Volverán por ti. Ya lo sabes.

Asentí con la cabeza.

—Con refuerzos.

—¿Y no pudiste sacarles información?

Me lamí los labios.

—Bueno, el que te apuñaló dijo algo sobre que los oráculos predijeron mi muerte o alguna tontería por el estilo. Creo que a esos oráculos se les ocurrió una profecía sobre mí. Algo que les tiene aterrorizados.

—¿Una profecía?

—Sí. Totalmente cliché. Pero ahí lo tienes.

Elsa se quedó pensativa.

—Una profecía suena ominosa.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, las profecías son notoriamente difíciles de interpretar. Pueden significar una cosa o varias cosas a la vez. Pueden ser ciertas o falsas. Pero lo más importante es que, si se cumplen, pueden tener consecuencias devastadoras.

Los ojos de Elsa se clavaron en los míos con una nueva intensidad.

—No siempre lo predicen todo. Omiten detalles importantes. Cosas que podrían haberlo cambiado todo. Cosas que podrían haber salvado vidas.

Me estremecí ante la intensidad de su voz.

—¿Qué quieres decir?

Elsa me miró con una mezcla de tristeza y enfado.

—Quiero decir que a veces las profecías son elaboradas por quienes quieren manipular el futuro. Aquellos que quieren alcanzar sus propios objetivos a cualquier precio. A veces, se sacrifican vidas inocentes al servicio de ese objetivo.

La miré fijamente, horrorizada.

—¿Crees que eso es lo que me está pasando?

—Si los ángeles creen en esta profecía —continuó Elsa—, tenemos que tomárnosla en serio. Tenemos que averiguar qué significa antes que ellos.

Asentí, sintiendo que una oleada de ansiedad me invadía.

—¿Pero cómo empezamos siquiera? Ni siquiera sabemos de qué se trata la profecía.

Los labios de Elsa se afinaron.

—Empezaremos por ir a la fuente. Tenemos que hablar con un oráculo.

La miré fijamente mientras mi cerebro intentaba asimilar lo que acababa de expresar.

—*Hablar* con un oráculo. ¿Sabes dónde encontrar uno?

La bruja me dedicó una pequeña sonrisa.

—En realidad, sí.

Bueno, perfecto.

12

Me quité la ropa y la tiré al suelo de baldosas del cuarto de baño. El vapor de la ducha empañó el espejo y no pude ver mi reflejo. Qué bien. No me apetecía ver mis nuevos moretones, aunque podía sentirlos. Por lo que podía ver, probablemente estaba manchada como un dálmata. Y también me sentía sucia, de algún modo. Como si la pelea con los ángeles me hubiera ensuciado. Nada que una buena ducha caliente no pudiera lavar.

Julian se había presentado en el apartamento de Elsa unos minutos después de discutir la situación del oráculo y se había ofrecido a quedarse con ella.

—Estás hecha una mierda —había dicho el brujo alto. Vete a casa y descansa. Yo me haré cargo.

—¿Estás seguro? —Me resistía a irme, pero él tenía razón. Estaba cansadísima y, sin duda, tenía un aspecto horrible.

—Estaré bien —animó Elsa, que parecía pequeña y débil en su cama—. Deberías irte.

—Sí. Vete. —Julian me empujó hacia la salida, y yo le había dejado.

Tras una larga ducha, con cuidado de no frotarme demasiado fuerte los moretones, agarré una toalla que colgaba del perchero. Sentía los músculos doloridos tras la noche de lucha, pero agradecí el dolor. Podía enfocar mis pensamientos en eso y no en el miedo y la ansiedad.

La verdad era que el hormigueo que sentía en las extremidades y ahora en la barriga seguía ahí, sólo que empeoraba. Era difícil de describir. Me resultaba extraño y familiar a la vez, como una energía fría e implacable que se alimentaba en mi interior. Era como si me estuvieran bombeando un combustible mágico, esperando a encenderse, como el arranque de un motor. Y cada vez era más fuerte.

Aparté los pensamientos, me envolví con la toalla y salí del baño de puntillas para no despertar a Shay. Mañana tenía que ir al colegio y necesitaba dormir.

Entré en puntillas a mi habitación y encontré a Valen sentado en un sillón junto a la ventana que daba a la calle.

—¿Todavía despierto? —Me acerqué al enorme vestidor en el que habría cabido toda mi antigua habitación en el Hotel Twilight.

—¿Te sientes mejor?

—La verdad es que no —grité desde el vestidor. No me preocupaba

el volumen de mi voz. Valen había equipado el dormitorio con paredes insonorizadas por arte de magia. Podía gritar con todas mis fuerzas y Shay nunca me oiría.

Me quité la toalla de un tirón, la arrojé al cesto de la ropa sucia y cogí el spray repelente de ángeles de Elsa de la estantería.

—Cuéntame más cosas sobre este oráculo —llegó la voz de Valen.

Entonces supe que había estado pensando en ello desde que llegué a casa hacía diez minutos y lo encontré sentado en la sala, solo y con las luces apagadas. Shay se había ido a la cama hace horas, cuando Valen la había recogido en casa de Julian.

—Bueno —dije. Luego contuve la respiración mientras me rociaba la cara. Después de ver lo que le había hecho al ángel, no quería que me cayera nada en los ojos ni en la boca—. Elsa cree que si encontramos a su amigo del oráculo, éste podrá revelarnos qué profecía predijeron los oráculos de los ángeles. No sé cómo funciona —mierda, me faltó rociarme el brazo—, pero según Elsa, podrá decirnos. —Era la mejor pista que teníamos hasta el momento. E iba a encontrar ese oráculo mañana a primera hora.

—Te faltó una parte.

Me estremecí y me giré, viendo al gigante apoyado en la entrada del vestidor con los brazos cruzados sobre su ancho pecho, observando mi cuerpo desnudo con interés. Diablos. No lo había oído llegar.

—Sabes, para ser tan grande, te mueves tan silenciosamente como un gato. No estoy segura de que eso me guste.

Valen soltó una risita, se apartó del marco y entró en el vestidor, sin darme tiempo a reaccionar. Sus ojos recorrieron mi cuerpo lentamente, observando cada curva y cada línea como si las memorizara. Me estremecí cuando sus ojos se detuvieron en mis pechos antes de bajar hasta mis caderas.

Mi respiración se entrecortó cuando su mirada se detuvo en mi parte inferior durante unos latidos demasiado largos antes de apartar finalmente la mirada, dejando que mi cuerpo se calentara y mis regiones inferiores palpitaran con fuerza. La sonrisa de su rostro lo decía todo: sabía exactamente lo que me estaba causando.

—Toma —le dije, entregándole el frasco e intentando deshacerme de mis hormonas desbocadas. Aunque eso era casi imposible cuando un hombre así te miraba el cuerpo desnudo como si quisiera lamer cada centímetro de él. Su mirada me retenía como una cuerda invisible—. ¿Puedes aplicármelo por la espalda?

—Sí, puedo. —Sus ojos no se apartaban de mi cuerpo—. También puedo hacer *otras* cosas. Sólo tienes que pedírmelo.

—Ja, ja. —Mi cara se sonrojó mientras intentaba concentrarme. No funcionaba.

Él sonrió más ampliamente y se encogió de hombros con

indiferencia, antes de acortar la distancia entre nosotros hasta que estuvimos uno al lado del otro.

—¿Sabes dónde está el oráculo? —preguntó en voz baja, y su voz me produjo escalofríos mientras agarraba el spray y se movía detrás de mí.

Tragué saliva.

—En algún lugar de la ciudad. Elsa no recordaba la dirección. Está demasiado agotada, pero pasaré mañana a primera hora. —El hecho de que aquel oráculo estuviera aquí mismo, en la ciudad, era la mejor noticia. Mañana sabría por fin por qué los ángeles me querían ver muerta.

Y, de alguna manera, eso también me asustó mucho.

—Voy contigo —sonó la voz profunda de Valen—. No te perderé de vista.

Me estremecí cuando el rocío del spray me tocó la espalda.

—Me lo imaginaba. —Y no me molestaba lo más mínimo—. Después de llevar a Shay al colegio, iremos.

—Sobre eso. —Valen me roció los hombros—. Shay tiene un evento mañana en la escuela.

—¿Un evento? ¿Qué evento? ¿Cómo es que no me lo ha dicho?

—Estaba dormida cuando entraste.

—Bien. Entonces, ¿qué es este evento?

—Un concurso de talentos —respondió el gigante—. Los niños suben al escenario y muestran sus habilidades.

No pude evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara.

—¿Y de verdad quiere hacer esto? —Shay era más bien una niña reservada, como su hermana mayor, así que me sorprendió bastante la idea de que hiciera magia delante de un público.

—Sí, ella quiere. Además, está muy emocionada. No podía dejar de sonreír. No paraba de hablar.

Sentí que un calor se extendía por mi pecho, al saber que Shay estaba creciendo y explorando sus talentos.

—¿Dijo qué pensaba hacer?

—Quiere sorprendernos. Intenté que me lo dijera, pero la niña es dura.

—Lo es. Me pregunto qué hará. —Me imaginé a Shay bajo los focos, radiante como un sol, con los ojos centelleantes mientras miraba a la multitud. Había crecido y cambiado tanto en tan poco tiempo—. ¿Cuándo es esto?

Un rocío cayó sobre mi espalda.

—Mañana sobre las cuatro. En la Academia Fantasia.

Suspiré, sintiendo que el corazón me latía un poco más deprisa. Estaba nerviosa. Nerviosa por Shay. Pero me entusiasmaba la perspectiva de ver lo que ella y los demás chicos podían hacer. Era su

momento de brillar. Me alegré por ella.

Valen guardó silencio un momento.

—Quiero que mañana tengas cuidado con el oráculo, Leana —dijo suavemente, con voz firme pero suave al mismo tiempo—. No sabemos de qué nos vamos a enterar. Puede que no te guste lo que diga el oráculo.

—Estoy muy segura de eso. —Y me quedé corta.

—No quiero que cometas ninguna imprudencia.

Resoplé.

—¿Yo? ¿Imprudente? Jamás. No te preocupes. Seré la viva imagen de la responsabilidad.

Valen soltó un gruñido suave, que excitaba y asustaba a la vez.

—¿Qué? —pregunté al girar la cabeza para mirarle y ver lo preocupado que estaba.

Me dio la vuelta suavemente y me roció la parte baja de la espalda, luego el culo, y después se agachó para rociarme la parte posterior de los muslos. Era muy *consciente de lo* cerca que estaba de la zona de mi Lady V, y ésta se regocijaba con su cercanía.

Pero también recé a la diosa para que no se me escapara accidentalmente un pequeño pedo.

—No me gustan los oráculos. —El aire se movió detrás de mí y sentí que el gigante se levantaba.

—¿Has conocido a un oráculo antes? No me has contado —Definitivamente, esta noche estaba lleno de sorpresas.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y? ¿Quieres compartir tu experiencia? —No parecía muy entusiasmado al respecto. Pero yo quería saberlo. Necesitaba toda la información posible antes de reunirme con el oráculo.

—No me fío de ellos.

—Peeerfecto. —Pude percibir la aprensión en su voz al pronunciar aquellas palabras. Valen siempre fue un hombre estoico, pero no podía ocultar un destello de miedo en su tono. Me hizo darme cuenta de que estaba nervioso por lo que fuera que estuviéramos a punto de afrontar.

—¿Por qué no confías en ellos? —pregunté. Iba a hacer que me lo dijera.

—Los oráculos tienen una forma de decirte lo que quieres oír —dijo—, pero no necesariamente lo que *necesitas* oír.

Asentí con la cabeza. Era cierto que los oráculos podían ser manipuladores y a menudo hablaban con acertijos que te confundían más que cuando empezabas. Pero eso era sólo lo que había leído. Nunca había conocido a uno. El único oráculo que conocía era el de las películas de *Matrix*.

No pude evitar que un escalofrío me recorriera la espalda ante la intensidad de su voz. No había que tomarse a Valen a la ligera, y el

hecho de que no confiara en los oráculos me hacía desconfiar aún más de ellos ahora.

—Lo entiendo. Pero tengo que hacerlo. Tengo que reunirme con el oráculo. Necesito saber por qué me persigue la Legión de Ángeles. No puedo seguir así. Necesito respuestas.

Valen guardó silencio durante otro largo instante.

—Recuerda una cosa —dijo—: el futuro puede ser impredecible y estar en constante cambio. Nadie puede saber lo que ocurrirá, ni siquiera los oráculos.

—Supongo. Intenta decírselo a la legión de ángeles. Seguían al pie de la letra la predicción de su oráculo.

—Puede ser. Pero te aconsejo que actúes con moderación con este oráculo —dijo con firmeza—. No importa lo que te diga.

—Lo haré. —Asentí, sintiéndome ligeramente tranquilizada por sus palabras. Sin embargo, seguía teniendo esa persistente sensación de miedo ante lo que oiría.

Sus manos se mantuvieron firmes cuando empezó a masajearme la piel con el spray, ejerciendo la presión justa con las yemas de los dedos. Era una sensación celestial, y me encontré recostada en su pecho, soltando un suave gemido de placer.

Valen se rió, con su aliento caliente contra mi oreja.

—¿Te gusta? —susurró, y sus manos bajaron hasta la parte baja de mi espalda, donde la tensión era mayor.

Dejé escapar un suspiro de satisfacción, sintiendo que mis músculos se relajaban bajo su contacto.

—Es increíble —dije, con los ojos cerrados. Tenía los músculos tensos. Necesitaban un poco de las caricias de este gigante.

—Me encanta tocarte —exhaló.

—A mí también me encanta que me toques.

El gigante se echó a reír, pero entonces sus manos se detuvieron un instante y pude sentir cómo se le entrecortaba la respiración. Cuando sus manos volvieron a moverse, trazaban vagos círculos por mi columna vertebral, y supe que estaba tan afectado como yo.

—No puedo evitarlo —murmuró, con sus labios rozando el lóbulo de mi oreja—. Eres tan suave, tan hermosa. Tan tentadora.

Nunca me había considerado tentadora ni atractiva, pero lo que sea que a él le gustara. Yo lo apoyaba totalmente.

Mientras seguía trabajando en mi espalda, sus manos bajaron más y más hasta que estuvo peligrosamente cerca de la curva de mi culo. Inspiré bruscamente cuando se inclinó hacia mí y sus labios rozaron mi oreja. Sus manos expertas eran celestiales. Su tacto era eléctrico, me hacía sentir viva y deseada de una forma que nadie más me había hecho sentir antes.

Las fuertes manos de Valen empezaron a amasar mis tensos

músculos, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Su tacto era suave y firme a la vez, y cerré los ojos, perdiéndome en la sensación.

—Estás tensa —dijo en voz baja—. Relájate, yo me encargo. Te tengo.

Dejé escapar un suave gemido, incapaz de controlar la respuesta de mi cuerpo a su tacto. Los dedos de Valen eran como la combinación perfecta de calor y frío, y podía sentir cómo mi cuerpo respondía a cada una de sus caricias.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —susurré, con el calor palpitando en mi interior. Probablemente con todas las otras novias que había tenido, no es que eso me inquietara. Bueno, quizá sólo un poco.

—Un gigante nunca revela sus secretos —murmuró, provocándome un escalofrío.

—Como bruja, puedo obligarte.

—Entonces deberías obligarme —gruñó.

—Quizá lo haga.

Lo siguiente que recuerdo es que solté un chillido cuando mis pies abandonaron el suelo. Estaba en sus brazos y él salía del vestidor hacia la cama.

Me tumbó, sus ojos recorrieron mi desnudez mientras se quitaba la camisa y se arrancaba los jeans.

Se me derritió un poco el corazón al mirar en aquella oscura profundidad de sus ojos, llenos de preocupación por mí y por mi seguridad.

—Date prisa. Necesito relajarme más —bromeé.

El gigante soltó una risita al quitarse los calzoncillos, con su larga hombría en posición firme. Siempre me resultaba impresionante, por muchas veces que lo hubiera visto y por el tamaño de aquella maldita cosa.

Bajó sobre mí y me besó durante largo rato, con una sensación de algo más que pasión. Sus labios se movían sobre mi cuello, llenándome de besos y suaves lamidas que tentaban y atormentaban mis sentidos. Sentí cómo el calor subía dentro de mí cuando las manos callosas de Valen se deslizaron lentamente por mi cuerpo hasta los muslos, enviando sacudidas de placer por mis venas cuando encontró mi punto secreto. Con cada toque experto, temblaba y gemía en un tono perfecto. Era demasiado bueno para ser real.

Nunca supe que el sexo pudiera sentirse así, pero ahora estaba adicta a él.

La visión de aquel hombre magnífico moviéndose por encima de mí, combinada con la cruda pasión que irradiaba entre nosotros, encendió estanques de deseo en mi interior.

Rodeé su cintura con las piernas y me aferré a él, decidida a no

soltarme jamás. Nos movimos juntos en un abrazo de emoción y deseo, siendo cada vez más conscientes de la necesidad que sentíamos el uno por el otro. Y cuando Valen finalmente me penetró, le di la bienvenida dentro de mí.

Pero incluso mientras nuestros cuerpos se entrelazaban haciendo el amor apasionadamente, no podía deshacerme de la sensación de inquietud que persistía en el fondo de mi mente.

¿Qué nos revelaría este oráculo? ¿Y sería algo que podría manejar?

Ya lo veremos.

13

¿Has conocido alguna vez a un oráculo? Sí, yo tampoco.

No pude evitar imaginarme a una especie de adivina, la típica señora con un turbante en la cabeza y una bola de cristal sobre una mesa redonda atestada de cartas del tarot situada en una habitación infestada de humo de cigarrillo en algún sucio edificio de apartamentos de la peor parte de la ciudad.

Resultó que nos dirigimos a Hell's Kitchen, una parte de Manhattan que visitaba con regularidad. Era uno de los muchos barrios paranormales o, mejor dicho, una zona donde parecían congregarse. Había muchos barrios como éste en la ciudad. De memoria, conté doce, pero Hell's Kitchen era probablemente el más grande después del Hotel Twilight.

Me removí en el asiento y respiré hondo, intentando calmar mi agitado corazón. La verdad era que una parte de mí no quería oír lo que el oráculo tenía que decir porque tenía el horrible presentimiento de que serían malas noticias. Por supuesto que lo eran. Si no, ¿por qué me perseguía la Legión de Ángeles?

—¿Estás bien? —sonó la voz de Valen a mi lado.

Me volví y miré al gigante, que tenía un rostro apuesto y preocupado. Pensaba que era una profesional ocultando mis sentimientos, pero él me conocía demasiado bien.

—Estoy bien. —Totalmente mentira, y por el giro de su boca, él también lo sabía.

Valen frenó su todoterreno en el siguiente semáforo en rojo.

—Te ves nerviosa.

—Sólo un poco nerviosa. Eso es lo que te pueden causar dos tazas de café en menos de cinco minutos.

Valen se volvió para mirarme y yo aparté la mirada, sabiendo que vería la mentira en mi rostro. No quería que pensara que tenía miedo de lo que dijera un oráculo. Yo era una Merlín, por el amor de Dios. Los oráculos sólo eran videntes, visionarios, no demonios ni siquiera ángeles asesinos.

—¿Y cómo conoces a este oráculo? —El cuero rechinó mientras me giraba en el asiento.

—Bueno —comenzó Elsa, sentada en el asiento trasero con las manos cruzadas sobre el regazo—, digamos que he aprendido algunos trucos después de vivir tanto tiempo en esta ciudad. —La bruja se había negado a quedarse en la cama tras haber sido apuñalada y haber

estado a punto de morir la noche anterior. Intenté convencerla, y Polly también, pero Elsa no quiso. Se negó a decirnos dónde vivía el oráculo a menos que viniera con nosotros. Vieja obstinada.

—Sí, como ser frustrantemente testaruda —añadió Jade, sentándose a su lado. También había venido en busca de apoyo moral.

Elsa fulminó a Jade con la mirada antes de darse la vuelta y volver a mirarme.

—Conocí al oráculo hace unos años, cuando me enfrentaba a unos espíritus problemáticos. Me ayudó a salir de una situación complicada y, desde entonces, estamos en contacto.

Asentí con la cabeza, asimilando la información.

—¿Y está dispuesto a ayudarnos?

—Me debe un favor —dijo Elsa con una sonrisa burlona.

Sonreí.

—¿Qué *clase* de favor? —pregunté, haciendo que Jade soltara una carcajada.

Elsa no se reía.

—No de *ese* tipo. De verdad, Leana. Tienes una mente sucia. ¿Lo sabías?

Sólo cuando se trata de Valen. Me encogí de hombros.

—Entonces, ¿qué clase de favor? En serio.

Elsa me parpadeó.

—Una vez le salvé la vida cuando un troll renegado intentó matarlo. No todo el mundo aprecia lo que dicen los oráculos.

—¿Un trol renegado? —pregunté, sorprendida e impresionada—. ¿Cómo te las arreglaste para manejarlo?

Elsa se encogió de hombros, con un fantasma de sonrisa en los labios.

—Digamos que tengo mis maneras. Pero créeme, este oráculo sí dice la verdad. Puede ver cosas que nadie más puede ver. Te dirá lo que necesitas saber. Estoy segura de ello.

Valen gruñó en señal de desaprobación. Sabía que no se fiaba de los oráculos y que había una historia de la que no quería hablar. Pero también tenía la sensación de que no tenía prisa por escuchar lo que tuviera que decir aquel oráculo por mí. Por cómo reaccionaría. Quizá pensó que me asustaría o algo así. Quizá sí lo haría.

—¿Y confías en este oráculo? Por cierto, ¿cómo se llama? —Quizá si supiera su nombre, no estaría tan nerviosa. Parecería más una persona real y menos un oscuro profeta de la fatalidad.

Elsa parpadeó.

—El Heraldo Brillante.

Una carcajada nerviosa se escapó de mi garganta.

—Disculpa, ¿qué? —Parecía que Elsa intentaba hacerse la graciosa esta mañana. Eché un vistazo a Valen para ver si sonreía, pero el

gigante estaba concentrado en la carretera, sin expresión alguna en su rostro.

—El Heraldo Brillante —repitió Elsa como si yo fuera sorda.

La miré.

—No. Te he oído. Quiero decir, ¿ese no puede ser su verdadero nombre? ¿Es su nombre artístico? Quizá los oráculos fueran como los adivinos o los gurús, con nombres artísticos y un gran número de seguidores en las redes sociales.

—Parece un personaje de un libro infantil —dijo Jade, con cara de duda—. ¿Este tipo es de verdad?

—Es real. —Elsa suspiró molesta—. Es su verdadero nombre, o al menos el único que da. Admito que suena un poco absurdo. ¿Quizá necesita mantener su nombre en secreto? Ya sabes, porque conocer el verdadero nombre de un ser puede ser utilizado en su contra.

—Como el verdadero nombre de un demonio —supuse.

Elsa asintió.

—Puede ser. No lo sé. Lo único que sé es que se hace llamar así desde que oí hablar de él por primera vez.

—Hummm. —O este oráculo tenía sentido del humor, o iba a ser muy pesado. Me inclinaba por lo segundo.

Jade se encogió de hombros, despreocupada por el nombre del oráculo.

—Bueno, se llame como se llame, en realidad no importa si necesitamos su ayuda. ¿Cierto? Sólo debemos estar agradecidas de que haya accedido a reunirse con nosotros y responder a nuestras preguntas. Al menos ahora tenemos una idea de a dónde ir. —Me miró fijamente con una sonrisa brillante en la cara.

—Sabe que vamos. ¿Verdad? —pregunté tras un momento de silencio.

Lo último que quería era presentarme sin avisar y que me rechazaran. En cuanto Elsa mencionó que conocía a un oráculo y que éste podría decirnos lo que predijeron los oráculos de los ángeles, no pude dejar de pensar en ello. Significaba que si este vidente podía decirme de qué se trataba todo aquel alboroto, no tendría que ir a intentar atrapar a otro ángel. Todos sabíamos lo bien que había salido eso.

Elsa miró por la ventana.

—Llamé esta mañana.

Esperé a que Elsa me dijera algo más, pero no lo hizo.

—Y ha *accedido* a ayudar, ¿verdad?

—Como he dicho —continuó la bruja, y luego hizo un gesto de dolor cuando se movió en el asiento, probablemente porque se había estirado los puntos del hombro. Sus ojos se encontraron con los míos —. Me debe una. No debería ser un problema.

—Espera. —La miré de reojo—. ¿Estás diciendo que no ha accedido a ayudar? —Miré fijamente a la bruja mayor, dándome cuenta poco a poco de lo que decía.

Elsa hizo una breve pausa, sin encontrar mi mirada.

—No dijo exactamente que no… —Se interrumpió.

Gemí, sintiendo que se me hacía un nudo en el estómago.

—Eso no es muy tranquilizador. —Maldita sea. No era así como lo había planeado en mi cabeza. En mi cabeza, el oráculo era acogedor y había resuelto el gran enigma profetizado. Parecía que no iba a tener suerte.

—Lo sé. Lo sé. —La voz de Elsa estaba cargada de frustración—. Pero créeme, si alguien puede darnos las respuestas que necesitamos, es él. Nos ayudará. No iríamos hasta allá si creyera que no nos va a ser útil.

Mi corazón se hundió. Demasiado para obtener algunas respuestas. Parecía que el oráculo nos haría trabajar para obtener toda la información que necesitáramos. Pero, de nuevo, ésa parecía ser la norma en esta ciudad.

—Ha dicho que nos escuchará —insistió Elsa, habiendo percibido mi aprensión—. Pero no puedo garantizarte nada más. Al oráculo no le gusta que la gente le haga perder el tiempo. Es un hombre ocupado, Leana.

Asentí lentamente, sintiendo que me invadía una sensación de temor. ¿Y si el oráculo se negaba a ofrecerme ayuda? O peor aún: ¿y si confirmaba mis sospechas sobre las palabras de mi padre, que me estaba transformando en otra persona… o en otra *cosa*? Que algo dentro de mí pronto se revelaría y me cambiaría para siempre. Sí. Buenos tiempos.

Respiré hondo y me recordé a mí misma que era una Merlín y una mujer adulta. Podía hacerle frente a lo que se me presentaran en el camino. No tenía elección.

Me giré a medio camino, mirando al gigante para ver si tenía algo que añadir. Valen seguía mirando por el retrovisor, con los músculos de la mandíbula tensos y el ceño fruncido. Conocía esa mirada. Algo pasaba.

—¿Qué? —Miré por encima del hombro, sin saber qué se suponía que estaba buscando.

—Nos están siguiendo.

—¿Qué? —dijimos a coro Elsa, Jade y yo al mismo tiempo.

El corazón me latía contra el pecho.

—¿Es la legión? ¿Son los asesinos? —Mierda. Cuando creía que tendría la mañana libre de intentos de asesinato por parte de ángeles asesinos, aquí estaban, siguiéndonos—. Pero si me he rociado —Bueno, eso sonó raro saliendo de mi boca.

—¿Quizá te faltó rociarte en algún sitio? —ofreció Jade.

No lo sabía. Y si eran ellos, significaba que el spray de Elsa no funcionaba tan bien como ella pensaba.

—Podrían ser los ángeles —dijo el gigante, con los ojos pasando del parabrisas al espejo retrovisor.

—¿Puedes perderlos?

—No. Hay demasiado tráfico. Apenas nos movemos.

—¿Y estás seguro de que nos siguen? —preguntó Jade, mirando hacia atrás por la parte trasera del Range Rover.

—Seguro. —Valen tomó el siguiente cruce a la derecha.

Miré por el retrovisor lateral.

—¿Qué auto conducen? Quería verlos bien y comprobar por mí misma si realmente nos estaban siguiendo.

—El MINI Cooper negro —respondió el gigante.

Sí. Ahí estaba, sólo un auto entre nosotros y el MINI Cooper negro. Tomó la misma derecha y siguió persiguiéndonos.

No me apetecía luchar contra otro grupo de ángeles esta mañana. Y menos cuando mi magia no sería de mucha ayuda. Sin contar que Elsa no estaba en condiciones de luchar con magia defensiva, ni tampoco Jade, cuya cabeza seguía teniendo la forma de un mazo. Estaba menos hinchada, pero su piel estaba llena de moretones rojos y morados.

Sólo Valen podía cambiar las cosas. Y eso sólo dependía de cuántos de esos bastardos con aureola pudieran caber en ese pequeño auto.

Tenemos que admitirlo. Esto no era nada bueno.

A medida que nos adentrábamos en Hell's Kitchen, las calles se volvían más oscuras y los edificios estaban más juntos. Podía sentir la energía sobrenatural pulsando a nuestro alrededor, como una corriente eléctrica que amenazaba con abrumarme. O tal vez fueran sólo los nervios que me asaltaban ante la perspectiva de enfrentarme a más ángeles asesinos. El hecho era que no dejaban de aparecer, lo que no hacía sino intensificar mi necesidad de buscar a aquel oráculo.

Valen giró por una calle lateral. Los edificios eran de ladrillo y piedra, pero muchos estaban dañados, con ventanas rotas, puertas reventadas y carteles que antes colgaban de las puertas pero ahora yacían esparcidos por la calle.

—Es aquí —dijo Elsa, señalando un edificio anodino que parecía que podría haber sido fabuloso en los años cincuenta.

Valen aparcó su Range Rover en la acera y apagó el motor. Volví a mirar por el retrovisor lateral. Y, efectivamente, el MINI Cooper negro apareció detrás de nosotros y aparcó.

—Ahhh. Esto no me gusta nada. Esto no me gusta ni un poquito. —La preocupación en los ojos de Elsa era inconfundible. No la culpaba. Yo estaría igual si me hubiera apuñalado un ángel pálido bastardo.

Jade estaba inusualmente callada, irradiaba ansiedad mientras se pasaba las manos por los muslos. Estaba asustada. Las dos lo estaban.

Y todo era culpa mía.

Una parte de mí quería decir que a la mierda y marcharme. ¿Pero entonces qué? No es como si los ángeles dejarían de seguirme o de cazarme.

—Yo me encargo —dijo Valen, como si leyera mis pensamientos—. Ustedes tres se quedan en el auto.

Antes de que pudiera protestar, el gigante se levantó de su asiento y cerró la puerta.

Me quité de un tirón el cinturón de seguridad y las tres nos giramos para ver cómo Valen se dirigía hacia el MINI Cooper, caminando como el depredador que era, a punto de golpear unas cuantas cabezas de ángel.

Dios, estaba bueno.

Se detuvo cerca del auto y se limitó a señalarlo.

De nuevo, muy irresistible.

Y entonces ocurrió algo que no esperaba.

Se abrieron tres puertas del MINI Cooper y salieron tres mujeres. No eran ángeles.

—No. ¿Ellas? Son las mujeres de *The Supernatural Lounge*, —dijo Jade, con el mismo tono de sorpresa que yo—. ¿Qué hacen aquí?

—Nos siguieron. —Suspiré aliviada—. Son fastidiosas, pero inofensivos.

Las tres salimos del auto y vimos a Valen con los brazos cruzados, hablando con las tres jóvenes.

En cuanto Daisy me vio, se apresuró a avanzar, con su teléfono apuntando en mi dirección.

—¡Leana! —dijo, y las otras tres corrieron detrás de ella—. ¿Has venido a ver al Heraldo Brillante? Los espectadores quieren saberlo.

No sabía cómo sabía lo del oráculo, y no pregunté.

—¿Tienes un teléfono nuevo? —dije en su lugar, al ver la reluciente pantalla negra, impoluta.

Daisy acercó su teléfono a mi cara.

—¿Esto tiene que ver con que los ángeles intenten matarte? ¿Es una profecía? ¿Lo predijo el Heraldo Brillante? ¿Cómo te hace sentir eso?

Fruncí el ceño, la irritación me invadía.

—Sin comentarios.

—¿Estás marcada? —continuó la hembra—. ¿Vas a morir? ¿Es eso lo que predijo el oráculo?

Apreté los dientes. Agredir a una mujer joven en medio de una calle infestada de humanos no era la forma de actuar, aunque cada parte de mi ser deseaba darle un puñetazo en la boca para que se

callara.

Miré a Valen.

—Crees que…

El gigante asintió.

—Yo me encargo. Entren ustedes tres. Yo iré enseguida.

—Gracias. —Me volví hacia Elsa y Jade—. Ve adelante —le dije a Elsa, viendo a Valen por el rabillo del ojo arreando a las YouTubers hacia su auto.

Sentía las piernas como de goma mientras seguía a Elsa hasta la entrada, que era una sencilla puerta de madera sin marcas ni indicios de lo que había más allá. Elsa llamó tres veces y esperamos.

Unos instantes después, la puerta se abrió con un chirrido, revelando una habitación poco iluminada. El olor a incienso flotaba en el aire y me mareaba. Entrecerré los ojos, tratando de distinguir la figura que había frente a nosotros. No sé por qué, pero me había imaginado a Gandalf de *El Señor de los Anillos*, un mago alto y misterioso vestido con una túnica larga y vaporosa bordada con símbolos y dibujos.

Pero eso no fue lo que vi.

Sí, el hombre que teníamos delante era viejo, con el pelo blanco y unos penetrantes ojos azules que parecían mirarme directamente al alma. Pero no llevaba capa ni túnica. No. De hecho, no llevaba gran cosa.

Sólo llevaba unos calzoncillos diminutos de leopardo con un abdomen bulboso y protuberante.

—Bienvenidas —dijo en voz baja y grave—. Soy el Heraldo Brillante. Pasen.

Aquí vamos.

14

—Eh... —Miré a Elsa—. ¿Esto es...?

—¿Normal? —Elsa me dedicó una amplia sonrisa—. Sí, en cierto modo. ¿Qué *es* normal? Pues el comportamiento descrito que se ajusta a las normas sociales. El Heraldo Brillante es... excéntrico.

—Es un exhibicionista —repliqué. Parecía que Homero Simpson me iba a contar mi profecía.

El oráculo se dio la vuelta y me tapé los ojos. No sé por qué lo hice. Sí, sí lo sé. Porque tenía la sensación de que este lado suyo sería aún peor. Miré a través de los dedos y exhalé aliviada. Su ropa interior, aunque pequeñita, no era un tanga. Gracias a los dioses. Pero su parte trasera no era mucho mejor que la delantera.

Con los resoplidos de Jade e intentando *no* mirar el trasero caído del anciano, le seguimos hasta la habitación, escasamente amueblada con unas cuantas sillas y una mesa. Las paredes estaban forradas de estanterías llenas de libros y baratijas. Tenía la sensación de que esta habitación guardaba más secretos de los que podía imaginar.

La habitación sólo estaba iluminada por velas parpadeantes que proyectaban sombras espeluznantes en las paredes. El aire estaba impregnado de incienso, y tuve que reprimir una tos mientras avanzábamos hacia el interior.

—¿Por qué han venido? —preguntó el Heraldo Brillante, volviéndose hacia nosotras. Entrelazó los dedos y los puso sobre su vientre.

No debía de medir más de metro y medio, y me recordaba a Olin, pero ahí acababa el parecido. Mientras que Olin tenía el pelo naranja brillante y alborotado y una nariz larga y puntiaguda, este hombre, este *oráculo*, tenía mechones de pelo blanco y una pequeña nariz chata. Andaba descalzo, y los dedos de sus pies habían visto días mejores. Parecía que tenía años sin cortarse las uñas de los pies.

Elsa se adelantó, con la mano aferrando su medallón.

—Necesitamos tu ayuda.

El oráculo emitió un gruñido. Sus ojos se desviaron hacia Jade y luego se posaron en mí un poco más de lo necesario. Mucho más de lo necesario.

—¿Y quién puede ser esta?

—Ella es Leana —respondió Elsa, señalándome con un gesto—. Ella es la que necesita tu ayuda.

Los ojos del anciano parecían clavarse en los míos, y de repente me

sentí muy pequeña e insignificante, aunque era mucho más alta que él. Me picaba la frente y sentía un cosquilleo en la cabeza, algo parecido a cuando Nikolas había utilizado sus habilidades vampíricas de control mental, pero diferente. Aun así, no me gustaba.

—¿Y por qué has venido aquí, Leana?, —preguntó el oráculo, intensificándose el picor en mi frente—. ¿Intentaba ver si mentía?

Solté una bocanada de aire.

—Bueno, es una larga historia, Sr. Heraldo, Sr. Brillante, eh... señor. —Sí, empezamos bien—. La versión resumida es que unos ángeles asesinos intentan matarme por algo que predijeron sus oráculos: una profecía. Eso es todo lo que sé.

El oráculo frunció los labios.

—Ya veo. ¿Y crees que viniendo a ver al Heraldo Brillante podrías descubrir lo que predijo el oráculo de los ángeles y luego relatártelo?

—Sí.

Los ojos del oráculo se desviaron hacia Elsa, y pude ver la tensión tácita entre ambos. Él se lo debía a ella, pero quizá no quería deberle tanto. Pero, por otra parte, se hacía llamar el Heraldo Brillante. Valía la pena intentarlo.

—¿Puedes hacerlo? —Me di cuenta de que aquello podría haber sido interpretado como una grosería, pero las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Los ojos del Heraldo Brillante se entrecerraron y sentí que aumentaba la presión sobre mi frente. Intenté no retorcerme bajo su intensa mirada, pero no fue fácil. Nunca me había sentido tan expuesta. Era como presentarme en una fiesta con sólo una sonrisa y mi pudor, con todas mis partes a la vista.

—Muy bien —dijo al fin, rompiendo el contacto visual—. El Heraldo Brillante te ayudará, pero debo advertirte que los conocimientos que poseo no siempre son agradables. A veces, la verdad es como una pastilla amarga.

Asentí, sintiendo que se me formaba un nudo en el estómago.

—Me gustan las pastillas. Son mi alimento reconfortante —bromeé riendo. Él no lo hizo—. Ya. Sólo necesito saber a qué me enfrento. Por qué me quieren ver muerta. Lo básico.

El sonido de una puerta abriéndose cortó el aire, y me volví para ver a Valen entrando en la morada del oráculo. Miré al oráculo. No parecía sorprendido de ver al gigante. Quizá había *visualizado* que vendría.

El gigante hizo una doble toma al ver al hombre mayor casi desnudo. Y yo tuve que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

Valen me miró y esbozó una sonrisa tímida. Supongo que era difícil tomar en serio a alguien cuando se le veía tanto la piel.

Me pregunté qué habría sido de Daisy y las demás. ¿Las habría asustado Valen, o nos estarían esperando fuera, con los teléfonos desenfundados y listos en cuanto saliéramos?

Sin prestar atención al hombre alto y forrado de músculos, el oráculo me hizo un gesto.

—Por aquí.

Nos condujo… Bueno, a mí, a una mesa en el centro de la habitación. Sobre la mesa había una vieja máquina de escribir junto a una pila de papeles en blanco y nada más. No pude ver una bola de cristal, cartas del tarot, un tablero de ouija ni nada que indicara que era un adivino. Sólo la mugrienta máquina de escribir.

Ante la mesa se colocaron dos sillas: una frente a la máquina de escribir y la otra directamente en el lado opuesto.

El oráculo apartó la silla que había junto a la máquina de escribir y se sentó. Me hizo un gesto con la mano.

—Siéntate —me ordenó.

Miré a Valen, al ver que fruncía el ceño, e hice lo que me decían. Saqué la silla y me senté frente al oráculo.

—Esto es *muy* raro —susurró Jade. Aunque sabía que lo había dicho sólo para que escuchara Elsa, su voz había sonado fuerte y todos la oímos.

No pude evitar asentir. Aquello era definitivamente más raro que cualquier otra cosa que hubiera experimentado, y créeme, había tenido mi buena dosis de rarezas a lo largo de mi vida.

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras seguía jugueteando con los dedos, sin saber qué hacer con las manos. Primero, las apoyé sobre la mesa y, ante la mirada del oráculo, las quité y las apreté entre mis muslos. Sentía que estaba a punto de saltar fuera de mí. Estaba muy nerviosa.

Llegó el momento. El momento de la verdad. El momento en que por fin sabría por qué me perseguían los ángeles asesinos. Y una parte de mí no quería oírlo. Una parte de mí quería salir corriendo de aquí y alejarme todo lo posible del oráculo.

Pero ya era demasiado tarde, y parecía como si mi trasero estuviera superpegado a aquella silla. No iba a ir a ninguna parte.

El oráculo miró fijamente a Elsa.

—Esto saldará la deuda del Heraldo Brillante contigo. No me solicitarás ni exigirás mis servicios una vez hecho esto.

Elsa asintió.

—Sí. Tu deuda conmigo quedará saldada. Tienes mi palabra.

El oráculo emitió un gruñido de aprobación. Luego cerró los ojos y respiró hondo, su cuerpo se aquietó como si entrara en trance. Observé en silencio cómo permanecía inmóvil durante lo que me pareció una eternidad, sintiendo la mirada de mis amigos y de Valen

en mi espalda.

La magia asaltó mis sentidos, un montón de magia. Era como si se hubiera encendido una supercarga. Parecía que el pequeño oráculo era muy poderoso. Sentí un escalofrío que me recorrió la espalda y me pregunté si estaría invocando algo oscuro y peligroso.

El oráculo extendió la mano, crujió los dedos y los posó sobre las teclas, flotando pero sin tocarlas. Sentí una fuerte oleada de magia que brotaba de sus dedos.

Y entonces la vieja máquina de escribir empezó a moverse, tecleando letras como si tuviera mente propia.

—Santa mierda. —Mis ojos se abrieron de par en par al ver cómo la máquina de escribir escupía palabras con una facilidad casi sobrenatural. Demonios, *era* sobrenatural.

Como dije, esto era lo más raro que me había encontrado en mi vida.

—Necesito una foto —llegó la voz de Jade, y me volví para verla con el móvil en la mano—. A Jimmy le va a encantar esto.

Elsa parecía asombrada y, si tuviera que adivinar, un poco celosa.

Valen, bueno, aún parecía enfadado, furioso, y miraba la máquina de escribir con un profundo odio. Probablemente quería destrozarla.

Me incliné hacia adelante, intentando vislumbrar lo que tecleaba la máquina de escribir. Pero no podía ver más allá del papel, y me quedé pensando qué secretos estaría revelando.

—¿Así que realmente recibes comunicación de allá arriba? —dije y señalé hacia el techo como una tonta—. ¿Cómo funciona? ¿Es como la grabación de una profecía? ¿Presionas el rebobinado?

El oráculo no dijo nada.

—Mucho mejor que una bola de cristal. ¿Verdad? —me reí—. ¿O que darle un vistazo a las hojas de té? Nunca he entendido las hojas de té.

—Silencio —espetó el oráculo—. No debes hablar hasta que la profecía esté completa.

Cerré la boca, mirando fijamente la máquina de escribir mientras seguía tecleando, y me recosté en la silla. El sonido de la máquina de escribir llenaba el silencio, el tintineo de las teclas resonaba en las paredes. Los ojos del oráculo permanecían cerrados, su cuerpo inmóvil como si estuviera en trance. Me pregunté cuánto duraría aquello y si tendría alguna posibilidad de escapar de los ángeles asesinos antes de que fuera demasiado tarde.

Pasaron los minutos y el único sonido que había en la sala era el *clic-clac* de las teclas de la máquina de escribir y la respiración de los que estaban detrás de mí. Me removí en el asiento, sintiendo que la tensión crecía en mi interior. ¿Y si el oráculo no encontraba nada? ¿Y si no podía leer los oráculos allá en los cielos y sólo estaba escribiendo

sandeces para librarse de su deuda con Elsa?

El aire de la habitación se volvió espeso, casi sofocante, y me costaba respirar. Me corría el sudor por la frente y mi ritmo cardíaco se aceleraba a medida que aumentaba el volumen de los tecleos. Dirigí la mirada hacia el rostro del oráculo, pero sus ojos permanecían cerrados. Estaba completamente absorto en lo que la máquina de escribir escupía.

Y entonces, de repente, el sonido de la máquina de escribir cesó. Simplemente se detuvo.

El silencio en la sala era ensordecedor mientras todos esperábamos con la respiración contenida. El oráculo abrió por fin los ojos y me miró fijamente con una gravedad inusitada. Sentí que mis nervios se ponían a flor de piel mientras esperaba a que hablara.

—Los conocimientos que poseo no son para los pusilánimes —dijo en un tono melodramático y silencioso. Sacó el papel de la máquina de escribir y vi cómo sus ojos se movían a lo largo de la página. De repente tuve la estúpida idea de arrancárselo para leerlo.

En lugar de eso, me incliné hacia delante, con el corazón en la garganta.

—¿Puedes decirme qué dice? —Sentía la mirada de Valen clavada en mí, pero me mantuve concentrada en el oráculo, no quería perderme nada.

—Sí —convino Elsa—. Ésa es precisamente la razón por la que hemos venido.

El oráculo se aclaró la garganta.

—Se ha predicho que el día de la luna nueva nacerá una Bruja de Luz Estelar. Esta bruja sacará su fuerza de la formación estelar triple de Alfa Centauri.

Igual que yo…

—Una vez, cada dos mil años, las estrellas se alinearán con la luna y potenciarán aún más a la Bruja de Luz Estelar hasta niveles insondables.

—Guau —sonó la voz de Jade.

—En la noche de la próxima luna llena —ontinuó el oráculo, como si Jade no hubiera hablado—, en conjunción con la alineación de las estrellas, la Bruja de Luz Estelar se convertirá en la llave que abrirá las puertas del infierno, empeñada en destruir toda vida.

La sala se quedó en silencio.

—¿Soy la única aquí que piensa que esto es un montón de mierda? —Esperé una respuesta de Valen, Elsa o Jade, pero nadie dijo una palabra.

—Es una broma —intenté de nuevo—. Es una broma, ¿verdad? ¿Esto no puede estar bien? —El corazón me latía con fuerza en el pecho y cada golpe parecía resonar en la habitación. Mi mente se

aceleró mientras intentaba procesar lo que acababa de decir el oráculo. ¿Que en la próxima luna llena, con mis estrellas alineadas y como Bruja de Luz Estelar, abriría las puertas del infierno? No tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a hacer eso? Yo no lo haría.

No. Esto era una locura. Nunca haría algo así.

—La existencia de la bruja supone una amenaza para la Legión de Ángeles y para nuestro mundo —continuó leyendo el oráculo—. Y debe ser eliminada a toda costa.

—Espera un maldito minuto. —Me froté los ojos con los dedos—. Basta ya con esos disparates de Obi-Wan Kenobi. No lo entiendo. ¿Qué significa todo esto?

El Heraldo Brillante se reclinó en su silla. Sujetó el papel, hizo un gesto con la muñeca y juraría que vi desvanecerse la tinta. Colocó la profecía, ahora en blanco, sobre la pila de papeles. Luego me miró desde el otro lado de la mesa y dijo:

—Significa que si no mueres, traerás el fin del mundo.

Impresionante.

15

Mi mera existencia estaba a punto de traer el fin del mundo. Maravilloso.

No es exactamente la profecía alegre que esperaba. No es que pensara que sería una predicción alegre. Simplemente no esperaba que fuera tan ominosa, catastrofista y definitiva. Pero así son las cosas.

Yo, Leana Fairchild, la extraordinaria Merlín, estaba a punto de provocar el Apocalipsis.

Genial.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros ante el gigante.

—Siempre he querido ser especial.

Valen suspiró, mirándome fijamente, con una expresión casi enferma de miedo.

—Esto no tiene gracia. Te advertí sobre ellos. Los oráculos están llenos de mierda. No me creería ni la mitad de lo que dice.

—Elsa y Jade sí —le dije, mirando al suelo. Y yo también. Por alguna razón, creía cada palabra que el oráculo leía en aquel papel. ¿Era una tontería? Supongo que entonces era una tonta.

Había permanecido en silencio durante el trayecto de vuelta al apartamento situado encima del restaurante, escuchando a Elsa y a Jade discutir sobre el «verdadero significado» de dicha profecía. No me atrevía a hablar. Estaba conmocionada, en estado de negación y totalmente confusa. No quería ser una *llave* o lo que sea que dijera aquella profecía. No quería ser responsable ni participar en algo tan perturbador como abrir las puertas del infierno. Sí, tuve algunos momentos de autocompasión y de «por qué a mí». Era mucho que procesar. Así que sí, tuve un pequeño colapso interno en el viaje de vuelta a casa.

No vimos ni rastro de las YouTubers cuando salimos de la residencia del oráculo. El MINI Cooper había desaparecido. Obra de Valen, sin duda. Bien. No estoy segura de haber sido capaz de enfrentarme a ellas con el ruido blanco que aún me zumbaba en los oídos. Porque podría haber hecho algo mucho peor que romperles el teléfono, como romperles la cabeza.

—Estás verde —había dicho Elsa cuando la habíamos dejado a ella y a Jade enfrente del hotel.

—Te pareces a mí la mañana después de haberme terminado dos botellas de vino yo sola —había añadido Jade.

—Estoy bien —les había dicho, y por el cuestionable ceño fruncido de Elsa, no se creyó ni una palabra de lo que dije. Ni yo tampoco.

Me había forzado a sonreír y a despedirme de las dos brujas mientras Valen daba la vuelta con el Range Rover y lo aparcaba detrás de su restaurante. Estoy bastante segura de que mis pies tenían algún tipo de modo mágico de piloto automático, porque no recordaba ni un solo paso que hubiera dado al subir las escaleras y entrar en la sala antes de caerme en el sofá. Fue como un sueño borroso.

—Me da igual lo que piensen. —Valen se paseaba por la sala de estar, con una tormenta de emociones gestándose en su rostro. Parecía un león enjaulado, dispuesto a desatar su ira contra el imbécil que le abriera la jaula para echarle carne—. Escúchame. Los oráculos pueden tergiversar sus palabras sólo para conseguir una reacción tuya. Tienes que leer entre líneas. Toma sus predicciones con cautela.

—Pero no fue *su* predicción. Eran los oráculos de la legión. Sólo me lo estaba leyendo, como si leyera un correo electrónico. —Las imágenes de la panza del oráculo y de la máquina de escribir tecleando mágicamente aún estaban muy frescas en mi mente. Sí, había sido la experiencia más extraña de mi vida hasta el momento, pero también una de las más sombrías.

Valen negó con la cabeza.

—Los oráculos tienen fama de ser crípticos y difíciles de entender, incluido el Heraldo Brillante. No siempre quieren decir lo que dicen. Se entretienen con estos acertijos. El tipo se dio a sí mismo un título. Piénsalo. Es un egocéntrico.

—¿Por qué tengo la sensación de que conocer a este oráculo desenterró algo de tu pasado?

Valen respiró hondo. Hizo una mueca y un destello peligroso brilló en sus ojos. No sabría decir si era extrañamente entrañable que se opusiera tan abiertamente a la idea de los oráculos o si tenía que ver con alguna experiencia pasada. Aposté por lo segundo. Pero mientras esperaba que entrara en más detalles, se quedó callado.

—¿Valen?

Valen vaciló, su aguda mirada escrutó el apartamento antes de volver a mí.

—¿Le crees?

—Sí. —Desgraciadamente.

La mandíbula de Valen se tensó y se acercó a mí junto al sofá. Me cogió la mejilla con la mano y me rozó el labio inferior con el pulgar. Parecía tenso.

—No deberías.

—Para ti es fácil decirlo. No eres tú la supuesta llave que acabará con toda la vida. Sí, sin presiones.

—Eres más fuerte que eso. No eres una marioneta enredada en sus

hilos. Eres una Bruja de Luz Estelar. Eres una dura. Tú controlas tu destino. No dejes que lo dicten por ti.

Me incliné hacia su tacto, agradecida por su consuelo. Valen se había convertido en mi roca en tiempos de incertidumbre. Por eso lo amaba ferozmente. Cielos. De verdad amaba a aquel gigante.

—¿Pero y si tiene razón? ¿Y si *soy* la causa del fin del mundo? Es demasiado como para asimilarlo en este momento. —Esta bruja necesita un respiro.

—No lo eres —dijo Valen.

Las palabras fueron pronunciadas con tal convicción que casi le creí. Casi. Miré fijamente al gigante. Las líneas de preocupación de su frente eran un testimonio de lo mucho que se preocupaba por mí.

Y en ese momento, pensé que me había vuelto a enamorar de él.

Valen me pasó la mano por el pelo.

—Las profecías no son inamovibles. Son meras posibilidades y no siempre las más probables. No eres la única Bruja de Luz Estelar. Hay otras. La legión podría haber descendido sobre ellas también. Pero no lo sabemos.

Me encogí ante la idea.

—Claro, pero ¿y si yo *soy* la Bruja de Luz Estelar de esa profecía? —La desesperación apareció en mi voz—. ¿Y si estoy destinada a provocar el Apocalipsis porque mi padre ángel decidió hacer el tango horizontal con una bruja mortal? —Porque, admitámoslo, eso era exactamente lo que había ocurrido. Unas cuantas noches de pasión y, ¡pum!, yo era la Portadora de la Muerte.

Aquí estaba yo, hija de la unión más impía de la historia de los seres celestiales. Pero a pesar de mis orígenes poco convencionales, seguía siendo una bruja genial.

Valen apoyó las manos en las caderas.

—¿Y Shay?

Me encontré con su mirada, sabiendo exactamente lo que me estaba preguntando.

—Tengo que decírselo. —Se me retorcieron las tripas sólo de pensar en causarle más estrés a aquella niña. Pero tenía que decírselo —. No le mentiré, y tampoco le ocultaré la verdad. Merece saberlo por si... por si me pasa algo. —Tragué con fuerza, intentando sacudirme la nube de fatalidad de la mente. No funcionaba—. Y si pasara algo...

—No lo hagas. No hables así.

—Puede que sí. Así que quiero que me prometas que cuidarás de ella.

—No pasará nada. —Valen prácticamente me gruñó esas palabras. Juraría que tenía algo de hombre lobo en alguna parte. ¿Un primo lejano? Quizá un tatarabuelo o algo así.

—Necesito que lo digas —insistí, con la garganta contraída—. Dilo.

Di que cuidarás de ella.

Valen dejó escapar un largo suspiro por la nariz.

—Te prometo que cuidaré de Shay. Pero no pasará nada.

—Agradezco tu confianza, pero de momento esto no tiene buena pinta. —Habría estado bien poder llamar a mi ángel padre y charlar. Darle a la lengua sobre esos ángeles. Quién sabe, quizá él tuviera las respuestas que yo necesitaba ahora mismo. Lástima que no pudiera contactarlo.

Valen se acarició la barbilla.

—Mira, Leana. Sé que esto es mucho que asimilar. Pero créeme, no vas a provocar el fin del mundo. Sí, eres una bruja poderosa, pero puedes controlar tus poderes. Siempre lo has hecho. Tienes el control definitivo sobre lo que haces con ellos.

Asentí, intentando creer sus palabras. Pero las dudas aún persistían en mi mente.

—¿Y la parte en la que abro las puertas del infierno? ¿Como si fuera una llave o algo así?

Valen frunció el ceño.

—De nuevo, podría ser una metáfora, o podría ser algo que puede prevenirse. Encontraremos la forma de asegurarnos de que no ocurra.

Esbocé una leve sonrisa.

—¿Cómo? Ya oíste lo que dijo el oráculo. Es posible que por el mero hecho de existir, yo sea la llave para desbloquear poderes que ni siquiera controlo. No me extraña que la Legión de Ángeles quiera acabar conmigo. —Si realmente fuera responsable de la muerte de todo lo vivo, yo también querría morir.

El gigante me puso las manos sobre los hombros y me obligó a mirarle. Sus ojos oscuros eran intensos y no pude apartar la mirada.

—Leana, no puedes dejar que esta profecía te defina. Eres algo más que una Bruja de Luz Estelar. Eres fuerte y puedes controlar tus poderes. Lo superarás. Escúchame bien. No vas a abrir las puertas del infierno. ¿Me oyes?

Asentí, sintiendo un destello de esperanza en mi interior. Tal vez Valen tuviera razón. Tal vez la profecía no fuera más que una versión retorcida de la verdad destinada a asustarme. Pero entonces, ¿por qué se empeñaba tanto la legión en matarme? Sí. Eso no tenía sentido. Lo que tenía sentido era que la profecía fuera cierta, y que yo tuviera que morir para salvar el mundo.

Estupendo.

Necesitaba concentrarme. Necesitaba pensar. Necesitaba idear un plan para salvar mi vida y, al mismo tiempo, *no* abrir las puertas del infierno. Un buen plan.

Suspiré, sintiendo que un peso volvía a posarse sobre mis hombros.

—¿Cuándo es la próxima luna llena? —pregunté, con la voz baja y

llena de tensión. Sabía que tenía que ser pronto. De lo contrario, la Legión de Ángeles no habría enviado a sus asesinos a por mí.

La mandíbula de Valen hizo un tic.

—Esta noche.

Sentí que la sangre abandonaba mi cara.

—Creo que voy a vomitar. —Dejé caer la cabeza entre las manos. Esta noche no me daba mucho tiempo para prepararme. Además, aún tenía a los asesinos pisándome los talones. Con suerte, el spray de Elsa los mantendría alejados hasta que resolviera esto. *Si* es que lo resolvía. De momento, no tenía buena pinta.

Reboté en mi asiento cuando Valen se sentó en el sofá a mi lado. Me rodeó la cintura con un brazo grande y fuerte y me estrechó contra él, abrazándome. Cerré los ojos un segundo, aspirando su aroma a almizcle y loción para después del afeitado y dejando que me calmara.

Permanecimos sentados así durante unos minutos, en un silencio cargado de expectación. Con el brazo de Valen rodeándome la cintura, me apoyé en él, reconfortada por su calor y su fuerza.

—Lo solucionaremos —prometió—. No dejaré que te pase nada.

La crudeza de su voz me hizo arder los ojos.

—Lo sé. —¿Qué otra cosa podía decir?

Valen soltó un suspiro y se pasó una mano por el pelo.

—De acuerdo. Supongamos, por un momento, que la profecía es cierta. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Quiero decir, no es como si pudiera controlar cuándo nací o que las estrellas se alinearan o que se abriera la maldita puerta del infierno. Todo está un poco fuera de mi control. ¿No crees?

Valen se rió sin gracia.

—No me refería a eso. Me refería a qué vas a hacer para prepararte. ¿Para evitar que se cumpla la profecía?

Fruncí el ceño, considerando sus palabras.

—No estoy segura de lo que puedo hacer. Ni siquiera sé cuáles serán mis poderes y si podré controlarlos. ¿Y la puerta del infierno? ¿Cómo se cierra algo así?

—Buenas preguntas —dijo Valen, asintiendo—. ¿Te sientes diferente? ¿Has empezado a sentir este... cambio?

—¿Siento deseos de suicidarme o la necesidad de matar? No. —Tomé aire, sabiendo exactamente lo que estaba insinuando—. Pero me siento diferente. Como si algo se estuviera gestando dentro de mí. —Lo que no hizo más que reforzar mi creencia de que la profecía era cierta.

Valen se quedó mirando al suelo, y me di cuenta de que aquella información le molestaba.

—Pensemos en esto con lógica —dijo—. Tienes que encontrar la

forma de impedir que se cumpla la profecía y, al mismo tiempo, protegerte de la Legión de Ángeles.

Suspiré.

—Cierto. Pero ¿cómo lo hago? ¿Cómo detengo esta alineación estelar? Puedo controlar su poder, la energía de esas estrellas, pero no puedo *moverlas*. Son malditas estrellas. No es así como funciona mi poder.

—Tal vez puedas, y simplemente no sabías que podías.

Parpadeé y le miré a la cara.

—¿Cómo dices?

—Si la profecía puede cambiarse con una simple alteración, ideemos un plan para hacerlo. Si cambias de sitio esas estrellas para que no se alineen, la profecía dejará de existir. Impedirá que se haga realidad. —Las palabras de Valen eran fuertes y tranquilizadoras. Él era mi ancla en la tormenta que era mi vida.

—Espera. —Me removí en el asiento, sintiendo un atisbo de esperanza en mi interior—. ¿De verdad crees que puedo mover esas estrellas?

El gigante me pasó un dedo por el costado de la mejilla.

—No tengo ni idea de lo que puedes y no puedes hacer. Pero desde que te conozco, has sido imparable. No ha habido una situación en la que no te las arreglaras. En la que no hayas pateado algún culo para conseguir lo que querías —dijo, con una sonrisa en la voz.

—Me gusta patear culos.

—Me he dado cuenta. —Valen se rió.

—¿Y si no puedo? ¿Mover las estrellas?

Su mirada era embriagadora.

—Entonces se te ocurrirá otra cosa. Pase lo que pase, cambiaremos el resultado. Romperemos la profecía.

Suspiré.

—Eso sería increíble. —Una energía nerviosa me recorrió mientras pensaba en las palabras de Valen. ¿Podría realmente mover aquellas estrellas? Parecía imposible, pero si había una forma, tenía que encontrarla.

El calor de sus manos a mi alrededor y la pasión de sus ojos eran devastadoramente irresistibles. Instintivamente, moví los brazos para rodearle la cintura. Me pareció lo más natural del mundo. Separó los labios y aspiró una bocanada de mi aroma, mientras me miraba con los ojos desorbitados.

Recordando lo buenos que eran sus besos, tuve la tentación de agarrarle la cara y comérmelo a besos. Tenía mucha tensión que necesitaba liberar. Necesitaba algo que me tranquilizara, aunque sólo fuera durante una hora o así. Y los besos de Valen y su forma de hacer el amor podrían conseguirlo.

—Lo resolveremos. Te lo prometo. —Valen se inclinó más hacia mí y me besó una comisura de los labios. Luego el otro lado, tirando suavemente de mis labios y provocándome una sensación de calor en mi vientre.

La sensación me recorrió el cuerpo cuando las yemas de sus dedos rozaron la parte baja de mi espalda. Sus labios se apretaron contra los míos e introdujo una lengua penetrante entre ellos. Sentí su sabor a café.

Se me escapó un suave gemido mientras mis dedos se entrelazaban en su nuca, acercándolo más a mí. No me parecía bien hacerlo en un momento así, pero nos recordaba a los dos que estábamos juntos en esto; merecía la pena.

Lo jalé hacia mí, mi cuerpo respondía al suyo como un imán. Dejé que mis uñas recorrieran su nuca y subieran hasta rozarle el cuero cabelludo, y amenacé con arrancarle el pelo. Lo arañé suavemente mientras mi lengua bailaba con la suya, mi cuerpo enardecido por el deseo.

Era jodidamente sexy y me excitaba con sólo mirarme con esos ojos tan hermosos. Demonios, podía derretirme las bragas con sólo un beso. Era una mujer muy afortunada por haber encontrado un hombre así, un gigante así.

Lástima que estuviera a punto de acabar con el mundo y no pudiera disfrutar más de él.

No creía que pudiera mover una estrella, ni siquiera en una buena noche con el cielo despejado. Y no quería decepcionar a Valen diciéndoselo. No era una diosa. Sólo era una bruja que casualmente ejercía el poder de las estrellas. No era nada especial si dejábamos a un lado la parte en la que resultaba ser una llave para abrir las puertas del infierno esta noche.

Entonces, si no podía mover las estrellas, ¿cómo podía impedir que se produjera este apocalipsis? ¿Qué más podía hacer para detener la profecía?

Y entonces me di cuenta.

Si no pudiera *mover* las estrellas para evitar que se alinearan, encontraría la forma de *cerrar* las puertas del infierno. Eso era. Estaba segura de que había un hechizo o algo parecido. Si esta puerta era similar a una Grieta del Inframundo, había muchas posibilidades de que pudiera cerrarla.

Sí. Mírame haciendo planes.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era vivir lo suficiente para llevarlos a cabo.

16

Mientras pasaba el resto del día investigando sobre el sistema Alfa Centauri, intentando comprender la mecánica de la alineación estelar y la energía cósmica que fluía a través de ellas —y no lo estaba haciendo muy bien—, le había pedido a Elsa y a Jade que buscaran un hechizo que pudiera cerrar las puertas del infierno. Necesitaba todas las manos en la masa para este hechizo y también podía utilizar el arsenal de brujas que tenía a mi disposición. No me avergonzaba pedir ayuda ni admitir que algunos hechizos, con magia, estaban fuera de mi alcance.

—Sí, sí, sí. —Elsa había agarrado su medallón, frotando con el dedo la carcasa de peltre con un mechón de pelo de su difunto marido unos minutos después de haberla llamado—. Esa parte de la profecía me hizo temblar de escalofríos —expresó la bruja mayor, mirando al techo como si estuviera recibiendo su propio pronóstico de los oráculos de los cielos.

—Lo que me dio escalofríos fue ese tipo en calzoncillos. —Me reí entre dientes. La imagen quedó grabada en mis retinas para siempre. Pillé a Valen sonriendo y le sonreí. Parecía mucho más relajado que antes. Tenía buen aspecto.

Jade se retorció de risa. Levantó la cabeza y se secó las lágrimas de la risa.

—Dios mío. Vamos. En serio, nunca habría esperado que un oráculo tuviera ese aspecto. Es demasiado absurdo describirlo.

—¿Verdad? —solté una risita—. Como las túnicas fluidas y un bastón.

Elsa soltó una bocanada de aire.

—Eso es un mago de alguna película de fantasía. Los oráculos no usan bastón. No lo necesitan. Tienen el poder de la adivinación.

Resoplé.

—El Heraldo Brillante no tenía nada de divino. Pero el truco de la máquina de escribir era *interesante*. —Más bien asombroso. Era el tipo de magia que yo desearía poder hacer. Parecía el dueño de una casa de empeños, no un oráculo que recibiera palabras de sabiduría de los cielos. Sin embargo, nos había dado la profecía de los ángeles. Eso tenía que significar algo. El tipo tenía cierta habilidad. Sin embargo, odiaba lo que me había transmitido.

Elsa se chupó los dedos y pasó las páginas de su tomo.

—Entonces, ¿crees que si puedes mover una estrella o cerrar las

puertas, podrás impedir que se cumpla la profecía?

Asentí con la cabeza.

—Ésa es la idea general.

—¿Y quedarás impune?

—Ése es el plan. Vamos a por dos y, con suerte, conseguiremos que uno funcione. —Miré a Valen, que había estado callado todo este tiempo, con la atención centrada en el libro que estaba leyendo. No sabía lo que estaba pensando. Sus rasgos estaban cuidadosamente suaves, pero eso no significaba que no se estuviera gestando un ciclón en su gigantesco cerebro.

Elsa se echó hacia atrás. Se quedó pensativa.

—Bueno, teniendo en cuenta la alternativa, creo que es la única opción que tienes. No puedes hablar con la Legión de Ángeles. Si pudiera, les diría lo que pienso —añadió, dándose golpecitos en la nariz.

—Me parece una idea estupenda. —Jade patinó hasta la cocina, se sirvió un vaso de agua y volvió rodando—. Va a funcionar. Lo presiento. —Era difícil no dejarse seducir por su confianza cuando llevaba aquel mono de jean y una gorra roja sobre sus mechones rubios.

Le dediqué una sonrisa tensa, deseando compartir su entusiasmo. Quería que este plan funcionara, al menos uno de cada dos, pero no podía deshacerme del pavor que se había instalado en mis entrañas cuando salí de la tienda del oráculo y que permanecía allí como una herida supurante.

—Y *nosotras* somos las brujas indicadas para ayudarte en eso —anunció Elsa—. Si cerrar esta puerta se parece en algo a cerrar las Grietas, no deberíamos tener ningún problema. Las Grietas se pueden cerrar. Tú misma, Leana, has cerrado al menos una que yo recuerde, cuando ese horrible conserje Stanley quería arruinar el hotel.

—Raymond —corregí—. Subdirector. —Recordé aquella noche en la azotea del hotel, luchando contra demonios y al pobre desgraciado de Raymond cayendo por la Grieta justo antes de que se cerrara.

—Da igual —dijo Elsa, haciéndome un gesto con los dedos—. La cuestión es que las puertas y los portales pueden cerrarse. Eso es bueno.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Jade, zumbando por el apartamento sobre sus patines. Hizo una pirueta y se deslizó por los muebles como un personaje de *Disney on Ice*.

Elsa frunció el ceño y apoyó los puños en las caderas.

—Yo no. Pero será mejor que nos pongamos en marcha y encontremos un hechizo que funcione. Porque no tenemos mucho tiempo hasta la luna llena.

Con una mirada decidida, Elsa sacó rápidamente de su bolso un

viejo libro polvoriento, lo puso sobre la mesa de comedor de pino brasileño de Valen y empezó a hojear las páginas. Jade patinó hacia ella y miró por encima del hombro.

En este punto, sabía que Elsa y Jade eran mi única esperanza para cerrar el portal. Ya había pasado incontables horas intentando averiguar cómo hacerlo. Pero cerrar las puertas del infierno parecía una tarea que superaba mis capacidades de bruja.

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

Agarré el móvil de la mesa y pulsé la aplicación del temporizador para apagarlo. Luego me agaché, cogí el repelente de ángeles mágico de Elsa, me levanté y me alejé de todos para rociarme todo el cuerpo con él.

—¿Con qué frecuencia necesitas hacer eso? —preguntó Valen, con un cómico arco en la frente.

Vuelvo a dejar la botella sobre la mesa.

—Programé el temporizador para que me avise cada tres horas, por si acaso. Hasta ahora, ningún ángel ha llamado a nuestra puerta, así que lo tomaré como una buena señal. Supongo que funciona.

—*Funciona* —espetó Elsa con un tono de voz ligeramente molesto.

Jade me miró con sus «ojos muy abiertos» y me di cuenta de que se esforzaba por no reírse.

Pero agradecía tener el repelente de ángeles de Elsa. Ser invisible o indetectable para los ángeles era lo único bueno que tenía ahora mismo. No quería estropearlo.

Nos parecieron horas, todos profundamente concentrados, mientras examinábamos viejos tomos, pergaminos y la base de datos Merlín.

Me ardían los ojos por el esfuerzo de leer la pantalla de la laptop durante tanto tiempo sin descanso. Volvía a tener el culo entumecido y notaba presión en la vejiga. Necesitaba orinar en serio.

De repente, Elsa golpeó la mesa con la mano, haciéndome dar un respingo, y creo que me oriné un poco.

Se volvió hacia Jade.

—Creo que lo encontré —dijo, con un atisbo de esperanza en la voz—. Este hechizo sólo puede lanzarse durante la luna llena, lo que requiere… Ah. Eso no funcionará.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunté, girando el cuerpo para ver mejor su expresión desde donde estaba.

Elsa me miró.

—Porque necesita al menos dos días completos para completarse.

Se me encogió el corazón.

—No tenemos tiempo.

—Lo sé. —Elsa suspiró, con el rostro contraído mientras miraba las páginas del tomo. Tamborileó con las manos sobre la mesa, con un

brillo desafiante en los ojos—. Pero... si trabajamos duro y lo bastante rápido, quizá podamos conseguirlo. No. Lo *conseguiremos*. Aquí no hay nada que no podamos hacer. Nada fuera de nuestro alcance. Sangre de una virgen, cenizas de un demonio —leyó—. Pfff. Como quitarle un caramelo a un bebé.

Me reí, aunque sonó forzado.

—¿Sangre de virgen? ¿Me atrevo a preguntar de dónde la sacarás?

—Mi amiga Edna lo vende en su tienda de Canal Street, Witchy Delights —dijo la bruja mayor—. Siempre hay un suministro fresco de sangre de virgen.

Qué asco. No quería tener que pensar en eso.

—Barb también puede ayudar —dijo Jade, flotando junto a Elsa. Señaló con un dedo la página, pero no pude distinguir lo que señalaba desde donde estaba sentada—. Esa vieja bruja tiene más magia en su pelo blanco que todos nosotros juntos. Y tendremos que estar preparados para desterrar a los que puedan colarse. Desearán no haber intentado cruzar.

Correcto.

—Porque probablemente algunos se habrán escapado para cuando se cierren las puertas. —Me di cuenta de que era una posibilidad. No era lo ideal. Pero unos pocos demonios comparados con el Apocalipsis... Me lo tomé como una victoria.

—Estas puertas —dije—. Sólo son una metáfora de algo parecido a un portal. ¿Verdad? ¿No son esas puertas gigantes de hierro que tenemos que empujar y cerrar? —La imagen de esas enormes puertas de hierro tan altas como las del Empire State Building me ponía nerviosa y me hacía reír por dentro, pero aún existía la posibilidad de que realmente ocurriera.

Elsa miró a Jade antes de contestar.

—Eso es lo que pensamos. Como una versión mucho más grande de una Grieta.

—¿Qué tan grandes? —Las grietas ya eran difíciles de cerrar y tenían el tamaño de una puerta grande. Algo dos o cinco veces más grande sería un verdadero desafío.

De nuevo, Elsa y Jade se miraron.

—Bueno —empezó Elsa—, digamos... ¿del tamaño de Nueva York? ¿Posiblemente mayor?

Me quedé con la boca abierta de espanto.

—Pero... eso es una locura. —Ya era bastante difícil para una bruja experta cerrar una Grieta de tamaño normal. Esto parecía inalcanzable. Intenté que mi rostro no mostrara la derrota que sentía en los huesos. Aunque reuniéramos a todos los brujos de Nueva York, no creía que tuvieran suficiente poder para cerrar esta puerta.

Pero los ojos de Elsa se entrecerraron con determinación.

—Nos las arreglaremos —dijo, con voz firme—. Sólo tendremos que aunar nuestros recursos y trabajar más duro que nunca. El fracaso no es una opción. Porque si fracasamos...

No tenía que decirlo. Todos conocíamos las circunstancias en caso de que nosotros, o más bien yo, fracasara. Dudaba que la legión de ángeles quisiera que esto ocurriera, lo que explicaba por qué estaban tan empeñados en matarme.

Suspiré, jugueteando con el anillo de mi pulgar y deseando tener algún objeto mágico —una reliquia o algo así— que pudiera ayudar a cerrar las puertas más rápidamente, pero eso parecía demasiado sueño de cuento de hadas a estas alturas.

Sentí la mirada de Elsa clavada en mí.

—Lo haremos —volvió a decir, como si con ello pudiera hacerlo realidad. Me hizo un gesto con el dedo—. Tú concéntrate en mover esas estrellas tuyas y nosotros nos ocuparemos de la puerta.

Sonreí.

—Sí, señora.

Parecía una locura, pero al menos teníamos un plan. Con un plan, podíamos avanzar y hacer que las cosas sucedieran.

Así que, mientras Elsa y Jade se ocupaban de eso, Valen y yo recorrimos textos antiguos y documentos científicos modernos de la base de datos de Merlín, tratando de encontrar la forma de mover las estrellas. Buscamos cualquier información que pudiéramos encontrar sobre alineaciones estelares que fuera necesaria para la profecía.

Hasta ahora, tras horas de investigación, no he conseguido nada que pudiera ayudarme a mover una estrella. Sonaba ridículo. Nadie, que yo supiera, podía mover una estrella o un planeta. Eso era ciencia ficción, no la vida real.

A medida que pasaban las horas, mi ansiedad aumentaba y la idea de tener el poder de mover una maldita estrella me parecía imposible.

Me quedaban unos cuarenta y cinco minutos antes de reunirme con Shay en su colegio para el concurso de talentos mágicos. No podía llegar tarde. Desde que Valen me lo había dicho, había sentido curiosidad por saber qué mostraría como su «talento». Era bonito que quisiera mantenerlo como una sorpresa.

Cuando acabara el espectáculo, tendría que charlar con ella y ponerla al día acerca de las cosas con los ángeles y la profecía. No tenía ganas de contárselo pero no le iba a ocultar las cosas. Ya no.

Ahora, si pudiera encontrar algo que me ayudara a mover una maldita estrella...

Mis ojos se movieron sobre la pantalla y mi corazón se detuvo.

—Espera un momento. —Me incliné hacia delante y volví a mirar la pantalla, con los ojos un poco borrosos de tanto mirar la pantalla de mi portátil durante horas.

—¿Has encontrado algo? —Valen se levantó y vino a ponerse a mi lado. Se oyó el ruido de unos pies que rozaban el suelo cuando Elsa y Jade chocaron con mi hombro.

—¿Qué has encontrado? —Elsa se inclinó más.

Golpeé la pantalla con el dedo.

—Esto de aquí. Dice que un mago de 1516 afirmó tener la capacidad de mover estrellas utilizando un antiguo tipo de ritual mágico y... miren esto... utilizando magia *estelar*.

—Magia de luz estelar. —Los ojos de Jade se abrieron de par en par—. Como la tuya.

—Así es. —Asentí lentamente, sintiendo que una sensación de esperanza crecía en mi interior. Tal vez, sólo tal vez, había una forma de mover la estrella y cumplir la profecía.

—¿Así que lo que estás diciendo es que utilizó su magia estelar para mover una estrella? —preguntó Elsa.

—Con un ritual —dije.

Mi corazón empezó a acelerarse de emoción ante la posibilidad. ¿Podría ser tan sencillo? ¿Podría utilizar mi magia estelar para mover una estrella? Parecía una locura. Era una posibilidad remota, pero era la mejor pista que teníamos hasta el momento.

—¿Tienes el ritual? —preguntó Valen, con los ojos escrutando la pantalla.

—Eh... —Me desplacé por la pantalla—. No veo nada. No.

—¿Tienes alguna información sobre este mago? —Valen se encontró con mi mirada—. Cuanto más sepamos de él, más cerca estarás del ritual que utilizó.

Tecleé algunos términos de búsqueda más y encontré rápidamente lo que buscaba.

—Sí, se llamaba Alexander Nightthorne. Era conocido por su dominio de la magia estelar —o magia de la luz estelar— y fue un mago de renombre en su época. Aquí dice que era un mago estelar. —Era un Brujo de Luz Estelar como yo, pero en aquella época, quizá ser un mago estelar sonaba más prestigioso que ser un simple brujo.

—Mago de las estrellas, una mierda —dijo Elsa, sacándome la idea de la cabeza—. Suena a bufón pretencioso. Sólo utiliza palabras rebuscadas para describir lo mismo que eres tú.

—Bien —respiré, sintiendo una chispa de esperanza—. Veamos qué más hay sobre Alexander. A ver si encuentro más información sobre su ritual de movimiento estelar.

Porque sin esa parte, básicamente no tenía nada.

Mi corazón empezó a latir más deprisa. ¿Sería realmente posible? ¿De verdad podría *mover* una estrella con mi magia? Mi mente bullía de posibilidades y dudas al mismo tiempo. Tenía que averiguar más cosas sobre aquel mago y sus métodos.

Vi una imagen que parecía una copia de un pergamino antiguo y pulsé el enlace. Se abrió para revelar justo lo que yo pensaba, un viejo trozo de pergamino. El título del enlace rezaba *El grimorio de Alexander Nightthorne*.

Perfecto.

Se me aceleró el pulso cuando miré la imagen y empecé a leer lo que parecían instrucciones para mover una estrella. Era eso. Tenía que serlo. Era complejo y peligroso… y la solución a mi problema.

Miré a la banda y respiré hondo.

—Creo que he encontrado la forma de mover la estrella —dije, sintiendo una mezcla de excitación y miedo.

A Elsa se le iluminó la cara.

—¡Es increíble! ¿Qué tienes que hacer?

—Guao —dijo Jade.

Miré a Valen antes de contestar.

—Aquí dice que necesito reunir mucho poder de mis luces estelares y canalizarlo a través de un patrón específico de hechizos. No será fácil, y sólo podré hacerlo de noche. Evidentemente. También tengo que asegurarme de controlar el movimiento de la estrella y de que no cause ningún daño a nuestro planeta ni a ninguna otra estrella. —No quería empeorar las cosas. Si movía accidentalmente la luna, me metería en un buen lío.

—Entonces, ¿es posible? —Jade me miraba asombrada como si fuera una cantante de uno de sus grupos favoritos de los ochenta.

Asentí con la cabeza.

—Eso parece. Este tipo lo hizo. Y si tenía el mismo poder que yo, también debería poder mover una estrella. —Así es. Yo podía hacerlo.

Valen frunció el ceño.

—¿Y si algo sale mal?

—No tenemos otra opción. Tenemos que intentarlo —respondí con firmeza.

—Estoy de acuerdo. —Elsa asintió—. Tenemos que intentarlo. No lo sabremos hasta que lo intentemos. —Extendió la mano y me la apretó—. Tengo fe en ti, Leana. Si alguien puede mover una estrella, eres tú.

No supe qué decir a eso, así que me limité a sonreír.

Parecía una posibilidad remota, pero tras leer más sobre ella, sentí que podía ser nuestra respuesta. La única forma de impedir que la profecía se cumpliera y de evitar que la Legión de Ángeles me persiguiera para siempre era utilizar este ritual y manipular las estrellas para que se alinearan de nuevo. Sólo necesitaba el poder y la energía suficientes para conseguirlo, lo que significaba que tenía mucho trabajo por delante si quería lograrlo…

—Así que… —Jade se apoyó en la mesa junto a mí, con los ojos

brillantes de emoción—. ¿Cuándo empezamos?

Sonreí, sintiendo que se instalaba en mí una sensación de determinación.

—Esta noche.

Así es. Esta noche, esta insignificante bruja iba a mover una estrella.

17

La Academia Fantasia tenía exactamente el mismo aspecto que tenía todos los días de la semana cuando traje a Shay aquí para que estudiara todas las cosas mágicas.

Encajada entre otros dos edificios, la vieja y desgastada estructura tenía un atractivo casi majestuoso. El gran edificio con aspecto de castillo ostentaba torres y torreones que se elevaban hacia el cielo, haciéndolo destacar entre sus vecinos. Aunque no se podía ver a primera vista, el glamour de este edificio en particular era inconfundible, como si se hubiera corrido un velo ante mis ojos para revelar la verdad: una escuela paranormal oculta a los ojos de los humanos normales.

El aire a mi alrededor crepitaba de magia cuando atravesamos las altas puertas de hierro.

—Ooooh, esto es tan emocionante —chilló Jade—. Siempre he querido venir a esta escuela.

—Ya lo sabemos. No has dejado de hablar de ello —dijo Elsa, con una pequeña sonrisa en la cara mientras caminaba junto a Jade.

—Mis padres no podían permitírselo. —Jade pasó los dedos con ternura por las puertas de hierro como si estuvieran hechas de un metal precioso.

Sí, es cierto. Shay era muy afortunada por asistir a una escuela tan elitista. Y yo sabía que ella estaba agradecida. Era una buena niña. Se lo merecía.

Cuando llegamos a las escaleras, Valen subió por la plataforma de piedra y llamó tres veces a las enormes puertas dobles de roble, mientras Elsa, Jade y yo subíamos detrás de él.

—Deja de moverte —espetó Elsa.

—No puedo evitarlo. Estoy demasiado emocionada —dijo Jade.

—Parece que necesitas ir al baño.

Jade se metió las manos en el mono.

—Estoy tan emocionada. Definitivamente podría mearme encima.

Me reí justo cuando se abrieron las puertas delanteras y apareció un hombre alto y delgado, con la cabeza calva, la nariz alargada y una sonrisita burlona.

—¿Sí? —El hombre habló con voz viscosa, apenas disimulando su arrogancia. Me invadió una oleada de ajo mezclado con algo desagradable, y apenas pude evitar arrugar la nariz con desagrado.

La irritación se apoderó de mis entrañas.

—Cosmo, sabes quiénes somos. Tú me conoces a mí. —Nos miró de arriba abajo con una mirada inexpresiva, como cuando conoces a alguien por primera vez y sabes al instante que nunca van a ser amigos o cuando alguien ni siquiera se molesta en intentar ocultar lo mucho que no te soporta.

El profesor, conserje o como quiera que se empleara en esta escuela, nos echó una mirada despreocupada.

—Boletos —dijo.

—¿Boletos? —Mierda. No tenía boletos.

Un atisbo de sonrisa apareció en la cara de Cosmo al ver lo que veía en la mía.

—Sin boletos, no puedo dejarlos entrar. Tendrán que marcharse.

—Toma. —Valen sacó cuatro boletos del bolsillo de su chaqueta. Llevaba un traje oscuro con una camisa blanca impecable que le tiraba de los bíceps al moverse. Por no hablar de lo bien que le sentaban aquellos pantalones.

La decepción apareció en el rostro de Cosmo cuando tomó los boletos. Los miró más tiempo del necesario y tuve la sensación de que se estaba asegurando de que eran legítimos. Despreciaba a aquel tipo.

Finalmente, dijo:

—Parecen ser los adecuados. Pueden entrar. —Con los boletos aún en la mano, se hizo a un lado, con los ojos fijos en Valen. ¿Había algo de preocupación en su expresión? Sí. Sí, lo había.

Oí chillar a Jade mientras seguíamos a Valen al interior. La última vez que estuve aquí, había matado accidentalmente a la hechicera Auria al quitarle aquel colgante del cuello. Me sacudí esos recuerdos, no quería pensar en sucesos tan ominosos cuando se suponía que estaba aquí para el día especial de Shay.

Entramos en un gran vestíbulo de mármol con techos altos y elaborados como los de un hotel de lujo. El encanto mágico del glamour de la escuela llenaba la habitación, sellando el edificio contra cualquier acceso sobrenatural. Podía sentir el hormigueo de la magia que irradiaba de todos los rincones de la habitación, brillando a mi alrededor en pulsaciones que imitaban el latido de un corazón gigante: el corazón de la escuela.

La característica principal de la sala era una grácil escalera curvada que subía hasta el segundo y tercer piso. La escuela era increíblemente imponente. A dondequiera que veía, había puertas y barandillas de madera reluciente, cortinas impresionantes, sillas y mesas auxiliares.

Tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez que estuve aquí, salvo por una cosa importante. Estaba repleto de paranormales masculinos y femeninos.

La adrenalina se apoderó de mí mientras recorría la sala con la

mirada ante la multitud de brujas, brujos y metamorfos reunidos, preguntándome si alguna vez me habría cruzado con ellos. Nop. Eran desconocidos. Algunos vestían ropas modernas, como nosotros, y otros llevaban ropas ricas y coloridas hechas de seda fina y bordadas con dorados, plateados y rojos. Todos estaban enfrascados en alegres conversaciones, sin duda emocionados por ver a sus hijos actuando en el escenario. Los olores de fuertes perfumes mezclados con los aromas paranormales llenaban el aire junto con el pulso de la magia y las energías.

Se me encogió el corazón cuando pensé en Matiel, nuestro padre. A Shay le habría encantado tenerlo aquí hoy, y sabía que le dolía que no pudiera estar, más aún que fuera imposible localizarlo en ese momento. Con suerte, nuestra presencia aquí la animaría. Nada en el mundo iba a impedirme asistir a este día tan importante para Shay. Nada.

Mientras observaba lo que me rodeaba, vi que un hombre alto y apuesto, con un brillante vaso de líquido en la mano, me dedicaba una sonrisa coqueta. Su compañera, sin embargo, no parecía muy contenta con la atención que estaba recibiendo y me dirigió una mirada amarga que me hizo enrojecer las mejillas. Aparté rápidamente la mirada.

—Esto es muy cool —llegó la emocionada voz de Jade a mi lado, con los ojos muy abiertos y dando vueltas sobre sí misma, intentando verlo todo a la vez—. ¿Dónde está Shay?

—Están actuando en el auditorio —anunció Valen, con la mirada fija en el mismo apuesto desconocido que me lanzaba sonrisas—. Por aquí. —Extendió el brazo y me cogió de la mano, tirando suavemente de mí. Era como si me reclamara como suya, como si quisiera que los demás machos de aquí supieran que yo era de su propiedad y que les machacaría la cabeza si se acercaban demasiado.

No me quejaba. Me encantaba que hiciera cosas así. Me hacía sentir especial, deseada, y quería sentirme así todo el maldito tiempo. ¿Y quién no? Cuando un hombre como Valen mostraba interés por mí, me ponía a dar volteretas.

Capté miradas celosas de algunas mujeres que nos observaban mientras pasábamos a su lado. Su envidia hacia mí era palpable. Valen había sido el soltero más codiciado de la comunidad paranormal. Bueno, ya no. Ahora era mío.

Le seguí sin decir palabra, Elsa y Jade justo detrás de nosotros, aunque podía oír sus susurros con emoción por el camino. Me preguntaba cómo Valen sabía moverse y tenía tantos conocimientos sobre esta escuela.

Un gran cartel colocado sobre una gran entrada decía: BIENVENIDOS AL ESPECTÁCULO DE TALENTOS DE LA ACADEMIA FANTASIA.

Valen nos condujo a través de la puerta que dejaba al descubierto un espacioso auditorio con varias gradas de asientos a lo largo de los pasillos. Las paredes tenían un revestimiento de madera brillante y pulida. Al fondo había un imponente escenario donde parecía que los niños iban a representar un espectáculo. Era espléndido y encantador, desde el elegante techo y las paredes hasta las relucientes lámparas de araña y los lujosos sillones. La iluminación era de un amarillo suave, y era hermoso ver cómo los distintos tonos de amarillo y naranja jugaban con las paredes y los demás alumnos de la sala.

El aire desprendía la mezcla de un moderno incienso terroso con los olores almizclados de cien cuerpos. El murmullo de los susurros silenciosos y los zapatos rozando el suelo cuando se apresuraban a sentarse se amplificaban con las paredes y adquirían un extraño tono tembloroso. Había más gente. Algunos ya estaban sentados y otros conversaban en los pasillos. La primera fila, junto al escenario, estaba llena de niños de aspecto ansioso. Divisé a mi hermana, que permanecía sentada como un polo de bruja, sin mover más que sus grandes ojos.

Vaya. Parecía que quería salir corriendo.

—Mira, ahí está Shay. —Jade señaló—. Parece asustada. ¿Crees que cederá y huirá?

—Miré la cara de mi hermanita. Estaba pálida y parecía a punto de vomitar. Una parte de mí, mi lado maternal, quería correr hacia ella y abrazarla, protegerla. Pero sabía que ella odiaría eso.

—Supongo que ya veremos. —Aunque decidiera no actuar, no la obligaría a hacer nada que no quisiera. Si tenía miedo escénico y cambiaba de opinión, no pasaba nada.

—Por aquí. —Valen tiró de mí hasta una fila intermedia con cinco asientos vacíos. Me senté, me encontré con los ojos asustados de Shay y la saludé con la mano.

Shay parpadeó.

—Demonios. Estaba peor de lo que pensaba.

—Pobrecita —dijo Elsa, ocupando el asiento de mi izquierda mientras Valen ocupaba el de mi derecha—. Quizá deberías ir a hablar con ella. Ya sabes, para infundirle valor.

Jade se sentó junto a Elsa.

—Creo que deberías hacerlo. Parece que lo necesita.

Volví a mirar a Shay, sin saber si aquello era una buena idea o no. No quería avergonzarla delante de sus compañeros. Así que cuando volvió a establecer contacto visual conmigo, me señalé a mí misma, luego a ella, y me levanté.

Su rígido y rápido movimiento de cabeza fue toda la respuesta que necesitaba. *No* quería que me acercara a ella.

—Creo que está bien. —No. *No* estaba bien.

Justo cuando bajé a mi asiento, me sacudí cuando una intensa oleada de energía me recorrió como un incendio. Era la misma sensación que había sentido antes, como si me alimentara un poder extraño, pero esta vez era aún más fuerte.

—¿Estás bien? —Valen me miró con preocupación.

—Estoy bien. —Me senté, con el corazón golpeándome el pecho. No sabía qué me estaba pasando, pero lo odiaba.

—Ahí está —se oyó una voz fuerte por encima de la algarabía de la multitud desde algún lugar detrás de nosotros, sacándome de mis pensamientos.

Me giré en mi asiento y maldije.

Daisy, Dina y Demi llegaron corriendo por el pasillo, con los teléfonos y los palos de selfie preparados. Las fulminé con la mirada mientras corrían hacia mí. Eran como buitres, que se abalanzaban sobre cualquier drama que encontraran. Y esta vez, al parecer, se habían fijado en Shay.

Estas YouTubers no se daban por vencidas. Las palabras «los espectadores quieren saber» y «desastre potencial» salieron volando de la boca de Daisy. Quería darle un puñetazo en la boca. Estas chicas no tenían sentido de la decencia ni respeto por los límites. Sólo estaban aquí por los clics y los «me gusta».

Jade miró por encima del hombro a lo que yo estaba mirando.

—Ay, no. ¿Qué hacen aquí?

—No lo sé, pero si le echan a perder esto a Shay, voy a perder los estribos. —Las fulminé con la mirada y luego lo hice un poco más cuando capté una sonrisa satisfecha en el rostro de Cosmo, que acechaba frente a nosotros en la entrada del auditorio. —Boletos, una mierda. —Era imposible que esas tres tuvieran boletos.

Por desgracia, Daisy, Dina y Demi encontraron una fila de asientos justo detrás de nosotros, revoloteando a mi alrededor e intentando que dijera algo para su canal.

Respiré hondo e intenté calmarme. No era la primera vez que me seguían, pero sin duda era el peor momento. El concurso de talentos mágicos de Shay estaba a punto de empezar, y no quería que se sintiera aún más nerviosa con estos tiburones rondándonos.

Me volví para mirar a las tres mujeres.

—¿Qué hacen aquí? —les siseé, intentando mantener la voz baja.

Daisy me dedicó una sonrisa.

—No pudimos resistirnos. ¿Un concurso de talentos mágicos? Por Dios. El potencial de audiencia es increíble.

—Si le echan a perder esto a Shay —protesté—, desearán que nunca se hubieran inventado los teléfonos. —Mi frustración dio a mi voz algo de rabia.

Dina puso los ojos en blanco.

—Ay, por favor. Seremos discretas. Y en todo caso, tenernos aquí es bueno para la escuela. Más publicidad no tiene nada de malo.

Las fulminé con la mirada, pero me di cuenta de que no tenía sentido discutir. Ya estaban aquí y nada de lo que dijera haría que se marcharan. En lugar de eso, volví a centrar mi atención en el escenario.

Valen se inclinó y susurró:

—¿Quieres que me ocupe de ellas?

Sí.

—No pasa nada. —La imagen del gigante agarrando a las mujeres por el cuello, pataleando y gritando, me hizo sonreír.

De repente, las luces se atenuaron y se hizo un silencio entre el público mientras todos esperábamos que ocurriera algo. Entonces, un profesor entró en el escenario. Se aclaró la garganta.

—Bienvenidos al centésimo concurso de talentos mágicos de la Academia Fantasia. Estamos todos muy emocionados por mostrarles lo que nuestros alumnos han logrado en tan poco tiempo. Es un placer presentarles algunas de las brillantes demostraciones de magia de nuestros alumnos. Abrimos el acto de esta noche con Zander Willabee.

Uno de los chicos de la primera fila se levantó y subió al escenario. Tenía un andar torpe, como si no estuviera acostumbrado a caminar en público o a estar de pie delante de la gente. Cuando llegó al centro del escenario, Zander enderezó los hombros y respiró hondo antes de empezar su actuación.

Su número consistía en hacer flotar bolas de fuego de distintos colores sobre las palmas de sus manos. Era un chico guapo, y el público estalló en aplausos cuando terminó. Zander sonrió ampliamente e hizo una reverencia antes de bajar del escenario.

Los dos actos siguientes fueron igualmente impresionantes: una alumna realizó un complejo muro de hielo y luego lo derritió con su fuego. La siguiente alumna convirtió pequeñas piedras en insectos vivos mediante sencillos conjuros. El público aplaudió cada una de las actuaciones, pero no pude evitar que mis ojos se desviaran hacia mi hermana. Seguía sentada, nerviosa, esperando su turno en el escenario, que no tardaría en llegar. La veía temblar desde mi asiento. Ojalá pudiera hacer algo para aliviar sus temores. Era sólo una niña, y actuar en el escenario ante el público podía ser bastante intimidante.

—Allá va —dijo Elsa emocionada.

Jade sacó su teléfono y empezó a grabar. Yo también pensé en hacerlo mientras veía a Shay ocupar su lugar en el escenario, pero de algún modo no me parecía bien verlo a través del objetivo de una cámara.

Se veía tan pequeña allí arriba, pero se esforzaba por parecer segura de sí misma. Podía ver cómo le temblaban las manos mientras

estaba de pie en la plataforma.

Éste era su momento de brillar, de mostrar su talento único como bruja solar. Valen me había dicho que llevaba días practicando, perfeccionando sus habilidades y su rutina, que había mantenido en secreto para todos nosotros. Y ahora, por fin, había llegado el momento del espectáculo.

Pero Shay se quedó allí de pie, con cara de susto, como si estuviera a punto de salir corriendo del escenario.

Oh-oh.

Observé cómo Shay me miraba, aparentemente animada por el hecho de que yo estuviera aquí, de que todos estuviéramos aquí. Parecía funcionar.

Respiró hondo y cerró los ojos. De repente, las manos de Shay estallaron en una llamarada de luz solar, el intenso calor y el brillo llenaron la sala e iluminaron todo el auditorio. Entrecerré los ojos ante la luz brillante. Los padres de la primera fila se taparon los ojos, pero pude ver las miradas de asombro en sus rostros.

Shay abrió sus ojos y empezaron a emanar unos rayos de luz que danzaban, giraban y giraban en un deslumbrante despliegue de magia. Empezó a moverse, con un cuerpo fluido y grácil, mientras realizaba una serie de intrincados gestos con las manos. Con cada movimiento, la luz que la rodeaba se hacía más brillante, iluminándola.

Con un movimiento de muñeca, Shay dirigió el rayo hacia un grupo de macetas llenas de tierra oscura en un lateral del escenario que yo no había visto allí. Cuando la luz del sol tocó la tierra, surgieron formas de las macetas. Al principio, sólo eran una serie de altos tallos verdes. Pero empezaron a brillar y a crecer, estallando en un derroche de colores. Al brotar, se convirtieron en una hilera de manzanos, cuyas flores rojas y rosas se abrieron en plena floración al mismo tiempo que sus hojas.

—A la mierda —dije, sin importarme lo alto que sonaba mi voz. Estaba muy impresionada. Shay acababa de dar un impulso de luz solar a esos arbolitos y los había hecho madurar delante de nuestros ojos. No tenía ni idea de que pudiera hacerlo.

El sonido de los jadeos y los aplausos se extendió entre la multitud mientras la sonrisa avergonzada de Shay cubría su bonita cara, muy roja.

Me miró y le hice un gesto con el pulgar hacia arriba, justo cuando el anillo de mi padre ardía alrededor de dicho pulgar.

Giré la cabeza lentamente, buscando la fuente.

Allí, acechando en los bordes del auditorio, estaba el pálido ángel bastardo.

Qué mierda.

18

Tres cosas me estremecieron al mismo tiempo. La primera, que el ángel pálido no estaba solo, pues vi al gemelo superviviente de barba roja acompañado por una alta mujer ángel y otros cuatro machos. La segunda fue que, mientras investigaba las estrellas en movimiento y cerraba las puertas del infierno, me había olvidado de rociarme con el repelente de ángeles. Ups. Y lo tercero, las protecciones de la escuela no funcionaban con los ángeles.

—Tenemos compañía.

Valen fue el primero en ponerse en pie, arrancándose la camiseta para alegría de muchas observadoras entusiastas. Capté algunos chillidos de alegría. Hubo incluso algunos silbidos y aplausos. Incluso Daisy había dejado caer su teléfono para ver el espectáculo. Se quedó con la boca abierta y puede que se le cayera un poco la baba. No la culpaba. Era un espectáculo digno de contemplar.

—Saca a Shay de aquí —ordenó mi grandote.

En cuanto Valen se quitó los pantalones, ya estaba en su forma *gigante*, su forma *gigante desnuda*, y se lanzó por encima de tres filas de asientos como si estuviera dando un fácil paseo entre hierbas altas.

El ángel pálido sonrió mientras se sacaba de la espalda no una, sino dos largas y relucientes espadas.

Fue entonces cuando empezaron los gritos.

En cuanto las hembras se sacudieron de su estupor hormonal al ver el definido y excelente físico desnudo de Valen, se dieron cuenta de la presencia de la banda de ángeles asesinos, aunque dudaba que supieran lo que eran. En cuanto vieron sus armas desenfundadas, se dieron cuenta de que no eran amistosos y corrieron a ponerse a cubierto, es decir, a cualquier lugar fuera del auditorio.

Las familias paranormales agarraron a sus hijos e hicieron una carrera enloquecida hacia las puertas. La mayoría tuvo la suerte de salir ilesa, mientras que unas pocas almas desafortunadas fueron derribadas, algunas pisoteadas deliberadamente por la turba que huía. Fue una locura.

—Bastardos brillantes —siseó Elsa—. ¿Por qué no nos dejan en paz?

—Porque me quieren ver muerta. —Me levanté—. Quédense cerca. Aún no te has curado del todo de su último ataque. No puedo dejar que te vuelvan a herir. —O que te maten.

—Estamos bien. —Elsa se levantó y sentí un cosquilleo en la piel

cuando invocó su magia elemental—. Puede que no tenga cuarenta años, pero no estoy muerta. Y mientras siga respirando, aún puedo conjurar mi magia y patear traseros de ángeles.

—Amén —dijo Jade, chocando los cinco con su amiga.

Suspiré. Puede que Elsa no mostrara ningún signo de heridas, pero eso no significaba que estuviera completamente curada.

—Está bien. Pero no te mueras.

No esperé sus respuestas mientras me precipitaba —Más bien daba tumbos de cabeza— sobre la fila de asientos que tenía delante, para quedarme atascada a medio camino. De algún modo, di una voltereta sobre el asiento y luego rodé hasta el pasillo en un montón sin gracia. Tras un esfuerzo considerable, por fin conseguí subir al escenario.

El único pensamiento que tenía ahora en la cabeza era llegar hasta mi hermana. Con los gritos y chillidos de los padres resonando aún en mis oídos, subí los escalones y llegué hasta Shay.

—¿Esos son los ángeles que te quieren ver muerta? —preguntó mi hermana pequeña, mirando a los ángeles asesinos con más curiosidad que miedo. Eso no me gustaba. Debería tener miedo.

—Sí. —La agarré y tiré de ella detrás de mí, utilizando mi cuerpo para cubrir el suyo—. Y nos vamos.

—¿Qué haces? Puedo luchar.

Otra vez esto no.

—Lo sé. Y también sé que eres sólo una niña. Demasiado joven para este tipo de cosas.

Miré hacia fuera. Valen ya estaba en plena acción, enfrentándose a dos asesinos a la vez con sus enormes manos desnudas. Era sorprendentemente ágil para un gigante de su tamaño, esquivaba sus golpes con facilidad y asestaba potentes puñetazos que hacían tambalearse a sus oponentes.

Me di cuenta de que unos cuantos paranormales se habían quedado atrás, tal vez padres, tal vez el profesorado de la escuela, pero definitivamente no se sintieron intimidados por los ángeles mientras avanzaban hacia ellos. Deberían haberlo estado.

Uno de los paranormales cayó al suelo a cuatro patas. Con un repentino destello de luz, un enorme oso pardo ocupó su lugar. Bien. Puede que estuvieran más equipados de lo que había pensado en un principio. Pero no todos los días había que enfrentarse a una manada de ángeles asesinos.

Las otras dos susurraron en latín y pronto goteó magia azul y púrpura de sus manos. Eran brujas o magas poderosas, a juzgar por la repentina afluencia de magia que me recorrió la piel. Juntas, enviaron salvas de magia a los ángeles.

Un grito captó mi atención, y entonces el ángel de barba roja impactó la espalda de Valen con su megamartillo.

Aspiré entre dientes mientras el gigante tropezaba. Giró sobre sí mismo, extendiendo el brazo, atrapando las piernas del ángel y haciéndole caer al suelo. Pero se levantó en un instante, blandiendo aquel maldito martillo con mortal precisión.

El sonido del metal chocando con el metal llenó el aire mientras los gritos del público que huía se mezclaban con los gritos de batalla de los asesinos, creando una sinfonía caótica que resonaba por los pasillos.

Daisy y su equipo se acercaban lentamente a la batalla, con los teléfonos puestos y grabando el combate. Pude ver cómo Daisy movía los labios, sin duda hablando con sus «espectadores». Espera. ¿Lo estaba grabando en directo?

—¿Qué están haciendo? —siseé—. Las van a matar.

—Qué más da —dijo Shay—. Son tontas.

—No merecen morir porque son tontas. —Aunque eso significaría el fin de su rodaje. Aun así, no eran mi problema. Ahora mismo, necesitaba largarme de aquí con mi hermanita.

Mientras Shay luchaba detrás de mí, la mayoría de las familias se habían marchado. Lo que me dejó el camino libre hacia la salida.

—Vamos. —Agarrando a Shay de la mano, tiré de ella conmigo hacia el suelo y empecé a correr por el pasillo. Sin mi magia, no podía hacer mucho para defendernos. Huir era mi única opción. Tampoco me avergonzaba correr. Y para poner a salvo a mi hermana, eso era exactamente lo que iba a hacer.

Un movimiento relampagueó en mi campo de visión. Un ángel saltó al pasillo, impidiéndonos el paso. Me detuve, con el corazón agitándose en mi garganta.

Vaya, vaya, vaya. Mi pálido amigo de antes.

—¿Están huyendo? —El ángel hizo alarde de sus espadas y luego sacudió los hombros, como si esperara decapitarme.

—Sí. —No tenía sentido mentir. Desplacé el cuerpo hacia la izquierda para proteger a Shay de él.

El ángel sonrió, con los dientes demasiado blancos para parecer normales.

—No volverás a escapar de mí. Esta vez te mataré.

—No hace falta —dije, hablando rápido—. Lo sé todo sobre la profecía. Sobre la alineación de las estrellas esta noche y las puertas del infierno. Puedo mover las estrellas —mentí.

Seguía siendo una teoría, pero si aquel otro Brujo de Luz Estelar, mago, podía hacerlo, tenía que creer que yo también podía. Quién sabía. Quizá pudiera hacer que el ángel entrara en razón.

—Moveré las estrellas y cambiaré la profecía. No tendrás que hacer nada. —A estas alturas, diría casi cualquier cosa para sacarnos a Shay y a mí de esta situación.

El ángel se rió, sus ojos se movieron hacia un lado, y vi a Elsa y a Jade abriéndose camino hacia nosotros.

Me puse rígida. No quería que volviera a hacerles daño, pero tenía que proteger a mi hermana.

El ángel volvió a concentrarse en mí, moviendo sus armas amenazadoramente, con el cuerpo tenso como si estuviera dispuesto a darme un batazo en la cabeza.

—Las profecías no funcionan así. ¿Pero cómo ibas a saberlo? No eres más que una estúpida bruja mortal. No puedes deshacerlas. No funcionan así. Una vez que se predice una profecía, nada puede cambiarla. Puedes intentar mover las estrellas, pero no funcionará. La profecía siempre se cumplirá. *Siempre*.

—Esta vez no. —El miedo y el temor me retorcieron las entrañas ante sus palabras. ¿Y si lo que decía era cierto? También podría estar intentando engañarme—. Cuando mueva las estrellas, no se alinearán. Esa oleada de energía no se producirá. Las puertas del infierno no se abrirán. Tu profecía se romperá. Así que, ¿qué tal si sigues tu alegre camino y nos dejas en paz?

El ángel pálido soltó una risita corta y áspera.

—No tienes ni idea. Es demasiado tarde. No puedes vencerme. Eres impotente durante el día, Bruja de Luz Estelar.

—Bien dicho, pero acércate más y te daré una patada en los huevos.

Shay se rió mientras sentía que se movía detrás de mí. No era gracioso, pero usaría las piernas para defenderme. Además, era bastante hábil con uno o dos golpes en los ojos.

El ángel me miró con expresión molesta.

—Nada de lo que hagas, ninguno de tus esfuerzos marcará la diferencia. Por eso estamos aquí, para matarte. Nunca te dejaremos vivir. Es inevitable. —Levantó una espada y me apuntó a la cara—. Ahora vas a morir. —Inclinó la cabeza, mirando más allá de mí—. Y después de eso, mataré a la otra zorra nefilim.

La rabia que me invadía me mareaba.

—Si la tocas, te arrancaré la puta cabeza.

El ángel dejó escapar un largo silbido.

—Por eso, te romperé todos los huesos del cuerpo, y luego rebanaré el cuello de tu hermana y te haré mirar... y después te mataré. —Su mirada saltó a la mía, el deleite iluminando sus ojos—. Vamos a divertirnos, zorra bruja. Tú...

Una bola de fuego alcanzó al ángel, y su rostro y la parte superior de su cuerpo se perdieron en una sábana de llamas amarillas y anaranjadas. Gritó mientras unas altas llamas rojas salían de su pecho y se elevaban por encima de su cabeza. Su aullido —gutural, no humano— resonó en las paredes y en mí.

—Odio a ese ángel. —Elsa se acercó, con la mano goteando su fuego elemental.

—Creo que lo odio más. Su cara es estúpida. —Jade se levantó con los brazos extendidos, dispuesta a golpear al ángel con su arsenal mágico.

Miré a Elsa.

—¿Cómo? El olor a carne quemada llenó el aire a mi alrededor mientras el ángel, ahora completamente envuelto en fuego elemental, se agitaba y gritaba. Vaya. El ángel se estaba quemando de verdad.

La mirada de la bruja mayor permaneció fija en el ángel.

—Hice algunos ajustes tras mi primer encuentro con él. Ahora sí va a sentirlo.

La cabeza de Shay me empujó al asomarse por mi lado para ver mejor.

—Guau.

Bloqueé su vista con mi cuerpo. No quería que lo viera pero no podía hacer nada contra los gritos.

—Vengan. Vámonos.

Agarrando a Shay de la mano, tiré de ella conmigo a la carrera, virando alrededor del ángel ardiente para evitar las llamas.

El ángel gritó por última vez. Entonces, a través de las llamas, sus ojos se abrieron contra el tormento justo cuando otro sonido salió de sus labios. Una carcajada.

Me detuve.

Con un estallido de aire desplazado, las llamas que le habían estado quemando hace un segundo se desvanecieron, revelando no un traje perfectamente confeccionado, sino uno chamuscado. Su cara no estaba mucho mejor. Parecía una salchicha demasiado cocida de una hoguera, ennegrecida con algunos trozos escamosos.

Y entonces sonrió.

Oh-oh.

19

El ángel, pálido y ahora asado, volvió la cabeza y miró con odio a Elsa.

Mierda.

Con un movimiento borroso, lanzó una de sus espadas a la bruja como si fuera una lanza.

—¡Obice! —gritó Elsa cuando un muro de energía púrpura semitransparente se levantó del suelo y pasó por encima de su cabeza.

La espada golpeó.

Y contuve la respiración mientras la punta atravesaba el escudo de Elsa y se acercaba a una pulgada de su cara. Pero eso fue todo. Sobresalía como un palillo mortal.

Elsa parpadeó y se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos tras su muro de protección, la cabeza ladeada y mirando con miedo la punta de la espada. Si hubiera tardado más en lanzar el hechizo, le habría atravesado la cara y habría muerto.

Jade gritó una palabra que no pude captar, y una ráfaga de poderoso viento golpeó al ángel, lanzándolo hacia atrás y dándome esos preciosos segundos para darme la vuelta y huir.

Pero no pude. Mis piernas no se movían. No podía abandonar a Elsa y a Jade.

Azoté a Shay por los hombros.

—¿Hay una salida trasera en este lugar?

Shay asintió.

—Detrás del escenario.

—Vete. —La empujé con fuerza—. Sal y corre al hotel. Busca a Julian y quédate allí. ¿Entendido?

Shay abrió la boca para protestar, pero vio algo en mi cara que la detuvo.

—Bueeno, pero estarás bien. ¿Verdad? ¿Volverás?

Me retorcí por dentro.

—Lo haré. —¿Qué otra cosa podía decir? Lo siento, niña, ¿podrían matarme? —¡Anda, anda!

Observé cómo Shay volvía a subir al escenario y desaparecía por la esquina. Se me retorció el estómago al ver que se había ido, pero al menos nadie la había seguido. Shay estaría a salvo.

Alguien gritó. Jade.

Giré a tiempo de ver a Jade colgando de las garras del ángel, con los pies rozando el suelo.

Elsa no se había movido, su rostro se retorcía de esfuerzo mientras se aferraba a aquel escudo protector como si, de soltarlo, aquella espada fuera a ensartarla. Probablemente lo haría.

Con el corazón agitado, miré por encima del hombro en busca de ayuda, de Valen. Primero vi a los padres y a los profesores. Aún estaban vivos. Una cacofonía de colores, rojo, azul y verde, brotaba de sus manos hacia el grupo de ángeles. Mi ropa y mi pelo se ondularon a mi alrededor como consecuencia del uso de su magia. El olor a tierra y hierba combinado con el hedor a azufre llenaba el aire mientras sentía el poder de los elementos trabajando juntos, interactuando, bailando y rebosando energía.

Pero cuando mis ojos encontraron a Valen, me puse rígida y me olvidé de respirar.

La sangre le manchaba la frente, así como parte de la cabeza y la cara. Cuatro ángeles, incluido el de la barba roja, se turnaron para golpear y apuñalar al gigante como si fuera una piñata de fiesta. Sus movimientos eran rápidos, demasiado rápidos para que Valen pudiera esquivarlos. Por primera vez, temí que no pudiera con esto. Quizá los ángeles eran demasiado fuertes para él.

El miedo me apuñaló profundamente. *Valen.*

Me tambaleé hacia delante, pero el sonido del jadeo de Jade me detuvo en seco.

Me giré y vi su cara roja y llena de lágrimas. El ángel iba a matarla y después probablemente acabaría con Elsa.

Y Valen moriría si no le ayudaba.

¿A quién intentaría salvar primero? ¿A mis amigas o al hombre que amaba?

Pero cuando vi al ángel levantar su otra espada, la sonrisa en sus labios carbonizados, supe lo que tenía que hacer.

Me precipité hacia delante. No era muy conocida por mis grandes arranques de velocidad ni por mi talento para el combate cuerpo a cuerpo con las manos desnudas. Pero era todo lo que tenía. E iba a utilizarlas.

Con toda la fuerza que pude, me impulsé con los muslos y me lancé sobre el ángel y Jade como un linebacker. O una abrazadora muy entusiasta.

Golpeé al ángel en el costado, la sorpresa le arrancó la espada y a Jade de las manos.

La sentí caer, pero yo seguía aprovechando mi impulso para placar al ángel en el suelo. Rodamos juntos y sentí arcadas ante el rancio hedor de la carne quemada. Puede que me tragara unas cuantas escamas de piel quemada. Me di la vuelta y me puse en pie justo cuando el ángel se recuperaba y se impulsaba hacia arriba.

Sus ojos se dirigieron a su espada.

Pero yo la había visto primero.

Me lancé a buscarla.

Justo cuando sentí una presencia sobre mí, me retorcí y di una patada con la pierna tan fuerte como pude, golpeando al ángel en la espinilla y cayó al suelo. En cuanto se desplomó, mi mano se enroscó alrededor de la empuñadura. Me puse en pie y golpeé con fuerza.

El ángel lo había previsto y saltó hacia atrás, riendo. ¿El muy cabrón pensaba que era una broma?

—¿Sabes siquiera utilizar una espada de ángel? —Me miró fijamente —o más bien me medio miró—, ya que su ojo izquierdo era un amasijo derretido que parecía clara de huevo.

Me aferré con más fuerza la espada del ángel. La sentí ligera en mi mano, imposiblemente ligera, y supe que aquella hoja estaba hecha de algo que no era de este mundo. No importaba. Estaba afilada.

Me encogí de hombros.

—Acércate y lo veremos.

—Ningún mortal pondrá jamás sus manos sobre una espada de ángel, para no ser condenado a muerte. Es un objeto sagrado y no debe profanarse.

Le mostré una sonrisa.

—Parece que eso ya lo hemos hecho. —Desvié la mirada detrás de él y vi a Jade de rodillas, respirando roncamente y mirando fijamente a Elsa, cuyo cuerpo temblaba en un esfuerzo por evitar que se derrumbara su escudo protector.

El ángel carbonizado dio un paso adelante.

—Te mataré por esto.

—Haz la fila.

Las probabilidades eran que iba a matarme, pero casi siempre vencía a las probabilidades. Estaba furiosa. Furiosa porque aquellos ángeles querían matarme, sí, pero más furiosa porque querían matar a Shay, Valen y mis amigos. Ni hablar.

El ángel no vaciló. Vino hacia mí con una especie de velocidad de superhéroe que sólo se veía en las películas.

El pánico se apoderó de mí y me sobresalté, con los instintos moviéndose mientras intentaba recordar mi único día de entrenamiento con una espada… espera un segundo. No *había* entrenado nunca con una espada.

Di un espadazo. Y fallé.

Vale, pues manejar una espada era mucho más difícil de lo que parecía en la tele y en las películas.

Algo duro me dio una patada por detrás y tropecé hacia delante. Me enderecé y giré sobre mí misma, sosteniendo la espada en alto y dando un tajo al aire.

El ángel dejó escapar una risa entrecortada.

—Tienes cara de tonta. No tienes ni idea de lo que haces.

—De verdad que no.

Un gemido y luego un grito estrangulado sonaron con fuerza en mis oídos. Elsa. Iba a perder el control del escudo. Y cuando lo hiciera, aquella espada iría directa hacia ella.

Alcancé a ver a Jade avanzando a trompicones hacia Elsa justo cuando el ángel volvía a lanzarse sobre mí.

Desvié un ataque y giré sobre mí misma, descargando un puñetazo de mi puño izquierdo en su estómago. Se encorvó de dolor, y seguí con un golpe de mi rodilla contra su cara.

Una persona normal, un mortal, se habría arrodillado de dolor. Como se trataba de un ángel, el bastardo sólo se detuvo un segundo. Luego se me echó encima otra vez.

Le asesté un tajo con la espada, donde creí que estaba su cuello, pero el ángel era un bastardo escurridizo y mis golpes salieron desviados. Tenía razón. No tenía ni idea de lo que hacía. Sólo golpeaba y esperaba tener suerte y darle a algo.

Mi brazo se sacudió cuando la espada entró en contacto con algo sólido. ¡Un milagro!

No. Cuando el cuerpo del ángel dejó de moverse en un borrón, me di cuenta de que su mano estaba en la empuñadura de la espada. Junto a la mía.

Parpadeé justo cuando su otra mano, su puño, hacía contacto con un lado de mi cabeza.

El dolor me abrasó mientras me tambaleaba hacia un lado, a punto de perder el conocimiento cuando la oscuridad se apoderó de mi vista.

Mi adrenalina se disparó, impidiéndome hacer precisamente eso, y me dio la concentración suficiente para retroceder.

El ángel formó un arco con su espada.

—Así es como se domina una espada de ángel.

—Bien por ti.

El ángel —llamémoslo Rosti— se abalanzó y blandió su espada salvajemente contra mí.

Me lancé hacia atrás, pero no lo bastante rápido.

Grité de dolor cuando la espada me atravesó la pierna, cortando tela y piel. Un hilillo caliente de sangre manchó mis jeans, y me sorprendió la rapidez con que se había movido. Luego me sobresalté aún más cuando su puño chocó con mi mandíbula. Mis piernas cedieron y caí al suelo. Las manchas me nublaron la vista y parpadeé repetidamente, intentando deshacerme de la desorientación mientras el sabor metálico de la sangre me llenaba la boca.

Escupí la sangre de mi boca.

—Eso duele, Rosti.

El ángel entrecerró su único ojo funcional.

—¿Rosti? ¿Quién es Rosti?

—Tenía que llamarte de alguna manera. Te queda bien, ¿no? Ahora estás todo rostizado. —Le hice un gesto con la mano.

Rosti apretó la mandíbula.

—Bruja insolente.

—Me han llamado cosas peores. —Moví la mandíbula e hice una mueca de dolor—. Creo que me has dislocado la mandíbula...

Salió de la nada. Aunque tuviera magia para protegerme, no me habría salvado de su velocidad.

Todo giró a mi alrededor, y sentí un calor abrasador procedente de la espada cuando se hundió en mi cuerpo. Sentí un dolor como nunca lo había sentido, y un grito agudo escapó de mis labios. La intensidad del dolor me abrumó y me derrumbé en el suelo, agonizando.

El dolor se concentró en mi muslo izquierdo. Instintivamente, extendí la mano y mis dedos encontraron humedad sobre mis jeans: mucha sangre. Me había cortado con su espada de ángel. Y me había dado bien. Probablemente me había cortado una arteria. Si era así, no me quedaba mucho tiempo.

Escuché una risa, y levanté la vista para encontrarme a Rosti de pie junto a mí, con los ojos desorbitados de excitación ante la perspectiva de que yo muriera, de que cumpliera su cuota y evitara que yo abriera las puertas del infierno con mi muerte.

A través del dolor y de la sangre que me golpeaba los oídos, podía oír el grito de Jade mientras intentaba sacar la espada que, en cualquier momento, mataría a Elsa, junto con las maldiciones de Valen mientras luchaba contra los ángeles.

—Qué ingenua eres al desafiarnos —se burló Rosti mientras se acercaba. Blandió su espada en el aire y añadió—: No te preocupes. No estarás sola en la muerte. Tus amigos se unirán a ti. Será una fiesta.

—Te odio de verdad. ¿Lo sabes? —Rodé sobre el trasero y me presioné la herida con la mano. La sangre se filtraba por mis dedos. No paraba.

—No está mal para una bruja —dijo Rosti. Y ahora que le miraba fijamente, parte de su nariz se había caído durante nuestra pelea. Qué asco. Ahora sólo tenía dos hendiduras donde antes estaba la nariz—. Pero estabas destinada a morir. No hay nada que pudieras haber hecho para cambiar tu destino. Nunca deberías haber nacido. Y ahora, lo rectificaré.

Me esforcé por respirar.

—Eres un imbécil.

Rosti soltó una risita y me sonrió con maldad, viendo el miedo en mis ojos.

¿Esto era todo? ¿Así era como iba a morir? ¿Asesinada por un

matón angelical en la escuela de Shay? Morir así no tenía nada de honorable. Desangrándome hasta la muerte.

El miedo me recorría como una cinta helada y se instaló en mi interior. Iba a morir. Más me valía aceptarlo.

—Voy a cortarte esos ojos tan bonitos que tienes —dijo el ángel—. Ya no los necesitarás. Y puede que a mí me sirvan. O puede que los venda. No estoy seguro.

—Eres un enfermo. —El terror se deslizó hasta mi centro.

—Y se te acaba el tiempo. Es hora de decir adiós, brujita —dijo en tono de advertencia.

Su espada rozó la piel de mi cuello, mi carne hormigueó cuando el frío metal se deslizó a lo largo de mi mandíbula y luego hacia atrás, trazando una línea a lo largo de mi cuello. Sentí que el ángel me apretaba anticipándose a mi muerte.

Luché contra mi fracaso, contra mi pánico, y entonces un nuevo miedo se sumó. No quería morir. No así. Shay me necesitaba. Valen me necesitaba. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Hice lo único que podía hacer en ese momento. Claro que era una tontería. Pero me guiaba por mis instintos. Quería vivir.

Entonces, llamé a mi magia.

Bloqueando todo el dolor que podía, tiré de la energía de las estrellas, esperando, rezando para que esta vez me dieran más energía durante el día.

Y entonces ocurrió lo más extraño.

Lo hicieron.

No sólo el habitual chorrito diurno de energía. Estoy hablando de la veta madre de la energía.

Un suave zumbido eléctrico llenaba el aire mientras me rodeaba la inmensa energía cósmica que emanaba de las estrellas, esperando y lista para ser utilizada.

Pero esta vez era diferente. No sólo porque podía alcanzar tanta potencia durante el día, sino porque había más. Muchísima más que incluso durante la noche.

¿Fue debido a la alineación de las estrellas? Probablemente. ¿Y a la creciente fuerza desconocida en mi núcleo que había estado experimentando? Por supuesto que sí.

Pero no tuve tiempo de pensar en ello. Un ángel intentaba matarme.

Al aprovechar el poder de las estrellas, la corriente me recorrió, y cada fría sacudida me producía escalofríos por todo el cuerpo. Mi espalda se arqueó cuando una gigantesca descarga de ese poder me atravesó. Parpadeé y contemplé la energía blanca y ardiente que se cernía sobre mis manos.

Mis impresionantes luces estelares. Y a la luz del día.

La presión de la espada sobre mi cuello se liberó.

—No. Imposible.

—Sí, es posible.

Con un estallido de mi voluntad, disparé mis luces estelares contra el ángel.

El rayo de luz estelar le alcanzó. Lanzó un fuerte grito de dolor mientras su figura se disolvía en el polvo. Su espada cayó al suelo con un fuerte golpe.

Santas tetas de hada.

Otro sonido de metal golpeando el suelo hizo que mi cabeza diera vueltas.

La otra espada de Rosti yacía en el suelo. Elsa y Jade estaban abrazadas. Supongo que su espada celestial no servía de mucho al estar muerto.

Todavía estando sentada, me retorcí, viendo que los demás ángeles centraban toda su atención en mí. Quizá porque brillaba. Tal vez porque había hecho cenizas a su amigo. Sí, tenía que ser eso.

Me senté en un charco de mi propia sangre, pero apenas sentía el dolor. Me sentía viva. Por fin podía hacer mi magia durante el día. E iba a seguir utilizándola.

Los ángeles permanecieron inmóviles durante un segundo. Luego, unos pocos se desvanecieron mientras se elevaban a los cielos. Algunos no tuvieron tanta suerte.

Envié otra ráfaga de luces estelares. El rayo se dividió, enviando brotes de luces estelares en distintas direcciones.

Los ángeles restantes se congelaron cuando las luces estelares se abalanzaron sobre ellos hasta que todos fueron consumidos por la resplandeciente luz blanca. Como troncos ardiendo en el fuego, los cuerpos de los ángeles estallaron en llamas y se desintegraron en cenizas. Hasta que todo lo que quedó de ellos fueron montones de polvo gris, igual que Rosti. La amenaza de los ángeles había terminado. Por el momento.

Resollé.

—Perfecto. Con eso bastará.

20

—Estoy bien. Ya deja eso. —Aparté la mano de Polly de un manotazo.

La curandera me miró con desprecio.

—Por supuesto que *no estás* nada bien. Podrías haber muerto desangrada. Ahora deja de moverte para que pueda terminar los puntos.

—Bien. —Me senté en una silla en mi antiguo apartamento de la decimotercera planta del Hotel Twilight. La pernera izquierda de mis jeans estaba cortada para dejar a la vista el muslo, donde el ángel me había cortado con la espada, y tenía la pierna cubierta de sangre. Me miré las manos. Estaban cubiertas de sangre seca.

Después de haber aniquilado a los ángeles, Valen se había abalanzado sobre mí y me había recogido, llevándome en brazos mientras salía corriendo de la Academia Fantasia mientras utilizaba su magia curativa sobre mí. Los edificios se desdibujaban mientras el gigante corría por la concurrida calle. Sabía que también tenía algún tipo de magia de glamour. De lo contrario, habríamos estado en todas las redes sociales. Yo, colgando en brazos de un gran gigante desnudo.

Pero no había sentido mucho dolor. Tal vez fue por el subidón de adrenalina o por la magia estelar, no sentí nada.

Ahora mismo, lo único que sentía era euforia. Por fin podía hacer mi magia durante el día. ¡Yupi!

—Pudiste utilizar tu magia estelar. —Elsa estaba junto a Polly, mirándome con curiosidad.

—Lo hice.

—Genial. —Las piernas de Shay se levantaron al sentarse a mi lado en la mesa—. Ojalá hubiera estado allí.

—Me alegro de que no fuera así. —Miré a Julian, que estaba apoyado en el sofá, y me dedicó una sonrisa tranquilizadora. Aunque Shay había matado a Darius y a algunos de sus secuaces, no quería que presenciara más muertes. Intentaba mantenerla lo más inocente posible. Aunque no estaba segura de que funcionara.

—Polly dice que tienes que beber esto. —Jade me tendió un vaso de líquido azul—. Es para ayudarte a curarte. —Su rostro hizo una mueca, como si intentara advertirme sobre el sabor que tendría.

Agarré el vaso y olfateé.

—Huele a huevos podridos... ¡Ay! —Polly había tirado un poco demasiado fuerte de uno de los puntos.

La curandera me miró bajo su toque blanche.

—¿Usaste tu magia durante el día? Creía que no podías hacerlo. A menos que me hayas estado mintiendo todo este tiempo. —Por la acusación en su tono, me di cuenta de que estaba enfadada, posiblemente dolida, porque le ocultara ese tipo de información.

Jade y Elsa se quedaron tiesas. Polly no sabía lo de la profecía, y no creía que debiera saberlo. No cuando aún había una oportunidad de detenerla y de evitar que se desatara un pánico descontrolado. Era mucho que procesar para cualquiera. Y cuanta menos gente lo supiera, mejor. O eso era lo que me decía a mí misma.

—Antes no podía —dije, dándole un poco de verdad—. Por alguna razón, ahora sí puedo. Mi padre había dicho que se produciría algún cambio en mí. Se refería a esto. Que por fin podría conjurar mi magia estelar durante el día.

La mirada escéptica de Polly me dijo que no se creía nada de lo que decía.

—Tienes suerte de que Valen estuviera allí para detener la hemorragia. Si no, ni siquiera tu magia especial te habría salvado. Habrías muerto. —Su tono era duro, condenatorio.

—Cierto. —Pues sí, estaba enfadada. Me encogí de hombros y bebí de un trago el contenido del vaso, pensando que podría calmar a Polly si me bebía su tónico curativo. Tragué. Sabía peor de lo que olía.

—Bueno, me alegro de que utilizara su magia —dijo Elsa, agarrándome el vaso vacío y dejándolo sobre el fregadero de la cocina —. Habría muerto si ella no hubiera eliminado a esa bestia inmunda. Apenas me aferraba a mi escudo protector. Unos segundos después... —Se pasó un dedo por el cuello.

—Muerta por la espada —comentó Jade—. Odiaba de verdad a ese tipo.

Shay se inclinó hacia delante.

—¿Puedo ver? ¿Puedes mostrarme tu magia?

Le sonreí a mi hermana. Sabía que adoraba a mis luces estelares, y que ellas la adoraban a ella por igual.

—Claro.

Hice uso de mi luz estelar y, de nuevo, respondieron formando una bola luminosa sobre mi palma. Con un empujón, las envié a su alrededor, y ella chilló de alegría cuando mis luces estelares la rodearon como una horda de duendecillos.

Era difícil explicar lo maravilloso que era poder hacerlo. Aprovechar mi magia y utilizarla durante el día. Era lo único que había deseado desde que tenía uso de razón, mucho más joven que Shay. Ser como las demás brujas que podían conjurar su magia cuando quisieran. ¿Acaso esto significaba que siempre podría hacerlo? ¿O sólo era una reacción a la alineación de las estrellas? ¿Acercarme

significaba que por fin podría vencer al sol y alcanzar mis estrellas? No quería pensar que esto sólo era cosa de una vez. Tenía que seguir creyendo que, a partir de ahora, podría utilizar mi luz estelar siempre que quisiera. Porque, ¿por qué demonios no? Me sentía demasiado bien como para empezar a dudar de mí misma.

—No deberías hacer eso. —Polly me cortó los últimos puntos. Conté ocho. Aquello dejaría sin duda una fea cicatriz. No podía hacer nada al respecto. Algunos ungüentos curativos y mágicos ayudarían a restaurar parte de la piel, pero nunca volvería a estar lisa como antes.

—Está bien —le dije a la curandera—. No le harán daño. Mis luces estelares quieren a Shay.

Polly dejó caer las tijeras médicas en el bolsillo de la bata y se quitó los guantes de látex.

—Necesitas descansar. No deberías forzar tu cuerpo haciendo más magia. Te impedirá curarte adecuadamente.

—No es para tanto. Me siento bien. —Por su ceño fruncido, supe que no era correcto decirle eso a una curandera—. Escucha, estoy mejor. Esa bebida me ha ayudado mucho. —Ensanché los ojos para darle más énfasis.

Polly me miró fijamente durante un instante.

—Prepara tu funeral. Si quieres esforzarte demasiado y morir, adelante. —Y con eso, la curandera dio media vuelta y salió del apartamento.

Me quedé con la boca abierta cuando Polly desapareció por la puerta. Aún oía sus pasos por el pasillo, como si quisiera que la oyéramos, que supiéramos que estaba enfadada.

—¿Qué le pasa?

Elsa suspiró.

—Está enfadada porque sabe que no le decimos la verdad.

Polly no era estúpida. Obviamente, sabía que ocultábamos algo. Pero aunque se lo dijera, ¿de qué serviría? Ella no podría hacer nada para ayudar.

—Ya entrará en razón. —Elsa me dio unas palmaditas en el brazo —. Dale tiempo. Todos los curanderos tienen su temperamento. Dejó de hablarme durante un mes cuando me oyó decir que mi receta de galletas de calabaza era mejor que la suya.

—No lo dudo.

Se me ocurrió algo.

—¿Alguno de ustedes vio a las YouTubers? ¿Lograron salir? —No había visto salir a las YouTubers, pero tuve que suponer que por fin se les había atornillado bien la cabeza y se habían marchado con los demás.

Elsa negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero no estaban entre los muertos. Así que quizá

tuvieron suerte.

—Humm. —No eran mis personas favoritas, pero no quería cargar con sus muertes en mis manos.

Shay soltó una risita cuando mis luces estelares le recogieron el pelo. Me miró.

—Ojalá mi magia pudiera hacer eso.

Todos hemos deseado tener lo que otros tenían. ¿Verdad? Y a veces, ojalá pudiéramos ser felices con lo que tenemos.

—Y ojalá pudiera cultivar plantas en segundos como tú —le dije y vi cómo se le iluminaba la cara—. Ha sido increíble. Imagínate el jardín que podría tener con esa habilidad. —Muy cierto. Nos imaginaba viviendo en algún lugar del campo, rodeados de flores silvestres y árboles frutales hasta donde alcanzaba la vista. Era un sueño.

—Fue muy impresionante, Shay —convino Elsa, sonriéndole cálidamente a la niña—. Tu magia superó a la de tus compañeros.

—¿En serio? —Shay extendió las manos mientras mis luces estelares se encharcaban en sus palmas. Y luego las abrazó, como si fueran un gato grande y esponjoso.

Jade se apoyó en la mesa junto a Shay.

—Ha sido increíble. Nunca lo había visto. Normalmente, se necesita un hechizo o una poción para echárselo a las macetas, y luego suelen pasar unos días hasta que las plantas maduran. Tú lo hiciste en unos segundos con tu magia solar. Fue súper cool.

La cara de Shay se puso de color rojo intenso.

—Gracias —dijo, mirando fijamente las luces estelares.

—Y —continuó Elsa— mis tomateras podrían necesitar algo de tu talento. Me encantaría tener tomates frescos en mi ensalada de esta noche.

Shay sonrió.

—Puedo ayudarte a que crezcan tus tomates. —Dios, era tan mona. Estuve a punto de no volver a ver aquella sonrisa nunca más. La idea me aterrorizaba. Pero había salido bien. Mi magia, mis luces estelares, nos habían salvado.

Sin dejar de sonreír, giré la cabeza y miré a Valen. Mi sonrisa desapareció.

Valen se apartó de nosotros. Se apoyó en la pared junto a mi escritorio, con el rostro duro y los ojos preocupados. Se quedó mirando mis luces estelares que rebotaban alrededor de una Shay feliz. Su postura se transformó en una incómoda aprensión.

Era el único, aparte de Polly, que no parecía nada contento de que pudiera utilizar mi magia durante el día. Estaba enfadado, y yo sabía por qué.

Una parte de mí comprendió que la única razón, aunque intentaba

no pensar en ello, por la que podía aprovechar aquel pozo de magia estelar era porque nos estábamos acercando a lo que predecía la profecía. Las estrellas se estaban alineando, dándome ese poder adicional necesario para abrir las puertas del infierno.

Valen también lo sabía. Por eso estaba tan preocupado, tan recluido.

Nuestros ojos se encontraron, y sentí que se me oprimía el pecho, la garganta. La incertidumbre y el miedo brillaron en sus ojos. Valen temía perderme.

Las emociones se encendieron. Tragué con fuerza y aparté la mirada. No quería derrumbarme. No era el momento. Quería tomarme un momento para celebrar nuestra victoria contra los ángeles asesinos, aunque sabía que vendrían más. Y quería celebrar este día, esta única vez que podía hacer mi magia durante el día. Sólo quería un momento.

Se oyeron gritos en el pasillo.

Supongo que puedo olvidarme de ese momento.

Pude distinguir las palabras «cielo» y «día del juicio final». *Eso* no podía ser bueno.

Salté de la silla y maldije por el repentino y agudo dolor en el muslo, pero conseguí arrastrar los pies hasta el pasillo. Estaba vacío, cosa extraña en un piso trece. Cojeé hasta el apartamento de enfrente y vi a uno de mis vecinos asomado a la ventana.

—Wayne. ¿Qué pasa?

Miró por encima del hombro cuando me acerqué, sus ojos se dirigieron a mi muslo ensangrentado, pero no dijo nada.

—Mira. —Señaló la ventana—. Mira el cielo. ¿Qué es eso?

—¿Qué está pasando? —Apareció Elsa, seguida rápidamente por Shay, Jade, Julian y luego Valen, que aún tenía cara de querer darles un puñetazo a unos cuantos ángeles.

Busqué en el cielo donde Wayne había señalado.

—Mierda.

El cielo parecía como si el Armagedón estuviera sobre nosotros.

Era como si el cielo hubiera recibido una paliza y estuviera magullado. Estaba rojo sangre con chispas de púrpura intenso, azules y verdes, como un hematoma que se estuviera coagulando sin poder curarse. Estaba ahogado por espesas nubes rojas y negras con alguno que otro relámpago. El sol estaba cubierto, como un eclipse, pero no era un eclipse. Eran sólo las seis de la tarde, pero era como si hubiera caído la noche a plena luz del día, lo que lo hacía sombrío y oscuro. Todos los colores seguían allí, pero un manto pálido cubría el mundo.

Era obvio que esto no era algo de origen natural. No debía serlo.

De la calle de abajo llegaban gritos y llantos. Los humanos señalaban al cielo. Algunos sacaban sus teléfonos y grababan. El

choque de metal contra metal sacudió el edificio mientras los autos chocaban con otros vehículos, sus conductores demasiado preocupados por el cielo como para prestar atención a la carretera.

—Está empezando.

Wayne me miró.

—¿Qué está empezando? ¿Qué le pasa al cielo?

—Quédate en tu apartamento. No salgas. —Me apresuré a salir por su puerta y fui directo a las ventanas de mi casa. Aparté las cortinas y me quedé mirando el mismo cielo magullado que había visto en el apartamento de Wayne.

Sentí que el aire se movía a mis espaldas mientras la pandilla se agolpaba alrededor de mi ventana y se asomaba.

Pensé en algo.

—¿Deberíamos alertar a la comunidad sobre la profecía? ¿Para que puedan prepararse?

—Ya es demasiado tarde para eso. —Valen vino a ponerse a mi lado—. No pueden hacer nada para cambiar esto.

Me obligué a alejar la punzada de culpa y aprensión que llevaba dentro.

—No tenemos mucho tiempo. —Miré a Elsa y a Jade—. ¿Está listo el hechizo?

Elsa apretó la mandíbula, decidida, pero pude ver que el miedo persistía en ella.

—No ha sido fácil, pero casi está hecho.

—Bien. —Asentí—. Muy bien. —Exhalé un suspiro, sabiendo lo que venía a continuación. Apenas había tenido tiempo de prepararme, pero tal y como estaban las cosas, se me había acabado el tiempo.

Jade cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vas a mover esa estrella. ¿Verdad?

Desvié la mirada hacia Valen mientras respondía.

—Sí. No es de noche, pero creo que eso ya no importa. —No es que hubiera practicado, pero si aquel Brujo de Luz Estelar, mago, lo que fuera, podía hacerlo, yo también.

—¿No crees que deberías descansar un poco? —La preocupación marcó la frente de Valen, pero también había algo más en sus ojos, algo inquieto, oscuro.

Señalé un pulgar por encima del hombro hacia la ventana.

—¿Has visto el cielo? No hay tiempo. Tengo que hacerlo ahora. Antes de la luna llena... que es dentro de... ¿cuánto tiempo?

—Dos horas, más o menos —dijo Julian, consultando su teléfono —. ¿Es tiempo suficiente?

—Tiene que serlo. —Dios mío, eso esperaba. Porque no quería pensar lo contrario.

Observé cómo mis luces estelares seguían danzando alrededor de

Shay. Me sentía más poderosa que nunca. Podía hacerlo.

Sí. Iba a mover una estrella y a detener la profecía. Todo el mundo iba a estar a salvo. Eso es exactamente lo que iba a hacer.

Pero todos sabíamos que mis planes nunca salían como debían.

21

Mueve una estrella. Salva el mundo. Y vive.

No hay problema.

Estábamos de nuevo en el tejado del Hotel Twilight. Pensé que era un lugar tan bueno como cualquier otro para poner a prueba mi teoría. Y me sentía cómoda aquí arriba. Me resultaba familiar. Y lo necesitaba. No quería ir a un sitio nuevo y tener que preocuparme por lo que me rodeaba.

El cielo se veía aún peor, al aire libre, planeando sobre nuestras cabezas como una enorme nave espacial a punto de aplastarnos a todos.

No ayudaba el hecho de que la población humana estuviera sumida en el caos, gritando y asaltando. Desde donde yo estaba, podía distinguir a los humanos apiñados en sus autos con sus pertenencias apretujadas en los asientos traseros, intentando huir de la ciudad. Por desgracia para ellos, el tráfico de Manhattan era una pesadilla sin el cielo apocalíptico. Ahora, nada se movía. Podía ver el tráfico hasta el horizonte.

Y, por supuesto, unos cuantos grupos de humanos pensaron que esto era sencillamente impresionante, como los del edificio vecino. Un grupo de gente feliz y borracha bailaba al son de la música en la azotea de su edificio, y vi cientos más en las otras azoteas. Algunos estaban de fiesta y otros miraban al cielo con asombro.

No sólo estaba en juego nuestra vida —la de nosotros, los paranormales— si fracasábamos, si *yo* fracasaba. También estaba en juego la vida de los humanos.

Sí. Sin presiones.

Pero me sentía fuerte, más poderosa que nunca. No sólo podía sentir una extensión de mi poder, como, por ejemplo, otra rama, sino también un aumento de su suministro. Un mega aumento. Estaba electrificada por la luz estelar; había pasado de ser simplemente un cable eléctrico normal que canalizaba la magia a convertirme en la propia fuente de poder.

Estaba sobrecargada de luces estelares.

Por primera vez en mi vida, me sentí invencible, como si pudiera hacer cualquier cosa, incluso mover una maldita estrella. Era embriagador. Estaba en lo más alto y no quería bajar nunca.

Podía hacerlo. Podía sentirlo en mis huesos, el poder de la luz estelar retumbando en mí.

Y con esa oleada de poder insondable, iba a mover una estrella. O empujarla. Sólo tenía que desviarla de su curso para que no se alineara. Sin alineación, no se abrirían las puertas del infierno, no habría apocalipsis. Muy fácil.

—Parece que ya se han abierto las puertas del infierno —dijo Julian, dejando con cuidado frascos y bolsas que sólo podía adivinar que contenían venenos y pociones, junto a la zona de trabajo de Elsa y Jade. Las dos brujas estaban de rodillas, Jade moliendo un polvo azul en un mortero de cerámica con una mano de mortero mientras Elsa estaba agachada, con la nariz casi tocando las páginas de su libro de hechizos.

Catelyn y Valen estaban en el lado opuesto del tejado, mirando a los humanos que se revolcaban en la azotea de uno de los edificios vecinos. Había llamado a la giganta para pedir ayuda, y me sentí aliviada de que viniera sin rechistar.

—Esto es realmente increíble —dijo Julian mientras levantaba la cabeza y miraba al cielo—. Nunca había visto nada igual.

No podía discutir con él que era una visión aterradora. Un manto oscuro se había asentado sobre el cielo, cubriendo el sol y haciendo que pareciera que eran las diez de la noche cuando eran alrededor de las seis y cuarenta de la tarde. Pero según aquella profecía, aún me quedaba hasta la luna llena, o sea hasta el atardecer, así que nos quedaban menos de dos horas.

Estaba inquieta. Dos horas podían parecer mucho tiempo, pero no lo eran. No cuando intentabas evitar un apocalipsis catastrófico. Me reconfortó saber que Shay estaba a salvo con las gemelas en el apartamento de Cassandra, aunque se había puesto furiosa por eso.

—Siempre me dejas atrás —había dicho, con la cara contraída y los ojos redondos al borde de las lágrimas de rabia. La guapa metamorfa se había alejado para darnos un poco de intimidad y se había reunido con sus hijas en su sala.

Suspiré por la nariz, intentando pensar en una buena excusa. Me decidí por la verdad.

—No quiero que te hagan daño. Los ángeles siguen persiguiéndome. Ya viste lo que hicieron en tu escuela.

Probablemente, los miembros de la facultad estaban enfadados con nosotros por haber estropeado el evento y haber traído ángeles asesinos a su escuela. No sabía si volverían a permitir la entrada de Shay después de lo ocurrido. Era otro problema que añadir a mi larga lista de cosas que tenía que arreglar, de una en una.

—No me pasará nada. Puedo luchar. Sabes que puedo. —Tenía la mandíbula rígida y los ojos llenos de lágrimas de desafío.

Me pellizqué el puente de la nariz, sintiendo una migraña masiva en camino.

—No puedo tenerte ahí distrayéndome. Esto es importante, Shay. Si fallo... No me atreví a pronunciar las palabras. La cabeza de Cassandra se movió en mi dirección. Julian se lo había contado. No estaba segura de cuánto, pero por la forma en que agarraba a sus hijas, parecía que lo sabía todo.

—No es justo. —Shay levantó la voz. Tenía mal genio, esta niña, igual que yo.

—Puedes enfadarte todo lo que quieras. Puedes odiarme. Pero *no* vas a venir.

—Das asco. —Shay se giró, marchó hacia la sala y se dejó caer en uno de los sillones. Se rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en el pecho. Tenía la cara roja y me di cuenta de que se esforzaba por no llorar.

Demonios. No quería que se sintiera abandonada o como si no me importara. Sí me importaba. Y eso me daba mucho miedo. Por eso la quería allí y no en el tejado conmigo. Me di la vuelta y me fui, sin querer quedarme más tiempo por si cambiaba de opinión.

Intenté calmar mis nervios mientras volvía a mirar al cielo. Siempre había podido sentir la luz estelar, sobre todo por la noche, como un suave zumbido en el aire que llegaba hasta mi interior.

Ahora era como un tamborileo, un golpeteo, y mis oídos estallaban con un cambio repentino de presión cada dos minutos.

Podía sentir cómo las estrellas, mis estrellas, las Alfa Centauri, se movían mientras se preparaban para alinearse.

Y tenía que detenerlas. O apartarlas. Casi nada.

Miré fijamente la copia impresa del grimorio de Alexander Nightthorne y volví a leer el hechizo, memorizándolo.

Elsa se balanceó sobre los talones, se quitó las gafas de leer y se las clavó en el pelo rojo.

—Yo tampoco he visto nunca nada igual. Lo que significa es que el Heraldo Brillante tenía razón. Esta profecía está ocurriendo, le hayas creído o no.

—¿Sabes si hace otras *cosas*... clarividentes? —preguntó Jade—. Así como… ¿puede saber si una pareja está destinada a permanecer unida?

Elsa se burló.

—Es un oráculo, no un adivino. Recibe instrucciones y predicciones divinas. Si quieres que te lea la suerte, cómprate una galleta de la suerte.

—Ja, ja. —Jade golpeó el mortero con la mano, y tuve la sensación de que se imaginaba que era la cara de Elsa.

Miré a la bruja de pelo rizado ochentero, con su mono de jean.

—¿Jimmy y tú tienen problemas? —Nunca lo habría imaginado. Siempre había pensado que eran perfectos el uno para el otro. Pero

incluso las mejores parejas tenían sus problemas. Ninguna relación era perfecta.

Jade se encogió de hombros, pero no me miró.

—No lo sé. Últimamente actúa raro.

—¿Qué tan raro?

—Distante.

Humm. Eso no sonaba a Jimmy. Siempre estaba cerca, incluso cuando era un perro de juguete embrujado, queriendo saber todo y los asuntos de todos. Era un poco molesto, pero a veces resultaba útil.

—Todos los hombres necesitan su espacio —dijo Elsa, subiéndose de nuevo las gafas de lectura a la nariz—. Yo no me preocuparía demasiado. Le están dando demasiadas vueltas a las cosas. Concéntrate en el hechizo. ¿Quieres?

—En eso estoy. —Jade se enrojeció y murmuró algo en voz baja. Sabía que aquello la molestaba, y no pensaba que fuera una exagerada. Si Jimmy estaba distante con ella, tenía que haber una buena razón para ello.

—¡Miren!

Todos miramos hacia donde señalaba Julian, y el corazón me dio un vuelco.

—¡Ay, mi caldero! —dijo Elsa, aferrándose con una mano a su medallón para protegerse y con la otra cubriéndose la cabeza como si las estrellas estuvieran a punto de caer sobre ella.

—¿Ésas son *tus* estrellas? —preguntó el brujo.

—Sí. —No podía creer lo que estaba viendo. Normalmente, en una noche despejada, podía vislumbrar aquellas tres estrellas, como puntos brillantes de luces del tamaño de guisantes. Ahora eran del tamaño de naranjas y claramente visibles, como versiones más pequeñas de la Luna, sólo que más brillantes. Nunca las había visto tan de cerca, pero podía sentirlas. Eran las mías.

—Es alucinante —dijo Jade—. Es casi como si pudieras alcanzarlas y tocarlas. Están tan cerca.

Y estaban alineadas en línea recta. Bueno, casi en línea recta. La última estrella estaba ligeramente desviada hacia la izquierda. Pero cualquier tonto podía ver que estaban en camino de formar una alineación perfecta con la Luna.

Era de lo más extraño verlas tan cerca. Incluso podría haberme emocionado, si no hubiera sido una señal de nuestra perdición. Eso explicaba por qué y cómo era capaz de llegar hasta ellas durante el día.

Pero iba a *retrocederlas*. Y todo volvería a ser como antes. Tú sólo mírame.

—¿Estás lista?

Me volví hacia la voz profunda que pertenecía a un hombre sexy

con una boca carnosa que se curvaba hacia arriba, prometiendo sexo alucinante. Podía dar fe de ello.

—Tan lista como nunca. —Ésa era la pura verdad. ¿Cómo podría alguien estar preparado para detener el Apocalipsis o el Juicio Final, como quiera que se llamara?

Valen me observó.

—Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte.

—Ya lo haces. Eres mi músculo. Pateále el culo a esos ángeles. Sé que vendrán más. —Demonios, me sorprendía que no estuvieran ya aquí intentando decapitarme de nuevo.

La mirada del gigante se dirigió al papel que tenía en las manos.

—¿Crees que funcionará?

—Funcionó con este Alexander. Era un Brujo de Luz Estelar, como yo. Tengo el hechizo que utilizó. No es tan complicado. Además, nunca me había sentido tan... poderosa. —Le sonreí—. Me siento increíble. Puedo hacer mi magia durante el día. Es algo que siempre había deseado. —Lo que había soñado.

Valen levantó una ceja preocupado.

—No estoy seguro de compartir tu entusiasmo.

Perdí la sonrisa.

—Sé que puedo hacerlo. ¿Por qué tengo todo este poder si no está destinado a hacer algo? —Aparte de abrir las puertas del infierno, claro.

—¿Y si canalizar todo este nuevo poder te hace algo? ¿Te cambia?

Ajá.

—No lo hará. Mira. Ya está ocurriendo, y yo no soy diferente. Sigo siendo yo. Sólo que más poderosa. Y en cierto modo me gusta. Puedo hacer magia durante el día, como el resto de los brujos. —Le miré a la cara y vi la angustia en la tensión de sus ojos—. Mira. Te avisaré si siento el impulso repentino de ser mala.

El gigante sonrió satisfecho.

—Me gusta cuando eres mala.

El calor se acumuló en mi vientre ante su comentario mientras me imaginaba haciéndole todo tipo de cosas malas más tarde, una vez que hubiéramos salvado el mundo.

—Sé que lo haces.

Valen soltó una risita sombría.

—No quiero que mi bruja mala salga herida.

—Eso no pasará. Vete. Voy a empezar. —Lo empujé juguetonamente, y él se apartó, uniéndose a Catelyn, que saludaba a alguien desde el otro edificio.

—Bueno —declaré, habiendo memorizado el hechizo—. Voy a empezar. Vamos a mover una estrella.

Jade y Elsa estaban de pie, Julian junto a ellas. Tenían los ojos

muy abiertos, expectantes, entusiasmados. Podía verlo. Sabían que podía hacerlo.

Con el corazón palpitante, recurrí a mi voluntad y alcancé la energía mágica generada por el poder de las estrellas. Apenas la había rozado, un escalofrío de magia me inundó. La intensidad me hizo estremecer y me tambaleé.

Manteniendo ese poder y sintiéndome aún más segura de mis habilidades, respiré hondo y me concentré en el hechizo.

—En esta noche y en esta hora, invoco a la diosa y a su poder sagrado —canté—. Desde el universo lejano en el tiempo y en el espacio, toma esta estrella y trasládala a un nuevo lugar.

Cerré los ojos mientras la energía me invadía. Podía ver las estrellas en mi mente, flotando tan cerca en el cielo, y sentía su energía dentro de mí. Cada vez que respiraba, sentía que la magia se expandía y se hacía cada vez más fuerte a medida que me alejaba. Entonces, sin previo aviso, la energía pareció fusionarse en mi interior, una brasa incandescente que empezó a latir y a vibrar lentamente.

De repente, tuve la extraña sensación de que me sujetaban con la palma de una mano gigante, como si las estrellas me estrecharan en un cálido abrazo. Abrí los ojos y sentí que se me cortaba la respiración mientras el cielo parecía ondular y brillar con un resplandor etéreo. Las estrellas palpitaban con vida propia y sentí una oleada de alegría que nunca había experimentado: mi conexión con las estrellas.

Enderezándome, me centré en la última estrella, Enanín, ya que era la más pequeña del grupo. Entonces hice lo que Alexander había dicho que había hecho, como se mencionaba en un ejemplar de su grimorio, e imaginé en mi mente que la estrella se movía, arrastrándola por el cielo, y elegía su nuevo destino.

Y así lo hice.

El aire chisporroteaba de energía mientras imaginaba a Enanín desplazándose hacia el extremo izquierdo. Una y otra vez, lo imaginé, las imágenes claras, mi mente concentrada.

Pero Enanín ni siquiera se había movido.

La frustración me invadió. Apreté los dientes, me esforcé y el sudor me recorrió la espalda y las sienes. Volví a sentir cómo se reunía la magia. El aire zumbaba con un murmullo de energía mientras el poder de las estrellas se elevaba a través de mí y a mi alrededor.

Respiré hondo y volví a recitar el conjuro, esta vez con más confianza. Mientras lo hacía, recurrí a mi magia estelar y repetí los pasos, una vez más. Me concentré en mover aquella maldita estrella. Esa única estrella, que me había estado guiñando un ojo desde que tenía uso de razón, y que se había convertido ahora en mi único propósito.

Y… nada. O al menos no pude saber si le había dado un empujón.

Pero no parecía que lo hubiera hecho. Además, tenía la sensación de que habría sentido algo diferente. Habría sentido *algo* que indicara movimiento.

A pesar de mis esfuerzos, mi magia y mi increíble afluencia de luz estelar, no fue suficiente para mover una estrella. Había fracasado.

Me invadió el terror.

Todos íbamos a morir.

22

Me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano, me rodeé las rodillas con los brazos y me senté en el tejado, sintiéndome cada vez más inútil.

Llevaba en ello más de una hora, quizá más, y aún no había movido ni una estrella. Incluso lo había intentado con las demás, pensando que tal vez me había equivocado de estrella, que sólo podía desplazar a una de ellas *en específico*, al hermano o hermana de Enanín. Pero ni siquiera ésas se movían.

No pasó nada, ni siquiera cuando las maldije y luego cuando cogí una teja rota y la dejé volar. Nada.

Había estado tan segura de mí misma. Tan segura de mí misma, como nunca lo había estado. Había *creído* en mí. Creía que podía hacerlo. Pero no pude. Estaba equivocada.

Por mis venas de bruja corría más energía que nunca, pero no era suficiente.

¿Quizá todo esto me superaba? Ese pensamiento no me daba ganas de llorar. Me enfadaba y me deprimía un poco cuando pensaba en Shay. Era tan joven. Tenía toda la vida por delante. ¿Cómo serían las cosas ahora con los demonios tomando el control? ¿Acaso lo harían? No tenía ni idea. Quizá debería haberle pedido más información al oráculo.

Después de todo, se suponía que dominar esto me daría poder y control sobre mi destino. Se suponía que rompería la maldita profecía.

El techo tembló, y levanté la vista para ver a Valen bajando junto a mí. Mirando a mi alrededor, mis amigos, incluso Catelyn, me miraban con recelo, dándome espacio. Parecía que pensaban que estaba a punto de estallar. Tal vez fuera así.

—No lo entiendo. Seguí el hechizo. Hice *exactamente* lo mismo que Alexander. ¿Por qué no funciona? —Puede que no fuera la Bruja de Luz Estelar más poderosa que jamás hubiera existido, pero tenía un buen mojo. Sobre todo ahora, teniendo mi propio sistema estelar tan cerca. Pero ni siquiera eso ayudaba. ¿Había hecho mal el hechizo? No quería empezar a dudar de mí misma, pero no conseguía descifrar por qué no funcionaba.

Valen negó con la cabeza.

—No lo sé. Quizá ocultó algunas cosas. Quizá no quería que nadie más supiera cómo mover una estrella. Guardaba toda esa gloria sólo para él. Los magos no suelen compartir sus secretos cuando se trata de

magia y poder. No quería que nadie más compartiera esa dicha.

—Sí, era un cabrón escurridizo —ofreció Jade—. Conozco brujos así.

Era una posibilidad. Pero tenía la sensación de que era un brujo, no un mago. De todos modos, ahora no importaba.

—Es demasiado tarde para intentar descubrir sus secretos. Llevaría días. Semanas. Y eso incluso *si* encontramos algo útil. Nos quedan unos catorce minutos hasta la luna llena. Tengo que mover una estrella... cualquier estrella de ese sistema. —No quería admitirlo, pero estaba empezando a sufrir un ataque de pánico, si mi agitado corazón servía de indicio.

—Quizá mintió.

Todos miramos a Julian. El alto brujo se encogió de hombros.

—Quizá nunca movió una estrella. Se lo inventó. Quería llamar la atención, llevarse el mérito de algo que quizá no hizo. ¿Hubo testigos?

Sacudí la cabeza.

—No recuerdo haber leído eso.

—Cierto. Era como un diario de sus logros escrito por *él*. Podría haber estado mintiendo.

No quería admitirlo, pero quizá Julian tenía razón. Quizá Alexander era un mentiroso. Se jactaba de su capacidad para mover una estrella cuando no podía hacer nada. Y si eso era cierto, estábamos en serios problemas.

No. No podía permitirlo. El destino de todo nuestro mundo dependía de mi capacidad para mover una estrella. El fracaso no era una opción.

Pero si el tal Alexander había mentido u ocultó partes de su hechizo, ¿cómo demonios iba a mover una estrella sin todos los elementos?

Me levanté, con la frustración hirviendo en mi interior.

—No tenemos tiempo para esto. Tengo que intentar otra cosa.

Valen se enderezó y me puso una mano en la parte baja de la espalda.

—¿En qué estás pensando?

—Aún no lo sé —admití—, pero no puedo rendirme ahora. No cuando el Apocalipsis me está mirando a la maldita cara.

Elsa me miró con preocupación.

—Te has esforzado demasiado, Leana. Necesitas descansar unos minutos.

—No puedo descansar —respondí, con voz dura—. No hasta que haya movido esta maldita estrella. —Sentí que mis luces estelares corrían por mi interior, salvajes y motivadas, deseando ayudar a mover esta estrella.

Julian se cruzó de brazos.

—Quizá tengamos que pensar con originalidad. ¿Y si mover una estrella no tiene que ver con la magia?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, intrigada.

—Quizá se trate de tecnología —sugirió—. Quizá pueda hacerlo una máquina o un aparato.

Dejo escapar un suspiro frustrado.

—¿Dónde vamos a encontrar un aparato así en menos de...? —Consulté mi teléfono—. ¿Doce minutos? —grité.

El brujo se frotó una mancha detrás del cuello.

—No sé, Leana. Necesitas más energía. Como un cable de arranque mágico. Pero hagas lo que hagas, hazlo rápido. —Su voz contenía rastros de frustración, ira y miedo. Sabía que estaba preocupado, pensando en Cassandra y las gemelas. Demonios, yo también estaba preocupada. La maldita profecía era sobre mí, no sobre él. Y estaba empezando a perder la calma.

—Creo que ya lo tengo.

Todos miramos a Elsa, y la bruja añadió:

—Eso es. Julian, eres un genio.

—Lo intento.

Elsa extendió el brazo y me agarró la mano, dándome un apretón tranquilizador.

—Necesitas *más* energía. Nos necesitas.

—Sí. —Jade dio una palmada entusiasmada—. Eso funcionará. Con mi poder y el de Elsa y Julian, los cuatro juntos, eso te dará tu impulso.

—Tienes razón. —Me sentí estúpida por no haberlo pensado. Porque creía que esta afluencia de mis luces estelares era suficiente. Porque me había creído, erróneamente, lo bastante poderosa como para mover una estrella por mí misma. Era una tonta. La mayor tonta del universo en este momento.

—Deprisa. Toma mi mano —ordenó Elsa mientras extendía la mano y agarraba la de Jade con la que tenía libre. Observé cómo Julian agarraba la otra mano de Jade y tomaba la mía para cerrar el círculo—. Rezaremos el conjuro contigo. ¿Cómo era?

Repetí el hechizo lentamente, dos veces, hasta que todos parecieron haberlo memorizado.

—Concéntrense en mover a Enanín, la más pequeña de las tres estrellas.

—¿Enanín?, —se rió Jade—. ¿Porque es la estrella enana? Me gusta.

Mis ojos se posaron en Valen, y me encontré con su mirada preocupada, sin saber qué estaba pensando. Mi mirada se detuvo en su rostro, captando su expresión ilegible. Parecía una escultura tallada en piedra, pero sus ojos contaban otra historia. Eran tormentas furiosas y

turbulentas. Noté que le temblaba un pequeño músculo de la mandíbula. Valen estaba enloqueciendo por dentro. Todos lo estábamos.

Aparté mi temor y mis miedos.

—¿Preparados? —Los miré a la cara, vi que estaban decididos y sentí orgullo y valor al saber que mis amigos iban a ayudarme.

—Preparados —corearon los brujos.

Respiré tranquilamente y volví a mencionar las palabras.

—En esta noche y en esta hora, invoco a la diosa y a su poder sagrado —cantamos—. Desde el universo lejano en el tiempo y en el espacio, toma esta estrella y trasládala a un nuevo lugar.

El aire que nos rodeaba empezó a zumbar con fuerza mientras nuestras manos se estrechaban con más fuerza. Sentí que me recorría una oleada de energía y supe que mis amigos estaban canalizando su poder hacia el mío.

Los cuatro cerramos los ojos y nos concentramos en la estrella, dirigiendo nuestro poder combinado hacia el hechizo. El aire que nos rodeaba brilló y sentí un hormigueo por todo el cuerpo. Sabía que Elsa, Jade y Julian sentían lo mismo.

El agarre de Elsa se tensó sobre mi mano y pude sentir cómo volcaba toda su energía en el hechizo. Julian tenía los ojos cerrados, concentrado, y yo sabía que estaba haciendo lo mismo. Oía a Jade cantar en voz baja y la emoción en las voces de mis amigos mientras seguíamos vertiendo nuestra energía en el hechizo. Era como si todos estuviéramos conectados, nuestras mentes y almas trabajando juntas para lograr algo grande.

Mientras seguíamos concentrándonos en el hechizo, sentí que mi cuerpo empezaba a temblar por el esfuerzo.

El poder del hechizo rugió a través de mí, amplificado por la presencia de mis amigos. El techo bajo nuestros pies temblaba mientras nos concentrábamos en la estrella, Enanín. La energía latía a través de nuestras manos conectadas, aumentando a cada instante. El aire crepitaba con la corriente, con el poder, y supe que estábamos cerca de conseguir lo que nos habíamos propuesto.

Abrí los ojos mientras nuestra magia se filtraba a través de nuestras manos y fluía sobre nosotros. Me invadió un sentimiento de alegría. Con la combinación de la magia estelar y la magia elemental juntas, bastaría para mover esa maldita estrella. Podía sentirlo en mí. ¡Esto iba a funcionar!

Y, de nuevo, me concentré en Enanín, imaginando que alejaba la estrella de las demás, arrastrándola a otro punto del cielo, del universo. Me estremecí, con la sangre latiéndome en los oídos mientras volcaba cada fibra de mi magia en este hechizo.

Pero tras un minuto más o menos de seguir vertiendo nuestra

magia y esfuerzos combinados, Enanín no cedió.

La estrella permaneció exactamente en el mismo lugar que antes. En realidad, parecía que estaba más alineada con las demás que antes. Se acercaba sigilosamente.

No funcionó.

—¡Demonios! —maldije, sintiendo que me invadía una oleada de frustración mientras me soltaba de las manos de Elsa y Julian. Me acerqué al borde del tejado con una sensación de fracaso apoderándose de mí. Después de todos nuestros esfuerzos combinados, aquella maldita estrella seguía sin moverse.

Caí en cuenta de que si no podía moverla con mi afluencia extra de magia, combinada con la magia de tres poderosos brujos, no podía hacer nada más.

—Leana.

Me volví y vi que Jade me miraba con los ojos muy abiertos, como si acabara de robarle los patines.

—¿Qué?

Me señaló con un dedo.

—Mira.

—¿Eh? —Miré hacia abajo, hacia donde ella señalaba, y se me cortó la respiración.

Mis luces estelares brotaban de mí, enroscándose alrededor de mi cuerpo como una niebla. Pero no era eso lo que me tenía con la mandíbula abierta.

Era porque mis luces estelares estaban *rojas*.

De color rojo deslumbrante, como los rubíes más brillantes, se arremolinaban dentro y alrededor de mi cuerpo. Tejían a mi alrededor como un torbellino de luz roja, como miles de furiosos duendecillos rojos.

No hacía falta ser un genio para saber que esto era malo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Elsa, tan asustada como yo.

Sacudí la cabeza y miré a Valen a los ojos.

—No lo sé. No las controlo.

No. Era como si tuvieran mente propia. No como cuando utilizaba mis luces estelares, que siempre las consideraba una prolongación de mí misma. Pero siempre tenía el control, las llamaba cuando quería. ¿Y ahora? Simplemente se vaciaban de mí sin que yo lo ordenara, como otra entidad.

—¿Por qué son rojas? —Jade parecía visiblemente conmocionada, y juraría que la vi dar un lento paso atrás.

—Y yo que sé.

Podía sentir el poder fluyendo por mis venas. Era casi como si mis luces estelares se hubieran apoderado de mí, poseyendo mi cuerpo como si fuera su propio contenedor. Sentía su energía palpitando a

través de mí, haciéndome sentir viva de una forma que nunca habría imaginado. Era estimulante y aterrador a la vez. Temía que, si me dejaba llevar, nunca podría recuperar el control.

Cerré los ojos, intentando concentrarme en recuperar el control de mis luces estelares. Pero cuanto más lo intentaba, más fracasaba. Las luces estelares rojas seguían brotando de mí.

—Amigos, no creo que pueda controlarlo —dije, con la voz temblorosa por el miedo—. No sé lo que me está pasando. —No era cierto. Sabía que todo esto tenía que ver con la profecía y con mi implicación en la apertura de las puertas del infierno. Sólo que no quería admitirlo.

Eso era. Estaba ocurriendo ante mis ojos.

Me estaba convirtiendo en la llave para abrir las puertas del infierno.

Tenía que pararlo. Tenía que hacer *algo*.

De repente, un dolor agudo me atravesó la cabeza y me retorcí de dolor. Podía oír a mis amigos llamándome, pero sus voces sonaban lejanas, como si vinieran de otro mundo. Y entonces, tan repentinamente como había empezado, el dolor cesó y me encontré de rodillas, jadeando.

Valen se acercó corriendo, pero saqué mi mano.

—Estoy bien. —Definitivamente, no estoy bien. Sentía la energía de las luces estelares rojas palpitando en mis venas, amenazando con consumirme por completo. Pronto estaría perdida para ellos, para eso.

Pero no todo estaba perdido. Aún me quedaba una carta por jugar.

Me encontré con la mirada asustada de Elsa.

—¿Está listo tu hechizo? ¿Puedes utilizarlo para cerrar la puerta?

La bruja me hizo un gesto decidido con la cabeza.

—Sí, está listo.

—Hazlo. —Quizá eso era todo lo que necesitábamos para arreglar este desastre. Tal vez no tuviera nada que ver conmigo y todo que ver con la magia de mis amigos y el cierre de la puerta. De un modo u otro, teníamos que detener la profecía. No importaba quién la hubiera hecho, sólo que la detuviéramos.

—Eh, ¿mujeres? Será mejor que nos demos prisa —dijo Julian, y todos le miramos—. Parece que han enviado a la caballería.

Un bramido bajo y fuerte estalló a nuestro alrededor. Me giré al oír el ruido de unos pies que corrían.

Allí, en el lado opuesto del tejado, había una horda de unos cuarenta ángeles asesinos. Y se abalanzaron sobre nosotros.

23

Me preguntaba cuándo aparecerían los asesinos. Pero no tantos.

Lancé la mano hacia Elsa y Jade.

—Haz el hechizo. Yo me ocuparé de ellos.

Bueno, pues ahora mis luces estelares eran rojas y salvajes, y no estaba segura si me *harían caso*. Sin embargo, *también* me sentía salvaje e incontrolable y posiblemente un poco... ¿altanera?

Me sentí poderosa. Lo suficiente como para patearle el culo a alguno de esos ángeles asesinos. E iba a hacerlo.

Cuando miré a Valen y Catelyn, ya estaban en sus enormes formas gigantescas. La ira marcó la expresión de Valen mientras recorría con la mirada a los ángeles, apretando y soltando los puños como si los estuviera engrasando. Luego ambos se dirigieron lentamente hacia la horda de ángeles asesinos.

El muro de ángeles que se acercaba parecía algo de otro mundo y digno de las películas. Diferentes en tamaño, género y edad, eran seres inmortales. El tamaño y el neroo no suponían ninguna diferencia. El ángel más pequeño, un ángel adolescente, probablemente podría patearme el culo.

No se trataba del puñado de asesinos que creía que vendrían en camino. Esto era como si hubieran llamado a los antiguos alumnos de años atrás. Nunca había visto tantos ángeles. Todos tan decididos a matarme.

Con sus dagas de ángeles relucientes, se abalanzaron sobre Valen y Catelyn en una acometida aterradora. El techo tembló bajo mis pies. Nos rodeaban en todas direcciones. Una oleada interminable y despiadada de soldados que avanzaban con una única misión: matar a esta servidora.

Era una maldita estampida de ángeles.

Valen se abrió paso a través de la masa de ángeles con fuerza bruta, su forma gigante hizo añicos sus armas mientras los embestía como una bola derribando bolos en una bolera.

El gigante avanzó dando bandazos, impulsado por la fuerza de sus poderosas piernas. Oí un grito y luego un horrible desgarro cuando se lanzó sobre el mar de ángeles. Los atravesó sin piedad, sus movimientos salvajes eran imparables y completamente aterradores.

Un destello de plata y una daga atravesó el muslo de Valen, hundiéndose en la carne del gigante.

Valen se agachó, arrancó la daga y rodeó con la mano la garganta

del ángel que presumiblemente la había arrojado. El ángel parecía un niño pequeño en sus imponentes garras. Con una sola mano, Valen acabó con la vida del ángel con un rápido chasquido del cuello y arrojó lejos el cuerpo inerte.

Bueno, eso ha sido un poco asqueroso. Pero necesario, supongo.

El martilleo de mis oídos dio paso a las campanadas y los chirridos del acero al golpear las tejas del tejado, con los chillidos y gritos de los ángeles moribundos.

—Aquí vamos. —Jadeando, miré fijamente, preparándome para una batalla mortal.

—¿Leana? —Jade me miró, con el rostro marcado por la preocupación, sabiendo lo que estaba a punto de hacer.

—Sólo, hagan su hechizo —les grité a ella y a Elsa antes de correr hacia delante para enfrentarme a la avalancha de ángeles.

Mientras corría hacia la manada de ángeles, mis luces estelares rojas me seguían como un fuego abrasador. Podía sentir su poder corriendo por mis venas, haciéndome más fuerte y ágil que nunca.

El aire se movió y se agitó cuando los ángeles asesinos cargaron y se separaron, y un grupo se precipitó hacia mí, con las espadas desenvainadas.

Pero estaba preparada para ellos.

Salté en el aire, esquivando sus golpes y sorteando sus ataques con facilidad. Mis luces estelares se encendieron, enviando chorros de energía roja hacia los ángeles. Gritaron de dolor cuando la energía entró en contacto con sus cuerpos, haciéndolos volar hacia atrás.

Aterricé suavemente en el tejado, escudriñando el caos a mi alrededor. Valen y Catelyn estaban librando su propia batalla contra los asesinos, y sus enormes formas causaban estragos entre las filas de los ángeles.

Las voces de Elsa y Jade se elevaron a mi alrededor mientras entonaban el conjuro, resonando al unísono mientras vertían su magia en el hechizo.

Los ángeles eran feroces, sus afiladas espadas y dagas brillaban en la penumbra. Arremetí contra ellos, con mis luces estelares rojas arremolinándose a mi alrededor como un manto de fuego. Atravesé sus filas con facilidad y mis luces estelares los cortaron como el trigo ante una guadaña.

Un ángel entró en mi campo de visión: una mujer con una espada de doble filo colgando de su mano derecha. Su pelo y su piel blancos me recordaron a un personaje de anime. Sus ojos ardían como monedas de plata y se centraron en mí.

—Nefilim malcriada—gruñó—. Tu muerte me hará famosa.

—De donde yo vengo, las tetas falsas y los labios gordos te hacen famosa.

Enarcó una ceja.

—Me complacerá matarte.

—Papa, patata.

—No es nada personal. —El ángel soltó una risita. Sus labios perfectos se estiraron sobre su rostro impecable—. Un trabajo es un trabajo. ¿No es cierto, bruja?

Me encogí de hombros.

—Si digo que sí, ¿te irás volando?

El ángel femenino se movía en un borrón de blanco y gris, más rápido que cualquier ángel que hubiera visto antes, arrancando las tejas del tejado mientras se abalanzaba sobre mí a toda prisa. Por un momento, me quedé congelada, mirando la pesadilla de ángeles que había desatado sobre el mundo mortal.

Giré, escabulléndome en el último instante. Mi pulso se aceleró y la adrenalina se disparó, pero me negué a dejar que el miedo se apoderara de mí. Cuando esquivé su siguiente ataque, vi una oportunidad y la aproveché. Contrarresté su movimiento con una rápida ráfaga de mis bonitas luces estelares rojas.

Pero la zorra giró como una bailarina ninja. Mi ataque salió desviado. Maldita sea. Era demasiado rápida.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? —se burló.

—Eso *ha sido* bastante patético. —No tiene sentido mentir.

—Lo fue. —El ángel levantó su espada y me apuntó con ella—. Ya me he cansado de jugar. Ahora tomaré lo que es mío.

Hice una mueca.

—¿Me estás pidiendo salir?

La ira onduló en el rostro del ángel.

—Para ser una hembra humana de mediana edad, eres muy inmadura.

—No es que sea inmadura. Es que tú empezaste.

Me lanzó una mirada mordaz.

—Cantarán canciones sobre mí cuando acabe contigo. El ángel que salvó al mundo mortal de la nefilim malcriada. Cestícula la grande, la salvadora de mundos.

Resoplé.

—¿Te das cuenta de que tu nombre suena como testículo?

Sus ojos chispearon de ira.

—Perra.

—Lo mismo digo.

Recurrí a mis luces estelares y lancé una bola de brillantes luces rojas directamente hacia ella.

Riendo, esquivó hacia un lado, pero yo la seguí con una andanada de luces estelares de color rubí. Y aun así, la hembra ángel siguió esquivando mi ataque con facilidad.

—Peleas como un niño, —se burló entre risas.

Me encogí de hombros.

—Prefiero llamarlo caprichoso.

—Tengo curiosidad. —El ángel deslizó un dedo por su espada—. ¿Cómo conseguiste matar a los míos? ¿Qué has utilizado?

—Un poco de esto... un poco de aquello. —Con un movimiento de muñeca, lancé una ráfaga de luces estelares rojas hacia ella. El ángel giró y las rechazó con su espada. Pero esta vez casi la había alcanzado.

Pude ver la ira en sus ojos cuando volvió a cargar contra mí.

Se movía como un personaje de dibujos animados, sólo unas líneas borrosas que apenas podía ver.

Me golpeó antes de que pudiera moverme. Mi rostro estalló en una ardiente agonía y me estrellé hacia atrás, contra el tejado. Sin pausa, me lancé de nuevo al combate y evité hábilmente los destellos de su espada de doble filo.

—Eh, la cara no —le dije, de pie, con las piernas separadas y las luces estelares rojas enroscadas en las manos—. A mi novio le gusta esta cara.

El ángel gruñó.

—Me enviaron para matarte. Soy la mejor en lo que hago. Nunca he fracasado. Jamás. Siempre he conseguido mi objetivo. Me pagan muy bien por ello. Pero en realidad, matar a una nefilim me produce alegría, tanta que estoy dispuesto a hacerlo gratis.

—Eres una enferma.

—Soy un ángel —dijo, como si eso compensara su mente retorcida.

Se abalanzó sobre mí en una tormenta de miembros y espadas. Me sentí como si luchara contra una sombra. Ningún demonio o paranormal podía moverse como ella. Y si no hubiera intentado cortarme la cabeza, me habría impresionado.

El ángel miró despreocupadamente a Elsa, Jade y Julian.

—¿Eres tan egoísta que no te importan nada tus amigos? ¿Quieres que mueran todos?

Auch.

—No morirán. Tenemos un plan. Vamos a cerrar la puerta. Problema resuelto.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Pero morirán. Todos morirán por tu culpa.

—Cállate.

—Nunca te has preocupado por ellos. Sólo te preocupas por ti.

—Te dije que *te calles*. —Me invadió la ira. No era verdad. Quería a mis amigos. Quería a Shay y a Valen. Luchaba por ellos. Pero sus palabras me hirieron profundamente, como si ya me hubiera cortado con su espada.

—Ves —continuó, con una sonrisa en el rostro—, ésta es la

diferencia entre los mortales y los ángeles. Un ángel habría estado más que dispuesto a morir para salvar a la legión o incluso a este miserable reino que llamas hogar. Pero ustedes no. Los mortales, no.

La rabia me latía en las venas.

—Jódete tú y tu legión. No me conoces. No sabes lo que hay en mi cabeza.

—Sé lo suficiente para saber que sacrificarías a todos estos mortales para salvar tu propia vida sin sentido. La única persona que te importa eres tú.

—No es así.

—Si eso es cierto, te habrías entregado. Morirías para salvarlos. Pero... aquí estás. Luchando contra mí.

—Porque aún existe la posibilidad de que cerremos la puerta y cambiemos la profecía —dije, aunque mi voz carecía de convicción. Me estaba afectando.

El ángel se rió burlonamente.

—Estás mal de la cabeza. Las profecías de los oráculos siempre se cumplen. No hay forma de cambiarlas una vez pronunciadas.

—Esta vez sí.

—No lo hará. —El ángel me observó. El placer y la excitación que había en sus ojos por querer matarme eran inquietantes.

Sus palabras resonaron en mi cabeza hasta que sentí que perdía la confianza en mí misma y la concentración en mis luces estelares.

El ángel sonrió.

—Debes morir, nefilim. Debes morir para que este mundo viva.

Salió disparada hacia delante como una sombra blanca y negra. Blandiendo la espada, un grito de guerra salió de sus labios mientras se abalanzaba sobre mí. La esquivé, pero sentí que la hoja me rozaba el cuello. Me agaché y giré para esquivar su ataque, pero no antes de que me hiciera un corte en la piel. Sonrió al ver la sangre en mi cuello. Sus movimientos eran ágiles y rápidos como el rayo, sin dejarme casi tiempo para reaccionar. Pero yo tenía algo que ella no tenía.

Magia estelar.

—Parece que estás decidida a conseguir ese ascenso, ¿eh? —me burlé, con una sonrisa burlona que reflejaba la repentina falta de alegría en su rostro—. ¿Qué pasa si te gano? ¿Qué pasará entonces con tu ascenso?

—No lo harás —gruñó, moviendo rápidamente su espada de un lado a otro. Arremetió contra mí con una elegancia fluida y ataques implacables. Me agaché y rodé, tropezando con el tejado.

—Has fallado. —Sonreí ante su frustración. Yo también podía jugar a este juego.

Supe que había dado en el blanco cuando sus ojos se entrecerraron.

Su risa no se cruzó con sus ojos cuando dijo:

—Creo que mataré a tu hermanita como premio adicional.

La ira me brotó.

—¿Por qué has tenido que decir eso?

Levantó las cejas.

—Odio a los niños. Huelen mal.

La espada del ángel brilló en la penumbra cuando la levantó por encima de su cabeza. Con una fuerza salvaje, se lanzó hacia mí. Me lancé y giré. No lo bastante rápido.

Grité cuando su rodilla se clavó en mis entrañas. Perdí el aire de golpe y me balanceé, cayendo de rodillas. Tosiendo, me aferré a mis luces estelares.

Todavía no.

—¡Leana! —El grito de Jade sonó por encima de la sangre que golpeaba mis oídos.

—¡Quédense atrás! —grité. No quería que le hicieran daño. No quería que ninguno de ellos dejara de hacer aquel hechizo. Era lo único que importaba.

Con un grito de furia, el ángel blandió su espada, cuya punta silbó al dirigirse directamente hacia mi cara. Pero retrocedí de un salto y me puse en pie. Gruñendo por el esfuerzo y la rabia, me agaché y esquivé su rápido ataque.

Era una niebla blanca mientras blandía su larga espada. El ángel se movía muy rápido. Demasiado rápida para que pudiera bloquearla. Demasiado rápida para mi lanzamiento de luz estelar.

Sólo necesitaba un momento, un instante en que ella estuviera distraída y no viera venir mis luces estelares.

En ese instante, sólo vi su rostro ansioso y retorcido. Estaba enfadada por no haberme matado todavía. Se quedó quieta, vacilante, como si intentara idear un nuevo plan que acabara conmigo.

¡Ya!

Lancé un rayo de luces estelares rojas contra el ángel. Y esta vez, ella no lo había visto venir. Intentó esquivarlo. Demasiado tarde.

Le dio justo en las tetas.

El ángel se desplomó hacia atrás, con sus terribles y estremecedores jadeos. Dejó caer el arma, con los ojos muy abiertos y la boca abierta en un grito silencioso. De sus ojos, nariz, boca y orejas brotaron luces estelares rojas hasta que todo su cuerpo quedó envuelto en un brillo de luz roja.

Y entonces explotó en un millón de partículas brillantes.

—*Puedo* cambiar la profecía —murmuré mientras los fragmentos de lo que una vez había sido un ángel asesino parpadeaban y se dispersaban con una ráfaga de viento.

—¡Leana! —aulló Elsa, y cuando me giré, estaba señalando algo

detrás de mí.

Me precipité hacia donde ella señalaba y sentí que me flaqueaban las rodillas.

Allí, en medio de las bulliciosas calles de la Quinta Avenida, apareció una enorme línea negra: una grieta en el Velo. Siseaba y estallaba con una energía desconocida mientras crecía y se alargaba hasta que un portal se materializó ante mí, con sus bordes chispeantes y vivos. El portal no se parecía a nada que hubiera visto antes, se arremolinaba con colores y palpitaba con poder. Era aterrador. Pero no era un portal cualquiera.

Se estaban abriendo las puertas del infierno.

24

El aire estaba cargado de susurros guturales y crujientes, que transportaban el olor de la fruta podrida, la sangre y la carroña. El portal, la puerta, palpitaba como el zumbido constante de una línea eléctrica. Nunca había visto uno tan grande.

El grupo de ángeles parecía haber sentido o notado que las puertas se abrían, pues luchaban con una nueva urgencia, destructiva. Se centraron en mí. Recibí de ellos una vibración del tipo «es ahora o nunca».

Mierda.

Aquel poder extraño en mi ser latía con fuerza. La energía retumbaba y resonaba al compás de las pulsaciones del portal, como si respondiera a su llamada.

Algo se despertaba en mi interior. Una llave para abrir las puertas.

Iba a vomitar.

Un destello de plata emergió del cielo rojo intenso, parcialmente oculto por las densas nubes. Observé el borde del disco, sin saber cuán cerca estaba de la luna llena. Pronto llegaría la luna llena. Y las puertas se abrirían por fin.

Se nos acababa el tiempo.

Aparté de mí aquel nuevo pavor y corrí hacia las brujas.

—¿Funciona? —grité, me agaché y envié otra descarga de mis luces estelares de rubí a un ángel que se había acercado demasiado.

—Lo estamos intentando —llamó Elsa—. Pero tener un ejército de ángeles intentando decapitarte complica un poco las cosas.

Los labios de Jade se movieron con algún hechizo, pero sus ojos estaban abiertos de par en par y fijos en la batalla en curso con Valen y Catelyn.

—¿Puedes mantenerlos alejados de nosotros? —Julian arrojó un frasco sobre su círculo ritual, provocando un estallido como el de un petardo.

—Eso es lo que estoy haciendo aquí. —Volví a extender la mano y mis luces estelares rojas chocaron con dos ángeles hembras, que salieron volando por el tejado. El ángel de pelo blanco había sido una auténtica malota y se movía con una velocidad sobrenatural que aquellos otros ángeles no poseían. Parecía que no todos los ángeles asesinos habían sido creados por igual. Esperaba que siguiera siendo así.

—Creo que Catelyn y Valen necesitan ayuda —dijo Jade, volviendo

su atención hacia mí—. Hay demasiados ángeles.

No se equivocaba.

Eché un vistazo. Los ángeles descendieron sobre Valen y Catelyn, haciendo llover sus armas sobre las enormes formas de los gigantes. Valen rugió desafiante, contraatacando con todas sus fuerzas, pero los ángeles siguieron avanzando, abrumándole con su enorme número. Por cada uno que derribaba, tres ocupaban su lugar.

—No creo que lo consigan.

—Si me voy, los ángeles vendrán e impedirán que completes el hechizo. —Odiaba admitirlo, pero ahora mismo mi prioridad era impedir que se abrieran las puertas o, al menos, conseguir que se cerraran rápidamente sin mayores complicaciones, como que miles de hordas de demonios se colaran por ellas y llegaran a Manhattan.

Me estremecí cuando un sonido, como el del trueno, retumbó sobre mi cabeza.

Me di la vuelta.

Un humo oscuro ondeaba alrededor del portal, creando un marco de negrura tiznada de hollín en el borde de la puerta giratoria. Brillaba y resplandecía, liberando volutas de niebla de tinta que giraban como un vórtice de sombras.

Si mirabas fijamente el tiempo suficiente, casi podías ver al otro lado, a un mundo de oscuridad, sangre, muerte y dolor.

Con un súbito crujido, el portal volvió a parpadear. Una masa creciente de oscuridad líquida palpitaba con el movimiento fluido de las olas de un océano.

Y entonces mi peor pesadilla se hizo realidad.

No uno, sino *veinte* demonios salieron del portal.

Aspiré entre los dientes mientras veía cómo un ejército de monstruos de las peores pesadillas de todo el mundo se filtraba por las puertas de su reino hasta el corazón del centro de Manhattan. Cada vez que el portal brillaba y palpitaba, salían otros diez demonios, con sus formas deformes y horribles aún más grotescas y perversas. Si existía una encarnación física del mal, ésta había llegado.

El hedor a azufre y podredumbre era abrumador, y me dolían los oídos por la caída de presión. Una ráfaga de aire me revolvió el pelo, azotándolo contra la cara. El aire picaba con sus cualidades antinaturales, sobre todo un aroma peculiarmente agudo y ácido. Reconocí este olor acre como el aire del Inframundo que emanaba del interior del portal. Y era tóxico para nosotros, los mortales.

Un grito escalofriante resonó abajo por las calles. Era lejano, pero el miedo contenido en la voz era inconfundible. Le siguió un gorgoteo ininteligible y luego nada.

El grito volvió a sonar, esta vez mucho más cerca que antes. Y luego otro chillido. Y otro más. Y otro más.

Los demonios atacaban a los humanos.

Entrecerré los ojos en dirección al viento. Las formas se movían más allá de los límites de nuestro mundo. Cientos. Cientos de sombras salían del portal. Y pronto serían miles.

Fue un infierno. Literalmente.

Si la puerta permanecía abierta, todos estábamos muertos.

—Hagas lo que hagas, hazlo rápido. Tienes que hacerlo ahora. Mira. —Señalé la puerta, que ahora podíamos ver claramente—. No podemos esperar más.

—Estamos listos. —Elsa se puso en pie con expresión decidida. Julian y Jade se colocaron a su alrededor para formar un círculo.

Elsa levantó las manos como si rezara y dijo:

—Juntos.

—Descendiendo hasta el portal, bajo tierra —cantaron los brujos—. Por siempre arraigada, la magia es sólida. Para calmar el portal y sus pensamientos, nuestro amuleto la rodea de nudos. Toma nuestra magia, para sanar tus heridas, por nuestras palabras, ¡el portal sellado está!

Observé, atónita, cómo los cuerpos de los brujos empezaban a brillar con una luz blanca y brillante. La luz pareció aumentar de intensidad hasta cegar. Envolvió a mis amigos, levantándolos del suelo y suspendiéndolos en el aire. La luz se arremolinaba a su alrededor, cada vez más brillante, hasta que casi era imposible mirarla.

Y entonces, tan repentinamente como había aparecido, la luz se disipó, y los brujos bajaron de nuevo al tejado.

Entonces, la luz de sus ojos se disipó, al igual que la pulsación de su poder.

—¿Funcionó? —Me quedé mirando la puerta, aún visible sin ningún cambio—. ¿Ha funcionado? —Repetí, sin ver ninguna diferencia.

Los ojos de Elsa se llenaron de lágrimas.

—Es inútil. El portal debería haberse cerrado. El hechizo no funcionó. Lo siento, Leana. Hemos fracasado.

Me tambaleé hacia atrás como si me hubiera golpeado. Había puesto toda mi fe en ellos, en su hechizo. Era lo único que quedaba para salvarnos.

Consulté mi teléfono. Quedaban dos minutos para la luna llena.

La desesperación me invadió, y sentí que las lágrimas me punzaban los ojos. Valen y Catelyn seguían luchando contra los ángeles, impidiendo que la mayoría de ellos nos alcanzaran. Pero tal vez no debían.

No podía mover ni una estrella. Y no pudimos cerrar las puertas.

Sólo quedaba una cosa por hacer.

Yo tenía que morir.

25

No me malinterpretes. No quería morir, no cuando mi vida por fin iba por buen camino. Había encontrado al hombre de mis sueños, que me adoraba, y ahora tenía una familia con Shay.

Pero si yo no moría, no sólo morirían ellos junto con todas las personas que me importaban, sino que también morirían los humanos. Tal vez no hoy ni el mes que viene, pero los demonios se apoderarían lentamente del mundo mortal hasta que no quedara nada de él. Hasta que se convirtiera en otro reino demoníaco.

Las puertas del infierno estaban casi abiertas, pero aún tenía tiempo de salvarlos a todos. Y para hacerlo*, tenía* que morir.

Dejé caer las manos y me alejé de los brujos, dejando el camino libre para que los ángeles asesinos vinieran hacia mí.

Unos pocos se volvieron hacia mí, pero no se acercaron. Podía ver la ira y el miedo que emanaban de las rígidas posturas de sus cuerpos. Sus miradas estaban llenas de hostilidad y sus rostros mostraban una expresión de pavor.

Ah. Pensaron que les haría pedazos con mis bonitas luces estelares rojas. Podría haberlo hecho, pero ése no era el plan. Ya no lo era.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Me rindo. ¡Vengan por mí! —grité, saboreando la sal de mis lágrimas en la boca—. ¡Vamos, hijos de puta! Aquí me tienen. ¿Qué esperan? ¡Estoy aquí!

—¿Leana? —oí gritar a Elsa—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué está haciendo? —llegó la voz de Jade desde detrás de mí.

—Se está entregando a los ángeles —oí decir a Julian.

Sí, tenía razón.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Elsa estaba llena de confusión y una pizca de miedo—. Espera, no. Leana, *no* lo hagas. ¡No puedes hacerlo! ¡Que alguien la detenga! ¡Valen!

La cabeza de Valen se movió en mi dirección. Nuestros ojos se encontraron. Si los corazones pudieran romperse literalmente, el mío lo hizo en ese momento, cuando vi el reconocimiento en su rostro. Sabía lo que estaba a punto de hacer.

El pánico llenó sus ojos, seguido rápidamente por un rugido ensordecedor.

—*¡No!*

El rugido de Valen sacudió el aire, enviando ondas de choque de poder a través del cielo. Y mi corazón se rompió un poco más.

Su odio hacia los ángeles irradiaba de cada parte de él. Sus músculos estaban tensos por la rabia.

Y entonces hizo volar ángeles en todas direcciones, apartándolos de su camino mientras intentaba alcanzarme. Se abría paso a través de ellos mientras le cortaban y acuchillaban con sus armas, pero él seguía abriéndose paso. Su mirada estaba llena de desesperación mientras luchaba por llegar hasta mí, su Bruja de Luz Estelar.

Pero era demasiado tarde. No llegaría a tiempo. Se había acabado. Era hora de arreglar las cosas. No podía perder ni un instante más.

—*¡No!*

El sonido del llanto de Valen fue como una puñalada en mi corazón. No pude detener la avalancha de lágrimas después de aquello. Las lágrimas caían ante el dolor que parecía no tener fin. El dolor era demasiado profundo. Demasiado crudo. Quién diría que amar a alguien dolería tanto, sabiendo que lo estaba abandonando. Nunca había sentido este tipo de agonía. Ni con mi exmarido. Ni con nadie.

Se me escapó un pequeño gemido mientras me acercaba al borde de la azotea. Me sentía alejada de la realidad, como si tuviera una experiencia extracorpórea. Sentía los miembros paralizados y el cuerpo agotado. Me tembló el labio inferior y respiré hondo, justo cuando los ángeles me rodeaban. Mi cuerpo se estremeció, no por el miedo a morir, sino por no volver a ver el rostro de Valen ni sentir su tacto en mi piel. De no volver a ver la cara sonriente de Shay, el ceño fruncido de Elsa, el pelo alocado de Jade ni la petulancia de Julian cuando hablaba de todas las mujeres buenas de su pasado.

Nunca volvería a verlos.

Pero a través del dolor, sentí una sensación de paz. Lo hacía por un bien mayor, para proteger a los que amaba. Lo hacía *por* ellos.

Nunca me había rendido sin luchar, sin dar unos cuantos puñetazos y patadas de luz estelar. Lucharía hasta mi último aliento y me llevaría por delante a quienquiera que fuera. Pero esta vez no.

—*¡Leana! ¡Para! ¡Por favor! ¡No lo hagas!*

Un escalofrío me recorrió ante la súplica de Valen. Pero no quise mirarle. Era inútil. Éste era el único camino. Él lo entendería... con el tiempo. Cuando las puertas se cerraran y todos estuvieran a salvo. Eso esperaba.

A través de mis ojos sombríos y llorosos, vi que los ángeles se acercaban a mí, con sus espadas brillando a la luz de la luna, atreviéndose a acercarse y pareciendo darse cuenta de que no usaría mis luces estelares rojas con ellos. Ahora era una presa fácil.

—Por Shay. Por Valen. Por mis amigos —carraspeé, con la voz entrecortada, dispuesta a encontrarme con mi destino.

Pero entonces ocurrió algo extraño.

Un rayo de luz blanca alcanzó la primera fila de ángeles. Oí un estallido y estallaron como confeti centelleante.

Confundida, me miré las manos para asegurarme de que no había soltado magia accidentalmente. Pero mis luces estelares giraban a mi alrededor, mis luces estelares *rojas*. No las había desatado.

Miré por encima del hombro. Mi hermanita estaba caminando hacia mí.

—¿Shay? ¿Qué demonios haces aquí? —La estúpida niña se había escabullido de Cassandra. Si no estuviera a punto de morir, la habría matado.

Con todo su cuerpo brillante como un sol en miniatura, me dio su característico encogimiento de hombros.

—Ayudando. Puedo ayudar. Me necesitas. ¿Por qué tus luces estelares son rojas?

—Una larga historia. —Se me desencajó la mandíbula—. Sí, *sí* te necesito. Quizá... sólo quizá fuera suficiente.

Con el corazón palpitante, la tomé de la mano y tiré de ella para acercarla.

—Escúchame —dije, hablando con rapidez—. Tenemos que mover esa estrella, la más pequeña —señalé a Enanín en el cielo—. Juntas. Con nuestros poderes. Tienes que imaginártela en tu mente, moviéndola por el cielo. ¿Crees que puedes hacerlo?

Shay, que seguía brillando con luz propia, se encogió de hombros como si no fuera para tanto, como si yo sólo le hubiera preguntado qué quería ver en la tele.

—Está bien.

No sé por qué no me había planteado pedirle a Shay que participara. Probablemente porque no quería que mi hermana pequeña muriera en el fuego cruzado de los ángeles asesinos, pero su poder no se parecía a ningún otro. Era fuerte. Superfuerte. Y tal vez la cantidad justa de poder que necesitaba.

—Nunca me había alegrado tanto de que salieras a escondidas.

Shay sonrió, con su poder solar irradiando a su alrededor.

—Sí, lo sé.

Parpadeando mi última lágrima, apreté su mano y, con la otra, envié un haz de mis luces estelares rojas a tres ángeles que habían atravesado las defensas de Valen y Catelyn. Un fuerte crujido resonó mientras caían al suelo en un montón de cenizas.

Volví a mirar el teléfono.

Quedan 26 segundos.

Miré a Shay.

—¿Lista?

—Lista.

—Bien. Hagámoslo. —No recité el hechizo. No creí que hiciera

falta. Mi instinto de bruja me decía que utilizara mis luces estelares y el poder del sol de Shay. Además, tenía la inequívoca sensación de que Julian había tenido razón y de que el tal Alexander había mentido al decir que había movido una estrella.

Veinte segundos, conté mentalmente.

El cuerpo de Shay se estremeció a mi lado cuando su poder solar se combinó con el mío.

—Sólo tienes que verla moviéndose en tu mente —repetí. Tomé aire y recurrí a mi magia estelar. Mi cuerpo se inundó de la hormigueante energía que brotó de mi núcleo, recorriendo mis manos, mi cuerpo. El poder de Shay se abrió camino a través de mí, uniéndose al mío y latiendo con la fuerza de otro corazón.

Pero también ardía. No como cuando te metes en un baño caliente demasiado pronto. Era caliente, pero podía soportarlo.

Eché un vistazo al portal y divisé una innumerable masa de demonios. Largas sombras se acercaron, revelando alas, colas y tentáculos que se agitaban en su prisa. Parecía que los demonios habían descubierto nuestro plan y ahora clamaban por atravesarlo. Podía oírlos gritar y gemir desde la distancia.

Diez segundos.

La adrenalina me inundó. Cerré los ojos y me concentré, atrayendo más luz estelar. Dejé que me llenara, que cada fibra de mi ser zumbara de energía.

Las luces estelares rojas que habían estado girando a mi alrededor empezaron de repente a brillar con más intensidad. La luz creció en intensidad hasta cegar.

Sintiendo el poder de Shay fluir a través de mí, extendí lentamente la mano derecha hacia la estrella. Mis dedos temblaban ligeramente, pero me obligué a mantener la calma. Por el rabillo del ojo, vi que Shay imitaba mi movimiento. Entonces visualicé en mi mente que la estrella se movía e imaginé que su masa ardiente se desplazaba en el cielo.

Cinco segundos.

Y entonces, con una ráfaga de poder, liberé mi magia.

Mi cuerpo reverberó cuando Shay liberó también el suyo.

Un haz de luz rojiblanca salió disparado hacia el cielo, iluminando la oscuridad con su resplandor.

La estrella parpadeó, y luego empezó a moverse, una lenta y constante deriva por el cielo hasta que estuvo casi al otro lado de la ciudad.

Uno.

Demasiado sorprendida y asombrada y temerosa de echarlo a perder todo, no dije nada, ni solté la mano de mi hermanita.

Al momento siguiente, ocurrieron dos cosas.

Primero, la ciudad fue sacudida por una poderosa onda expansiva que parecía un terremoto. Luego, lentamente, el enorme portal que atravesaba el centro de la ciudad, o mejor dicho, las propias puertas del infierno comenzaron a cerrarse.

Mis oídos estallaron de presión cuando el portal empezó a encogerse y a replegarse sobre sí mismo, una y otra vez, hasta que, con un último estallido, desapareció.

El portal estaba cerrado.

—¡Lo lograron! —gritó Jade—. ¡Dios mío! ¡Lo cerraron!

No lo celebré todavía, ni tampoco solté las luces estelares siguieran latiendo en mí. Mis ojos encontraron la fortaleza de ángeles asesinos que quedaba. Estaban todos de pie en el tejado. Sin luchar. Sin atacar a Valen ni a Catelyn, que nos miraban a Shay y a mí con una mezcla de orgullo y conmoción. Sí, éramos lo máximo.

Y entonces, uno a uno, los ángeles desaparecieron.

26

En la decimotercera planta reinaba la alegría. Todos los residentes habían salido de sus apartamentos y estaban congregados alrededor de varias mesas largas, llenas de platos deliciosos y todo tipo de bebidas alcohólicas mientras reían, charlaban y celebraban.

Dichas celebraciones eran los festejos de que el día del juicio final no había llegado, y mi pandilla del decimotercer piso y yo nos atribuíamos el mérito de haber salvado el día. Algunos detalles se mantuvieron en secreto, como mi participación en la apertura de un portal a las puertas del infierno. No queríamos otra oleada de histeria, así que algunas cosas era mejor no decirlas. Y de los demonios que habían escapado del portal se habían ocupado Arther y algunos de su manada, o eso me había dicho Valen.

Las noticias humanas describieron la apertura del portal como un grave fenómeno meteorológico, probablemente porque los humanos no podían «ver» el portal. Sólo habían visto la perturbación en el cielo. Y nosotros, la comunidad paranormal, seguíamos con el escenario de la «Grieta gigante», e íbamos a mantenerlo así.

Ahora, lo único que quería era un merecido descanso. Necesitaba un mes de descanso. Eso era lo que necesitaba.

Vi a Shay junto a Elsa, utilizando su magia solar para hacer crecer las tomateras de la bruja mayor. Y, efectivamente, con sólo un movimiento de su magia, un alto tallo verde brotó de la maceta que sostenía Elsa. De las ramas colgaban grandes y jugosos tomates. Las dos soltaron una carcajada.

—Hola.

Me giré y vi que Catelyn se acercaba, con una copa de vino en la mano. Unas cuantas magulladuras estropeaban su bonito rostro, pero por lo demás, parecía en perfecto estado de salud.

—¿Cómo te sientes? —pregunté a la giganta, recordando tanto las palizas que daba como las que recibía.

—Estoy bien. Tu hombre hizo su truco de sanación. Lo peor ya ha pasado.

—Gracias. Gracias por cubrirme las espaldas. —Catelyn y Valen habían luchado como campeones, manteniendo a raya a la horda de ángeles mientras intentábamos alejar por arte de magia las puertas del infierno y mover una estrella—. No podríamos haberlo logrado sin ustedes.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Me alegro de haberte ayudado.

Di un sorbo a mi vino, disfrutando de su sabor afrutado.

—¿Te quedarás mucho tiempo?

Catelyn suspiró.

—No. Arther y yo volveremos a casa esta noche. Echa de menos su manada. El bosque. La tranquilidad.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo entiendo. Es un lugar muy especial.

—¿A menos que creas que me vas a necesitar?

Le sonreí a la giganta.

—No. La amenaza ha terminado. —Bueno, *esta* amenaza había terminado hasta que apareció la siguiente.

—Bien. Porque necesito algo de sexo.

Me eché a reír.

—Apuesto a que sí. Y apuesto a que también es increíble, con ese guapo espécimen masculino.

Catelyn me mostró sus dientes perlados.

—No tienes ni idea. —Sus ojos se apartaron de mí.

Seguí su mirada. Arther estaba de pie junto a Valen, ambos sumidos en una profunda conversación. Arther palmeó el hombro del gigante como si intentara que se relajara.

—Valen parece enfadado —dijo Catelyn.

—Lo está. Está enfadado conmigo. —Y yo sabía exactamente por qué.

—¿Por qué?

Abrí la boca para decírselo cuando una mujer generosa, con las mejillas coloradas y vestida con la tradicional chaqueta de chef blanca y manchada, vino marchando hacia mí.

—¿Y? —Polly apoyó las manos en las caderas y me miró con odio —. He oído que tu magia ha desaparecido. ¿Es cierto?

—Te veo luego —resopló Catelyn, alejándose de Polly y de mí.

—¿Y? Polly cruzó los brazos sobre su gran cintura.

—Es verdad. —Me costó mantener la decepción en mi voz. Por primera vez en mi vida, podía utilizar mi magia estelar durante el día. Algo que siempre había querido hacer. Pero cuando me desperté esta mañana y recurrí a mi magia, nada. Mis luces estelares diurnas habían desaparecido. Era la misma inútil de antes.

La curandera se pellizcó la cara pensativa mientras me miraba.

—Entonces, ¿no puedes hacer nada más de esa magia estelar? ¿Nada?

—No. Aún puedo hacer mi magia estelar, pero sólo de noche. Como antes. Sólo que no puedo hacerla de día. —Anoche también había vislumbrado mi luz estelar *blanca*. Los días de luz estelar roja habían terminado. Con el cierre del portal, había vuelto a ser la Bruja

de Luz Estelar que era antes de toda esta pesadilla.

Sí, me decepcionó un poco. Pero prefería recuperar mi antigua magia a no tener ninguna. Era quien era. Una Bruja de Luz Estelar. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Igual. Me siento bien, Polly. Gracias por preguntar.

La curandera hizo un ruido de disgusto en su garganta.

—Bueno. Ya sabes dónde encontrarme si empiezas a sentirte un poco... rara.

—Gracias. Lo haré. —Vi cómo la curandera se alejaba y se reunía con Elsa y Shay, que ahora estaban comiendo y saboreando aquellos tomates nuevos como si fueran manzanas. Julian estaba allí, haciendo malabarismos con tres tomates ante los aplausos de las gemelas y de Cassandra, que parecía querer darle un mordisco a Julian.

Mi hermanita tenía más poder en su dedo meñique que todos los brujos de este hotel juntos. Probablemente todo el estado. Y sin ella, yo habría muerto.

Las emociones se dispararon y parpadeé rápidamente. Lo último que quería era empezar a llorar a lágrima viva cuando estaba en una fiesta y supuestamente la estaba pasando bien.

Hablando de llorar a mares, vi a Jade sola al final del pasillo, cerca de mi piso, mirándose las manos y con la cara sonrojada. Su atuendo era digno de verse: un peinado negro con mechas rosas que contrastaba con una falda de volantes y medias rosas. Y completó el look con una camiseta de Bon Jovi. Pero a pesar de su alegre atuendo, parecía abatida.

Me acerqué.

—Oye, te ves triste. ¿Qué te pasa? —Recordé que había dicho que Jimmy había estado distante con ella. ¿Era eso lo que la tenía tan triste?— ¿Dónde está Jimmy?

Jade resolló y escondió las manos detrás de la espalda.

—Allí con Basil.

Seguí su mirada y, efectivamente, allí estaba Jimmy con una botella de cerveza en la mano, y estrechando la mano de Basil con la otra. ¿De qué se trataba eso?

Me apoyé en la pared junto a ella.

—¿Estás bien? ¿Sigue distante?

—No. Me equivoqué.

—¿Sobre que estaba distante? —Esperé a que contestara, pero se limitó a mirar a Jimmy sin pestañear, con una extraña sonrisa en la cara.

—¿Jade? ¿Estás bien?

Jade extendió la mano, y un bonito anillo de compromiso de aspecto antiguo me guiñó un ojo. Era precioso, con una banda de oro

liso y un único diamante engarzado en el centro. No era el diamante más grande que había visto, ni tampoco el más pequeño. No era exagerado, lo cual me gustaba. Era perfecto.

—¡Estás prometida!

Jade parpadeó.

—Estoy prometida.

La abracé.

—Me alegro mucho por ti —le dije a su masa de pelo.

—Yo también me alegro por mí.

Me reí, soltándola.

—Sabes lo que esto significa. ¿Verdad?

—¿Tengo que empezar a tener bebés?

Me reí más.

—Si quieres, pero iba a decir que tenemos que organizarte una fiesta de compromiso.

—Cierto. —Jade sonrió mientras miraba fijamente su anillo como si no estuviera segura de que realmente estuviera allí y estuviera viviendo un sueño.

La calidez llenó mi centro. Me alegré mucho por mi amiga, por mis amigos. Jimmy y Jade merecían ser felices y tener tantos bebés como quisieran.

—Felicidades, Jade.

Me giré para ver a Valen junto a nosotras.

—Jimmy me lo acaba de decir —dijo el gigante, con un aspecto delicioso, vestido con una camisa de vestir negra y unos pantalones que dejaban ver un par de piernas musculosas. Parecía sexy y, me atrevería a decir, un poco peligroso. Me gustaba.

—Gracias —dijo Jade—. Eh... Jimmy quiere que vaya. Los veré luego.

Sonreí y la vi irse. Cuando llegó hasta Jimmy, él la tomó de la mano, la empujó hacia él y le plantó un beso en la boca.

Humm. Tan lindos y enamorados que me dieron ganas de vomitar.

Miré a Valen y perdí la sonrisa.

—Supongo que por ese ceño fruncido sigues enfadado conmigo.

—Lo estoy. —Aquellas dos palabras contenían más emociones que si me hubiera gritado durante media hora.

Ah, demonios. Esto iba a costar trabajo.

—Valen…

—¡Leana!

Me giré al oír mi nombre y encontré a Basil detrás de mí.

—¿Qué les has hecho a las chicas Youtoo?

—Eh... —Mierda, me había olvidado de ellas. Quizá había tenido suerte y los ángeles asesinos se habían ocupado de ellas—. ¿Por qué?

El director del hotel levantó las manos.

—¡Es un éxito! ¡El hotel es famoso!

Miré a Valen, pero estaba mirando fijamente a Basil.

—¿Ah, sí? ¿Quieres decir que están vivas?

Basil cerró la boca.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Ha ocurrido algo? ¿Les *has* hecho algo? Creía que había sido claro contigo. Estaban fuera de los límites.

Sacudí la cabeza.

—No hice nada. Fui tan dulce como un cordero. —Excepto por la parte en la que había destruido el teléfono de Daisy.

Basil entrecerró los ojos y, por un momento, pensé que iba a gritar. Pero luego se limitó a sonreír y dijo:

—Bueno, el programa es un éxito. Ya tiene más de sesenta mil visitas y subiendo.

Así que no estaban muertas. No estaba segura de cómo me sentía al respecto. Estaba entumecida.

—Estupendo, Basil. Me alegro de que todo haya salido bien.

—Sí, sí, sí. —Se dio unos golpecitos en la barbilla, pensativo—. Por eso acepté que hicieran su programa aquí una vez al mes.

—¿Qué? ¡No lo hiciste!

—Lo hice.

—No dejaré que vuelvan a seguirme. Lo hice por ti como un favor. Una vez es suficiente.

Basil me señaló con el dedo a la cara.

—Si sigues queriendo tu trabajo, aceptarás que te sigan una vez al mes.

—No lo haré.

—Lo harás. Ningún ruego me hará cambiar de opinión.

—Yo no ruego. —Qué descaro el de esta brujita. Iba a estrangularle.

—La cuestión es que es bueno para el hotel. Más exposición. Más publicidad. Más huéspedes que pagan. Y tú *lo harás*. Valen. —Y el director del hotel se marchó. Le oí decir—: *«¿Has visto el programa de Youtoo en el que aparece el hotel?»* Mientras se acercaba a otra persona.

Miré al gigante, que pensaba que una mancha en la pared era muy interesante.

—¿Valen? ¿Has visto su episodio?

Valen sopló por la nariz.

—¿Sigues sin hablarme? Pues vale. Voy a desnudarme ahora mismo delante de toda esta gente. A ver si entonces me hablas.

La atención del gigante se centró en mí, abrió la boca y juraría que vi algo de calor en su mirada.

El anillo de mi pulgar palpitaba de calor.

Me asaltó el miedo y mi sonrisa desapareció. *Ay, no. No. Esto no puede estar pasando*.

—¿Qué ocurre? —Valen se inclinó más hacia mí.

Antes de que pudiera responder, Shay pasó zumbando junto a nosotros.

—¡Papá! —chilló Shay, el sonido de sus zapatos agitando la alfombra resonó mientras entraba galopando en mi apartamento.

—¿Papá? —repetí, liberando algo de tensión mientras la seguía hacia dentro.

Efectivamente, Matiel, alias mi padre, estaba de pie en la sala. No era otro ángel asesino.

La última vez que lo había visto, me había dado las peores noticias posibles, y luego había vuelto a desaparecer, dejándome con más preguntas sin respuesta y un montón de incertidumbre y miedo. No estaba segura de cómo me sentía al verle ahora. ¿Debía enfadarme? ¿Debería decirle que se fuera?

Pero cuando vi a mi hermana pequeña saltar a los brazos del ángel, aplastando su pequeño cuerpo contra el más grande de él, sentí que una parte de mi rabia se resquebrajaba.

—Oye, tú. —Matiel abrazó a su hija y le besó la parte superior de la cabeza.

—¡Leana y yo movimos una estrella! —soltó, con sus ojos bien abiertos y brillantes como pequeños soles—. ¡Y cerramos las puertas! Y todos los ángeles se fueron.

Matiel levantó la vista y se encontró con mi mirada.

—Sí, me he enterado. Y estoy agradecido. Me alegra que todo haya salido bien.

Sin mucha ayuda tuya.

—Sí. Todo salió bien. Me alegro de que todo haya acabado y de que Shay pueda tener por fin algo de normalidad y algo de tiempo para ella. Se merece tener una vida normal. Ser una niña. Hacer cosas de niños.

Matiel sonrió, aunque sus ojos brillaban de angustia y quizá un poco de culpabilidad.

—Sí, lo merece. —Hizo una pausa y añadió—: Y tú también.

Fruncí los labios.

—Hace más de treinta años que no hago cosas de niños. Pero me han dicho repetidamente que soy inmadura.

Matiel se rió. No recordaba haberle oído reír antes, y me di cuenta de que disfrutaba el sonido. Era difícil seguir enfadada con él cuando se reía de mis chistes y cuando mi hermana pequeña estallaba de alegría al verlo. Quería de verdad a su padre. Y me encantaba verla así, como una niña de verdad sin las preocupaciones del mundo sobre sus hombros.

Maldita sea. Quizá iba a acabar agradándome.

—¿La legión de ángeles dejará en paz a Leana ahora? —Valen se

puso a mi lado. El aroma de su aftershave y de una colonia almizclada llenó mi nariz.

—Sí —respondió el ángel, aferrando aún a su hijita—. Has roto la profecía.

—¡Hemos movido la estrella más pequeña! —exclamó Shay. Dios, qué mona era.

Matiel le sonrió.

—Así es. Y como tal, ya no hay motivo para que la Legión de Ángeles te tema. Me complace decirte que no volverán a molestarte.

—Mmm. —Miré a mi ángel padre. Parecía estar mucho más alegre que la última vez—. ¿Y supongo que ahora puedes viajar libremente a nuestro mundo? ¿Ya no hay *obstáculos* en tu camino?

Matiel dejó escapar un largo suspiro.

—Sí. Podré venir a visitarlas tanto como quieran.

—¡Sí! —Shay dio un respingo. Sus ojos se abrieron de par en par y añadió—: Te perdiste mi concurso de talentos. Pero quizá puedas venir al próximo.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Matiel, poniendo aún más inquieta a una niña que ya estaba contenta.

—Entonces, ¿Leana nunca será cazada por tu pueblo? —Valen seguía presionando a mi padre en busca de respuestas—. ¿Nunca volverán a atacarla? ¿Me das tu palabra?

Me picó el cuerpo al notar la preocupación en su tono, y sentí un calor en el estómago. Se quedó allí, todo sexy y protector, mirando fijamente a mi padre ángel como si quisiera darle un puñetazo.

Cualquier otro hombre se habría cagado en los pantalones ante el tono del gigante. Al ser un ángel, apenas pestañeó.

—Tienes mi palabra.

Eh. Hasta yo le creí.

Valen se limitó a asentir. Y entonces, lo siguiente que recuerdo, es que me agarró de la mano y me arrastró con él.

Estaba demasiado sorprendida y secretamente demasiado contenta para oponerme a su manoseo. Diablos, ahora mismo me encantaría que me maltrataran.

Vislumbré a Matiel llevando a su hija por el brazo hasta el sofá y le oí decir: *«Ahora, háblame de este concurso de talentos»* mientras Valen me arrastraba con él hacia la puerta.

—¿A dónde me llevas? Patiné detrás de la gran bestia de hombre.

Valen entró en el apartamento que estaba frente al mío y le ladró a Wayne.

—Fuera. Ahora.

Me quedé con la boca abierta. Justo cuando estaba a punto de decirle a Valen que estábamos en el apartamento de Wayne y que no tenía por qué hacerle caso, el hombre gato de cincuenta años saltó de

su sillón y se apresuró a salir de su apartamento como si hubiera una oferta de Purina Cat Chow en el supermercado local.

—Valen. ¿Qué haces?

El gigante cerró la puerta de una patada tras el gato lobo, me agarró por la cintura y me inmovilizó contra la pared.

—¿Vamos a tener sexo de reconciliación? Porque si es así, sólo quería decir... *¡yupi!*

El gigante emitió un sonido en su garganta que era en parte gruñido y en parte gemido y que hizo que mis regiones inferiores aplaudieran.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿Hacer qué? —Aunque tenía la sensación de saber a qué se refería.

Valen me miró a los ojos. Estaba tan cerca que la punta de su nariz rozó la mía.

—Nunca entregues tu vida así como así—dijo, y su aliento caliente me acarició la mejilla—. Eres demasiado importante para mí.

—Créeme. No quería hacerlo. —Suspiré—. No es que tuviera elección. Si Shay no hubiera aparecido…

Valen apoyó la frente en la mía y la tensión de sus hombros se aflojó un poco.

—No puedo perderte.

Tragué saliva, con la garganta contraída mientras la humedad llenaba mis ojos. No. Ahora no lloraría. No cuando estaba a punto de practicar sexo alucinante en el apartamento de otra persona.

—No lo harás. Se acabó. Se acabó. Podemos seguir adelante con nuestras vidas.

Levantó la vista.

—Sigo enfadado contigo.

Sonreí.

—¿Suficientemente enfadado para darme unos azotes?

Valen enarcó una ceja.

—Ah, sí. Muchos azotes... y muchas *otras* cosas —dijo e inclinó la cabeza para besarme.

Su beso fue todo menos suave. Encendió un fuego en mi interior y sucumbí a su contacto. Su lengua recorrió la mía mientras nos besábamos, provocando una explosión de emociones en mi interior. Igualé su intensidad, apretándome hambrienta contra él con mis propios besos. Luego me aparté para prestarle atención al cuello y al lóbulo de la oreja, rozándolos ligeramente con pequeños mordiscos.

Gimió, y eso hizo arder por dentro. La sensación de su duro cuerpo apretado contra el mío desencadenó algo feroz en mí, y lo apreté más contra mí. Sus manos ásperas y callosas se deslizaron por mi cuerpo, acariciándome y provocándome escalofríos.

Sí, había movido una estrella con la ayuda de Shay. Las puertas del infierno estaban cerradas. El Gremio de Ángeles Asesinos me había dejado en paz.

Pero lo único en lo que podía pensar ahora era en que estaba a punto de tener sexo de reconciliación, y eso era lo único que importaba.

27

Estaba en la azotea del Hotel Twilight, junto a Shay, contemplando los autos que circulaban por la Quinta Avenida y la gente que paseaba por las aceras. El cielo nocturno era un manto negro con estrellas que titilaban y brillaban como diamantes y piedras preciosas. El viento era suave y apacible, con el desafortunado hedor de los tubos de escape de las calles de abajo.

—Lamento lo de tu magia —dijo Shay, inclinándose sobre la barandilla a mi lado—. Qué rollo.

Suspiré.

—Qué rollo de pelotas. Pero estoy bien al respecto.

Shay se rió.

—Dijiste *pelotas*.

—Lo sé —Le sonreí.

Shay perdió parte de la sonrisa y se quedó mirando la barandilla.

—¿Estás triste?

Pensé en ello.

—Al principio sí. Como esta mañana, cuando intenté invocarla y no pasó nada. Pero —dije, girando el cuerpo para quedar frente a ella—, ya no lo estoy. Soy quien se supone que debo ser. Soy una Bruja de Luz Estelar. Mi magia surge por la noche. Es exactamente lo que se supone que debe ser. Y estoy conforme.

Shay se encogió de hombros.

—Genial. —Me miró y añadió—: El rojo se veía tan cool.

—Sí, era muy cool.

—¿Crees que puedes hacer que tus luces estelares vuelvan a ser rojas? ¿O moradas?

Tamborileé con los dedos sobre la barandilla.

—No lo creo. Creo que fue cosa de una sola vez.

—Oh. —Un destello de decepción apareció en su rostro. Lo comprendí. También me decepcionó no poder jugar con luces estelares de distintos colores. Pero estaba bien. Estaba bien volver a ser la bruja que era antes. Y no había nada malo en ello.

—Shay. —Extendí el brazo y tomé su mano—. Quería darte las gracias por lo que hiciste anoche. Por escabullirte y ayudarme. Lo hiciste bien. Muy bien.

—Lo sé.

—Aunque era peligrosísimo y no me hiciste caso, me salvaste el culo.

—Lo sé.

Busqué en su rostro, no estaba segura de que comprendiera del todo la magnitud de lo que había hecho. Pero sólo tenía once años y medio, casi doce. No tenía por qué hacerlo.

—¿Estás contenta de haber visto a tu padre esta noche? —le pregunté.

—*Nuestro* padre —corrigió mi hermana pequeña—. Le hablé de mi concurso de talentos. Y de cómo hice crecer esos árboles con mi energía solar.

Me reí entre dientes.

—Apuesto a que estaba impresionado.

A Shay se le iluminó la cara.

—Sí. Vendrá mañana por la noche para que pueda enseñárselo. Elsa va a traer unas macetas con semillas de melocotón. Voy a cultivar un melocotonero.

Me reí.

—Te creo. Me encantan los melocotones.

—A mí también.

—Será mejor que me guardes algunos.

Shay se mordió el labio inferior, pero no dijo nada.

Eso me hizo reír más.

El aire de la noche era frío y fresco, de los que te hacen sentir un cosquilleo en la piel. Me recordó a la noche en que le pregunté a Shay qué le parecía mudarse conmigo y con Valen a su apartamento, arriba de su restaurante. Nos habíamos unido al gigante, encaramados a sus hombros mientras nos llevaba a dar un paseo salvaje por la ciudad de noche.

Había sido la primera vez con Shay y la última. Y no había pensado en ello hasta ahora.

—Un gigante me ha dicho que se acerca tu cumpleaños —dije, inclinando la cabeza hacia Valen, que estaba de pie a unos metros de distancia. Incluso en la oscuridad, la luz de la luna lo iluminaba en toda su longitud.

Llevaba una camisa negra y unos pantalones cargo hechos de un material elástico que se habían expandido y alargado mágicamente al cambiar de forma y transformarse en gigante, como si estuvieran hechos a medida para él en esa forma. Catelyn le había regalado la ropa mágica antes de que ella y Arther partieran hacia su complejo en el norte. Qué bien. Necesitaba algo que cubriera cualquier zona indecorosa, sobre todo cerca de una niña de once años.

—¿Qué te gustaría? —No tenía ni idea de lo que querrían las niñas de su edad. Y no quería ser una de esas hermanas mayores o padres que solo se limitan a obsequiar dinero. Quería hacer algo especial para ella en su día especial.

Me apoyé en la barandilla y observé cómo Shay se giraba hacia mí. Tenía los ojos brillantes, llenos de emoción y picardía. Conocía muy bien esa mirada. Era la que siempre ponía cuando planeaba portarse mal.

—¿Qué? ¿En qué estás pensando? —pregunté, enarcando una ceja —. Conozco esa mirada.

Shay esbozó una sonrisa tímida.

—¿Puedo jugar con tus luces estelares? —Me miró, esperanzada, con aquella sonrisa tan mona en la cara.

Yo era débil. Nunca pude resistirme a esa cara.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—¿Eso es lo que quieres para tu cumpleaños?

Los ojos de Shay se abrieron de par en par.

—Sí, pero ¿puedo jugar con ellas ahora?

—Claro.

Recurrí a mi luz estelar, al poder de las estrellas, canalizándolo desde arriba. Una bola blanca y brillante se materializó en la palma de mi mano y, de un soplo, estalló en miles de estrellas centelleantes. Las estrellitas se extendieron sobre Shay, rodeándola con sus destellos y dejando tras de sí una estela de polvo brillante. Se movían a sus órdenes, levantándole el pelo, y algunas incluso se posaban en sus manos como duendecillos resplandecientes.

Shay soltó un chillido de alegría.

—¡Leana! ¡Mira!

—Lo sé. —Vi cómo mis luces estelares la saludaban como a una amiga que tenían mucho tiempo sin ver. La querían tanto como yo.

—¿Puedo ponerles nombre? —Me miró, con mis luces estelares girando a su alrededor como una camada de cachorros haciendo relajos.

—Eh... si quieres. Claro. —Siempre me había referido a ellas como mis luces estelares. Eran demasiadas. Pero si ella quería ponerles nombre, yo estaba de acuerdo.

—*Entonces, ¿vamos a hacer esto?* —preguntó el gigante, acercándose a nosotros. Era difícil no pensar en el sexo de reconciliación que acabábamos de tener —en el apartamento de Wayne— cuando tenía el aspecto que tenía, el hombre-bestia fuerte y sexy. El hombre-bestia gigante y sexy que había sido imperdonablemente grosero la primera vez que lo había visto.

Miré a Shay.

—Estoy lista. ¿Y tú?

Los ojos de Shay pasaron de Valen a mí.

—¡Lista!

Miré al gigante.

—Supongo que estamos listas.

El gigante se acercó y tomó a Shay, que reía de alegría. La acomodó sobre su hombro izquierdo antes de agarrarme y balancearme sobre el derecho.

Shay soltó un chillido.

—¿Podemos hacer esto todas las noches?

—¿Valen?

Valen se rió.

—Sí, *podemos*.

Me reí mientras Shay bailaba feliz sobre el hombro de Valen mientras mis luces estelares recorrían su cuerpo.

Me quedé mirando la calle.

—Vamos, muchachote.

Valen soltó una risita profunda que reverberó en su pecho. Me subió por la espalda y me bajó por los brazos cuando me acomodé sobre su enorme hombro. Sentada allí, sentí una combinación de alegría y regocijo. Sonreí al sentir la brisa nocturna contra mis mejillas. Me sentía satisfecha y completa. Tenía todo lo que necesitaba: un buen trabajo, un compañero de vida maravilloso y la mejor hermanita que alguien pudiera desear.

¿Y mi magia? Bueno, yo era una Bruja de Luz Estelar. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Y entonces, con Shay y conmigo encaramados a sus anchos hombros, el gigante saltó desde el borde del tejado.

¿Están listos para la siguiente aventura mágica?

Bien, estoy en problemas. En un gran problema. Estoy arruinada. Y lo que es peor, mi novio de los últimos cinco años acaba de dejarme.

¿Qué hago? Me mudo con mis tres excéntricas tías a su casa familiar, la Casa Davenport. Suena emocionante, sólo que a esta inmensa casa de campo le gusta comer hombres. Sí.

Si yo fuera un ser humano normal, habría salido corriendo y gritando como alma en pena. Al ser una bruja, no hago absolutamente

nada. Oye, quizás se lo merecían.

Estoy de vuelta en Hollow Cove, la flamante comunidad paranormal, donde ninfas, hombres lobo, trolls, cambiaformas, brujas y otros paranormales viven cómodamente lejos de las miradas indiscretas de los humanos. Mientras me instalo en mi nueva vida, decido aceptar la propuesta de mis tías y unirme al negocio familiar: el negocio de proteger nuestro pueblo y matar a todo lo que quiera dañarlo.

Pero he estado alejada del mundo paranormal por mucho tiempo, y mis habilidades mágicas están un poco oxidadas. Diablos, son prácticamente invisibles.

Las cosas pronto se van a la mierda cuando la gente de nuestra comunidad empieza a caer como moscas. Y cuando los demonios empiezan a aparecer en Hollow Cove, me toca encargarme de ellos. Permanentemente.

LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com